



AFRODITA DESENMASCARADA

UNA DEFENSA DEL FEMINISMO LIBERAL



MARÍA BLANCO

«En este libro encontrarás una perfecta exposición de la posibilidad y de la necesidad de un feminismo liberal.»

—Del prólogo de JUAN RAMÓN RALLO

Lectulandia

Este libro te acerca, de manera divulgativa pero bien argumentada, a los principios del feminismo liberal. Una corriente que se basa en la defensa de los derechos y libertades de la mujer a partir de los principios del liberalismo: la defensa de la vida, de la propiedad privada y del cumplimiento de los contratos.

Conceptos tan actuales como «empoderamiento» no son, para las feministas liberales, más que el mal uso del ejercicio de la libertad individual de la mujer, la autoafirmación y la superación de los grilletes del pasado. Esta mala praxis proviene de la política pero, lamentablemente también, de algunas entidades feministas que si bien en algunos casos están cargadas de buenas intenciones, en otros sirven a un interés sesgado en la búsqueda de poder político y social.

Afrodita desenmascarada no pretende combatir a ningún colectivo sino plantear un nuevo tipo de defensa de la mujer, por la mujer y sin caer en manipulaciones capciosas o mensajes facilones.

Lectulandia

María Blanco González

Afroditá desenmascarada

Una defensa del feminismo liberal

ePub r1.0

Titivillus 23.04.18

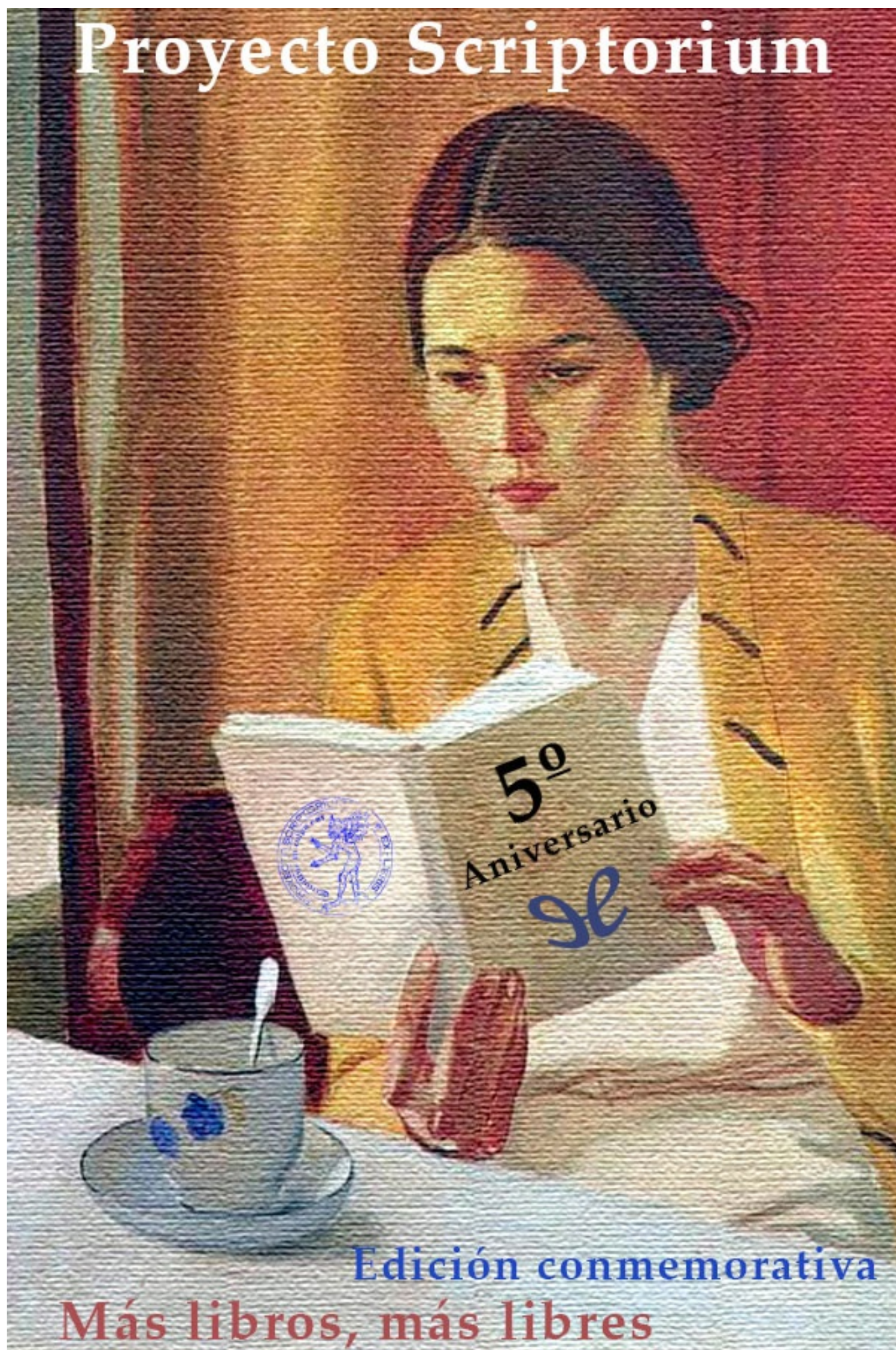
Título original: *Afrodita desenmascarada*
María Blanco González, 2007
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Flora, la reina de las flores, ejemplo de mujer que se superó a sí misma,
a la sociedad y a su propio destino.
Afrodita de las vidas de muchas otras mujeres, en especial de Amada y
Llanos.*

Proyecto Scriptorium



Edición conmemorativa
Más libros, más libres

Prólogo

Liberalismo y feminismo

El liberalismo es una filosofía política que defiende el derecho a la libertad de todos los individuos como presupuesto institucional imprescindible para que todos esos individuos puedan perseguir sus propios proyectos vitales coexistiendo entre sí. En ese sentido, el liberalismo no es sólo una filosofía radicalmente favorable a la libertad individual, sino también fundacionalmente igualitarista: todas y cada una de las personas poseen un *mismo* derecho a la libertad. El filósofo inglés Herbert Spencer lo resumió estupendamente en su conocida ley de igual libertad: «Cada ser humano posee la libertad de hacer todo aquello que desee siempre que no vulnere la igual libertad de los demás».

Ésa es la razón básica por la que el liberalismo resulta del todo compatible con la primera ola histórica de movimientos feministas: en tanto en cuanto el primer feminismo reivindicaba una absoluta igualdad jurídica entre hombres y mujeres, ese primer feminismo ondeaba una bandera genuinamente liberal. Tal como recalcó ese gran liberal llamado Friedrich Hayek: «La lucha por la igualdad formal y contra toda discriminación basada en el origen social, la nacionalidad, la raza, el credo, el sexo, etc., sigue siendo una de las características más importantes de la tradición liberal». Sin igualdad jurídica no puede existir liberalismo en tanto en cuanto la desigualdad jurídica equivale a la imposición de servidumbres a unos individuos en favor de otros individuos privilegiados.

Igualitarismo jurídico no significa, empero, igualitarismo social: que a cada persona se le reconozca un simétrico ámbito propio de no interferencia frente al resto de individuos no equivale a decir que todas ellas vayan a usar ese ámbito propio del mismo modo y con los mismos resultados. A su vez, que a todos los individuos se les reconozca el derecho a asociarse o desasociarse voluntariamente de otros individuos no significa que todas las redes asociativas que surjan en la sociedad serán idénticas. Algunas personas serán muy exitosas a la hora de usar su libertad para cooperar con otros individuos, mientras que algunas otras podrán fracasar en ese empeño. No es necesario trasladar estas intuiciones al ámbito mercantil para ilustrar su verosimilitud; y en el ámbito afectivo también es fácilmente observable cómo algunas personas

tienen éxito a la hora de encontrar a su media naranja, mientras que otras fracasan, o prefieren vivir en solitario, u optan por relaciones más abiertas, etc. Es decir, la igualdad jurídica conduce espontáneamente a una observable desigualdad social fruto tanto de la diversidad de preferencias de los individuos como, también, de su diversidad de capacidades. Recomponer por la fuerza esta desigualdad social en la búsqueda de una igualdad social impuesta conllevaría por necesidad un aplastamiento de la igualdad jurídica: a algunas personas se les respetaría su libertad, pero a otras no (las cuales deberían someterse a los designios arbitrarios de una justicia social igualitarista).

Es por ello que el liberalismo encaja tan mal con los llamados feminismos de segunda y, sobre todo, de tercera ola, los cuales no se limitan a reclamar la imprescindible igualdad jurídica entre todas las personas con independencia de su sexo, sino que pretenden modificar las estructuras sociales que son el resultado de la libre interacción entre todos los individuos —jurídicamente iguales— que conforman una sociedad. Desde esa perspectiva, parece bastante obvio por qué el liberalismo, que propugna igual libertad jurídica para todos, no puede suscribir propuestas que impliquen el uso de la fuerza estatal para prohibir u obligar a personas determinadas a que se comporten de un modo distinto al que desean comportarse dentro de su esfera de libertades. Así las cosas, y desde el punto de vista de la neutralidad moral liberal con respecto a los heterogéneos estilos de vida libremente elegidos por los individuos, los liberales *qua* liberales no deberían tener nada que decir con respecto a, verbigracia, cualquier posible desigualdad salarial entre hombres y mujeres, a las tasas de alfabetización de la mujer, al asimétrico reparto de las tareas domésticas o incluso a la absoluta subordinación de la mujer frente al hombre dentro de la «voluntaria» institución familiar. Esta es, al menos, la posición de lo que podríamos denominar —siguiendo al filósofo Rad Geek— un liberalismo delgado o esquelético: todo aquello que no vulnere la libertad de las personas queda fuera del foco analítico del liberalismo.

Sin embargo, esta postura minimalista corre el riesgo de degenerar en un reduccionismo ético. La consecución de los fines de cualquier persona no sólo depende de su habilidad dentro de la esfera de libertad que le viene garantizada por el respeto universal a las normas de justicia, sino que, como ya hemos indicado antes, también depende de las estructuras sociales que se conforman como consecuencia de la libre interacción entre los individuos: la moral, la costumbre, el lenguaje o la religión conforman un segundo escalafón de normas —subordinadas a las normas generales de justicia— que, sin requerir de coacción, restringen las relaciones que pueden llegar a trazar los individuos en sociedad. En este sentido, y dentro de la perspectiva del feminismo, cabría exhibir preocupación y expresar quejas por aquellas instituciones espontáneas que tiendan a minusvalorar sistemáticamente a la mujer, como, por ejemplo: la (auto) segmentación por roles en ciertas profesiones; la marginación de la mujer al ámbito doméstico; la exclusión femenina del ámbito

universitario; la discriminación salarial dentro del ámbito laboral; o la sujeción absoluta de la mujer al arbitrio del hombre por presunto mandato divino.

Y, como también hemos señalado, el liberalismo se opone *prima facie* a que el Estado se inmiscuya en esas instituciones sociales surgidas de la libre interacción de las personas: no sólo porque se corre el muy serio riesgo de caer en una desgracia de «ingeniería social» —construir unas nuevas instituciones sociales que se subordinen a los intereses de la clase oligárquica del Estado—, sino porque el Estado sólo es capaz de alterarlas utilizando la coacción sobre personas determinadas, limitando así su libertad (algo inaceptable para cualquier liberal). Ahora bien, hay al menos dos motivos por los cuales los liberales no deberían ser moralmente indiferentes con respecto a estas instituciones sociales contra las que suele cargar el feminismo —o al menos con respecto a algunas de ellas.

El primero de dichos motivos es la posible incompatibilidad entre esas instituciones sociales y los valores subyacentes al liberalismo. ¿Por qué el liberalismo defiende un sistema normativo centrado en la libertad individual? Para permitir que cada persona persiga sus propios proyectos vitales sin interferencia de otros individuos. ¿Tiene sentido ser moralmente indiferente ante instituciones que cercenan profundamente —y aun sin utilizar la violencia— la capacidad de las personas para perseguir esos proyectos vitales? O bien, al ser moralmente indiferentes a ello, ¿no estaremos incurriendo los liberales en una honda contradicción respecto a las razones últimas por las cuales defendemos el liberalismo? En ese sentido, podría haber estructuras sociales que oprimieran de manera muy severa a las mujeres y que deberían ser vistas con gran recelo por parte de cualquier liberal; baste imaginar, por ejemplo, una religión muy extendida en la que se exigiera que el sexo femenino se sometiera a una absoluta servidumbre en favor del sexo masculino. Aun cuando la difusión de esa religión se desarrollara por medios absolutamente voluntarios y sin conculcar las libertades de nadie, el liberalismo debería contribuir a combatirla «intelectualmente»: esto es, denunciando todos aquellos argumentos sin fundamento científico que sólo sirvieran para justificar una arbitraria sumisión de la mujer al hombre. Por supuesto, también es necesario recalcar que cualquier liberal debe ser prudentemente escéptico a la hora de combatir, aunque sea por medios pacíficos, ideas y modos de vida ajenos: en ocasiones, la línea que separa la intolerancia hacia la legítima pluralidad de modelos alternativos de vida y la intolerancia hacia la intolerancia arbitraria puede ser extremadamente delgada; lo que a un observador externo puede parecerle una estructura social caprichosa al servicio de los hombres podría tratarse simplemente de una estructura social que solventa funcionalmente ciertos problemas de coordinación entre individuos. No toda institución social que a simple vista nos parezca injustificadamente «patriarcal» tiene por qué serlo realmente, y lanzarnos a criticar cualquier herencia cultural por el simple hecho de que nos disguste instintivamente podría llevarnos a alimentar una innecesaria conflictividad social, que, a su vez, también restrinja la autonomía de las personas. En

todo caso, y con las debidas cautelas, el liberalismo no debe ser indiferente frente a instituciones inhabilitadoras de los seres humanos, incluyendo, claro, a las mujeres.

Con todo, mucho más importante es el segundo motivo por el que los liberales no deberían encogerse de hombros ante algunas de esas instituciones sociales: que las mismas sean el resultado de una coacción estatal previa. Las estructuras sociales son persistentes en el tiempo, y algunas de ellas pueden haber nacido en un contexto histórico en el que la mujer no disfrutaba de plena igualdad jurídica respecto al hombre y en el que, por tanto, sus oportunidades legales para autorrealizarse estaban cercenadas: ese marco jurídico liberticida puede haber condicionado la aparición de estructuras sociales que todavía continúen con nosotros y que limiten gravemente el margen de actuación de las mujeres. Por ejemplo, si en una sociedad las mujeres han tenido tradicionalmente prohibido acudir a la universidad, levantar tal restricción no solventará de inmediato los problemas que provocaba, pues puede haberse generalizado la costumbre de que las mujeres no acudan a la misma —no muestren interés por los estudios superiores—, y, en todo caso, habrá varias generaciones de mujeres que carecerán de titulación universitaria y que, por tanto, tendrán dificultades para acceder a los puestos más capacitados del mercado de trabajo; asimismo, si en una sociedad sólo las mujeres tenían prohibido divorciarse, la legalización del divorcio probablemente tampoco elimine *ipso facto* la tacha social negativa asociada a esta práctica; o, igualmente, si en una sociedad las leyes han segmentado las profesiones entre las que son «preferentemente para hombres» y «preferentemente para mujeres», parece lógico que, aun después de levantar tal normativa, los hábitos laborales pasados perduren en el tiempo.

Difícilmente el liberalismo puede permanecer neutral ante tales situaciones que restringen *de facto* la autonomía de una persona y que, además, pueden ser consecuencia de una previa limitación *de iure* en sus libertades. Sin embargo, ni siquiera en tales casos el liberalismo podrá legitimar el uso de la violencia —especialmente contra personas inocentes que nada tuvieron que ver en la conculcación de las libertades pasadas de las mujeres— como mecanismo para «reparar» las secuelas de injusticias previas; o, dicho de otro modo, el hecho de que algunos hombres reprimieran durante un tiempo la libertad de todas las mujeres no justifica la represión actual de aquellos otros hombres —por el mero hecho de ser hombres— que no participaron en tal cercenamiento de sus libertades. Aunque las víctimas pudieran ser todas las mujeres, la responsabilidad no puede recaer en todos y cada uno de los hombres. De ahí que las políticas de discriminación positiva —u otras medidas estatales como la reeducación forzosa o la tipificación asimétrica por razón de sexo en las leyes penales— que propugna buena parte del feminismo como compensación histórica a todas las mujeres por la conculcación de sus libertades pasadas no puedan hallar cabida dentro del liberalismo.

Pero que el uso de la violencia no esté legitimado para el liberalismo no significa, como decíamos, que el liberalismo deba tener una visión neutral con respecto a tan

problemáticas instituciones. Al contrario, entroncará perfectamente con el liberalismo el combatirlas a través de un activismo social de carácter voluntario —visibilizando, informando o financiando— que permita acelerar su transformación hacia otras que dejen de encorsetar irracionalmente a las mujeres. Frente al dirigismo estatal coactivo *top-down* del feminismo antiliberal, el feminismo liberal optará por el activismo social voluntario *bottom-up* como vía para denunciar y regenerar aquellas instituciones que el Estado contribuyó directa o indirectamente a crear y que todavía hoy hipotecan los proyectos vitales de muchas mujeres.

En definitiva, el feminismo que reivindica igualdad jurídica entre hombres y mujeres será absolutamente consustancial al liberalismo. El feminismo que promueve el cambio de las estructuras sociales no sólo podrá compatibilizarse con el liberalismo siempre que no emplee medios violentos para ello, sino que también cabrá considerarlo como una manifestación más de esta filosofía política en tanto que busque acabar con aquellas estructuras sociales extremadamente opresivas con la mujer o que hayan nacido bajo el amparo de la coacción estatal. Todas aquellas personas que se muestren preocupadas por los derechos de las mujeres o por la reparación presente de injusticias pasadas contra ellas pueden encontrar cabida dentro del liberalismo siempre que rechacen conculcar las libertades de otros hombres y mujeres inocentes. De hecho, en este libro de la profesora María Blanco todas esas personas encontrarán una perfecta exposición de la posibilidad y la necesidad de ese feminismo liberal.

JUAN RAMÓN RALLO.

Introducción

¿Quién es Afrodita?

*¿Y si Dios fuera mujer?
pregunta Juan sin inmutarse,
vaya, vaya si Dios fuera mujer
es posible que agnósticos y ateos
no dijéramos no con la cabeza
y dijéramos sí con las entrañas.*

MARIO BENEDETTI.

Afrodita es la diosa griega que emerge de la espuma del mar de Chipre. Es la diosa del amor que no fue concebida por amor, sino porque su padre, Urano, fue castrado y sus genitales fueron arrojados al mar. Es la diosa que no tiene niñez, porque surge de las aguas ya como una hermosa doncella, que es intrigante, caprichosa, infiel, poderosa y, por encima de todo, bella e irresistible. Tanto su versión griega (Afrodita) como la romana (Venus), la sumeria (Inanna) y todas las demás diosas equivalentes, representan para la cultura mediterránea la femineidad, el deseo y la fertilidad. Sus sacerdotisas, las heteras (o hetarias), ejercían la prostitución sagrada en el templo, algo que sería un escándalo para la mentalidad occidental moderna, pero que entonces expresaba el control de las mujeres sobre su propio comportamiento sexual, por encima del de los hombres.

Esta diosa de diosas tiene infinitas caras y atributos y, desde mi punto de vista, representa el poder de las mujeres y su rol en el mundo. Es deseada y temida, envidiada por las demás, sometida por el padre, amante entregada, celosa de su posición, capaz de lo más sublime y de lo más mezquino. Pero si miramos un poco más allá de nuestras narices y analizamos con mente abierta las historias de Afrodita, veremos ante nuestros ojos los principales factores que explican el feminismo y el machismo: sexo, fecundidad y poder.

La mitología griega, a diferencia de lo que sucedía en su sociedad, no discriminaba entre dioses y diosas a la hora de repartir capacidades y dones, y así tenemos a Afrodita, Atenea o Gea al lado de Zeus, Tánatos o Cronos.

Pero la historia real de las mujeres y de su relación con el poder en Occidente no

es el fruto de la imaginación. Para los griegos, las mujeres no teníamos alma; para las religiones cristianas, en cambio, somos la tentación que llevó a Adán a desobedecer a Dios; y la mujer en el islam aún está peor considerada. A lo largo de la historia se nos ha negado la educación, el voto, la autonomía económica. Y, a la vez, esta mentalidad que presupone la superioridad masculina ha sido enseñada por mujeres, que han dejado en herencia a sus hijos y a sus hijas una tradición que esclaviza a ambos al atarlos a sus roles respectivos. Ellos, fuertes y dominantes, se encargan del sustento de la familia, y son padres de hijos fuertes y de hijas fértiles. Ellas, sumisas y necesitadas, son devotas de los hijos y del hogar, reproductoras de los mismos esquemas heredados y, sobre todo, capaces de engendrar.

Esos roles, que en la edad de las cavernas tenían una explicación porque eran fruto de la necesidad y la supervivencia, fueron degenerando e impostándose a medida que sobrevenía la abundancia, que la tecnología suplía la fuerza bruta y que la demografía cambiaba. No siempre el hombre era fuerte y la mujer débil, pero ambos tenían que aparentarlo y, de puertas para afuera, cubrir las apariencias y cumplir con las expectativas de la sociedad.

Pero ¿qué llevó a que el hombre tuviera incentivos para someter a la mujer y no al revés? Una cuestión meramente biológica: la reproducción. La psicología evolucionista, que presupone que muchos de nuestros comportamientos son reminiscencias de muchos siglos de vida cavernícola, ofrece argumentos muy atractivos: nuestro cerebro reptiliano, el instinto o que el ser humano es solamente un animal evolucionado... Todas las explicaciones valen para explicar el origen. Sin embargo, a día de hoy, en pleno siglo XXI, de la misma forma que hemos superado enfermedades, inventado vacunas y hemos salvado distancias gracias a los medios de transporte y a las nuevas tecnologías de la comunicación, ¿por qué parece que no somos capaces de superar la mentalidad machista cuyo origen se hunde en los orígenes de la historia?

Lo fácil es responder señalando a los hombres. Al fin y al cabo, las mujeres, incluidas aquellas abducidas por la sociedad y las enseñanzas machistas, somos siempre víctimas de alguien. O al menos eso es lo que flota en el ambiente, cuando la realidad es que la victimización es el mayor obstáculo para superar problemas. Tanto si uno es una víctima como si no lo es, victimizarse o ser victimizada es la mejor manera para encadenarse y no avanzar. Aquella persona que se hace la víctima está explotando un drama inexistente para no afrontar la vida. Si uno padece una situación de injusticia o abuso, la recuperación no pasa por evitar el dolor ni negar los hechos, y tampoco consiste en permanecer estancado en el dolor y la recreación del trauma. La resiliencia implica reconocer el dolor y sobreponerse a ello asertivamente. Y no es eso lo que está pasando ahora. Los jóvenes que se encuentran con un desempleo juvenil del 50 por ciento se preguntan para qué esforzarse estudiando si al acabar sus carreras van a tener que emigrar, y reclaman que alguien haga algo, que los responsables del desempleo les solucionen la papeleta. Los políticos alimentan el

fuego prometiendo rentas para que los jóvenes se puedan emancipar, promesa que es una contradicción en sí misma, porque uno no se emancipa dependiendo de nadie, y tampoco del Estado. Ésa es la actitud que caracteriza al nuevo feminismo de izquierda radical: se denuncia la situación (y a veces se agranda inflando los datos), se crea alarma social y se reclama que alguien haga algo para que la mujer sea independiente. De nuevo, esto supone una contradicción, porque, a pesar de los grandes titulares que hablan de empoderamiento, lo cierto es que las políticas llamadas «de género» hacen dependientes a las mujeres.

Ninguna de las diosas griegas se ponían tantas trabas a sí mismas; al revés, actuaban con libre albedrío (y no siempre con bondad), se vengaban y expresaban su ira, o bien hacían algo, cualquier cosa, todo menos victimizarse. Victimizarse no es lo mismo que pedir ayuda o que denunciar. Perséfone y Afrodita acuden a Zeus por el amor de Adonis y asumen su veredicto, pero no son diosas pasivas, ni siquiera Perséfone, la diosa raptada por Hades y reina de sus dominios, los infiernos (o el inframundo). En términos feministas modernos, el empoderamiento de estos estereotipos era absoluto; ellas actuaban, desobedecían, se fijaban metas e iban a por ellas, preocupadas más por el fin que por el camino, lo cual no siempre es moral. Si tenían que transgredir las normas del Olimpo o mentir a Zeus, lo hacían; si tenían que ser infieles para compensar un matrimonio concertado por Zeus (como en el caso de Afrodita y Hefesto), lo eran. Incluso la princesa Mirra engañó a su padre y se convirtió en su amante anónima por doce días para salirse con la suya. Los dioses eran poderosos, pero no morales. Las leyendas mitológicas griegas nos muestran mujeres que no se detienen cuando intentan ser frenadas y no se victimizan a pesar de ser víctimas. Se sobreponen, manejan las riendas de su camino y, ante cualquier situación, se hacen cargo de las consecuencias y optimizan el resultado.

Detrás de la mujer de apariencia frágil que emerge del océano sobre una concha marina, como la representa Botticelli en su cuadro *El nacimiento de Venus*, hay algo muy distinto a lo evidente. Más allá del atractivo, la belleza y la debilidad que se suelen destacar, está la mujer capaz, con carácter y asertiva.

A lo largo de la literatura universal nos encontramos con algunas mujeres dominantes y poderosas y otras sumisas y acomodaticias. En Shakespeare tenemos, por ejemplo, a la cruel *lady Macbeth* que incita a su marido al asesinato por ambición, y también a la Katherina de *La fierecilla domada*, que es sometida tras sufrir mucho tiempo bajo la presión psicológica por parte de Petruchio. Desde Nefertiti, Isabel de Inglaterra, Teresa de Jesús, Juana de Arco hasta Agustina de Aragón, incluso en los ambientes menos propicios para el desarrollo de la mujer, encontramos ejemplos de damas poderosas, no siempre a la sombra del hombre fuerte.

Sin embargo, hoy en día, precisamente en las sociedades en las que la mujer tiene garantizadas por ley una mayor libertad y una más amplia autonomía, parece que delegamos nuestros propios intereses en manos ajenas.

La mujer y las máscaras

¿A qué se debe la persistente pasividad de las mujeres de nuestro tiempo más centradas en el gesto de rebeldía que en lo que representa ese gesto?

Para nuestra desgracia, la Afrodita del siglo XXI se ha cubierto con velos, máscaras, mentiras políticas y excusas que más bien confunden que aclaran. Estas máscaras no son exclusivas de la mujer, sino que son propias de una mentalidad que empobrece al ser humano, porque le enseña a vivir de los demás, a poner todo tipo de excusas y a no hacerse cargo de las circunstancias de su propia vida, con el argumento de que no es responsable. Culpabilizar al otro, especialmente si es un prójimo sin rostro o que habita en el pasado, es un recurso fácil y eficiente, y suele funcionar. El extranjero, el diferente, los paganos, los infieles, los hombres, los melenudos, las mujeres..., los colectivos que borran la cara del de enfrente permiten culpar y dormir con la conciencia tranquila. Y a eso hay que añadir todo tipo de excusas colectivas: la casta, los rojos, los azules, los corruptos, los «otros»... Todos son responsables de mi destino excepto yo, que, sin el Estado, estoy perdida, o, como dice el bolero, sin rumbo y en el lodo; de manera que, cuando el Estado dice «ven», lo dejo todo.

Este libro no es un alarde de investigación. No hay pretensión de verdad científica. No se pontifica, ni se define qué está dentro o fuera de la línea de la corrección, o de «los míos», sean éstos los que sean. Solamente hay una reivindicación: nadie tiene el monopolio de lo que piensan las mujeres, ni del feminismo auténtico, ni de la femineidad. La posmodernidad del siglo XXI se ha teñido de politización, y los ideales, los viejos y los nuevos, se han podrido. Uno de ellos, el feminismo, ha mutado a plaga. La honorable causa de muchas mujeres que lucharon por conseguir la igualdad ante la ley o acceso a la educación, y que se enfrentaron a los prejuicios sociales, religiosos o culturales, esa causa es, hoy día, una pandemia que equivoca a unos y alimenta a otros, por obra y gracia de los intereses políticos.

La eficiencia de esta perversión consistente en defender un ideal «noble» se debe, entre otras cosas, a que está teñida de buenismo, de medias verdades y de demagogia. De manera que quien osa hacerle frente aparece ante el ojo público como alguien

insensible, que defiende cosas indefendibles (y que en realidad no defiende) y que es incapaz de contestar con la misma eficacia inmediata que ellos. La ventaja de quien cuenta una media verdad es que obliga al oponente a gastar la mitad del tiempo que tiene para contestar y aclarar qué es cierto y qué no lo es, y, para cuando va a rebatir de verdad el argumento central, el público ya se ha cansado. Si a eso le añadimos la manipulación emocional y la difusión mediática, la victoria de esta «posverdad» es segura.

Nadie tiene la respuesta a todas las preguntas, y no existen soluciones fáciles para problemas complejos. Pero eso no vende. La gente quiere que le den la vida solucionada, que alguien haga algo. Y quienes se proclaman representantes del feminismo, pero que han llevado la lucha feminista a lo opuesto a su esencia, hacen exactamente eso, ocupando, de paso, cada vez más poder en la política y en la vida civil. Por supuesto, detrás de ellas hay muchas mujeres convencidas de que aquello está bien, y se retroalimentan las unas a las otras, proponiendo ley tras ley, celebrando cada gesto, pero sin resolver problemas. Son hijas de su tiempo, de nuestro tiempo. La apariencia es lo que cuenta. Las maneras, la sonrisa, el postureo sea en su versión amable o en su versión cafre, son aspectos exaltados hasta la histeria. No es tan importante lo que hagas, lo relevante de verdad es lo que parezcas. El ejemplo es el expresidente Obama, el presidente de las formas elegantes, siempre cortés con su esposa, derrochando muestras de cariño hacia sus hijas, amabilidad y cercanía con todo el mundo, aunque no dejó muy buena herencia si nos atenemos a los hechos económicos. No ha habido manifestaciones de pacifistas para protestar por las muertes en zona de guerra habidas durante el mandato del premio Nobel de la Paz, Barack Obama; y nadie recuerda cómo se ha portado con los refugiados cubanos. Nadie le reclamará nunca nada, con lo *cool* que es. Uno tiene impunidad para ciertas cosas una vez que los medios te han dado el OK. Y ése es un punto importante a la hora de explicar la deriva del feminismo excluyente. El poder de los medios de comunicación, aliado del poder político, ha tomado partido y difunde los mensajes más radicales sin pudor.

Paralelamente a este fenómeno, por si no fuera suficiente, el emergente poder de la extrema derecha ha retomado el discurso opuesto y, apoyándose en la extrema radicalidad del feminismo de ultraizquierda, defiende el negacionismo más barato imaginable. Y así, por ejemplo, cuando se habla de la trata de blancas en nuestros días, te cuentan que antiguamente eran los hombres los que se vendían; o cuando se habla de racismo, te dicen que los blancos fueron esclavizados por los musulmanes en la Edad Media, y que aquí estamos. Afrontar los problemas de hoy aludiendo a la Edad Media es una forma de no afrontarlos. Para encontrar una solución, negar los problemas es tan inútil como magnificarlos y manipularlos.

Creo que, para solucionar lo que sea menester, es necesario salir del enorme enredo en el que estamos y tratar de mirar con ojos diferentes la cuestión de la que hablamos, delimitar los conceptos, definir los objetivos, ceñirse a una ética (porque

no todo vale) y eludir tópicos de uno y otro lado. Y, para ello, no podemos atarnos al colectivismo «borreguista» ni forzar por ley comportamientos que tienen que brotar de la privacidad de la conciencia de cada cual. Porque es así como se deshacen los nudos sociales debidos a cuestiones culturales. Y el machismo, en la mayoría de las sociedades occidentales, es cultural.

Eso sí, esta solución que apela a la conciencia individual, a la información y a la toma de decisiones particular implica deshacerse de la máscara del prejuicio, de la comodidad de los lugares comunes, del confort del apoyo que, por inercia, suele conceder la sociedad cuando se trata de temas sensibles y uno levanta la bandera del débil, de la máscara política y, en especial, de la máscara del miedo.

Muchas mujeres miran al Estado porque no se fían de su propio poder. No se superan obstáculos desde una posición acomplejada. Al revés, agarrarse a ese complejo acerca de uno mismo te lleva por un camino confortable (porque no te sientes sola), pero acaba por conducirte a la boca del lobo.

Afrodita, sin todas esas máscaras, es la mujer libre que toma decisiones sin complejos, consciente de las piedras del camino, pero segura de su propio potencial.

La hoja de ruta

Este libro está dedicado a Flora, mujer imperfecta que supo superarse a sí misma en una sociedad hipócrita y rígida, y a una edad a la que no le correspondía hacerlo; una mujer que superó lo que parecía su destino y supo repartir alegría y esperanza, conferir fortaleza, dar consuelo, tender la mano, desdramatizar los problemas y criar hijos y flores. Sin estudios y dedicada a sus labores, fue una «afrodita» para todas las mujeres de su familia, especialmente para sus hijas, Amada y Llanos, y para sus nietas y sus bisnietas. Mi abuela Flora, de la que heredé el nombre y a la que le debo mucho.

El primer capítulo de este libro comienza afirmando que existe la discriminación —de nada sirve negar esto ni otras cosas—. Pero se cuestiona a qué se debe y en qué medida nos afecta. Muchas veces, el control ejercido sobre la mujer esconde el deseo de controlar el tamaño de la población. Si nos reprodujéramos por esporas seguro que no habría ese problema de abuso de poder hacia la mujer. Si fueran los hombres quienes dieran a luz, el abuso se produciría sobre ellos. Pero resulta que somos nosotras las que damos a luz. Y no define a la mujer el número de hijos que tenga ni si los tiene o no los tiene; por tanto, el abuso no es sobre la mujer por ser mujer, sino sobre la mujer por ser fértil, y, como decía, con la intención de controlar el tamaño de la población.

El capítulo segundo, de carácter histórico, muestra cómo las feministas originalmente eran libertarias, o al menos no proponían soluciones estatales. El feminismo de izquierdas surge hacia la década de 1970, y su radicalización extrema, que ya tenía alguna representación, se ha hecho viral hoy. Este repaso, que no es exhaustivo ni pretende ser una historia del feminismo, permite comprobar que los problemas de entonces han sido resueltos en gran medida y que lo que pedían estas mujeres, socialistas o anarquistas, era acorde con la ética de la libertad.

A continuación, en el capítulo tercero, me centro en deshacer una asociación que cada vez más está prendiendo en nuestra sociedad: el machismo es fruto del capitalismo y, por tanto, es un hito neoliberal. No es cierto. El machismo y el capitalismo no tienen ninguna relación. Al revés, el capitalismo ha ayudado a la mujer a emanciparse y lograr escapar de las ataduras de siglos anteriores.

Los capítulos cuarto y quinto están relacionados. En el primero abordo el tema del sexo, que es un frente de batalla del feminismo desde su origen. En el segundo planteo la «visibilización» de la mujer y de quién es responsable esa visibilización, y trato de recoger brevemente cuál es la importancia y el recorrido del feminismo en otras culturas, especialmente en aquellas sociedades que viven bajo el islam, por la enorme polémica que existe al respecto. La relación entre estos dos capítulos radica en que esa visibilización está a menudo relacionada con el comportamiento sexual.

En el capítulo sexto me planteo a qué se debe el bucle en el que el feminismo radical nos ha metido, y analizo, en concreto, el planteamiento que se hace de las políticas públicas para entender el laberinto. Hay un apartado dedicado a las políticas de conciliación familiar, por ser éstas un aspecto clave en las políticas públicas, pero también en la evolución de las familias en las sociedades donde se supone que hay libertad de elegir. No hay un análisis de todas y cada una de las políticas de género, sino que trato de ir al foco del problema, que se centra en la definición de dichas políticas y en los criterios en los que éstas se basan.

Finalmente, en el capítulo séptimo comento las soluciones tan radicales como erradas que se nos plantean, tanto por parte de la izquierda radical como por parte de la incipiente derecha radical. Y las contrasto con las ideas de tres mujeres libertarias que admiro: Karen De Coster, Wendy McElroy y Camille Paglia.

Acaba el libro con una recopilación de las principales conclusiones y una propuesta de enfoque feminista libertario.

El mayor escollo que me he encontrado ha sido que todos los temas se relacionan entre sí. Estructurar tantos aspectos y tan variados es arriesgado. Lógicamente, hablo de sexo en capítulos diferentes del dedicado más específicamente a ese tema, por ejemplo, pero he intentado centrar cada capítulo lo más posible en un área concreta. No está todo lo que hay, porque hay un universo de cuestiones, visiones y matices. Tampoco tiene este libro esa pretensión de exhaustividad. Pido disculpas por las torpezas y por las omisiones.

El punto de partida: sí, hay discriminación

Las mujeres hemos recorrido un largo camino. Hemos luchado muy duro para conseguir ser independientes de nuestros maridos y padres. Hemos luchado contra milenios de trato desigual ante la ley. Pero nuestra libertad aún sigue siendo restringida por políticas gubernamentales equivocadas. Todavía quedan batallas por ganar^[1].

VERONIQUE DE RUGY.

Probablemente, la discriminación —no solamente hacia la mujer, sino en general— existe desde que existe el ser humano. La palabra discriminación no tiene en sí misma una connotación negativa. Por ejemplo, la fidelidad en la pareja implica discriminación en el afecto y en la actividad sexual: solamente contigo. La propiedad privada implica la discriminación respecto al uso y disfrute de un bien, accesible sólo a quienes el propietario decida. La pertenencia a un club supone una discriminación de quienes no son miembros. Y lo mismo sucede en aquellos simples locales donde está reservado el derecho de admisión. La discriminación, en este sentido amplio, sea positiva o negativa, puede darse por muchas razones, que se resumen, en general, en dos: control y prevención. Así que podemos fechar la existencia de la discriminación a la mujer en el momento en que el hombre entendió que la fecundidad era, por un lado, un instrumento de poder frente al pueblo vecino (amigo o enemigo) y, por otro, un medio de control del propio pueblo.

El mito del rapto de las sabinas explica muy bien el juego de poder al que me refiero. Según la leyenda, cuando Rómulo fundó la ciudad de Roma, una vez hubo asesinado a su hermano Remo, se encontró con el problema de la demografía: eran muy pocos. Así que aceptó indiscriminadamente la llegada de todo tipo de personas. Pero solamente acudían hombres. Y, claro, para que la comunidad tenga continuidad en el tiempo hacen falta mujeres a las que unirse. Y por eso, Rómulo mandó delegaciones a las poblaciones vecinas buscando esposas para sus hombres. La empresa no tuvo éxito. Los jóvenes romanos no estaban muy contentos y decidieron que lo que no se gana seduciendo, se gana por la fuerza. Para propiciar una ocasión

adecuada, Rómulo convocó unos juegos en honor a Neptuno a los que acudieron todos los pueblos de alrededor, incluidos los sabinos con sus hijos y sus mujeres, famosas por su belleza. En un momento de los juegos, que para unos se desarrolla durante una carrera de caballos y para otros después del banquete, los solteros romanos secuestraron cada uno a una mujer sabina, mientras los romanos casados impedían reaccionar a los maridos, padres y hermanos agraviados y los echaban de Roma. Pero, para aceptar casarse, las mujeres sabinas pusieron como condición no tener que ocuparse de las tareas del hogar, excepto de la de tejer. Y los hombres romanos aceptaron el trato, y proporcionaron esclavas a las mujeres sabinas. Por supuesto, Tito Tacio, el rey de los sabinos, y los hombres de su pueblo no quedaron contentos, y atacaron Roma para recuperar a las mujeres secuestradas. En medio de la batalla, las mujeres sabinas casadas con romanos «mesándose los cabellos y con las vestiduras desgarradas, vencido el natural pavor mujeril al peligro, se atrevieron a meterse en medio de la lluvia de flechas^[2]», dice el antiguo historiador romano Tito Livio, y pararon la batalla entre sus padres y hermanos, de un lado, y sus maridos, de otro, aunque solamente fuera por el bien de su descendencia, ya que los hijos de las sabinas eran nietos y sobrinos de unos e hijos de los otros.

La discriminación como control

La fertilidad es un importante instrumento de poder, como ejemplifica el mito del rapto de las sabinas. Por eso, en las guerras se viola a las mujeres, que es la mayor ofensa a la mujer y a la sociedad entera. A la mujer se la ofende por obligarla, por usarla y humillarla, y a la sociedad, porque se mezcla la sangre. Y eso, en los pueblos primitivos no era cualquier cosa.

Me encantaría decir que, hoy en día, en nuestras modernas sociedades, estos argumentos tan rancios ya no existen, pero, lamentablemente, siguen estando vigentes en algunos aspectos. El extranjero, esto ya lo sabemos, es el mejor chivo expiatorio y «explicatorio», como dirían *Les Luthiers*. Y tal vez podríamos conceder que es cierto que hoy no se venera la pureza de sangre (aunque yo conozco a alguien que alardea de tener sangre noble desde hace once generaciones), pero lo cierto es que los padres miran con lupa a los yernos y a las nueras en busca, en muchas ocasiones, de afinidades exageradas. Por supuesto, los padres quieren lo mejor para sus hijos y, especialmente, para sus hijas. Los padres de las doncellas sabinas también. Así que estamos en el mismo sitio: además de cariño por nuestros hijos, tenemos una preocupación «animal» inconsciente por asegurar la mejor descendencia de nuestra especie. Otra cosa es que la sangre, la religión, el estatus social y económico, el barrio en el que vives o si llevas tatuajes o *piercings* sean el mejor criterio para decidirlo.

El otro punto de partida es entender la fertilidad como un instrumento de control económico y social del pueblo. Y ahí tiene mucho que ver la religión. Podemos imaginarnos qué habría pasado si, caminando por el desierto durante cuarenta años, los hombres y mujeres judíos que huían de la esclavitud bajo el liderazgo de Moisés, no hubieran respetado el mandamiento «No desearás a la mujer de tu prójimo». Aquello habría sido una hecatombe. Porque el sentimiento de los celos, el sentido de vinculación entre hombre y mujer, está asociado con nuestra parte más animal y primitiva, de la que tenemos que estar orgullosos en la medida en que nos ha salvado la vida y nos ha permitido adaptarnos hasta ser quienes somos hoy, pero siempre sabiendo que ese «quienes somos» incluye la capacidad para canalizar y controlar la «animalidad». Y lo cierto es que ese vínculo funciona como un dispositivo que actúa

de modo diferente en hombres y en mujeres: él quiere reproducirse lo máximo posible, y, si se une a una mujer y ésta queda embarazada, quiere estar seguro de que esa criatura es suya y no de otro; porque uno va a cazar el mamut, que es una actividad muy arriesgada y con pocas probabilidades de éxito, por su prole, pero no vale que le cuelen un niño que no es suyo. Ella quiere ser fecundada por un hombre que se quede a su lado para que la crianza sea compartida, porque durante un tiempo no va a poder trabajar con la misma fuerza y capacidad de siempre. La resultante de estos dos deseos genera que la mejor solución sea la de formar un núcleo familiar. Así que, a cambio, ella guarda fidelidad, pero tampoco admite la infidelidad de su hombre, no vaya a ser que encuentre una mujer más atractiva o joven a quien fecundar y la deje sola con los críos. La familia es la solución eficiente, y, conforme la especie humana ha ido evolucionando, las familias se han ido organizando en clanes (o familias extensas), tribus, aldeas y pueblos. Y, mucho tiempo después, los crecientes grupos humanos han conformado ciudades y países.

Afortunadamente, esto ha cambiado bastante. No solamente resulta que el mercado laboral se ha diferenciado mucho y que la mujer accede hoy a diferentes puestos de trabajo, sino que, además, las mujeres podemos controlar bastante bien de quién y cuándo nos quedamos embarazadas, con fallos, tal vez, pero no como cuando el hombre cazaba mamuts y la mujer recogía frutos de los árboles. A los seres humanos del siglo XXI, tan modernos y capaces, nos molesta bastante que nos recuerden que tenemos un cerebro más preparado para lo primitivo que para lo moderno y que aún nos quedan vestigios de aquellos «circuitos neuronales» o hábitos mentales inconscientes. Y resultaría bastante estúpido juzgar a nuestros ancestros como machistas o feministas; porque ¿podemos decir que Tito Livio era machista porque considerara que las mujeres son débiles y tienen pánico natural al peligro?

Los estudios hablan por sí solos desde hace más de una década. Cuando se analiza la actitud frente al riesgo de hombres y mujeres en aspectos tan diferentes como las finanzas, la seguridad y la salud, el ocio, la ética y las decisiones sociales, resulta que solamente en el ámbito social es en el que no se perciben diferencias entre hombres y mujeres; en todos los demás ámbitos, los hombres tienen una mayor tendencia a asumir riesgos, y las mujeres se comportan de manera más conservadora^[3]. En primer lugar, hay diferencias en lo que hombres y mujeres entienden por «riesgo». Este concepto se conforma en nuestra mente cuando pensamos, en primer lugar, si el resultado de un acto va a producir un perjuicio; en segundo lugar, cuáles van a ser las consecuencias que me va a tocar pagar de ese daño, y finalmente, cuánto vamos a disfrutar de ese acto o de esa decisión. La mayor tendencia al riesgo de los hombres que muestran los estudios (excepción hecha de en el ámbito social) puede deberse a cualquiera de esos aspectos, o bien a una combinación de los tres. Esto no quiere decir necesariamente que el hombre disfrute más de la guerra, pero la percepción de lo que tiene que perder una mujer en una guerra a flechazo limpio contra hombres entrenados es comprensiblemente alta. Y eso explica que, ahora que la guerra es más

tecnológica que física, haya más mujeres dispuestas a entrar en combate, por poner un ejemplo. Y no solamente eso, sino que, probablemente, el Estado Mayor de muchos países se está perdiendo el talento estratégico y táctico femenino. Por tanto, perdonemos a Tito Livio, porque el hecho de que considerara que las mujeres tienen «naturalmente» miedo a la pelea es coherente con el mundo en el que vivía.

La discriminación física: la violencia del fuerte

Las maneras en que se percibe a la mujer y su relación con la violencia han cambiado. Hoy en día, por ejemplo, en Estados Unidos, psicólogos, neurólogos y sociólogos que estudian la violencia entre mujeres obtienen conclusiones curiosas. Cuando no hay un hombre o el que hay no asume su rol, la mujer se encarga del rol masculino.

Este fenómeno suele darse con más frecuencia en muchos hogares de barrios pobres donde no hay una figura masculina que «se haga cargo», en general, del sustento, pero también de la violencia. Entonces, es la mujer quien toma las riendas y defiende la casa y a los hijos y asegura la vida y la comida de todos, y también quien exhibe comportamientos violentos. Cuando se estudia qué mueve a las mujeres violentas a agredir a otras aparece la defensa, pero también, con mucha frecuencia, la reputación. Si te defiendes a palos te ganas la reputación de «malota», con lo cual es más difícil que se metan contigo. Pero no es ésa la única reputación que importa. Las mujeres también sobrevivimos compitiendo. Y lo hacemos menos por el hombre y más por nuestra reputación frente a las demás. Por ejemplo, una mujer que se ha peleado con otra aparentemente por un tema de celos no pelea por el chico, sino porque la rival se comporta como si pensara que ella no cuenta, de modo que se ve impelida a reafirmar su autoridad. Incluso si todo empezó por celos, el comportamiento de esa mujer es de gallito de corral, exactamente como el de los hombres. Con todo y con eso, según los estudios, este comportamiento no es propio de las mujeres. Solamente se da esta situación si la violencia no es ejercida por los hombres, no tanto como monopolio o abuso de poder, sino, de alguna manera, por pura división del trabajo: la defensa implica ejercer violencia, y en nuestras sociedades tendemos a entregar a un solo grupo esa función. Por supuesto que quien detenta un poder monopolizador sobre algo abusa, y no hay duda de que los hombres pegan más a las mujeres que al revés. No hay duda. Pero no es todo blanco o todo negro. En 2014, en un reportaje publicado en la revista *Time*^[4] sobre una condena por violencia a una portera de fútbol con medalla de oro olímpico, la periodista Cathy Young explica con mucho cuidado el sesgo social de la violencia ejercida por la mujer.

Debo siempre dejar claro que no estoy negando la violencia ejercida contra la mujer, ni la justifico. Pero tampoco justifico la violencia ejercida por la mujer hacia otros: hombres, niños, ancianos, familiares u otras mujeres.

Eso sí, de igual modo que, conforme la guerra va siendo más tecnológica que física, las mujeres vamos perdiendo ese pánico del que hablaba Tito Livio, también ocurre que, a medida que la división del trabajo en la sociedad va cambiando, las mujeres nos encargamos de trabajar, mientras los hombres cuidan de los niños, o bien todos hacemos un poco de todo. Asimismo, el ejercicio de la violencia se asigna de modo diferente: se democratiza un poco. Las madres pegan a los hijos; los alumnos, a los maestros; y las mujeres se defienden de la agresión física de diferentes maneras. Sin embargo, la violencia hacia los más débiles sigue siendo una constante.

¿Por qué hacer de ello una cuestión de género? ¿Es un tema de números o es por razones políticas? En todos estos años en los que se ha luchado o se ha hecho como que se luchaba contra la violencia de género como tal, la violencia no ha disminuido. Somos más conscientes de la cantidad de padres, novios, maridos, exnovios y exmaridos que pegan y llegan a matar a sus hijas, novias, esposas, exnovias y exmujeres. Pero, en conjunto, no vivimos en una sociedad menos violenta; además, la violencia se ha canalizado de otra manera: hacia los ancianos, los animales, hacia uno mismo...

En España se dan dos fenómenos. Por un lado, se insiste en hablar de «terrorismo machista», cuando la realidad nos dice que somos el país de Europa con menor número de muertes de mujeres por este motivo. En efecto, una sola muerte es terrible, pero no solamente la de una mujer; una sola muerte violenta resulta inaceptable, sea cual sea el sexo de la víctima. Y ¿por qué se mata a la mujer? Porque es más débil. En España, la tenencia y el uso de armas de fuego están muy limitados, así que la fuerza bruta lo determina todo: el fuerte mata al débil. Por otro lado, se da el fenómeno de que la mala gestión política del problema ha llevado a la perversión de la solución: se ha dado la vuelta a la tortilla, y de nuevo no somos iguales ante la ley, el hombre es presunto culpable.

En un estupendo artículo de enero de 2017^[5], Manuel Llamas explicaba, con datos en la mano, cuáles habían sido los efectos de esto. El artículo en cuestión se engloba dentro de una polémica desatada por las declaraciones de Antonio Salas, magistrado del Tribunal Supremo, quien dijo que no creía que todos y cada uno de los asesinatos cometidos por hombres contra mujeres en los ámbitos del hogar, de una relación o de una ruptura sentimental fueran debidos al machismo, es decir, contra la mujer por el hecho de serlo, por ser consideradas, por sus agresores, carentes de los derechos mínimos de libertad, respeto y capacidad de decisión. Lo que sucedió entonces fue una locura, porque se le atribuyó a dicho magistrado haber negado los asesinatos y casi defender a los agresores. Y solamente porque había cuestionado la raíz del problema. Así que Manuel Llamas decidió ahondar en las cifras para comprobar lo que él denomina las tres verdades políticamente incorrectas del

machismo, a saber: 1) España está a la cola en cuanto a violencia de género en Europa; 2) la Ley contra la Violencia de Género, de 2004, no ha resuelto el tema, ya que la violencia es estable; y 3) existen incentivos para presentar denuncias falsas.

La primera verdad políticamente incorrecta se basa en el III Informe Internacional sobre violencia contra la mujer en las relaciones de pareja^[6], realizado por el Instituto Universitario para el estudio de la violencia, Centro Reina Sofía (ICRS) y la Universidad Internacional Valenciana (VIU). Entre otras cifras, por ejemplo, en España, la pareja o expareja ha dado muerte a tres mujeres por cada millón de mujeres al año, entre 2000 y 2006; en Europa, a cinco; y en América, a ocho. (Esos datos se elaboraron en 2010). Llamas acude a los datos de la macroencuesta publicada en 2014 por la Comisión Europea para ver qué ha pasado desde entonces, y el resultado lo explica así:

Una vez más, los datos, correspondientes a 2012, son significativos: el 12 por ciento de las españolas mayores de 15 años reconoce haber sufrido «violencia física» al menos en una ocasión por parte de su pareja a lo largo de su vida, lo cual es terrible, pero la cuestión es que se queda lejos del 20 por ciento de media existente en la Unión Europea. De hecho, España ocupa el último puesto del *ranking* europeo en esta categoría, asociada directamente con el maltrato.

Pero no es ese dato lo sorprendente, sino el hecho de que, al medir la percepción de la gente, resulta que los españoles creemos que la cosa está mucho peor de lo que está, y estamos a la cabeza en cuanto a percepción del problema. ¿La causa? Llamas explica cómo los medios de comunicación, por razones políticas a menudo, exageran estadísticas, ofrecen datos de manera sesgada y crean alarma.

Pero no solamente es Manuel Llamas quien mantiene esta opinión, sino que el propio informe antes mencionado parece verse obligado a precisar lo siguiente:

Habrà quien asevere que, bajo el término «feminicidios», países distintos engloban crímenes diferentes; que, por ejemplo, en países como Finlandia (al que hemos citado varias veces), los feminicidios abarcan también los suicidios en que han incurrido mujeres inducidas por el maltrato de género que venían padeciendo. Puedo asegurar que no es así en el caso de este informe. Por feminicidios en Finlandia se ha entendido lo mismo que en España: muertes violentas de mujeres perpetradas por terceros.

Es decir, que un centro de investigación se vea en la necesidad de abrir el paraguas por lo que le pueda caer desde los medios de comunicación al exponer los resultados de su estudio dice mucho de la mala labor que están desempeñando esos medios, así como del miedo que existe a hablar con claridad.

Respecto a las cifras de éxito de las políticas contra la violencia doméstica, basadas en los datos del Ministerio del Interior y de la Asociación de Juristas Themis, es lamentable decirlo, pero el número de mujeres asesinadas por sus parejas oscila, sin variación, entre sesenta y setenta desde 1999. No hay una reducción significativa a lo largo del tiempo. ¿No habrá que hacer algo diferente?

Una cuestión que atrae mi atención es la de las llamadas «mujeres maltratadas técnicas», que es un concepto que aparece en los informes de los últimos años. Se

trata de mujeres que, pese a padecer una situación de mayor o menor sometimiento en el ámbito familiar, no se consideran a sí mismas como maltratadas. Sería interesante comprobar cuántas de ellas pertenecen a otras culturas, su nivel económico y qué tipo de maltrato es el que no reconocen como tal, así como si esa falta de reconocimiento se debe a sus costumbres o al miedo.

Finalmente, el artículo de Llamas trata el tema más polémico de este problema: las denuncias falsas, y también la responsabilidad que tiene la nueva ley de 2004 como posible incentivadora del aumento de tales denuncias.

La primera vez que oí hablar de denuncias falsas pensé: «¿Cómo va a inventarse una mujer una cosa así?». Podemos negar que suceda, que algunas mujeres denuncien algo que no ha ocurrido. Y también podemos negar que haya mendigos que finjan una minusvalía, que haya madres que usen a sus hijos y los alquilen para que otras personas los usen de cebo por las calles, o que haya personas que declaren no trabajar ni tener ingreso alguno para poder cobrar ayudas asistenciales mientras viven de hacer chapuzas. Pero todo esto está pasando cada día.

El caso de la violencia es especialmente terrible, y, en particular, cuando se produce un daño moral de larga duración y, a veces, irremisible. Además de los cambios en la clasificación de delitos de género, lo que verdaderamente abrió la puerta a las denuncias falsas fue que, en la ley de 2004, se contempla como delito el maltrato psicológico, lo cual me parece muy bien, porque es un tipo de violencia no agresiva físicamente y que, sin embargo, causa unos daños terribles. Pero dicha ley establecía, además, que se crearan tribunales especiales para delitos de género, en donde se presupone la culpabilidad del hombre, de forma que, incluso sin la declaración de un psicólogo, el hombre parte como culpable. Así, el hombre no es ya inocente hasta que se demuestre lo contrario, sino al revés. Las críticas de las asociaciones de jueces ante esta realidad no han servido para nada, a pesar de ser una transgresión muy grave de los principios básicos del derecho en los países civilizados.

Por otro lado está la asociación que se hace del maltrato a mujeres con las demandas de divorcio. En muchas ocasiones, la relación entre la demanda de divorcio y el maltrato es clarísima, y hay que agradecer a las mujeres y a los hombres que cambiaron el *statu quo* y lucharon por la aprobación de la ley de divorcio en nuestro país. Muchas mujeres han estado atadas a un hombre que abusaba o las denigraba y se han visto obligadas a cargar con ello por haber nacido y vivido en el momento equivocado, en los años en los que el divorcio estuvo prohibido en España. A pesar de todo, aún quedan cosas por mejorar, y todavía hay prejuicios. No es que hoy en día a la mujer divorciada se la vea diferente que a las casadas, de manera general, pero yo he vivido en primera persona una situación en la que un propietario de un piso me pidió el aval de mi padre, además de mi nómina, por ser madre trabajadora y divorciada, tal y como me explicó mirándome a los ojos. Y también he tenido que escuchar la explicación de un hombre que me contaba que la mujer divorciada es una

tentación para el hombre casado y una amenaza para la esposa. Como si las mujeres divorciadas estuviéramos al acecho. Nunca me ofendo por este tipo de comentarios, que delatan más bien la insatisfacción de él y la inseguridad de ella que otra cosa; pero, en el siglo XXI, y en un país donde los divorcios son el pan nuestro de cada día, estos comentarios son sintomáticos de que hay rescoldos en determinados sectores de la sociedad.

Pero, volviendo al cambio en la legislación, las asociaciones de jueces críticas respecto a los problemas que ha generado la ley de 2004 en la resolución de casos de divorcio han señalado que éstos abarcan desde las medidas cautelares desproporcionadas, la custodia de los hijos, etc., hasta las ayudas económicas y las ventajas jurídicas de las denunciadas, y desde antes incluso de que se dicte sentencia. Quienes sepan qué pasa cuando una pareja se divorcia «mal» y se pierde el sentido común, entenderán que se dispararan las denuncias de maltrato, especialmente psicológico, y promovido muchas veces por los abogados. Y es seguro que, si esa misma ley se refiriera al hombre en vez de a la mujer, habría pasado lo mismo, porque de lo que se trata es de los incentivos que crea esa ley. No se trata de no proteger a las mujeres maltratadas ni de considerar que todo son denuncias falsas, y tampoco de que ninguna lo es. Se trata de solucionar el problema de la violencia.

Y la pregunta del millón es, si el objetivo de nuestras acciones está claro, ¿luchamos contra la violencia en general o contra la violencia hacia un sector de la población? Desde mi punto de vista, por sus consecuencias, resulta mucho más terrible la laxitud con la que se contempla la violencia hacia los menores, en el hogar y fuera de él, la física, la verbal y la psicológica, debido a los efectos a largo plazo que tiene sobre los niños y sobre la sociedad del futuro. Las niñas maltratadas y los niños maltratados no reaccionan igual ni superan los traumas o los problemas de la misma forma. Esa madre que le da azotes a su hijo porque está desbordada y se deja llevar por la rabia está siendo un modelo para su hijo varón y le está enseñando que quien te quiere puede descargar su rabia contigo, y no pasa nada, te sigue queriendo más que nadie. Es tu madre. Y éste es el momento en el que muchos pensarán «un azote a tiempo no hace daño», y entonces les responderé que muchos hombres que acaban dando palizas a sus novias o hermanas empiezan por decir «no le he dado muy fuerte, no es para tanto».

La violencia se lleva dentro y, además, se aprende. Las campañas que criminalizan a unos o a otros no valen de nada porque se trata, por un lado, de concienciar a toda la población y, por otro, de ofrecer alternativas. Y no justifico nada, pero por ponernos en los zapatos del otro, pensemos en un hombre sin trabajo, frustrado porque lleva dos años sin traer un plato de comida a su hogar, que se emborracha sistemáticamente y que llega por la noche a casa y se encuentra a su hijo peleándose con el hermano y haciendo ruido (lo normal en cada familia), y a su mujer atosigándolo porque está tan frustrada como él, un hombre que se enfrenta a la pobreza y a la desesperación en la que él y su familia están sumidos, sin ser capaz de

ver la luz al final del túnel. ¿Es normal que se líe a azotazos con lo que pille? No es moral, no está bien, pero, en ese entorno, puede que sea lo normal. Y al día siguiente hará y dirá lo que sea para justificarlo. Si le ha dado un bofetón al niño, pues dirá que es porque es muy revoltoso. Si le dio un puñetazo a la mujer, será porque ella lo ha sacado de quicio. Todo ello es una burrada descomunal, pero desgraciadamente es la realidad de muchas familias. Y ese padre es una marca en el inconsciente de los niños. Una marca que, además, es distinta en el hijo que en la hija. Porque somos diferentes. Y es diferente la manera en que asumimos y vivimos nuestros instintos. Por supuesto, este relato particular no vale para todos los casos. Como contrapunto, conozco el caso de un médico de clase media acomodada que pegaba a su hija desde los cuatro años. Y aún hoy, a un año de acabar la carrera con un expediente impecable, aquella «niña» no identifica que su padre la maltrata hasta que le preguntan: «¿Te pega con la mano abierta o cerrada?». Y ella responde que con la mano cerrada, mientras cae en la cuenta de que, más que un bofetón, eso es un puñetazo. Esa joven, con el tiempo, también fue maltratada por su hermano, que aprendió de su padre; y ella no se defendió, como tampoco vio que lo hiciera su madre, la mujer del médico, agredida también por su marido. Nunca nadie se dio cuenta en el entorno de la joven; y, en su entorno cercano, el que lo sabía callaba. A su boda fue la familia al completo, y ella, a día de hoy, dice que ha perdonado al padre^[7].

La violencia siempre deja una huella imborrable, distinta en cada persona, pero la deja. Y si es distinto según los sexos, también lo es según las edades, la personalidad, el entorno... Por ejemplo, hay niños que no han recibido palizas, sino que la violencia física ha consistido más en gritos y algún azote ocasional, algo que, a pesar de parecer leve, ha provocado que se desarrollasen síntomas psicológicos a consecuencia de ello. Es decir, que generalizar es peligroso. Lo es casi siempre, pero en temas relacionados con la psiquis humana, mucho más. ¿Por qué entonces centrarse en la mujer? ¿Qué pasa con los hombres maltratados? ¿Y con los niños? ¿Y con los ancianos? Cada vez que se ponen encima de la mesa estas preguntas se corre el riesgo de que te salten a la yugular determinados grupúsculos de feministas excluyentes, incapaces de razonar y sin ganas de cuestionarse nada que se salga de su «catecismo», radicales que te acusan de negar el maltrato a la mujer o de quitarle importancia. Y no es así. La violencia en el hogar, hacia la mujer sobre todo (por ser el grupo más numeroso), pero también hacia cualquier miembro de la familia, tiene efectos sobre todos, especialmente en los niños, incluso si no reciben ni un solo golpe.

En los países más avanzados de Occidente, en las sociedades urbanitas, menos ancladas en modos del pasado, puede ser que las cosas estén cambiando, aunque yo a veces lo dudo^[8]; pero, fuera de este micromundo, hay lugares donde se reproduce el mismo esquema que favorece la violencia. No hay que irse muy lejos. Es más, a pesar de todas las políticas que tratan de prevenir estas situaciones tan ominosas, se ha

logrado muy poco. Y sigue aumentando la cifra de mujeres agredidas, asesinadas, etc^[9].

¿Qué se esconde detrás de esos casos? ¿A qué se debe esa indefensión? Ese fenómeno forma parte de uno mayor que lo contiene y que se fundamenta en el miedo a uno mismo, el pánico moral al individuo. Los ciudadanos supuestamente sofisticados y modernos que vivimos en sociedades avanzadas «sabemos» que no debemos defendernos de la violencia con más violencia. La violencia hay que rechazarla siempre y, por tanto, no hay que defenderse. En cierto sentido, esto es como decirle a las gacelas jóvenes que correr cuando ven un león es de cobardes. Y la violencia está en nuestra sociedad como los leones están en la sabana. Las mujeres de mi alrededor tenemos todo a nuestro alcance para defendernos del padre, del hermano, del novio, del marido o del desconocido que nos agrede. Incluso si vivimos en países donde no hay libertad de tenencia de armas, disponemos de recursos. Pero preferimos hacer *cross fit* que aprender defensa personal, porque mola más. Cuidado, no nos confundamos, hasta que surgió la moda de cultivar musculitos en los jóvenes, nuestros muchachos eran tan incapaces como ellas. Hoy en día, incluso los más coquetos pueden lucir bíceps, pero eso no supone que sepan responder a una agresión. Estamos en una sociedad en la que nos autocensuramos algo que siempre ha sido normal: defendernos de quienes claramente nos atacan. No hay que enseñar a los niños a pegar a otros niños, porque la violencia engendra violencia. Hay que enseñarles a recurrir a la inteligencia, a no ser hipersensibles, a no sobrerreaccionar. Estoy de acuerdo con todo eso. Sin embargo, también creo que, a medida que son mayores, hay que enseñar a nuestros hijos que la defensa es un derecho, que la preservación de tu vida y tu integridad no puede ser cedida así como así, de manera automática. Y menos si el argumento para hacerlo es que hay un ente abstracto que va a velar por ti mejor que tú mismo. No somos autónomos porque no nos enseñan a serlo. Está mal visto. Se diría que una persona autónoma no es social, y no es así en absoluto. Incluso si eres muy independiente, como ser humano siempre necesitas la mirada del otro. Estamos interrelacionados y, el fruto de la cooperación pacífica, que se llama mercado, ha traído la paz y la opulencia que vivimos, así como la posibilidad de cambiar su situación a quienes han nacido en países donde reina la miseria. Pero lo que se nos dice desde las escuelas, los escaños, los púlpitos y las redacciones de noticias es que socializar implica ceder tu soberanía individual, tu curiosidad, tu capacidad para defenderte, para sobrevivir, para trabajar, para superar tus carencias físicas y psicológicas, para hacer de tu diferencia una potencia vital y para convertir tu fragilidad en tu fortaleza.

El tema se extiende más allá de la defensa y la educación de los niños, abarca muchas cosas más, pero hasta aquí llego con el tema de la anulación del ser humano y la inoculación del pánico moral al individuo.

La discriminación en el trabajo

La discriminación laboral se refiere a la prohibición o limitación del trabajo de la mujer. Durante mucho tiempo, el trabajo de la mujer se limitaba a aquellas tareas relacionadas con el servicio: limpieza, comida, cuidado de los enfermos, de los niños, de los ancianos. Pero, en general, a lo largo de la historia, que la esposa no trabajara era un signo de riqueza del marido. Así que un hombre que no era capaz de mantener a su mujer era poco hombre, era un inútil. De esta manera, la discriminación laboral tiene dos víctimas: las mujeres que quieren trabajar y no pueden; y los hombres que no pueden o no quieren trabajar.

El tema del trabajo es muy interesante, porque, además de la discriminación en este sentido, siglos atrás había un enorme prejuicio en función del tipo de trabajo realizado. El trabajo más valorado por detrás de ir a la guerra, era el realizado con las manos. De hecho, cuando empezaron a desarrollarse las actividades financieras, se veía con muy malos ojos a quienes cobraban intereses por préstamos, porque no se concebía tener una ganancia sin trabajar de verdad, sudando la gota gorda. También los comerciantes eran impopulares en la cultura judeocristiana. Recordemos que Jesucristo era el hijo de un carpintero, oficio que ejerció, mientras que Mahoma (dicen despectivamente) «solamente» era un comerciante de camellos. El comerciante no actúa sobre un material y, con esfuerzo, produce un objeto; o no cultiva la tierra y, con esfuerzo, cosecha un alimento. El comerciante, como el banquero, hace dinero de intercambiar, de especular.

Una de las prohibiciones que tenían los judíos consistía en trabajar en la agricultura, por lo que tuvieron que dedicarse al préstamo y al cambio de divisas. Por supuesto, cuando sobresalieron en ese campo, les llamaron avaros y usureros.

Así que la discriminación laboral no se refiere en exclusiva ni mucho menos a la que afecta a las mujeres. Eso no hace que dicha discriminación sea más justificable, pero explica que es un instrumento de poder del que se ha abusado en general. En el caso de las mujeres, por el hecho de ser las que tradicionalmente cuidaban de los niños y la casa, la discriminación laboral ha enraizado por diferentes razones de muy distinta índole. Por ejemplo, porque la religión ha apoyado ese rol familiar de la mujer. En este caso, se trató de elevar y dignificar esas tareas domésticas, lo cual está

muy bien, ya que son muy dignas, pero, al mismo tiempo, no se dejaba libertad a la mujer para elegir. Como ya se ha apuntado, muchos maridos veían cuestionada su función de provisor de la familia si la mujer trabajaba. Con la industrialización, el trabajo de las mujeres de las capas menos favorecidas era lo que permitía alimentar a las familias, porque los salarios eran muy bajos, y porque, por otro lado, al empresario le iba muy bien, ya que el salario femenino era aún menor. En el siglo xx, la incorporación de la mujer al mercado de trabajo ha tenido sus dos momentos clave en las dos guerras mundiales. Alguien tenía que sustituir a los combatientes, y ese alguien fueron las mujeres. El problema vino cuando, acabados dichos conflictos bélicos, las mujeres tuvieron que regresar a su vida en casa.

Aunque intelectualmente la reclamación de la incorporación de la mujer al mercado laboral se remonta al siglo xix, es a mediados del siglo xx cuando empieza a verse como algo «normal». Desde entonces, las mujeres hemos ido ganando terreno y logrando puestos de mayor responsabilidad y salarios más iguales.

¿Y qué pasa en el siglo xxi? En España, la mujer ha avanzado a pasos agigantados en su participación en las universidades, los doctorados, la investigación y el mundo empresarial. También se ha notado un gran cambio en su participación en la política. A pesar de lo cual, la alarma porque la presencia no es igualitaria ha llevado a que algunos partidos políticos adopten un sistema de cuotas, de manera que cada lista electoral esté compuesta por un hombre y una mujer alternativamente: las llamadas listas cremallera.

Además, hay una obsesión tremenda por contar las mujeres que hay en diferentes ámbitos: médicas, ejecutivas, astronautas, ministras, presidentas... Una vez que tenemos la cifra de mujeres que no pudieron acceder a un puesto de trabajo para el que se contrató a un hombre, el problema es atribuir razones a este fenómeno. Otro análisis se refiere a la comprobación de si cobran igual los hombres que las mujeres.

¿Por qué el empleador prefiere a un hombre para determinado puesto de trabajo? ¿Por qué va a pagar menos a una mujer por el mismo trabajo? Tal vez porque puede ser que ella tenga hijos en el futuro, y eso podría subir su coste laboral a largo plazo. Puede ser que le parezca que la mujer es más problemática para ese tipo de actividad. Puede ser que quiera un equipo muy competitivo y crea que una mujer no encajaría. Puede ser que considere que las mujeres se dispersan más porque, aunque vayan al trabajo, siguen pendientes de los hijos y la familia.

No me parece mal el análisis, pero me preocupan las conclusiones. ¿Deben tomarse medidas para que haya más? Si se diera el caso de que existieran distintos requisitos para ellas y para ellos, y que esa causa impidiera que la mujer que quisiese pudiera acceder a determinado puesto, creo que deberían cambiarse las cosas. Pero, si no es así, ¿qué explica que haya cuotas? La respuesta más habitual es que se trata de ayudar a cambiar la mentalidad. Como este tema lo voy a tratar en otro capítulo, quiero dejar aquí un botón de muestra como ejemplo de la mentalidad del siglo xxi en España. Raquel es la jefa de las estibadoras de un puerto de España, que omito

identificar por simple prudencia. Se queja de que los estibadores no las quieren dejar trabajar. Una injusticia, sin duda, porque las labores de estiba han cambiado mucho, se ha introducido maquinaria y no hay razón objetiva para que se las impida trabajar. Pero lo que Raquel explica a la persona responsable del tema es diferente a lo que inicialmente uno puede imaginar. Resulta que las esposas de los estibadores no quieren que sus maridos trabajen con mujeres. Porque Raquel es una mujer atractiva, alta, con un *piercing* en el ombligo, dicharachera, simpática..., y, claro, seguro que los estibadores van a serles infieles a sus mujeres. Mejor que no trabajen las estibadoras. Y los maridos obedecen. No es una ficción, es un caso real.

Para el caso español^[10], según un estudio de 2011 referido exclusivamente a la escasa participación de las mujeres en los consejos de administración, hay determinadas variables que favorecen que haya más presencia femenina en los órganos de decisión. Por ejemplo, que se trate de empresas familiares, o que haya alguna mujer que ya sea miembro del consejo, o que haya más mujeres en los puestos de menor nivel, o que la empresa sea lo suficientemente veterana como para haberse dado cuenta de lo ineficiente de la discriminación.

Tiene sentido. En una empresa familiar, los miembros de la familia van a elegir antes a la prima lista que al primo tonto, porque los conocen a ambos, y no hay prejuicios de partida. El que haya una mujer en el propio consejo tiene el mismo efecto: ya sabemos que las mujeres pueden tomar decisiones y gestionar muy bien, igual o mejor que los hombres.

El que haya más abundancia de mujeres en niveles intermedios es un tema muy peliagudo, porque está influido por las decisiones familiares de la clase media, de las familias burguesas. Ya no se trata de si una mujer en la cima renuncia a algo, se trata de que muchas mujeres de categorías profesionales medias estén ahí, como cantera, para que exista la posibilidad de ser elegidas. Una reflexión acerca de este punto se desarrollará más adelante, cuando hable del llamado «techo de cristal».

Pero ¿estas conclusiones llevan a que hay que coaccionar a las empresas para que incluyan a mujeres en sus consejos de dirección? Probablemente, esto se consigue más mostrando el éxito de las consejeras, rompiendo estereotipos y aportando información pero la coacción tiene, normalmente, efectos secundarios perversos, así que es preferible evitarla.

¿Se discrimina a la mujer en las actividades no profesionales?

En noviembre de 2016, María Cubel publicó un artículo acerca de si los hombres eran mejores jugadores de ajedrez que las mujeres^[11]. Es un tema interesante, porque representa muy bien el tabú de que las mujeres somos menos racionales, menos dotadas para las cuestiones abstractas y teóricas. La autora desgrana perfectamente los entresijos del problema. En primer lugar, los hombres llevan mucho más tiempo practicando este deporte, y hay más hombres ajedrecistas que mujeres. En segundo lugar, los resultados de las mujeres son peores (en valor medio esperado). En tercer lugar, esta diferencia en los resultados depende de la composición de género de cada

partida; es decir, los hombres que se enfrentan a hombres de su mismo nivel tienen una probabilidad de ganar del 50 por ciento, pero, en partidas mixtas (del mismo nivel), la mujer sólo gana en un 46 por ciento de los casos. Como la autora y sus compañeros de investigación no se quedaron tranquilos, decidieron analizar el desempeño de ambos y se dieron cuenta de que la mujer comete más errores cuando juega con un hombre que cuando juega con una mujer^[12]. También comprobaron que, cuando un hombre juega contra una mujer, éste tiende a abandonar más tarde la partida, a perseverar más; y que jugadores y jugadoras cometen más errores cuando están sometidos a más presión, en competiciones más importantes, etc. Sería interesante, como sugiere la autora, realizar experimentos en los que hombres y mujeres jueguen al ajedrez sin saber el sexo de su oponente.

Ése es el estudio. Pero lo más interesante es la conclusión:

[...] Las mujeres en nuestra muestra son muy profesionales. Han alcanzado un nivel de maestría en ajedrez mediante estudio y constancia, y se han autoseleccionado en un campo claramente masculino. Si encontramos diferencias de género en esta muestra tan selecta parece razonable pensar que en otros ámbitos la dimensión de la tragedia debe de ser todavía mayor.

Al hilo de este artículo, mi amigo Adrian Ravier^[13] me contaba la experiencia de Lazlo Polgar y su esposa, quienes decidieron educar a sus hijas de manera poco ortodoxa, con la idea de demostrar que los genios se hacen, no nacen. Polgar, profesor de ajedrez y pedagogo, no estaba interesado en cuestiones de género, sino en la importancia del aprendizaje frente a los genes^[14]. Así que educó a sus tres hijas en casa, e incluyó el ajedrez como materia estrella. Las tres son tres grandes ajedrecistas. Susana, la mayor, es campeona del mundo en categoría femenina, y Judith, la pequeña, alcanzó el grado de Gran Maestro a los quince años de edad. Judith es la única mujer que alcanzó el título de Gran Maestro Internacional; en 1996 estuvo entre los diez mejores jugadores del mundo; en octubre de 2008 ocupó el puesto vigésimo séptimo en la clasificación FIDE (que incluye hombres y mujeres), y ha ganado una partida a Gary Kasparov.

Es decir, como proponía María Cubel, no hay una prueba de que las mujeres tengamos una menor capacidad innata para jugar al ajedrez. ¿Entonces?

Si realmente queremos tener representación en ese deporte, tenemos que ser conscientes de que los hombres nos llevan delantera en los años de práctica. Pero, sobre todo, tenemos que ser conscientes de que somos nuestro peor enemigo. No se trata tanto de que los hombres modifiquen nada, se trata de que las mujeres dejemos de ponernos nerviosas, de desconfiar y de tener un desempeño peor cuando nos enfrentamos a un hombre. La existencia de ligas femeninas, en mi opinión, perjudica a la mujer, porque nos acostumbramos a jugar sólo entre nosotras y, aunque es más satisfactorio porque nos sentimos las «número uno», no es real. Hay que acostumbrarse a jugar con hombres y perderles el miedo.

Lo que me choca es la frase final del artículo, en la que compara la poca presencia

de la mujer en el ajedrez y su peor desempeño con lo que sucede en otros ámbitos, y lo considera como una tragedia. ¿No es un síntoma de inseguridad tener la necesidad de figurar en todos lados, de tener representación (y, además, en la misma proporción) en todos los ámbitos? Yo abogo por que sea cada mujer quien elija el rol que quiere tener en la vida, sin estereotipos. De manera que la que quiera pueda saltarse las costumbres establecidas sin que haya una ley que se lo impida. Soy partidaria de que quienes estén de acuerdo colaboren para eliminar los prejuicios y las piedras en el camino de estas mujeres. Y también creo que los hombres que tratan de cambiar esos roles pagan su precio, se encuentran con trabas y sufren los prejuicios de hombres y de muchas mujeres.

Lo que me parece más llamativo es que, al leer este tipo de estudios, que son muy esclarecedores^[15], no veamos que las riendas están en nuestras manos, que hay muchas cosas que tenemos que trabajar (como la seguridad en nosotras mismas, la decisión, la perseverancia), y que no le demos importancia a que muchas personas piensen antes que nada en cambiar las condiciones externas, en cambiar los parámetros y los baremos, y, en algunos casos, en promulgar leyes de «ayuda» para que nosotras no nos sintamos mal. Forzar la representación igualitaria es una estúpida manera de perpetuar esa sensación de inferioridad.

2

El feminismo genuino es el libertario

La individualidad es algo que no se puede matar. Tal vez en silencio, pero con la misma inexorabilidad callada con la que crece una brizna de hierba, [la individualidad] ejerce su perpetua e invicta protesta contra los dictados de la autoridad^[16].

VOLTAIRINE DE CLEYRE.

Cuando defiendes posturas feministas y libertarias a la vez, te llueven críticas por parte de feministas y de libertarios. Por parte de feministas, por la invasión, como una apisonadora, del espacio de la defensa de la libertad de la mujer, por la izquierda radical. Este fenómeno, que es muy reciente, es la causa de que muchas mujeres que defienden lo mismo que yo tengan escrúpulos a la hora de que se las asocie con el feminismo, «no sea que me confundan». Unas cuantas de ellas van más allá, y rechazan el feminismo ciegamente, se empeñan en generalizar sus ataques e insultan a las feministas en general, aunque el insulto sea el peor argumento, pero el más fácil, y diferenciando, sorprendidas, «feministas que odian a los hombres» y «feministas que no odian a los hombres», como si fuéramos todas unas serpientes con veneno mortal o no mortal.

Por su parte, otras libertarias objetivistas^[17] argumentan (con bastante más inteligencia que las anteriores) que no se pueden reclamar derechos colectivos ya que, en realidad, no existen los colectivos mismos. María Marty^[18], rubia, argentina y randiana, me lo explicaba fenomenalmente de la siguiente manera:

Los derechos individuales son propios de todos, y no de grupos. No hay derechos de los gais, los negros, los cristianos, los ateos, las mujeres y los hombres. El hecho de diferenciarlos admite que puede haber diferencias. El hecho de que a muchas mujeres no se les reconozcan sus derechos individuales, cosa que es cierta, no significa que su defensa deba etiquetarse bajo un nombre diferente a «individualismo». Del mismo modo que la defensa de los derechos individuales de los gais, de los negros o de los judíos no tienen un nombre en particular. ¿Qué diferencia habría entre feminismo, «negrismo» y «gaismo»? Si todos defendemos lo mismo y la base es el individuo, la lucha debería ser por el individuo y el término «individualismo». Si no, sería como dividir la cuestión en luchas como si fuéramos grupos diferentes que defienden cosas diferentes. ¿Debería entonces también llamarme bajo todos los nombres de grupos que defienden sus derechos individuales? Yo siento que no, que debo concentrarme en la defensa de los

derechos individuales de todos y denunciar, eso sí, los casos particulares de violaciones de dichos derechos. Si bien creo que es importante abrir una puerta de esperanza a aquellas mujeres que no tienen nuestra suerte, inspirándolas a pelear por sus derechos individuales, no creo que para ello sea necesario catalogarnos todas como feministas ni tampoco que el feminismo deba ser el tronco central.

Entiendo el punto de vista de María Marty, y estoy de acuerdo en lo principal. Pero el asociacionismo es necesario para vivir. Desde la institución de la familia, las asociaciones de vecinos, los clubs de hinchas de fútbol, los clubs de fans de cantantes y actores, hasta los *think tanks* como el Ayn Rand Institute, pasando por la escuela como institución, la universidad, los partidos políticos, los grupos de oración, las órdenes de caballería o la misma institución empresarial, todas son asociaciones fruto de la capacidad del ser humano para unir fuerzas y luchar por objetivos comunes.

Que los integrantes de un grupo minoritario (desde los anarcocapitalistas hasta los individuos que creen en los humanoides reptilianos) se asocien para ser reconocidos, sin utilizar dinero público, entra dentro de la acción humana, tal y como la defendieron autores como Ludwig von Mises. En realidad, como decía Murray Rothbard en *El hombre, la economía y el Estado*, no hay tal cosa como fines o acciones de grupos, colectivos o Estados. Los grupos no tienen existencia independiente aparte de las acciones de sus miembros individuales. Pero también señala que decir que los gobiernos actúan es simplemente una metáfora. Y, en el mismo sentido, creo que las personas con los mismos fines, aquejadas de los mismos problemas, pueden reunirse y tomar decisiones consensuadas que lleven a acciones individuales coordinadas para lograr un objetivo común.

Y ése es el punto clave que determina los diferentes feminismos.

A lo largo de la historia, el feminismo original ha intentado lograr un fin noble en múltiples cuestiones, como, por ejemplo, en la igualdad de la mujer ante la ley, el acceso a la enseñanza o la visibilidad de los problemas de las mujeres; no de las mujeres como un colectivo, sino de las mujeres como grupo de personas individuales. De esta forma, la defensa de las mujeres, al ser a la par la defensa de cada una de ellas (de manera que cada una responde de su propia defensa), no sería otra cosa que autodefensa; es decir, no estaríamos en ese colectivismo que tanto rechazo le produce a María Marty.

Otra cosa es que este tema se haya politizado, como efectivamente ha sucedido. Hoy día se ha secuestrado el término y se ha pervertido su sentido, y, por desgracia, el feminismo se asocia, en el mejor de los casos, al gasto de dinero público, a las listas cremallera^[19] y a estudios de género que a veces dejan mucho que desear.

No es un problema exclusivo del feminismo. Mucho antes de que se politizara la defensa de la mujer, se politizó lo sagrado, la religión, cuando a los papas y a los emperadores se les ocurrió que sería una buena idea compartir poder civil en vez de disputárselo. Un gran error que la Iglesia paga, para desgracia de los católicos^[20]. La

educación de los niños, el cuidado de los mayores, las tareas del hogar, lo que comes, la manera de vestir, si bailas por las calles..., los ámbitos que han sido tomados por el Estado a través del Gobierno y del resto de las instituciones que lo componen tiende a infinito. Y, en todos estos casos, la politización expone cada área de la vida del individuo al riesgo moral, a la corrupción y a la degradación asociada al reparto del dinero de los contribuyentes. La defensa de la igualdad de las mujeres y de los homosexuales es un ejemplo fantástico.

Hemos pasado de defender que la policía u otros ciudadanos no den palizas a los homosexuales y que nadie legisle sobre con quién se acuesta o comparte su vida el otro a que todos los madrileños financemos un carnaval mundial gay en la ciudad. Hemos pasado de defender que la mujer pueda ejercer una actividad profesional a que las redes sociales se plaguen de anuncios a favor de la técnica de «sangrado libre» menstrual por asociaciones financiadas por todos. La violencia pasiva hacia quienes no piensan como tú, tanto por parte de la derecha más conservadora como por la izquierda más radical, ha llevado a que, quienes son de derechas o de izquierdas, pero no radicales, se sientan asediados. Y es terrible, porque ese grupo, diverso pero moderado, es la mayoría de la población. Los que no somos ni de un lado ni de otro, somos versos sueltos, no contamos; pero el común de los mortales, por afinidad, por costumbre o por lo que sea, se siente más identificado con la derecha o con la izquierda, normalmente sin estridencias, con esa sensatez de quien se toma la política con cierta distancia y se preocupa, sobre todo, de que sus hijos sean gente de bien y de vivir con honradez; y esa gente vota lo que hay. Es esta clase media burguesa la que, de repente, se siente agredida por las facciones políticas más radicales, las cuales buscan levantar polvareda. Y de ahí que, tanto quienes no somos ni de derechas ni de izquierdas en absoluto como quienes lo son pero moderadamente, nos sintamos como el queso del sándwich. Y es por eso que muchas mujeres, tanto españolas como de varios países latinoamericanos, no quieren que se les asocie con la palabra feminismo.

Mi amiga Cecilia Olive^[21] es una de estas mujeres. Ella resumía su problema respecto a la etiqueta «feminista» en una nota en la que se refería al feminismo solamente como «feminismo de hoy en día». Para ella es una batalla perdida intentar recuperar la bandera del feminismo y rehabilitar la palabra «capitalismo». Tal vez sea así. O tal vez no lo sea. La nota de Cecilia podría haberla escrito yo, o cualquiera del numeroso grupo de mujeres, libertarias o no, que defienden cosas muy parecidas a lo que yo defiendo. Y acaba con una declaración de intenciones con la que no puedo estar más de acuerdo^[22].

Mi batalla es por los derechos individuales, y creo que todos, cada individuo, hombre o mujer, tiene el derecho inalienable a su vida y a la búsqueda de su propia felicidad.

Este capítulo tiene como objetivo reivindicar aquello por lo que lucharon las mujeres libertarias, las anarquistas, e incluso algunas que, siendo socialistas en el siglo XIX,

defendían lo mismo que Cecilia y yo defendemos. No es una historia de los orígenes del feminismo, en absoluto, ya existen unas cuantas muy bien documentadas y detalladas. Es solamente un rápido recorrido para poner de manifiesto el origen de este movimiento.

Historia mínima del feminismo libertario

Como dice Sharon Presley^[23], el feminismo libertario es parte de una tradición individualista, sobre todo, americana. Contrariamente a lo que mucha gente cree, las primeras activistas no eran socialistas, es decir, intervencionistas, sino libertarias. No reclamaban que se emplearan fondos de todos los ciudadanos para defender nuestra causa. Ellas pedían igualdad ante la ley, y eran mujeres duras y que llevaban mucho tiempo plantando cara al Estado. Las primeras de ellas, a mediados del siglo XVIII, fueron Mary Wollstonecraft, en Inglaterra, y Judith Sargent Murray, en Estados Unidos, las cuales se centraron en la igualdad en la educación de las mujeres y cuyas reclamaciones respondían sobre todo a los problemas personales que ambas tuvieron que sobrellevar.

Ambas fueron las inspiradoras de otras feministas individualistas estadounidenses, como Elizabeth Cady Stanton, Susan Brownell Anthony o Matilda Joslyn Gage, autoras, en 1881, de la primera historia del movimiento feminista. Estas mujeres no solamente luchaban por una educación igualitaria, sino que también eran sufragistas y abolicionistas. Es decir, no formaban un *lobby* feminista como los actuales, sino que trataban de defender las libertades individuales de las personas; y, en aquellos momentos, en su micromundo, las puntas de lanza para ello eran la educación, el derecho al voto y el fin de la esclavitud.

A lo largo del siglo XIX, las feministas anarquistas de Estados Unidos defendían la idea de que el sexo era un asunto sobre el que el Estado no tenía nada que decir. Hay que destacar al matrimonio formado por Ezra y Angela Heywood, que publicaron el primer periódico radical dedicado a promover la libertad sexual en 1872; y a Moses Harman y su hija Lillian, fundadores del diario *Lucifer the Lightbearer* (*Lucifer, el portador de la luz*), que se publicó desde 1883 y durante veinticuatro años. En él se trataban temas como la libertad sexual de la mujer, la violación dentro del matrimonio, la abolición de la licencia matrimonial como imposición estatal, etc.

La misma Lillian Harman dio ejemplo cuando se casó con el también anarquista Edwin Cox Walker sin licencia oficial, sin ser entregada al novio por el padre, quien declaró que ella era la única dueña de sí misma y que él no podía «entregarla»; y además mantuvo su apellido, según Lillian, porque dar ejemplo era un deber moral.

No existía la palabra «feminismo», se hablaba de la «cuestión de la mujer» («*the woman question*»). En algunos lugares eran mujeres socialistas, como la inglesa Harriet Taylor, y su marido, el famoso economista John Stuart Mill, quienes reclamaban el voto, el acceso a la educación y al mercado de trabajo o un control de la natalidad que estuviera en manos de la propia mujer, pero no en todos los lugares fue así. En Estados Unidos, a finales del siglo XIX, grandes representantes del anarquismo individualista, como Benjamin Tucker, abordaron estas cuestiones (entre otras) en su revista *Liberty*, donde escribía Sarah E. Holmes (1847-1929), que fue la principal escritora de su época sobre cuestiones de sexualidad y matrimonio. Holmes fue una feminista radical y anarquista que proponía incluso la abolición del matrimonio. Tucker publicó muchos artículos sobre el matrimonio y el divorcio, escritos por autores anarcoindividualistas, como, por ejemplo, el abolicionista Stephen Pearl Andrews. En el prefacio a su traducción de la novela *¿Qué hacer?*, obra del escritor ruso Nikolái G. Chernyshevski, en 1862, Tucker explicaba que el sentido de ese trabajo que presentaba y al que dio difusión era la defensa de las uniones libres frente al matrimonio indisoluble sancionado por la Iglesia y el Estado.

Pero, por encima de todas estas figuras hay que destacar a Voltairine de Cleyre (1866-1912) y su influyente ensayo de 1890 «Sex slavery». («Esclavitud sexual»)[24], en el que denunciaba el matrimonio tradicional en el que la violación estaba permitida y que perpetuaba una división de roles que esclavizaba a la mujer y que era nocivo para la educación de los niños.

En su discurso «They who marry do ill». («Los que se casan hacen mal»), pronunciado en un debate sobre matrimonio, en 1908[25], De Cleyre asocia la institución del matrimonio habitual de la época con la coacción que impide el desarrollo pleno del individuo. En sus palabras:

¿Cuál es el ideal de la sociedad humana que crece cada vez más, manifestado inconscientemente y también inconscientemente discernido y clarificado? Para todas las interpretaciones del concepto de progreso que se consideren, este ideal parece ser «el individuo libre»; una sociedad cuya organización económica, política, social y sexual debe asegurar y aumentar constantemente la dimensión del ser a sus distintos componentes; cuya solidaridad y continuidad dependen de la libre atracción de los mismos, y en modo alguno de las formas obligatorias.

Tras la muerte de Voltairine de Cleyre, ya entrado el siglo XX, sólo cabe destacar en Estados Unidos a Suzanne La Follette (1893-1983). Su principal libro *Concerning Women (A propósito de la mujer)*, de 1926, es de los pocos tratados de feminismo libertario completo de los años veinte del siglo XX. Tuvo muy buenas críticas por parte de los pensadores libertarios, como su amigo y mentor Albert Jay Nock. Para este autor, el ensayo de La Follette estaba destinado a convertirse en un clásico, uno de esos libros a los que uno recurre cada dos por tres, como herramienta de inspiración en la lucha por la libertad, hasta que se logre vivir en una sociedad libre de verdad, y lo comparaba a las obras de Mary Wollstonecraft, a los libros que siempre tienen la última palabra.

Durante las décadas de 1940 y 1950 hay que destacar a algunas mujeres que defendieron el liberalismo individualista como periodistas y novelistas, pero que no trataron el tema del feminismo en particular, entre otras cosas porque la defensa de los derechos del individuo, desde su punto de vista, incorpora las reclamaciones del feminismo. De manera que, para ellas, luchar por lograr la libertad individual implicaba luchar también por la de la mujer. Entre ellas, hay que destacar a Isabel M. Paterson, Ayn Rand o Rose Wilder Lane.

Desde entonces, y hasta la década de 1970, pocas mujeres libertarias levantaron la voz para difundir las ideas feministas libertarias, y daba la sensación de que la semilla, que sí había dado fruto en el siglo XIX, se había quedado seca en el siglo XX. Sin embargo, en 1973, la periodista y cofundadora del Partido Libertario, Tonie Nathan, fundó la Asociación de Feministas Libertarias (Association of Libertarian Feminists, ALF) en el seno de su partido. Esta asociación, compuesta por hombres y mujeres de diversas orientaciones sexuales, tenía como punto en común entre todos sus miembros la creencia en que el Estado es el enemigo de la mujer, separándose así de la corriente principal del feminismo, que trata de lograr, precisamente, ayuda estatal para alcanzar sus metas. Hoy en día, la asociación está dirigida por Sharon Presley. En su página web queda muy claro que los artículos publicados en la ALF solamente son opiniones y no constituyen la posición oficial de la asociación, excepto en lo que se refiere a la libertad reproductiva. En este punto, se defiende la eliminación de cualquier ley que restrinja la libertad de elegir el método anticonceptivo. Asimismo, se reconoce la responsabilidad conjunta de ambos sexos, y se muestra en contra de que se limite la decisión de una mujer de no seguir con un embarazo no deseado. Desde la década de 1990, además de la actividad de la ALF, con la publicación de libros y artículos, han aparecido otros grupos que tratan de difundir este movimiento en Estados Unidos, como *Ladies of Liberty Association* (LOLA). La aparición de internet también ha favorecido que otras mujeres feministas libertarias expongan sus ideas en blogs más o menos conocidos, como es el caso de Wendy McElroy, Cathy Reisenwitz o Gina Luttrell. Pero no es un movimiento tan influyente como el que fue en sus inicios, y la repercusión de su canal de YouTube o su página de Facebook es limitada, por desgracia. Esta situación se encuadra dentro de la poquísima repercusión del Partido Libertario, que ha visto resurgir una pequeña esperanza gracias al agrio enfrentamiento electoral entre Hillary Clinton y Donald Trump, al configurarse como opción alternativa. Aparte de eso, el líder libertario de los últimos tiempos Ron Paul se presenta con el Partido Republicano, y ese hecho explica por sí solo de lo que hablo. En el caso del feminismo libertario en Estados Unidos, país donde más repercusión ha tenido, es aún peor, porque la corriente principal del feminismo, desde la década de 1970, es la radical, la que recurre al Estado, y muchas mujeres preocupadas por el machismo, por la discriminación, etc., y llenas de buenas intenciones, no tienen otra vía ni otro canal para expresar sus preocupaciones que el que promocionan los partidos políticos mayoritarios, los

medios de comunicación, las actrices famosas, etc., con más o menos sensatez.

La evolución del feminismo en Europa ha seguido otros derroteros. Por supuesto que ha habido mujeres luchadoras que, ya desde el siglo XVIII, han defendido la igualdad ante la ley. Un ejemplo es la francesa Olympe de Gouges, quien, en plena Revolución francesa, reivindicaba que si la mujer podía ser subida al cadalso, también se le debería reconocer el derecho de poder subir a la Tribuna. Murió guillotinado por defender al rey y atacar duramente a Robespierre, y su figura pasó sin pena ni gloria hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando se la reconoció como una de las grandes figuras humanistas de Francia. Como activista política escribió la «Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana» (1791), pero fue en sus obras de teatro en donde plasmó sus ideas abolicionistas (*La esclavitud de los negros o el feliz naufragio*, representada en la Comédie Française en 1792, pero escrita mucho antes) y feministas (*El príncipe filósofo*, 1792).

Después de la llegada al poder de Napoleón, y como reacción a su militarismo, surge en París una corriente de pensamiento iniciada por el conde de Saint-Simon. Sus seguidores no lograron ejercer influencia hasta después de la revolución de 1830, cuando lo hicieron, se caracterizaron por su carácter de secta colectivista y por llevar más allá de las palabras la igualdad de la mujer. Fue al morir el filósofo socialista utópico Saint-Simon, en 1825, cuando sus seguidores empezaron a organizarse. Entre ellos, destacaron Olinde Rodrigues y Prosper Enfantin. Hacia 1830, ya eran un grupo lo suficientemente sólido de activistas como para plantearse un retiro a una granja, donde vivirían en comunidad siguiendo el ideario de Saint-Simon. Es lo que se conoce como la «secta sansimoniana». En su granja de Ménilmontant, los sansimonianos cultivaban la huerta, compartían alimentos, ropas (vestían unos peculiares uniformes) y enseres, estudiaban y trataban de demostrar que sus ideas no eran papel mojado, sino una guía de vida en común. Tuvieron bastante repercusión y, aunque no convencieron realmente, sí atraieron a curiosos que se quedaban mirando cómo trabajaban. El problema apareció cuando la sociedad y las autoridades se enteraron de que en esa comunidad la mujer y el hombre tenían libertad sexual. Se formó un tremendo escándalo y, por supuesto, acabaron detenidos todos y encarcelados algunos^[26].

Respecto al sufragio universal, como en otros países de Europa, en Francia era difícil lograr algún éxito, porque tanto la derecha como la izquierda no estaban dispuestas a conceder el derecho de voto a las mujeres por diferentes razones: los conservadores porque creían que el sitio de la mujer estaba en la casa con los niños, y los partidos de izquierda porque pensaban que las mujeres francesas eran demasiado conservadoras.

Fue Hubertine Auclert, en 1883, quien creó el movimiento llamado El Sufragio de las Mujeres. Tras la caída de Napoleón III, en la década anterior, se abrió una ventana de oportunidad para las mujeres feministas francesas, que se organizaron en asociaciones como la Liga Francesa por el Derecho de las Mujeres, cuyo presidente

de honor era el escritor Victor Hugo. Allí es donde Hubertine Auclert comenzó su activismo. Su lucha por el sufragio fue activa, proponiendo la insumisión fiscal, la huelga de hambre y las protestas callejeras, al estilo de las *suffragettes* británicas y las sufragistas estadounidenses. Hubo que esperar a 1909 para que se estableciera el sufragio universal en Francia.

En el Reino Unido, como era de esperar, la situación de la mujer era mejor; por ejemplo, en 1839, la ley de custodia de los niños permitía a una mujer separada reclamar la custodia de los hijos menores de siete años de edad. A partir de 1857 estaba permitido que las mujeres se divorciaran de sus maridos en Inglaterra y Gales; y en 1870 se promulgó un conjunto de leyes que reconocían la independencia legal de las mujeres casadas (las leyes de propiedad de las mujeres casadas). No es una casualidad que, en el siglo XIX, el Reino Unido viviera la mayor transformación económica y social de la historia, la cual dio paso al capitalismo: la reivindicación de los derechos de propiedad privados, la independencia económica y la igualdad ante la ley pusieron la primera piedra para la eliminación de todos esos privilegios machistas. (En el capítulo 3 se elabora esta idea).

Leyes parecidas que reconocían la independencia legal de las mujeres casadas se fueron aprobando en Francia y en Alemania, poco a poco, gracias a la influencia británica.

Uno de los puntos negros de la situación de la mujer en el Reino Unido en el siglo XIX se refiere a las leyes de enfermedades contagiosas (1864, 1867 y 1869). Al finalizar la guerra de Crimea, hacia mediados de siglo, las estadísticas de enfermedades venéreas en el ejército eran tan preocupantes que las autoridades decidieron tomar medidas. Así que recluyeron a las prostitutas (y a las sospechosas de serlo) en algo parecido a acuartelamientos o residencias, donde tenían que vivir para ser sometidas periódicamente a revisiones médicas. La mujer con algún síntoma de estar enferma era recluida en un hospital especial, donde se le aplicaban tratamientos físicos muy dolorosos y también tratamientos psiquiátricos. Las protestas por el abusivo tratamiento a que eran sometidas las prostitutas se hicieron notar. Y las autoridades empezaron a utilizar estas leyes para reprimir a aquellas mujeres que reclamaban la abolición de tan injusta legislación. Así, la feminista y reformista social británica Josephine Butler (1828-1906), firme defensora de la clase trabajadora y, por ende, de las mujeres prostitutas, fue una de las víctimas de este tipo de represión legal que ocultaba, tras la pantalla del interés público, la intención de legislar la moral. (También se hablará de la prostitución más adelante, en el capítulo cuarto, dedicado al sexo).

Tras una dura y larga lucha, las leyes fueron suspendidas en 1885, y se abolieron en 1886. No es un caso aislado. En Alemania existían leyes parecidas, que fueron abolidas recién comenzado el siglo XX, gracias a la presión de la Organización Sindical de Mujeres Alemanas.

Pero no todas las mujeres reivindicaban la igualdad ante la ley. Por ejemplo, el

sufragio universal no era apoyado mayoritariamente, y muchas mujeres que lo veían mal crearon movimientos antisufragistas. Como ya se ha descrito para el caso francés, el derecho a voto no se contemplaba en abstracto, como una cuestión de igualdad ante la ley, sino que, para una parte de la población, era un logro, necesario o no en función de su utilidad. Las razones defendidas por las mujeres conservadoras, además de la ya mencionada referida al rol femenino, se centraban en la destrucción de la familia, en que iba contra la ley de Dios y en la incapacidad de la mujer para informarse adecuadamente y tener el discernimiento necesario para realizar una elección tan importante. La corriente más benevolente aceptaba que la mujer participara en los comicios locales, pero nunca en las elecciones al Parlamento.

Los parlamentarios franceses llegaron a firmar un documento explicando que la petición del voto femenino iba en contra de la dignidad de la mujer, y que, al ser la mujer diferente, inmadura, influenciabile e inferior, no podía aportar nada inteligente a la vida pública de manera autónoma.

Me imagino que hoy en día aportarían importantes estudios científicos para sustentar sus teorías. Todavía hay quien opina que, efectivamente, al tener la mujer genéticamente tendencias socialistas, su participación en la vida democrática ha sido perniciosa, especialmente a medida que las costumbres se han relajado.

En España, durante la Segunda República, la misma Victoria Kent fue quien, en 1932, pedía el aplazamiento del voto femenino porque no había las suficientes mujeres de izquierda (republicanas) y, sin embargo, había demasiadas conservadoras (monárquicas), y lo hacía con estas palabras:

Entiendo que la mujer, para encariñarse con un ideal, necesita algún tiempo de convivencia con la República; que vean las mujeres que la república ha traído a España lo que no trajo la monarquía: esas veinte mil escuelas de que nos hablaba esta mañana el ministro de Instrucción Pública, esos laboratorios, esas universidades populares, esos centros de cultura donde la mujer pueda depositar a sus hijos para hacerlos verdaderos ciudadanos^[27].

En eso consiste el mal del feminismo de izquierdas, en poner los intereses políticos por delante de la ética de la libertad.

A pesar de la diferenciación entre las feministas radicales y las libertarias, tan necesaria hoy en día, en el continente europeo, de manera más acusada que en Estados Unidos, la lucha por la igualdad ante la ley fue común a libertarias y socialistas durante mucho tiempo.

La profesora de Historia del Pensamiento de la Universidad Complutense, Elena Gallego Abaroa, de quien tuve la suerte de ser compañera todos los años de mi doctorado, ha sido una de las personas que me han ayudado a reflexionar acerca del feminismo en la historia y a considerar la importancia de la lucha por un ideal sin prejuicios. En su libro *Mujeres economistas, 1816-1898*, publicado en 2005, Elena Gallego ofrece una representación de las aportaciones que diferentes mujeres del mundo anglosajón hicieron a la economía en el siglo XIX. En el estudio preliminar, la

autora se pregunta:

¿Son injustos los programas de historia de las doctrinas económicas si no incluyen en sus contenidos a las autoras de textos económicos? ¿Acaso no hubo mujeres que participaron en la construcción de la economía^[28]?

De las cinco economistas presentadas, Jane Marcet, Harriet Martineau y Milicent Garrett Fawcett escribieron tratados de economía en el ámbito de la escuela clásica de economía, y fueron contemporáneas de David Ricardo y John Stuart Mill. Las otras dos, Harriet Taylor, esposa de John Stuart Mill, y Charlotte Perkins Gilman, fueron críticas con el modelo capitalista de mercado de su época, aunque no lo rechazaron por completo.

Por lo que luchaban estas mujeres, algunas de las cuales se definían como socialistas, era por el derecho al voto y por el acceso a la educación, cuestiones que hoy en día son tan obvias que no las valoramos. Son reclamaciones con las que me siento plenamente identificada, y probablemente el 90 por ciento de la población también. Asimismo abogaron por la incorporación de la mujer al mercado laboral, aspecto que ha permitido que las mujeres tengamos autonomía y dejemos de depender del marido o del padre; iguales derechos de propiedad y derecho al divorcio. Para Charlotte Perkins, por ejemplo, la dependencia económica era antinatural, y era partidaria de profesionalizar las tareas del hogar para eliminar la sujeción de la mujer al rol tradicional que se derivaba del matrimonio, que se había convertido en una relación nociva. Ni siquiera las personas más conservadoras pueden defender la corrupción de la institución matrimonial, ya sea como contrato civil o como unión religiosa. Y en eso se había convertido a finales del siglo XIX en muchos casos.

Nada que ver con las reclamaciones del feminismo radical de hoy en día; más bien al contrario, aquéllas eran reivindicaciones bastante libertarias. No creo que ninguna de aquellas mujeres aceptara muchas de las peticiones actuales, tan humillantes y degradantes para las mujeres y que nos depositan en brazos del Estado, del que pasamos a ser dependientes. Y, como decía Perkins, la autonomía económica de la mujer es lo natural^[29].

3

El capitalismo es el mejor amigo de la mujer

El mercado que defiende ha sido el gran liberador de las mujeres (y de los esclavos y de los pobres y de las minorías religiosas y de las minorías sexuales^[30]).

DEIRDRE MCCLOSKEY.

Está de moda. La igualdad está de moda como en otras épocas lo estaba la sopa boba, esa tradición por la que quienes «tenían», ofrecían una sopa caliente a quienes «no tenían». Ahora se trata de igualarnos en el punto de salida. Que ni tu lugar de nacimiento, ni el ambiente familiar, ni cuestiones genéticas sean una razón para tomar ventaja frente al resto. Puede sorprender la comparación, sobre todo ahora que la «caridad» es un concepto tan impopular y que está siendo expulsado a codazos por el de «solidaridad». El rechazo a las obras de caridad proviene de que implica situar al rico, el que ejerce la caridad, en un escalón superior respecto al pobre, el que acude a recibir lo que al rico le sobra. Lo cierto es que así era a veces; había familias que lavaban su conciencia, pero no todas. Era el filósofo holandés Bernard de Mandeville quien recordaba que la vanidad ha sido el vicio que ha provisto de camas de hospital a muchos enfermos necesitados, a quienes, con mucha probabilidad, les da igual si quien financió esa planta del hospital lo hizo virtuosamente o por vanagloriarse y quedar bien. La idea es precisamente que, de la misma forma que sucedía entonces con esas familias que ofrecían comida gratis a los mendigos, ahora también la defensa de la igualdad por parte de estos «clanes» modernos es a veces honesta, pero, otras veces, esos clanes tratan sólo de ofrecer un rostro honesto, mientras mantienen hipócritamente una actitud de superioridad.

Razones para la igualdad

Es una superioridad especialmente moral (pero no solamente) que les habilita como poseedoras o poseedores del criterio y de los motivos por los que hay que defender la igualdad. Por ejemplo, les saca de quicio quienes defienden que «todos somos iguales ante los ojos de Dios». ¿Dios? No. Tiene que ser por otra razón. Una «permitida» por el politburó^[31].

¿Por qué hay que defender la igualdad? Por razón de la justicia, dicen. Tengo mis pegas a esa respuesta, pero, incluso aceptándola de momento, la justicia implicaría que es el mérito el criterio que determina quién lleva la delantera. El que vale, vale. ¿No? Pues no, tampoco sirve esa respuesta. Porque quienes reclaman igualdad para las mujeres por justicia histórica quieren que el punto de partida sea desigual a nuestro favor, para compensar así los años de desigualdad.

Y yo me pregunto: ¿y cuándo se supone que ya se han compensado?; ¿se logrará cuando haya las mismas mujeres que hombres en todo?; ¿y qué pasa con el mérito?; ¿un hombre que valga más ha de quedar dos pasos por detrás para dejar sitio a una mujer que valga menos? Y te dicen: no, es en igualdad de condiciones, cuando ambas candidaturas valgan lo mismo hay que elegir a la mujer para equiparar el porcentaje, es un tema de números. Y ya tenemos el problema. Porque, ¿quién decide quién vale y quién no?, ¿quién si no es la competencia en un mercado abierto donde la exposición no es sesgada y son los resultados los que te avalan?

¿Por qué debe haber tantos hombres como mujeres en un consejo de ministros? Cuando un presidente es elegido tiene el mandato de formar Gobierno, el mejor Gobierno posible, y eso implica que los ministros tienen que ser de su confianza. Sea mujer u hombre, la elección del equipo debe ser neutral y no se puede utilizar esta elección para desagrar a la mujer. Imaginemos que quien ha ganado las elecciones es asexuado o hermafrodita. Lo más probable es que no elija al 50 por ciento de mujeres para su gabinete y al 50 por ciento de hombres, sino que dependerá de la cultura en la que se haya criado y, por supuesto, de las personas que le rodeen. Si en su partido político las personas mejor preparadas son mujeres, elegirá mujeres; si son hombres, pues elegirá hombres. Pero el criterio acerca de quién es más válido para ese puesto siempre debe ser neutral. Aunque se equivoque al escoger quien forma su

gabinete. Porque, puede ser que elija mal, pero no será por el hecho de haber elegido más o menos mujeres, sino porque las personas que ha designado, sea cual fuere su sexo, no sean las más adecuadas, y ello debido a mil posibles razones, que incluyen la capacidad de trabajar en equipo, la formación académica, la capacidad para comunicar asertivamente, etc.

Una mujer que ejerciera de presidenta del Gobierno se encontraría en la misma situación. ¿Debería elegir, por eso que llaman «sororidad», sólo a mujeres para cargos ministeriales? ¿Las mujeres deberíamos confiar más en otras mujeres por defecto?

En una empresa sucede lo mismo. Los que deciden quiénes son los nuevos socios son los socios veteranos. ¿Qué pasa si el consejo de dirección es un grupo de señores mayores, rancios y carcas que solamente confían en otros carcas como ellos? Nada. No pasa nada. Se les irán yendo las mujeres valiosas que podrían haber enriquecido el consejo. Probablemente, sólo alguna mujer tan carca como ellos logre pasar la barrera, y, a veces, será ella la primera que entorpezca el ascenso de las más renovadoras. O tal vez no, como también hemos visto. Hay estudios en los que se aprecia que, cuando una mujer llega a la cima, abre una ventana a otras que vienen detrás, de manera espontánea, no planeada. Lo sorprendente de nuestros tiempos es que la mujer que quiere ascender, que se sabe valiosa y que se siente injustamente tratada, lo esté o no, en vez de emprender una acción por sí misma, pone el tema en manos del Delegado General de Nuestros Males, que es el Gobierno.

El argumento habitual frente a esta idea de la mujer activa es que somos muy pocas frente a muchos. ¿Qué puede una mujer sola (excepto si es Juana de Arco) frente a un consejo de administración de una empresa? Supongamos que puede muy poco, como se suele argumentar. Entonces, ¿qué hacer? Bueno, pues, hay que darse cuenta de que, en los países capitalistas, las empresas pueden ser creadas por mujeres. Que nada impide que una empresa fundada y dirigida por una mujer tenga éxito. Volvemos al tema del ajedrez mencionado en el primer capítulo: ellos llevan más tiempo que nosotras (jugando) y tienen mayoría, pero solamente eso. ¿Vamos a permanecer sin dar la batalla y nos vamos a quedar pegadas a nuestro propio complejo? De ninguna manera.

La actitud igualitaria: las mujeres en Aristófanes

Como hemos visto, hay ejemplos de mujeres poderosas en la literatura, algunas de ellas dirigentes. Pero hay un aspecto notable que me gustaría señalar por la multiplicidad de matices que aporta. Se trata del tema de la mujer en Aristófanes. Este comediógrafo griego escribió dos obras muy divertidas en las que la voz cantante es femenina. Una de ellas es *La asamblea de las mujeres* y la otra es *Lisístrata*. En ambas, mezclando la burla con el sarcasmo, se presenta al hombre ateniense como incapaz de manejar la política y la economía.

Lisístrata es una mujer ateniense que, tras veinte años de guerras, decide emprender una acción conjunta con las mujeres de los demás contendientes para conseguir que los políticos lleguen a un acuerdo y paren la guerra. Esa acción consiste en la huelga de piernas cerradas: no tendrán sexo ni con esposos ni con amantes hasta que no acepten pactar y acabar el conflicto. De esa manera, Lisístrata reúne a las mujeres atenienses, espartanas y beocias y les explica la situación, y, tras convencerlas^[32], juntas realizan una solemne ceremonia en la que juran abstención y toman la Acrópolis.

Por supuesto, los hombres tratan de recuperar el territorio por la fuerza y, finalmente, tienen que ceder a la presión de las mujeres y firmar la paz. La comedia acaba con un banquete donde los enemigos acérrimos celebran el armisticio. A lo largo de la obra, hay diálogos en los que se apuntan datos muy interesantes, incluso teniendo en cuenta que, al ser una comedia, se supone que aparecen distorsionados. Para empezar, resulta curiosa la escena en la que Lisístrata habla con el delegado de la autoridad, que la amenaza para que las mujeres depongan su actitud. Ella se queja de la situación de las mujeres: los hombres en el hogar las tienen marginadas; no pueden preguntar ni opinar sobre las decisiones políticas o militares, ya que, de hacerlo, reciben reproches e incluso amenazas de recibir golpes; no se les permite murmurar; y se les dice que se dediquen a hilar en silencio. Está claro que de la guerra se ocuparán los varones. En contraste, cuando el delegado sigue replicándole, Lisístrata le manda callar. Entonces, él protesta y se niega a callarse ante una mujer con velo en la cabeza, es decir, casada, y la menosprecia por ese motivo. Pero ella se quita el velo y se lo entrega a él, junto con la canastilla de tejer (ambos atributos del

rol de la mujer en Atenas), y le dice que vaya hilando mientras come habas, burlándose descaradamente.

Poderosa Lisístrata, que no se toma en serio al hombre débil aunque la amenace, que sabe del poder de su sexualidad y que es capaz de liderar a un grupo de mujeres de polis enemigas con el objetivo de lograr la paz.

La victoria de las mujeres que cambian el destino de la guerra contrasta con la otra comedia femenina, *La asamblea de las mujeres*, que parte de una situación inicial similar. Cansadas de perder a sus padres, maridos e hijos en una guerra que parecía no tener fin, y ante la incapacidad de los hombres de acabar con esa penosa situación que estaba arruinando la polis, las mujeres tomaron una decisión. Se pusieron de acuerdo y urdieron un plan: disfrazarse de hombres, acudir a la Asamblea y votar para ceder la administración de la polis a las mujeres. Se comprometieron y lo llevaron a cabo. Ciertamente que Praxágora, la que llevaba la voz cantante, una vez ascendida al poder, como máxima autoridad, decide que la ciudad será una comunidad sin propiedad privada, pero es un detalle que, aunque importante, no debe apartar nuestra vista de algo más relevante; podría haber sido una Ayn Rand de la Grecia del siglo IV a. C. La cuestión es que no se quejaron al dios correspondiente para que mandara un castigo a nadie. Ellas se hacen con la Asamblea. Y les cuesta: tienen que robar los zapatos y la túnica a los maridos, disfrazarse, salir de sus casas escondidas, disimular los andares y la voz femenina para no ser reconocidas y elaborar un discurso creíble para lograr la mayoría de votos. La mujer es débil físicamente, pero imaginativa.

En realidad, la asimetría entre los débiles y los fuertes se ha repetido a lo largo de la historia desde David y Goliat. Así surgen los sindicatos (antes de ser subvencionados por los gobiernos), las asociaciones de vecinos, las mismas Cortes, como unión de nobles frente al rey. La unión hace la fuerza y, de la misma forma que existe una tendencia a la concentración de poder, también se observa la misma tendencia pero de sentido opuesto, a contraponerse a lo establecido, a la mayoría, al poderoso. Es problemático, sin duda, porque hay que ponerse de acuerdo, hay que saber presionar. Pero, aunque más lento, es un método mucho más sostenible a largo plazo que darle las armas a un tercero para que vele por tus intereses. Es la «empresarialidad» y el mercado libre frente a la intervención y el privilegio, es decir, estamos ante el mismo dilema que dio lugar al capitalismo y derrocó la perversión que era el mercantilismo.

Lo terrible es que, en el siglo XXI, el «dios» al que elevan sus ojos las mujeres que se sienten injustamente tratadas en sus empresas o fuera de ellas es el Estado, una abstracción que, en la realidad, se materializa en las personas que componen el Gobierno y el Parlamento. Es en ese dios todopoderoso, con cargo a los impuestos de los ciudadanos, en el que delegan su respuesta a lo que ellas, subjetivamente, consideran una injusticia y una afrenta. Subjetivamente, porque no es igual para todas. Yo conozco mujeres que se molestan cuando se hacen diferencias, pero su

ofensa no es lo suficientemente intensa como para hacer algo, porque prefieren la estabilidad de lo conocido al cambio incierto. Y, finalmente, se acomodan a la situación. Yo no las juzgo, pero otras muchas sí sienten que tienen la superioridad moral de decir algo a las mujeres acomodaticias.

La igualdad hipócrita

Como si fueran las representantes universales de todas las mujeres, como si fueran militantes de un nuevo supremacismo de carácter «hembrista», son las feministas excluyentes, habitualmente de izquierda radical, que parece que han elaborado un índice de pureza feminista-femenina. Y, en función de su criterio, una cualifica o no como mujer. Probablemente, para ellas soy muy poca mujer. Pero no me culpan directamente, como sí hacen con los hombres, no culpan a esas mujeres que se sienten discriminadas pero a las que no les merece la pena montar un lío en el trabajo. Ellas son excluyentes pero condescendientes a la vez, lo cual es una gran soberbiada, cargada de hipocresía, como la falsa modestia. Las que no pensamos como ellas estamos sometidas por el heteropatriarcado. A mí me costó un rato entender de qué hablaban. Pero este término, «heteropatriarcado», es dañino porque encierra varias cosas en la misma palabra. Se refiere a una mentalidad que aúna el machismo y la homofobia. Hasta aquí, yo también lo rechazo. Lo malo es cuando hacen equivalentes patriarcado y machismo. Esta mentalidad machista en la que se asienta Occidente, porque nuestra civilización es patriarcal, es a la vez el caldo de cultivo en el que uno nace.

No he hecho una investigación profunda, pero creo que no hay lugares donde no exista heteropatriarcado, al menos actualmente, más allá de las mosuo, en China, o de las juchitán, en México, que conforman sociedades matriarcales. E ignoro igualmente si son comunidades homófobas o no, de manera que pudiera asociarse el matriarcado con la homofobia. De manera que cualquier persona, hombre o mujer, nacidos en nuestra sociedad, está educada en el heteropatriarcado. Eso te hace machista por defecto, pero no te hace necesariamente culpable del todo. Si eres mujer, como yo, te hace víctima, si eres hombre te hace explotador. En mi caso, para dejar de estar abducida por mi propia educación, tengo que tener la suerte de ser iluminada por aquellas mujeres que son conscientes del horror que supone esa condición, sobrevenida por nacimiento, para ser yo también consciente y, a mi vez, iluminar a otras hermanas en una suerte de «sororidad» o hermandad de mujeres iluminadas, superiores moralmente. Es una nueva versión de la redención del pecado original, pero, esta vez, el mesías es la hermandad de mujeres. La palabra no existe aún en el

Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española. En francés, italiano y otras lenguas procedentes del latín, las palabras «hermana» y «hermano» tienen raíces diferentes al castellano (*frère/fratello*, *soeur/sorella*, estas últimas del latín *soros*, *sororis*). Parece que las feministas posmodernas del siglo XXI han decidido que tiene mucho más empaque poseer una palabra propia para hermandad, similar a la de fraternidad (no sé el equivalente a «fraternal», y tampoco si estas supremacistas femeninas se dan abrazos «sororales» en vez de fraternales). La intención que se percibe en la definición de sororidad que ellas mismas aportan lo refleja todo: no es buena, es buenista. La sororidad sería una dimensión ética, política y social del feminismo contemporáneo, que habría de servir de paraguas para contener y acabar con las injusticias del heteropatriarcado.

Todo es precioso, hasta que, delante de las palabras grandilocuentes que hablan de «poderío de género» o «empoderamiento de cada mujer», aparecen pancartas pidiendo «machete al machito», donde son ellas las que definen los dos conceptos: machete (castigo) y machito (reo). Y así, tratan de despertarnos, lanzando mensajes de culpa al hombre y de condescendencia al resto de las mujeres que (¡oh, cruel destino!) no hemos sido tocadas con la gracia del entendimiento. Mi situación en este punto es especialmente terrible, porque me produce cierto rechazo esa sororidad, no por rechazo a las demás mujeres, en absoluto. Es porque las soluciones tipo «Fuenteovejuna» no me van^[33]. Algunas creemos más en la lucha por los derechos del individuo.

Si a las hermanas iluminadas les dices que crees en el mercado como camino para salir de la pobreza, para lograr la autonomía económica de la mujer de manera no coactiva y moral, prepárate. Se les va a olvidar la sororidad y te van a insultar con apelativos de lo más machistas. Definitivamente, para ellas no cualificas como mujer.

La realidad es que el patriarcado no es sino la manera en la que las sociedades se han organizado, pero no necesariamente implica opresión ni machismo. No deriva de la coacción, sino de la división del trabajo desde la época prehistórica, de la especialización debida a las diferencias físicas que existen entre los hombres y las mujeres, y que incluyen las reacciones psicológicas, la cognición y todo lo que depende de la química del cerebro. Y ese patriarcado ha evolucionado. Si hay sociedades en las que esa evolución ha derivado en el sometimiento de la mujer, la aceptación social de la agresión a la mujer y cualquier tipo de injusticias, eso no se debe al patriarcado, sino a otros factores. Imaginemos el caso contrario: resulta que, debido a las diferencias físicas, la sociedad está dominada por la mujer. Habrá sociedades en las que ese matriarcado evolucionará armoniosamente, y otras en las que no lo haga. ¿O se trata de demostrar que el hombre es malo por naturaleza y la mujer buena? Eso es lo que transmiten quienes rechazan el patriarcado tan rotundamente. Esto es un error tan grave como suponer que los pobres son buenos, necesariamente, o que los hermanos pequeños son rebeldes porque así está estipulado.

El patriarcado ha evolucionado, igual que han evolucionado la familia, las estructuras sociales y hasta las religiones. Afortunadamente, la vida es dinámica, y eso permite la superación de las injusticias históricas y la regeneración social. El hombre cazaba mamuts; y cuando dominamos las especies vegetales y apareció la agricultura, su trabajo fue necesario por su fortaleza, la misma que explica que se hiciera guerrero y protegiera a la tribu. Las mujeres cuidaban de los hijos y de los mayores, se quedaban manteniendo todo en orden, eran el centro de información, las psicólogas, la parte empática de la sociedad, sabían observar la naturaleza y recogían los frutos (algunos autores les atribuyen el dominio de las especies vegetales que llevó a la agricultura). Hasta aquí no hay nada denigrante para nadie. Que esas funciones generaran una toma de decisiones diferenciada no es necesariamente malo, ni implica minusvalorar a los hombres ni a las mujeres, porque todas esas decisiones, todas esas funciones, permitieron una vida mejor para toda la tribu. El patriarcado es eso. Lo que ha generado sometimiento es el deseo de controlar la población, no por los hombres, sino por los jefes de la tribu o los brujos de la tribu, fueran hombres o mujeres, sacerdotes o sacerdotisas. Si saltamos en el tiempo, fueron las leyes arbitrarias de los monarcas, de los señores feudales y de las autoridades religiosas las que trataban de mantener dominada a la mujer, como instrumento de la fertilidad. Las razones eran diferentes: laborales, militares, políticas. Como recuerda Sarah Skwire, el eslogan feminista «La mujer necesita al hombre lo que un pez a una bicicleta» debería cambiarse por «La mujer necesita al Estado lo que un pez a una bicicleta^[34]».

El cambio en el control de la población y la fertilidad está de nuestra parte, la mujer no es mujer por tener hijos. Las cosas están cambiando. Pero poner a los hombres en la diana es peligroso.

El resultado es la estigmatización de un grupo de personas. Y, de la misma forma que la aparición del nazismo no define al pueblo alemán, la existencia de maltratadores no define al hombre en general. Ni las feministas excluyentes representan a las mujeres. No es nada sano demonizar al hombre porque, a lo largo de la historia, en nuestra sociedad, la organización haya relegado a la mujer y haya sido injusta con ella. Especialmente porque, si el control de la fertilidad fue el origen, quienes colaboraron en mantener esa situación también fueron féminas; también somos las mujeres las adalides de ese patriarcado. Las madres, las suegras, las profesoras..., todas tienen una responsabilidad; la educación tradicional machista no se debe exclusivamente a los padres. Hemos sido las mujeres las que hemos llamado fresca a otra que viste más moderna, o que no sigue las pautas a las que nos han sometido a nosotras, o a la que simplemente tiene otras costumbres. No sólo eran los hombres los que, en este país, en otras épocas, le decían a los chicos que viajaban al extranjero y volvían con el pelo más largo de lo habitual: «Córtate esa melena, que es de maricones». También eran las madres quienes, de otra manera, le decían: «Qué guapo estás con el pelo corto, como los hombres». Estas frases encierran prejuicios que han hecho mucho daño. Quienes han explicado a las hijas la necesidad de casarse

con un buen partido han sido más las madres que los padres. No es el machito, es la sociedad. Dentro del patriarcado, las cosas se han puesto feas precisamente cuando ha habido un Estado por medio que ha decidido legislar cómo deben organizarse las personas en su ámbito privado.

Pero, al «patriarcado», el término que el feminismo excluyente utiliza para inculpar al hombre, se le ha añadido el prefijo «hetero», para incluir a quienes discriminan a homosexuales, transexuales y bisexuales. Yo soy partidaria de leyes iguales para todos, incluidas las del matrimonio y de la adopción. Estoy por la normalización. Es decir, que no sea noticia que alguien es gay, que eso deje de ser tema de conversación. Lo que estamos viviendo en muchos sectores es, por desgracia, cualquier cosa menos eso. Por un lado, al igual que ha sucedido en el feminismo, la defensa de la libertad de los homosexuales, bisexuales y transexuales ha sido politizada y dominada por grupos que tienen más ambición política que sentido común. La radicalización de las reclamaciones ha llevado a que muchas personas homosexuales que solamente quieren vivir una vida tranquila se vean (de nuevo) sojuzgados. En algunas ocasiones, hay homosexuales que no se unen a esas reivindicaciones politizadas porque no se sienten identificados. Otras veces se asocian las palabras gay y transexual a los casos más folclóricos que salen en la televisión. Personalmente, a mí esas manifestaciones no me molestan, pero entiendo que, incluso si lo que intentan es dar visibilidad, acaban por distorsionar la idea que se tiene de los homosexuales, porque por cada «locaza con plumas» de la tele hay muchos más que trabajan y conviven como uno más. No se ocultan, desde luego, pero tampoco sienten la necesidad de exhibirse. Y creo que esa manera de visibilizar es quedarse en las ramas, porque de lo que se trata es de dejar que cada cual viva eligiendo su camino, no el que te marquen. Es un caso muy parecido al de las mujeres.

Por otro lado, ante la exageración de los grupos de izquierda radical, sobre todo en los carnavales y manifestaciones reivindicativas de gais y lesbianas, los grupos más conservadores, que van de tapadillo, y se ocultan a veces incluso bajo la pantalla del liberalismo, emprenden campañas donde sacan las cosas de quicio y resucitan los tópicos de siempre hacia el colectivo LGTB (lesbianas, gais, transexuales y bisexuales). Suelen ser personajes que defienden el liberalismo solamente en su aspecto económico, desde una posición sensata, pero que tienen un estigma con la homosexualidad y se dedican a atacarla obsesivamente. En su paranoia, estos personajes llegan a mostrarse en las redes sociales como víctimas de los homosexuales, como mártires de su existencia. Es esta clase de derecha rancia y atrasada la que lanza a los brazos de la izquierda a quienes, muchas veces, no comparten esa ideología, pero que prefieren a la izquierda que alinearse con homófobos encubiertos.

Quiero destacar a una profesional a la que he admirado en silencio hasta que he tenido la oportunidad de conocerla, aunque sólo sea virtualmente, por las redes

sociales. Es un ejemplo de esa normalidad de la que hablo. Se trata de Paloma del Río, periodista desde hace unos treinta años, intachable profesional que ha cubierto campeonatos de Europa y del mundo de gimnasia y patinaje desde que tengo uso de razón y que ha sido la voz de estos deportes en trece juegos olímpicos. En una reciente y maravillosa entrevista reveló que es lesbiana; explicaba que jamás lo ocultó, jamás se sintió discriminada cuando salía de España, pero que dentro tuvo que aguantar comentarios muy soeces de sus compañeros.

No se ve discriminada como mujer, pero reconoce que tuvo que demostrar que era capaz (tal vez más que otras personas) a quienes no se les exigía tanto. Sí tuvo que aguantar jefes babosos siendo becaria, pero entonces eran muy poquitas mujeres en un mundo de hombres, el periodismo deportivo. Y la razón para declarar su lesbianismo era que quería que las nuevas generaciones tuvieran un referente:

Yo creo que el mundo de los homosexuales es muy particular. Entre nosotros nos conocemos, sabemos quiénes somos. Pero de puertas hacia fuera, no. Y, precisamente, de puertas hacia fuera puede ayudar a gente que esté pasando un momento de indecisión, dudas, dolor, quebraderos de cabeza... Cuando llevas una vida normalizada como la mía y puedes ser un referente para gente que lo pase mal, me veo en la obligación de dar este salto y decirle a la gente que no pasa nada, lo importante es ser feliz tal y como eres^[35].

A todas sus virtudes como periodista, hay que añadir la humildad, y eso hace a Paloma del Río aún más grande.

El patriarcado y el desprecio por la homosexualidad no van unidos. La resistencia al cambio sí suele ir asociada con el mantenimiento de los roles tradicionales y el rechazo de la homosexualidad, pero no así el patriarcado como tal. Es por eso que hablar de heteropatriarcado es complicado para aquellas personas que, como yo, creen que de lo que se trata es de llevar al patriarcado tradicional por el camino de una evolución sana, sin demonizarlo, y no por la fuerza de la ley, sino influyendo en la mentalidad de las personas que, además, no son en absoluto homófobas, como yo tampoco lo soy. El cambio social espontáneo, la evolución del modelo productivo, la tecnología, etc., ya están cuestionando el patriarcado tal y como se conoció hace un par de generaciones, y esta tendencia todavía irá más allá.

Tener que unir ambos conceptos (patriarcado y homofobia) en el mismo término me pone en un aprieto: no veo el patriarcado necesariamente como terrible, pero rechazo la homofobia. Y esto no sólo me pasa a mí, sino que hay muchísimas personas en esta situación. Por eso, querer difundir la idea de un heteropatriarcado es realmente una jugada inteligente. Porque muchas personas dicen no al heteropatriarcado sin darse cuenta de las implicaciones de ello, solamente por dejar claro que no son homófobas. Es el viejo truco de presentar a juicio medias verdades en un solo bloque, de manera que si aceptas sólo una parte del término te acusan por la totalidad. Es un truco útil, pero sucio, y no me gusta entrar en debates con el tipo de personas que hacen uso de él. Y menos cuando se trata de temas serios.

Prefiero otra clase de debates. Era más fácil cuando se podía discrepar, como hace

ya muchos años, cuando hablaba con Elena, compañera que colaboraba con el Instituto Feminista Complutense, y me decía: «María, entiendo ese punto de vista libertario, y me encanta, pero hay que compensar las afrentas del pasado. No se puede partir de cero». Era maravilloso poder no estar de acuerdo. Hoy no se puede, o no parece que se pueda.

Hoy estamos rodeados de macarras de la moral^[36]. Esos a los que Joan Manuel Serrat llamaba «los chulapos del gazapo», a los que definía como esa gente que se dedica a atemorizar a los demás para asegurar una supuesta virtud que, en realidad, no es tal: «Esa gente que manipula nuestros sueños y nuestros temores, sabedores de que el miedo nunca es inocente».

Curiosamente, esos versos dedicados a la ranciedad de una moral puritana y estrecha, propia de una época que no es la actual, encajan, hoy en día, en un ámbito completamente diferente. Hace tres años, yo relacionaba esto con los ataques a Merkel, como líder de la Troika, por parte de toda la izquierda europea, que se ensañaba con el hecho de que fuera una mujer la misma persona que se mantenía firme al tomar una decisión de Estado. Ni una privilegiada miembro de la sororidad le echó narices y se atrevió a defenderla con el argumento de que se trataba de un ataque a una mujer por ser mujer. Tampoco lo hicieron con Thatcher. Al revés. Incluso hoy, es notable el afán por masculinizar a Merkel por parte de muchas supuestas «guerrilleras de la mujer». Yo, feminista individualista, no puedo evitar sentir vergüenza ajena, y expreso desde aquí mi más profundo desprecio a su hipócrita actitud. Macarras de la moral de género, se os llena la boca atacando los anuncios de Dolce & Gabbana y lanzáis al aire en Twitter sarcásticas preguntas cargadas de bilis como: «¿No os habéis preguntado por qué Angela Merkel no tiene hijos?». Lamentablemente, siguen vigentes mis palabras de entonces, que se refuerzan al ver las reacciones en las redes sociales y en los medios de comunicación cuando se cuestiona la profesionalidad de alguna de sus gurús y diputadas de pacotilla, que viven de las subvenciones. Me ratifico en la conclusión que sacaba en aquellos momentos: «No merecéis la libertad que tenéis, por la que lucharon (y murieron) mujeres que no ataban sus bragas al poder político, sino que reclamaban igualdad ante la ley».

Lo que hace todo más confuso y más inmoral aún es que están poniendo en práctica justamente lo que denuncian. Victimizar a la mujer no es empoderarla^[37]. Demonizar al hombre no es empoderar a la mujer. Marcar la ruta de cada mujer no es empoderarla. Someter al escarnio a aquella que no elige lo mismo que tú no es empoderarla. Financiar tus logros con dinero público no es empoderar a la mujer, sino hacerla dependiente de un Gobierno determinado. Fomentar el discurso del odio no ayuda a la convivencia en igualdad de condiciones ante la ley. La definición del mundo y de la salvación del infierno del heteropatriarcado por parte de «las iluminadas» y su imposición al resto tiene más de inquisición que de otra cosa. Pero es muchísimo más perverso aún cuando se disfraza con el dolor de muchas mujeres

que sí son maltratadas, que necesitan retomar las riendas de su vida y que se encuentran desamparadas. Aprovecharse de la situación de fragilidad de otras mujeres no es «sororidad», y menos aún si se hace para conseguir poder político o popularidad tuitera. El rasero de medir la solidaridad con la mujer no lo tiene nadie. La solidaridad es una virtud individual y subjetiva que tenemos en mayor o menor medida y que no se impone quemando en la pira a las «brujas», tampoco si son libertarias, por mucha resonancia mediática que tengas. Y tampoco si son hombres, sean como sean.

Las mismas que denuncian el «micromachismo» y el *mansplaining*^[38] tratan con condescendencia a las mujeres que discrepan y que se acercan a ellas intentando entender. Yo he sido «víctima» de alguna de ellas en un programa de radio. De nuevo, esa condescendencia mencionada procede de la soberbia, de la ignorancia o de una combinación de ambas. Por otro lado, intentar demostrar todo lo que sé o lo que valgo no es lo más inteligente. Es algo que algunos autores orientales enseñan en libros que en Occidente se venden adaptados a la estrategia empresarial o a la autoayuda. Que no te importe que el de enfrente te minusvalore, ya que es una ventaja que te está dando gratuitamente. La necesidad de demostrar todo el tiempo todo, ese orgullo que responde al «no consiento que me trate así» o al «usted no sabe quién soy yo [o lo inteligente que soy, en este caso]» es típico del hombre occidental, que se exhibe permanentemente y que necesita demostrar, es decir, como se dice en el parchís, que «come una y cuenta veinte». Debe de ser un rol agotador. Nunca nos planteamos el daño psicológico y el desgaste energético que supone para los hombres ejercitar esa mentalidad machista, que les obliga a dar sustento a la mujer, aparentar fortaleza, seriedad, etc. Las consultas de los psicólogos posiblemente estén llenas de mujeres, pero también de hombres que sufren las consecuencias del machismo, del rol que se les supone y se les exige de una manera concreta y determinada, como a nosotras. Son hombres que tampoco encajan en ese corsé.

Ellos, probablemente, también se sienten aliviados porque seamos dos los que llevamos el peso de la familia. Y porque seamos dos los que nos sintamos más o menos ridiculizados por el entorno cuando hemos decidido permutar los roles. Ahora bien, todo cambio comienza por una transgresión individual que pasa por estas fases, hasta que la gente se acostumbra y llega a la fase de imitación. Tampoco pasa nada. Lo que me parece muy peligroso es no ser capaces de encabezar un cambio pionero y tener que recurrir al Estado para que te proteja con una ley que regule lo tuyo y, de paso, lo de todos.

Porque el intervencionismo estatal, lo que se conoce como socialismo, lleva a la dependencia y a la pobreza. Y allí donde hay pobreza y privilegios ante la ley es donde se oprime a los débiles, es donde se abusa de quienes tienen menos recursos físicos, mentales y emocionales, es donde se impide a la mujer estudiar, formarse y trabajar.

El mejor amigo de la mujer es el capitalismo

Hablando de desigualdad socioeconómica de la mujer respecto al hombre, ningún sistema ha favorecido más a la mujer que el capitalismo. Ha sido el sistema capitalista basado en la libertad individual el que ha permitido su incorporación al trabajo, el que la ha liberado de la necesidad de casarse con un hombre capaz de mantenerla, de la obligación de aguantar lo que fuera por miedo a ser repudiada y de vivir encadenada monetariamente a un hombre primero (el padre) y a otro después (el marido). Esa dependencia era la que promovía que viviera para agradar al candidato a esposo, para mostrarse delicada, capaz de gestionar una casa y de educar a unos hijos, para estar forzada a ser muy sumisa y muy *lo que haga falta*, porque, a menos que se tratara de una rica heredera, la mujer estaba a expensas de su matrimonio. Aún hoy, en los sectores más conservadores de la sociedad, es común plantear que el desempleo empieza a ser un problema cuando se incorpora la mujer al mercado de trabajo. De hecho, los sindicatos eran los primeros en oponerse al trabajo femenino. Como si trabajar fuera de casa fuera algo exclusivo del hombre, y hacerlo dentro de casa, exclusivo de la mujer. Y encima te dicen que mires las cifras, que los hechos son los hechos y que el empleo se descompensó por la incorporación de la mujer al mercado laboral. Por supuesto, pero el hecho fundamental era la imposibilidad de que la mujer pudiera trabajar y estudiar por ley.

Una ley que fue promulgada por hombres, pero por hombres educados por mujeres machistas, y, por tanto, una ley que reflejaba a la sociedad, no la explotación de la mujer por el hombre. Y ante esa ley, muchas mujeres decidieron resistirse. Casi todas ellas lo hicieron solas, pero necesariamente con la complicidad de padres, hermanos, colegas, profesores, etc., que eran conscientes de la injusticia. Un caso particular es el de las mujeres astrónomas. La astronomía es una de las ramas de la ciencia donde más abundan las mujeres. La razón es que, un par de siglos atrás, los astrónomos necesitaban la ayuda de alguien que hiciera el trabajo sucio, como repetir observaciones, mantener los instrumentos de madera en condiciones y llevar registros meticulosos de las mediciones. Esas tareas no requerían una especial «inteligencia» y, sobre todo si la mujer tenía la suerte de tener un padre, un marido o un hermano astrónomo (como Caroline Herschel), entonces el acceso era seguro. En otras áreas

en las que era necesario limpiar el material, como en los laboratorios, también cabían las mujeres. Las matemáticas, por el contrario eran contrarias a la femineidad en Occidente. Durante mucho tiempo publiqué biografías de científicos en la sección «Ciencia Humana» del magazine *online* loff.it. De los casi doscientos artículos aparecidos, muchos fueron retratos de mujeres dedicadas a la ciencia. Siempre encontré, al lado de cada una de ellas, a un hombre amable que animaba, comprendía y se saltaba las normas para facilitar que el talento científico de esas pioneras saliera a la luz. Otros, también hay que decirlo, se aprovecharon de sus descubrimientos y no les dieron el reconocimiento merecido. Pero la barrera no se la ponía un hombre más de lo que se la ponía una mujer, porque la verdadera barrera se la ponía la ley. No siempre el hombre era honesto y reconocía el mérito de su socia intelectual. No tengo que salir de mi propia profesión para encontrar ejemplos de abuso intelectual, el mismo Alfred Marshall, reputado economista, maestro de John Maynard Keynes, lo fue con su esposa Mary Paley, con quien escribió alguna de sus obras y a quien, para ser justos, no reconoció adecuadamente.

El progreso en el nivel de vida de Occidente ha permitido que la mujer se divorcie de su marido sin depender de su pensión. Ha permitido que no se nos mire como máquinas de fabricar herederos. Ha permitido que la mujer elija a su pareja en otras condiciones. O que se rebelara contra la autoridad paterna cuando ésta le impedía desarrollarse libremente sin hacer daño a nadie. No quiero imaginarme las artimañas de las que tenía que valerse una mujer homosexual antes de que el acceso al trabajo y al estudio fuera lo habitual. Las mujeres que ahora reclaman una subvención por ser mujer o por ser mujer homosexual para empoderar a las demás mujeres, homosexuales o no, siempre me hacen pensar en todas aquellas que habrían dado lo más grande por poder independizarse económicamente de sus familias. Y digo familias, y no sólo padres, para no olvidar a las terribles madres casamenteras.

Hoy en día, incluso muchas mujeres que crecieron durante el franquismo más puro son las primeras que recomiendan a sus hijas que trabajen «en algo» para no tener que depender de nadie. Es verdad que, para los más conservadores, el cuidado de los hijos y la casa es tarea femenina y que se supone que ese «algo» debe ser una tarea propia de la condición de mujer, algo relacionado con el cuidado a otros, o a los niños, a la pedagogía, a la enfermería y a cosas así. Es una mentalidad que queda muy bien reflejada en una broma según la cual las mujeres nos debemos dedicar a fregar porque para eso nacimos con las manos más pequeñas.

El cine, la televisión, la radio, los periódicos y las revistas han colaborado en la creación de dos estereotipos de mujer: la dedicada a sus hijos, pero con experiencia laboral «cuidadora»; y también la mujer implacable, fría y dedicada a los negocios, que es capaz de cualquier cosa para ascender. Las llamadas armas de mujer no tienen su correlato en el caso masculino, no se habla de las armas de hombre. Se confunden el encanto y la coquetería. Y esa diferencia es clave para entender esta mentalidad intermedia, que no ata a la mujer a la pata de la cama, pero sí la limita a determinadas

actividades. La coquetería es intencionada, el encanto es natural, y ambas cosas se dan en hombres y en mujeres. Por supuesto que el coqueteo es diferente en ellos y en ellas, en todas las especies sucede así. Aunque es un clavo en la mentalidad de muchas personas que va cediendo lentamente, todavía hoy se mira a la mujer en el lugar de trabajo como una interferencia, una tentación. Es habitual que se cuestione cómo ha llegado la mujer a ese puesto relevante y que se deje en el aire la sospecha de flirteo. No es lo mismo cuando un hombre asciende en su puesto de trabajo. Ésa es una de las caras de la moneda.

La otra cara de la moneda es esa alumna que se desabrochó un botón de la camisa y se insinuó al profesor delante de mis narices en plena revisión de examen. Aprobó. Las armas de mujer han sido utilizadas por algunas mujeres. La secretaria con el jefe, los médicos con las enfermeras, los profesores con las alumnas, los directores con las actrices..., es un cliché que no se ha inventado nadie, era real. Igual de real que la «necesidad» de casarse con un buen partido, y no por amor, para progresar en la vida. Ambas prácticas se fueron superando a medida que la mujer se decidía a ser ella misma médica, profesora, directora de cine, jefa... Esto no quiere decir que no haya quien aún use aquellas armas de mujer, sino que la que se casa por ascender en su posición o la que se lía o coquetea con el jefe para beneficiarse profesionalmente lo hace porque busca un atajo; lo hace porque quiere, pero no por necesidad. Para muchos, esto es inmoral, pero la responsabilidad es de ambos, quien propone y quien consiente.

Afortunadamente, a día de hoy, en mi país y en las empresas donde se quiere mantener un alto nivel profesional, es una práctica en extinción que mancha la reputación de la mujer. Y no por una imposición del Estado. La gente cambia, las generaciones van avanzando hacia un mayor respeto, las instituciones, incluida la familia, evolucionan. La vida es dinámica. Los valores esenciales permanecen, pero las manifestaciones de esos valores, por suerte, no. Así que la mujer que se liga al jefe para trepar ve su reputación afectada.

¿Y mancha también la del hombre? No tanto. En pleno siglo XXI he tenido que vivir (a cierta distancia, afortunadamente) una situación en la que un alto cargo universitario acosó sexualmente a una profesora, que nunca lo denunció por miedo a no ser creída, porque, por supuesto, estaban los dos solos, y, por vergüenza, no se lo dijo ni a su marido. Por vergüenza. Todas las compañeras entendieron que reaccionara así. La presión de arriba abajo no es igual que la presión de abajo arriba. Y aún hay mucho silencio según en qué sociedad^[39].

La queja ahora es el techo de cristal. En el sistema capitalista se acepta que la mujer está en el mundo de la empresa y en las instituciones públicas, pero que solamente asciende hasta un nivel, a partir de ahí es como si hubiera un techo de cristal, que no se ve, porque es transparente y nadie habla de ello, pero que existe. Es un tema ambiguo: los mismos que intentan «empujar» a la mujer para que ascienda, se ocupan de machacar a la mujer que está arriba.

Por un lado se sobreprotege a la mujer; el mecanismo es el de siempre: se crean foros de mujeres empresarias, con la mejor de las intenciones, a los que se destinan fondos públicos, lo que implica que empresarialmente van a ser poco competitivas. Es la historia de la protección frente a la competencia. La protección te hace ineficiente porque te acostumbras a la ayuda, porque programas tus recursos contando con ese extra, porque vives una situación irreal, porque las expectativas y los datos están pervertidos. Y eso te hace dependiente de tales fondos. Eso sí, te ahorras la exposición a la decisión del mercado.

Por otro lado, las mujeres que llegan a puestos directivos por ser hijas o esposas de grandes empresarios son denostadas como si fueran bobas con suerte o como si el mérito de su gestión fuera ilegítimo. La herencia se repudia, pero el uso de fondos públicos para defender tu causa particular, no.

Yo defiendo la propiedad privada. Obviamente, no puedo estar de acuerdo con la protección a las empresas. No lo estaba cuando se planteó el rescate a empresas y a la banca. No lo estoy cuando el argumento es nacionalista y te dicen que hay que comprar de lo nuestro por patriotismo. Y tampoco lo estoy cuando se trata de empresas que están constituidas por mujeres. Mi argumento es que defiendo a la mujer empresaria y me gustaría que el talento empresarial de las mujeres, si lo hay, pudiera desarrollarse y florecer. La protección, evitar que una empresa se exponga a la competencia, sea porque el mercado internacional es duro o porque hay una balsa de trabajadores enganchados a esa actividad y quien decide no está dispuesto a correr con el coste político, es un suicidio empresarial, es asegurar el atraso. Ya sé que esta opción no es popular, tampoco lo era retirar la protección al carbón leonés o no salvar a las cajas de ahorros hace unos años.

La sobreprotección económica de la mujer también es condescendencia, y se realiza con el dinero de otros, así que es una condescendencia mucho peor. El que los gobiernos tengan la potestad de otorgar ventajas a aquellas empresas dirigidas por mujeres o que contraten a mujeres es una «cacicada» que ninguna mujer debería tolerar por puro amor propio. Aunque haya consejos de dirección como el que planteábamos antes, donde los viejos carcamales toman decisiones y en los que no hay mujeres porque ellos no quieren, los cuales existen, resulta indigno consentir que los gobiernos y las asociaciones feministas nos traten como incapaces y que, además, lo hagan hipócritamente. Es un asunto parecido al del comercio de armas. Todos los gobiernos firman iniciativas por la paz y conceden subvenciones a ONG que difunden la paz mientras son vendedores de armas a países tercermundistas en los que las luchas tribales están a la orden del día. Pero, claro, en algún lugar tenemos que colocar nuestro armamento obsoleto, y de algo tienen que vivir las empresas de armamento españolas. En el caso de las mujeres, se habla de la vergüenza del techo de cristal, y se intentan promover leyes que exijan una cuota de mujeres en los consejos de dirección, al menos de las empresas públicas (ya que son de todos, dicen). Por si hubiera dudas, se apoya a esas organizaciones y a otras que dicen

defender a las mujeres empresarias. Ese dinero, de todos los contribuyentes, se gasta en proyectos de investigación universitarios para medir el *gap* (o brecha) salarial, contar el número de mujeres aquí y allá o especular acerca del impacto económico de la ausencia o presencia de mujeres en esta u otra actividad, o bien se despilfarra en congresos donde se exponen las conclusiones de dichas investigaciones o donde las mujeres discriminadas en la empresa comparten los problemas derivados de ser mujeres discriminadas en la empresa. Muchas veces, en esos congresos se trata de conocerse, compartir proyectos, trabajar juntas. Y eso es fantástico..., si no fuera porque se pagan con dinero público. Me parece muy bien si una empresa privada decide apoyar una iniciativa para llevar a cabo esos estudios y tener reuniones, seminarios y retiros para analizar por qué existe ese techo. Cuando leo los resultados de alguno de esos estudios acerca del *gap* salarial, las conclusiones son paradójicas. Una parte reducida se debe a discriminación^[40], y eso no sale en los medios. Hay muchas mujeres que prefieren no ascender en sus puestos de trabajo por razones familiares. Algunas lo harán presionadas por el ambiente familiar, pero nadie las obliga. Y otras están encantadas de mantenerse en un puesto medio.

Pero esto es sólo un detalle de la verdadera hipocresía del Gobierno. Esas grandes empresas con viejos carcamales en sus consejos de dirección son las que pactan con los gobiernos, son las protagonistas del *crony capitalism*, o capitalismo de amiguetes, o de compadres, que sufrimos.

Entre las consecuencias no deseadas que genera este tejemaneje hay una especialmente dañina para la mujer. Los empresarios van a aceptar colocar mujeres de paja en puestos directivos para quedar bien, para callar bocas y seguir funcionando como antes. Y así se va a cumplir la profecía que afirmaba que la mujer no puede ocupar puestos directivos porque no está capacitada.

Y luego está el maravilloso universo de la discriminación femenina feminista, que es a la que nos referíamos antes al hablar de Angela Merkel. Hay otro ejemplo protagonizado por la otra mujer política a quien las propias feministas excluyentes no le perdonan el éxito: Margaret Thatcher. Ella traspasó ese techo de cristal, pero, según dicen, «se retiró la escalera después de ella». Con frecuencia, Thatcher se refería a sí misma como una anomalía en el entorno del llamado sexo débil.

Por otro lado, nos encontramos con que muchas mujeres, una vez que llegan arriba y superan esa barrera transparente, sienten una responsabilidad personal con las demás, como Sheryl Sandberg. Ella opina que las mujeres de éxito de la era moderna que lo han pasado mal son un poco más caritativas que antiguamente, cuando eran las propias mujeres las que nos poníamos piedras en el camino. Como jefa de operaciones (Coo) de Facebook, Sandberg se siente seriamente comprometida con la ayuda a las demás mujeres, por ejemplo, gracias a su libro *Vayamos adelante: las mujeres, el trabajo y la voluntad de liderar* (véase la bibliografía), un éxito de ventas. En este manual de autoayuda, Sheryl Sandberg se basa en la idea de Eleanor Roosevelt según la cual nadie puede hacerte inferior sin tu permiso, y lo contrasta con

la realidad: solamente 22 de los 197 jefes de Estado mundiales son mujeres; en países desarrollados como el Reino Unido o Estados Unidos, el porcentaje de mujeres en la escala de mando superior en diversos sectores laborales, que van desde el Gobierno al periodismo, no supera el 22 por ciento; solamente 18 de las consejeras delegadas de la popular lista de millonarios Fortune 500 son mujeres. Incluso, como señala Sandberg en una famosa charla TED, solamente un 20 por ciento de la dirección de las ONG corre a cargo de las mujeres, y eso que es un sector, el del altruismo o la llamada caridad, tradicionalmente reservado a las mujeres. También señala que es probable que las mujeres que regresen al trabajo después de tener hijos vean sus carreras progresar hacia abajo en lugar de hacia arriba. De acuerdo con sus datos, de las consejeras delegadas de Estados Unidos, sólo un tercio tienen hijos y, sin embargo, dos tercios de los hombres consejeros delegados tienen hijos. Es decir, la mujer asciende sobre todo cuando no tiene responsabilidades familiares. A la hora de apuntar hacia qué dirección tomar o qué mensajes hay que enviar a las mujeres de nuestra sociedad para cambiar estos números, ella destaca que no solamente basta con querer, con ser ambiciosa. La ambición personal es, sin duda, un activo, pero Sandberg considera que es fundamental luchar contra las estructuras sexistas que aún perviven, en general, en el lugar de trabajo, y justifica de esta forma, aunque ocasionalmente, la «discriminación positiva». En este punto discrepo, pero quiero aportar algunas ideas que Sandberg pone encima de la mesa y que en parte reflejan bastante bien lo que sucede.

Los tres consejos de Sheryl Sandberg son: ocupa tu sitio en la mesa; haz que tu compañero sea un verdadero compañero; y no abandones tu puesto antes de irte.

El primero se refiere a cómo, las mismas mujeres, a menudo nos ponemos un paso por detrás de los hombres; por ejemplo, nos sentamos en una silla junto a la pared, a un lado de la mesa de reuniones, y no nos atrevemos a mantener la mano levantada, aunque digan que se han acabado las preguntas. Las mujeres subestimamos nuestros éxitos atribuyéndolos a factores externos, mientras que los hombres son mucho más seguros de sí mismos. Por otro lado, una mujer con éxito cae peor que un hombre con éxito. Para ilustrar este punto, Sandberg aporta el estudio realizado en la escuela de negocios de la Universidad de Harvard, en el que se entregó a los alumnos el caso de una persona con una amplia red de contactos y se les encomendó analizar cómo la logró. Se separó a los alumnos en dos grupos. A uno se le entregó el dossier de Heidi Roizen, una exitosa empresaria, que trabajaba en gestión de riesgos en SoftBank Venture Capital. Al otro grupo se le entregó el mismo dossier, pero con una palabra cambiada: en vez de Heidi escribieron Howard. Los alumnos estaban encantados con Howard, con quien estarían dispuestos a trabajar, y les parecía fascinante, mientras que a Heidi la consideraron demasiado dura, ambiciosa, sesgada políticamente. Esta asimetría en la percepción de la mujer, que es real, añade una dificultad al camino de las mujeres.

El segundo consejo que ofrece esta mujer exitosa se refiere a la conciliación

laboral, a la que dedicamos un apartado más adelante en el libro, en el capítulo sexto. Pero quiero dejar constancia de un aspecto que me llama la atención. Sheryl Sandberg afirma que no hay mujer que no se sienta fatal al dejar a su hijo de cuatro años llorando en el colegio. ¿Y los hombres? ¿Se van sin más y no les da pena? Tal vez el tema es si esta tarea es más habitual en los hombres que en las mujeres, pero niego que los hombres sean insensibles al llanto de los niños que no quieren separarse de los padres y entrar en sus aulas.

Tengo unos amigos que decidieron repartir la carga de los hijos por igual. Ambos trabajaban, así que, una vez pasada la etapa de crianza, pensaron que lo mejor era compartir las tareas. Entonces, ella creó un documento de Excel para organizar biberones, cambio de pañales y horario en general, de manera que no se repitiera la escena del «te toca a ti» cuando el bebé se despierta y ambos están cansados. Ese documento representa un compromiso silencioso, sin héroes ni heroínas, sin culpables, por parte de una pareja. ¿Por qué no lo hacen todas las mujeres? Porque les parece frío e insensible. Cuando él me contó esto, yo le dije: «¿En serio?». Yo, que sobre el papel, en teoría, entiendo todo, cuando me ponen delante la vida real, me sorprende. Porque no es lo habitual. Imagina la cena en familia y la cara de la madre de él cuando se entera del tema, o el cachondeo del cuñado de turno. De lo que habla Sandberg cuando aconseja que tu pareja «lo sea» es de lo que pasa cada día. En Estados Unidos, donde lo normal no es que la mujer trabaje, sino que hay más amas de casa, la cuestión es aún peor. Y eso explica en parte la existencia de ese techo de cristal. Cualquier decisión tomada en la privacidad de la familia es perfectamente legítima, y nadie tiene nada que decir al respecto. Pero no miremos a los hombres como responsables.

Finalmente, según esta empresaria, resulta necesario que la mujer no abandone anímicamente su puesto de trabajo, su ilusión y su ambición dentro de la empresa, por una planificación familiar demasiado temprana. Hay mujeres, explica, que, antes incluso de casarse, ya tienen planeado el número de hijos, y en función de eso proyectan su futuro en la empresa. Cuando una mujer deja de aceptar retos porque en tres años ha pensado crear una familia, está yéndose antes de irse, abandona antes de empezar.

La conclusión de toda la charla es que a menudo somos las mujeres las que nos limitamos a nosotras mismas, las que nos ponemos el techo de cristal con nuestra actitud.

La queja de Sheryl Sandberg me recuerda a la idea de Ayn Rand respecto al egoísmo. Su filosofía bien entendida aporta mucho al análisis de cuál es la manera correcta de afrontar los retos personales y laborales, especialmente en el caso de las mujeres. Porque, si definimos el egoísmo como algo que no se refiere a los deseos caprichosos, sino a las necesidades que afectan a la supervivencia humana, el hecho de reconocer que actuamos egoístamente, y que no es malo hacerlo, no sería ya un escándalo. Para Ayn Rand:

Amar es valorar. Sólo un hombre racionalmente egoísta, que posee autoestima, es capaz de amar, porque es el único que puede mantener valores firmes, consistentes, sin comprometerlos ni traicionarlos. El hombre que no se valora a sí mismo no puede valorar a nada o a nadie. Sólo sobre la base del principio del egoísmo racional, sobre la base de la justicia, pueden los hombres estar preparados para convivir en una sociedad racional, libre, pacífica, próspera y benévola^[41].

Pongamos que, en vez de referirse a un hombre, habla de una mujer. Encaja perfectamente con el mensaje de Sheryl Sandberg. Siéntate en tu sitio, no esperes que te lo dé nadie. Levanta la mano, toma la palabra. Y, por la misma lógica, emprende. ¿Por qué no?

Cuando John Stuart Mill defendía la cooperativa como su forma preferida de organización empresarial, junto con la sociedad anónima, no lo hacía porque estuviera en contra del capitalismo, sino porque creía que era una institución que, gracias a la propiedad privada y al mercado libre, podía favorecer que los empresarios tradicionales respetaran al obrero, y, además, que el obrero entendiera las dificultades del empresario y le mirara con otros ojos. La libre competencia permite que el consumidor soberano, que elige lo que más le satisface al mejor precio, equipare a unos y a otros. Habrá algunos que sigan fieles a la marca tradicional, pero el mercado global permite que haya otros muchos consumidores que prueben. Si las mujeres somos buenas empresarias, si sabemos responder a las necesidades del mercado, esté o no compuesto por hombres, tendremos éxito, sin necesidad de la ayuda estatal. Porque, como también apuntaba Mill refiriéndose a las industrias nacientes, una vez que se da una ayuda, por más «temporal» que sea cuando se plantea, luego no hay quien la retire sin protestas por parte de los beneficiados por la ayuda. La protección estatal engancha, especialmente porque es pagada por todos los ciudadanos, con dinero ajeno, y a los responsables de otorgar esas ayudas no les duele en su billetera.

Por otro lado, el planteamiento de Sheryl Sandberg me inquieta porque parte de la base de que el mundo sería mejor si la mitad de los gobernantes fueran mujeres. No hay una superioridad moral de las mujeres. No tiene por qué ser así, dependerá de lo buenos o malos que sean los hombres gobernantes y de lo buenas o malas que sean las mujeres con gobiernos a su cargo. La estadística es sesgada, pero ¿es necesario de verdad revertirla? ¿Qué sucedería si montáramos un partido político sólo de mujeres para aumentar la participación femenina en el Parlamento? Si las mujeres somos más en el censo, el partido debería obtener buenos resultados. ¿Podríamos imaginar un partido femenino ejerciendo de bisagra entre los grandes? Es divertido seguir ese contrafactual y fabular qué reclamarían, con qué otro partido se asociaría un partido femenino, pero no puedo, porque inmediatamente la realidad me abofetea: como hemos visto, desde Victoria Kent, a la mayoría de las mujeres que reclaman listas cremallera, discriminación positiva en la política, etc., les importa más la ideología que el hecho de que las mujeres gobernemos.

Por la misma razón, las mujeres capitalistas, ricas, empresarias de éxito, son

denostadas por las mismas feministas radicales. No se busca, por tanto, una mayor libertad de acción o más oportunidades para la mujer, sino que estamos ante una agenda ideológica que se nutre de los impuestos de todos los ciudadanos. De alguna manera, igual que nos hallamos ante lo que se conoce como capitalismo de amiguetes o de compadres (el *crony capitalism*), podríamos decir que nos encontramos ante un *crony feminism*, un feminismo de comadres o de amiguitas. Y, exactamente igual que no me identifico con ese capitalismo putrefacto, tampoco lo hago con este feminismo pervertido por la ideología de algunos grupos de presión.

Hay otro tipo de mujeres que trabajan y que también están siendo discriminadas y se hallan en una situación total de indefensión legal. Y eso que, a veces, el vacío legal es casi preferible, porque la alternativa es la prohibición. Se trata de las madres (y padres) que deciden educar a sus hijos en su hogar. Renuncian a una jornada laboral larga y completan el presupuesto trabajando desde casa. ¿Dónde están las feministas de izquierda radical dando la cara por ellas? Laura Mascaró^[42], madre *homeschooler*, jurista y activista de esta opción, es de las pocas voces que explican, defienden e informan sobre ello en este país y en algunos países de Latinoamérica. Esta opción, que en Estados Unidos está mucho más extendida que en Europa, es uno de los frutos del capitalismo entendido como sistema económico derivado de la ética individualista y la defensa de la libertad natural y la responsabilidad individual. Son mujeres que asumen retos, despliegan su «empresarialidad» educadora, se asocian, se ayudan y plantan cara a la apisonadora educativa estatal.

4

El cuerpo: hablemos de sexo

¿Cuál es tu definición de nena sucia?

¿Qué consideras pornografía?

¿No sabes que te amo hasta hacerme daño, nena?

¿No crees que es hora de tener sexo conmigo^[43]?

GEORGE MICHAEL.

¿Por qué hay que hablar de sexo? Porque por aquí empezó todo, por la libertad sexual. Por el derecho de la mujer a hacer con su cuerpo lo que quiera, especialmente a hacer con su sexo lo que quiera, con quien quiera, cuando quiera, exactamente igual que el hombre.

Recordemos que la situación inicial era que el hombre reprimía a la mujer, dejándola en la casa a cargo de la gestión del hogar y del cuidado de los hijos, y se iba a visitar a prostitutas en locales de alterne, siempre que no fuera algo muy ostentoso, sin dar mucho escándalo, para hacer lo que las «mujeres decentes» no debían o no querían, por un pudor mal entendido o por lo que fuera. Para entender esta mentalidad, también hay que tener en cuenta que, a lo largo de la historia, los instintos de unos y otras han sido interpretados sesgadamente por la tradición y por la parte de la religión que la pone de manifiesto^[44].

La prostitución: condena pública y práctica en silencio

Era normal que los padres llevaran a los hijos a las casas de las «chicas de la luz roja» con el objetivo de que se hicieran «hombres». No estamos en el siglo XIX, pero esta doble moral existe aún hoy en día, tal vez no de manera tan extendida, no en su mayoría, sobre todo en sociedades muy tradicionales, pero se da. Por supuesto, oficialmente, todo el mundo repudia esa conducta, incluso los mismos hombres que se van de putas cuando cae la noche, mientras que el fin de semana llevan del brazo a su esposa o alardean de ser hombres de familia cuando van a la graduación de sus hijas, orgullosos y reconocidos por su entorno. Eso pasa hoy, como viene sucediendo desde hace siglos. Los conozco personalmente, y, sobre ello, muchos otros se callan y miran a otro lado.

La prostitución no es ilegal en todos los países. En España, por ejemplo, no lo es. Pero sí es ilegal lucrarse ofreciendo «servicios sexuales» de otra persona, sea en un prostíbulo o no. También es ilegal extorsionar, forzar o amenazar a otra persona para que ejerza la prostitución. Y, en determinadas ciudades, es ilegal ejercer en las calles. Las multas son variables (entre 300 y 3000 euros, más o menos), dependiendo de la ciudad. Además de la moral, la prostitución tiene muy mala fama por lo que a menudo trae de la mano: mafias organizadas, comercio de personas que se venden y compran, secuestro de menores (especialmente en zonas en guerra), pederastia, brutalidad y uso de drogas para aguantar la presión o para quitar la voluntad a las mujeres.

Recuerdo que el primer debate de televisión al que acudí fue sobre la prostitución, en 2007. Pocos meses atrás, en julio de 2006, cincuenta y seis personas comparecieron en el Congreso de los Diputados de la nación en la «Ponencia para el estudio de la situación actual de la prostitución en España y la concreción de orientaciones y propuestas transversales que se deban desarrollar en todos los ámbitos», constituida en el seno de la Comisión Mixta de los Derechos de la Mujer y de la Igualdad de Oportunidades. Filósofos, representantes de CC. OO. y UGT, psicólogos, expertos en temas de violencia contra la mujer, expertos en ayuda a las mujeres maltratadas y a las prostitutas, dos representantes de organizaciones de prostitutas, uno del COGAM (colectivo LGTB de Madrid), varios de las asociaciones de

vecinos de Barcelona y diversos catedráticos (muchos catedráticos) conformaban este grupo de personas que informaron a la Comisión del Congreso que se había reunido durante los siete meses previos. La preocupación por los resultados era manifiesta, precisamente por los problemas asociados mencionados anteriormente. Por otro lado, después de tanto esfuerzo (a costa del ciudadano), las propuestas eran demasiado pobres, lo de siempre, nada concreto, grandes palabras, buenas intenciones y poco más. Pero lo mejor fue cuando, tras debatir duramente, acabó el programa y tuve la oportunidad de charlar con los de la bancada de enfrente. Uno de los psicólogos asistentes, que había comparecido en la mencionada ponencia en el Congreso, confesó avergonzado: «Es un bluf. Se ha llamado a mucha gente, pero los resultados no son concluyentes, no hay seguridad sobre los datos y no se han tomado medidas efectivas. No ha servido para nada. Pero esto no puedo decirlo ante las cámaras^[45]». Después de diez años creo que nuestra sociedad sigue siendo igual de hipócrita al respecto. La buena noticia es que la tecnología ha permitido que las personas afines a la defensa de la libertad de actividad (y los que piensan lo contrario) se organicen y difundan sus ideas, y que éstas lleguen a todo el mundo sin fronteras geográficas. ¿Cuál es la razón que alegan para abolir la prostitución? Pilar Rahola lo explicaba con claridad en el mencionado debate televisivo: no es una actividad, es una lacra para la sociedad. Para sus detractores no conservadores, la prostitución constituye el máximo exponente de la dominación machista en la que está inmersa la sociedad en la que vivimos. Pero ese mantra, que repiten casi para que no se les olvide, disfrutando de la libertad de expresión y del auditorio que les proporcionan sus púlpitos políticos, periodísticos y televisivos, está trasnochado desde que Camille Paglia hizo una pelotita con él y lo tiró a la papelera hace varias décadas. Para ella, la prostitución es el máximo exponente de la victoria de la mujer sobre el hombre dominador: ella fija el precio, el lugar y escoge el cliente. No se entrega en brazos del príncipe azul, no regala su amor..., vende un servicio sexual, y con ello saca adelante a su hija, o estudia, o se viste de Carolina Herrera, o hace lo que le da la gana con el resultado de su trabajo. En realidad, para algunas pioneras del feminismo libertario del siglo XIX, es lo mismo vender tus servicios sexuales por dinero, en la calle o en un prostíbulo, que hacerlo con licencia estatal en el matrimonio. El «deber» conyugal para la mujer no es, para ellas, sino una venta cobrada en especie: casa, comida, respetabilidad social. Y, en muchos casos, es también la manera para escapar al yugo paterno.

Podría pensarse que las cosas han cambiado mucho, pero imaginemos la cara de los padres y las madres cuando la niña aparece de la mano con un joven que no tiene un trabajo estable. «¿De qué vais a vivir?». Sin embargo, cuando es el hijo el que aparece con una novia sin trabajo estable, nadie pregunta de qué van a vivir. Le pese a quien le pese, y aunque hay signos de cambio, muchas familias educan a sus hijos para ser proveedores de la familia, y a sus hijas, para casarse con «un buen partido». La felicidad y el amor, al parecer, se encuentran siempre en personas de tu mismo

rango social o capacidad económica. Y, sin embargo, el número de divorcios no disminuye, y cuando lo hace es por razones económicas. Entre los años 2006 y 2009, el número de divorcios, separaciones y anulaciones en España descendió en torno a un 10 por ciento. Y volvió a aumentar a partir de ese año. Cuando no había divorcios, sin duda, era cuando estaba prohibido por ley, durante la dictadura franquista.

Hay otras preguntas alrededor de la prostitución que resultan muy incómodas, pero que son necesarias. Por ejemplo, ¿por qué es indigno y degradante vender un servicio sexual y no lo es vender un servicio intelectual? Uno puede vender su talento, su inteligencia, sus consejos, su empatía y su sonrisa. Puedes vender tu talento musical, tu capacidad para bailar y hacer de cada movimiento algo bello y armónico, puedes cobrar por exponerte y que fotografíen tus manos, tu cara, tu cuerpo (vestido), ser modelo artístico para que hagan esculturas de ti, puedes prestar tu sentido del olfato y del gusto y cobrar de una casa de perfumes o de una bodega de vinos, puedes investigar y dedicar tus neuronas a ello cobrando de particulares o del sueldo de tus conciudadanos, realizar cualquier actividad con tu cuerpo y venderla. Excepto con tus genitales. Y, en este punto, el único argumento que entiendo y que me parece coherente es el religioso. Porque si tú estás convencido de que los órganos sexuales existen exclusivamente para reproducirse y con la bendición de quien corresponde, entiendo que todo lo demás te parezca abominable. Pero ¿qué pasa con los laicos y ateos que creen que prostituirse es una lacra? ¿Qué tiene de diferente el sexo? Ya sé: se supone que el sexo es una expresión de amor. Pero ¿es solamente eso? ¿Quién dicta qué es el sexo para cada cual?

Otro argumento es que la prostitución es un trabajo terriblemente desagradable, e incluso asqueroso. Aunque también lo es limpiar porquería de enfermos y de ancianos, o bajar a la mina (que, además, es peligroso), o recoger basura de las calles..., y no se consideran estos trabajos como degradantes, sino como empleos muy dignos para los cuales te piden que apruebes un examen, como para darle mérito a la función.

Un cantante vive explotando sus cuerdas vocales, que es una parte de su cuerpo, y a menudo hay una tercera persona, que no es cantante ni cliente, que ejerce de intermediario y se lleva una comisión, a menudo enorme, de los beneficios: un «proxeneta» del artista, podría decirse. Y nadie pide que le encarcelen, ni se le señala como mafioso, maltratador o abusador. Sólo se le pide que cumpla el contrato.

Donde no hay argumentos religiosos para la prohibición, hay argumentos morales, que no deberían ser materia a legislar. Porque la prohibición solamente da lugar a la obediencia mediante la coacción, y nunca genera una mayor moralidad por responsabilidad. Como veremos más adelante —cuando se trate el tema del *burkini*, en el capítulo quinto—, hay una idea atrincherada en muchísimas cabezas en nuestra moderna sociedad occidental, y que es la fuente de donde mana mucho de este puritanismo laico: el cuerpo es algo malo y sucio, y el de la mujer lo es casi más que el del hombre.

En uno de sus escritos a favor de la prostitución, la autora libertaria individualista Wendy McElroy dice que no todas las culturas han tratado este fenómeno de la misma forma. Desde las sacerdotisas de Afrodita (las heteras, mencionadas en el primer capítulo), hasta las lapidaciones, pasando por el enaltecimiento de la educación «cortesana» en la Francia napoleónica, los seres humanos hemos santificado y demonizado este oficio, que, según dicen algunos, es el más antiguo del mundo. McElroy defiende la prostitución por verla como algo favorable para la sociedad. Pero la postura de las feministas libertarias no es monolítica (afortunadamente). Las hay que toleran la prostitución como un crimen sin delito, las hay que la ven como parte del derecho a hacer cada cual con su cuerpo lo que quiera y, luego, también destacan feministas como Camille Paglia o Wendy McElroy, que creen que es un fenómeno positivo.

Paglia, siempre refiriéndose a la prostitución voluntaria, explica que el feminismo de izquierdas, puritano e ignorante, ofrece al juicio social la peor de las imágenes de las prostitutas, a quienes dibuja como enfermas atadas a las drogas, mujeres atrapadas en suburbios donde reside lo peor de las grandes urbes, delincuentes que roban o hacen lo que sea por algo de dinero para su droga. Para Paglia, por el contrario, las prostitutas más exitosas de la historia han sido invisibles. Esa invisibilidad es producto de la inteligencia, la capacidad de observación y la posibilidad de moverse libremente, pero sin ser detectadas, en el entorno social. La prostituta es una magnífica analista, alguien muy hábil, en muchas ocasiones, y no sólo en eludir la ley. También es capaz de desarrollar todo el ritual de convenciones, perversiones y fetichismos necesarios para satisfacer sexualmente a un cliente al que no conoce de nada. En este sentido, la prostituta usa su cuerpo, pero también su ingenio, y es, de alguna manera, psicóloga, actriz y bailarina, una artista con una imaginación sexual hiperdesarrollada.

Yo soy partidaria de la legalización de la prostitución, pero no sería prostituta ni me gustaría que mi hija lo fuera.

A raíz del debate televisivo sobre la prostitución en el que participé en 2007 y de la presentación del libro *La prostitución a debate*. Por los derechos de las prostitutas (2008), a la cual asistí, escribí un *post* que titulé «Yo también soy puta», en el que explicaba el punto de vista libertario y el estado de la cuestión en Madrid, en términos muy generales^[46]. Lo mejor de todo son los setenta comentarios que generó sólo entre los días 8 y 9 de febrero de 2008 (y el *post* se publicó ese día 8). De todos ellos, y a menos que alguno de los anónimos fueran mujeres, el ciento por ciento eran comentarios de hombres, de los cuales solamente uno se reconocía cliente de prostitutas. Algunos reforzaban mi defensa de la legalización y del fin de la doble moral, y muchos rebatían mis argumentos. Me interesa especialmente Memetic Warrior, que me explicaba por qué es degradante ser prostituta:

Acudir al mercado para una mujer es el último recurso. Tiene más valor biológico (para criar hijos) y por tanto psicológico para una mujer el conseguir un compromiso a largo plazo con un hombre.

Nadie vivimos en situaciones óptimas, pero, precisamente por eso, decir «¿por qué vender X es mejor que vender sexo?» es lo mismo que decir «¿por qué ir a trabajar en coche es mejor que venir en un autobús como en una lata de sardinas?». Pues, porque sí. Las prostitutas merecen todo el cariño del mundo, porque no están en una situación precisamente óptima.

El problema del racionalismo, «por qué tiene que ser esto así, no lo entiendo...», se lleva por delante la sabiduría acumulada por el tiempo, la que dan la tradición y las costumbres. Si tuviéramos que levantarnos todas las mañanas y preguntarnos acerca de todo, entonces no saldríamos de la cama, o bien pensaríamos que estamos en un Matrix social, actitud típica de la izquierda, que, por un lado, se cuestiona todo, y, por otro, es demasiado perezosa como para pensar mucho. Y, de hecho, hay mucha gente que vive absolutamente paralizada y encolerizada. Quizá es por eso que Europa cada vez está más esterilizada creativamente. Y los liberales adictos al estilo «para liberal yo, y para cachondo, mi abuelo» también tenéis mucho de esa manera simplista de pensar propia de la izquierda. Hay que reconocer que reducir el mundo a un par de principios básicos ahorra mucho tiempo a la hora de darle vueltas a la cabeza, tiempo que se puede utilizar en pensar en cómo pagar la hipoteca o cómo ligarse a X. Yo también lo hago, y es muy humano; pero lo peligroso es hacerlo y, además, atreverse a enfrentarse uno con la vida, el universo y todo lo demás con ese par de principios básicos, como el que saca el conjuro mágico de san Anselmo. Y no lo digo por ti, María, que tienes más voluntad y ganas, sino por los listillos que consideran el tema zanjado con un par de frases.

Por favor, antes de enfrentarse uno a un Miura, como lo es el tema que planteas, seamos humildes, reconozcamos nuestra ignorancia y aceptemos al menos un poquitín la sabiduría de generaciones anteriores^[47].

Sigo sin estar de acuerdo en lo que se refiere estrictamente a la prostitución, porque la tradición no es tan uniforme como Memetic Warrior deja ver en su comentario, pero me quedo con la idea de que, para muchos libertarios, la solución se reduce a tres reglas simplistas y punto. El fenómeno de la prostitución, como todo lo que tiene que ver con el ser humano y con su vida en sociedad, es demasiado complejo. Es verdad que finalmente somos ignorantes y que hay que abordar estos temas con humildad.

El otro comentario es el de Rubén, el único que reconocía haber acudido a prostitutas:

Al contrario que algunos de los inquilinos del blog, yo sí reconozco que en alguna ocasión he pagado por sexo. No hay nada despreciable en eso, ni tiene que significar que ya no puedes conseguir una mujer «gratis». A veces sale más barato pagando, como dice el refrán. Viéndolo desde este lado, el del cliente, resulta que la prostitución es dinero fácil. Conocí a chicas que preferían estar esperando clientes en la carretera a trabajar diez horas por 800 o 900 euros. Así de sencillo. Una de ellas estaba harta de esa vida y seguía aguantando para reunir dinero y comprar una casa en Rumanía. En alguna ocasión me pidió que le consiguiera un trabajo (teníamos ya una relación más que profesional). Le conseguí ese trabajo, pero quería seguir por las noches en el puterío. Un día desapareció. Supongo que estará en Rumanía. Viendo cómo funciona el tema, yo soy partidario o bien de prohibirla totalmente, como en Estados Unidos, o bien de regularla, como en tiempos de Franco hasta mediados de los años cincuenta. El que cada una pueda disponer de su cuerpo, dejando la prostitución como «alegal», ha propiciado la avalancha de trabajadoras del sexo de Europa del Este, de África y de Sudamérica. Porque saben a lo que vienen. Las rumanas, primero, se buscan un chulo en su país para venir aquí. Otras trabajan por su cuenta. La cuestión es que, por esta condición, el número de prostitutas se ha disparado. La otra opción, la regulación, permitiría controlar el negocio, y [las prostitutas] pagarían Seguridad Social e impuestos, como todo trabajador. Pero cualquiera de estas opciones provoca una discusión sin salida. Pues enseguida se acude a los tópicos, como se puede ver en los comentarios sobre las pobrecitas, las engañadas, las explotadas, etc., tópicos feministas que perduran en el tiempo y que retrasan cualquier solución. (Para los clientes habituales, esto es una bendición, pues éste es uno de los pocos servicios que ha bajado de precio con la entrada del euro).

Y, para terminar, una experiencia propia. El año pasado no paraba de ver a una chica preciosa cuando iba al trabajo. Al final me animé, y la subí al coche. Era fantástica en todos los sentidos. Sus razones para prostituirse eran que quería reunir dinero para ponerse tetas, unos 5000 euros. Increíble, ¿no? Lo más

increíble es que su novio era policía municipal.

Cada caso es diferente, pero la idea de Camille Paglia de que se demoniza a la prostituta como una drogadicta que está en las últimas queda desmentida. Hay de todo. Habría que hablar también de la prostitución infantil y del turismo sexual, que lleva a que los clientes busquen satisfacción a sus perversiones fuera de su país, allí donde es posible encontrar niñas, o donde la pobreza o la diferente concepción de las relaciones sexuales explica que el acceso (y el precio) sean más «adecuados» que en su país.

Y aquí hay que introducir un factor que Wendy McElroy apunta para defender la prostitución: permite que aquellos hombres con determinadas perversiones sexuales que conllevan prácticas cuyas esposas o novias no quieren practicar puedan evitar la frustración. Hay que resaltar que el criterio de qué es perverso o no en el sexo no es natural, sino arbitrario, y que depende del entorno social. Se trata de comportamientos o gustos atípicos. No implican violencia necesariamente, pero pueden generar frustración de un modo u otro. En este sentido, tanto la prostitución como la pornografía son consideradas una ayuda para aquellos hombres que tienen un patrón de conducta sexual diferente.

La pornografía: arte y mercado

También en el caso de la pornografía hay un severo enfrentamiento entre las feministas radicales (que en este aspecto coinciden con la derecha más conservadora, aunque por razones diferentes) y el feminismo libertario.

La pornografía existe desde que existe el sexo. No en vano, en la ya mencionada comedia de Aristófanes *La asamblea de las mujeres* (así como en *Pluto* y en otras suyas) hay referencias claramente pornográficas en las que explícitamente se sacan a relucir todos los estereotipos de todos los tiempos: la vieja que busca jóvenes, el viejo que busca mujeres y hombres jóvenes, permanentes referencias fálicas como símbolo del poder masculino, etc. Y se trataba de obras de teatro que se representaban en público y eran votadas por la gente, como hoy en día se vota en concursos televisivos de talentos españoles como *La Voz* o *Got Talent*.

Los sexólogos explican muy claramente la importancia de las revistas y películas pornográficas en la iniciación sexual. No todo el mundo tiene la misma pauta de iniciación, no todo el mundo tiene un entorno en el que investigar o experimentar, no todo el mundo es igual de sociable. Las revistas pornográficas han sido y son un estímulo. No es casualidad que en las clínicas donde se recogen donaciones de esperma se entregue a los donantes algún ejemplar. Otra cosa es que existan mafias que comercien con niñas, o que obliguen a niñas a dejarse fotografiar para revistas o películas pornográficas. Eso es el peor delito que se me ocurre; y el que compra esa pornografía infantil es cómplice de él.

¿Se cosifican las mujeres que trabajan como *strippers* en un local, o en revistas o películas pornográficas, incluidas las del llamado porno duro? ¿Lo hacen las modelos de pasarela? ¿Lo hace quien posa para un artista? ¿O cualquiera que trabaje con su cuerpo exhibiéndolo? Yo creo que si alguien lo hace voluntariamente, no se cosifica. Pero, incluso si aceptamos que sí, que ese alguien está usando su cuerpo como un mero objeto, ¿cuál es el problema? Es suyo, al fin y al cabo. Usar su cuerpo no merma su inteligencia. En el fondo, éste es un tema moral. Muchas personas creen que te envilece y te rebaja, que es inmoral. Supongamos que aceptamos esa creencia. ¿Habría que prohibirlo? Los argumentos que a menudo se me ofrecen suelen ser utilitaristas: una sociedad más virtuosa es mejor, más pacífica, hay que invertir menos

recursos en seguridad, etc. Yo no soy utilitarista, pero incluso poniéndome en el papel de quienes sí lo son, hay que tener en cuenta la reducción en el coste social que se produce gracias al porno. El desahogo sexual de quienes no tienen la capacidad o la oportunidad de desarrollar una sexualidad «normalizada» evita delitos sexuales. Y nadie lo dice. No se trata de obligar a que se distribuyan revistas porno en los colegios, o de permitir que las mujeres y los hombres que se dedican a ello lo hagan forzados, exactamente igual que no se debe aceptar la coacción laboral en ningún otro trabajo, ya sea limpiar la casa o ejercer de contable.

Curiosamente, la izquierda radical ha logrado rizar el rizo de la incongruencia. Mientras claman contra la pornografía, contra la cosificación de la mujer y contra sus efectos en las nuevas generaciones porque se van a perpetuar roles, promueven la educación sexual en las escuelas. Pero no se trata de una educación sexual habitual, se trata de que los dueños de *sex-shops* vayan a las escuelas y enseñen a los niños todo el abanico de prácticas sexuales que existe, con dibujos explícitos. Ahí, los padres no tienen nada que decir, porque son ellos, los gurús, quienes saben mejor que los progenitores qué deben o no deben saber los niños (y, además, «todos» los niños, como si no hubiera diferencias entre unos y otros, y especialmente en este tipo de temas). Es verdad que los padres podemos ser muy torpes, que hay familias muy represivas y otras que son todo lo contrario, pero, aun así, ¿es algo a lo que se les debe exponer en la escuela y según un programa dictado por el ministerio de educación de turno? En España, por más pedagogos y sexólogos que contrate el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, el Instituto de la Mujer y demás involucrados, cuando un niño crece en una familia donde determinadas cosas son anatema, exponerle a ese tipo de «educación» sexual puede crearle un conflicto interno, un conflicto entre la realidad que vive en casa y la realidad que vive en el colegio. Si no debemos exponer a los niños a la visión de las portadas de las revistas porno, ¿por qué sí hay que enseñarles eso en la escuela? Si hay una demanda por parte de los padres que se sienten incapaces de tratar determinados temas con naturalidad (que los hay, porque no somos perfectos), seguro que surgirán centros y grupos de trabajo en un entorno coherente con la familia, igual que se aprende cerámica, judo o hay talleres de lectura. Y serán programas elaborados por personas tan profesionales como los contratados por el ministerio de turno, pero sin sesgo político, sin el riesgo moral que implica pertenecer a una bancada del Congreso. Es una solución despolitizada y, por tanto, mucho menos arriesgada y mucho más sana.

Un tema parecido es el de la prohibición de hacer toples en las playas, que yo creía desaparecida, pero no lo está, al menos en algunos países como Argentina, donde el 28 de enero de 2017 la policía desalojó a tres mujeres con el torso desnudo de una playa pública. Pocos días después, el 7 de febrero, en protesta por la actuación de la policía sobre las mujeres que hacían toples, y probablemente enardecidas por el seguimiento mediático de la Marcha de las Mujeres que se convocó en ciudades de todo el mundo para protestar contra la investidura de Donald Trump, las asociaciones

feministas argentinas convocaron lo que llamaron un «tetazo» en el Obelisco de la ciudad de Buenos Aires. Voy a dejar de lado la politización de la desnudez. En España, las activistas de Femen han protagonizado varios episodios, invadiendo museos, iglesias, etc., para protestar contra la Iglesia católica, Trump, etc. Pero lo que me interesa es el escándalo frente a la desnudez. Yo he vivido la insensibilización de la sociedad, del español medio, frente al toples. Al principio se suponía que la visión del pecho femenino iba a corromper a los jóvenes, traer la decadencia de la civilización, etc. Y, hoy en día, hay familias que toman el sol y la madre o alguna de las hermanas se quita la parte de arriba y está tranquilamente, sin esconder su cuerpo, sin que pase nada. Yo he visto a la abuela, la madre y la hija en toples en la playa de las Canteras, en Gran Canaria. Nadie las atacó, no había mirones alrededor, y todo era normal. Imagino que la desnudez no es admitida de la misma forma según en qué sociedades. Lo que no entiendo es que sea el Estado quien deba regular esas cuestiones.

Las víctimas de la culpa

Pero, si algo caracteriza la visión que nuestras sociedades occidentales tienen del sexo, es la culpa. Este cristal con que miramos, tintado de miedo, ha llevado a muchas generaciones a la represión, a veces mediante la ley y siempre por transmisión «memética», en la cultura y las costumbres. No estamos curados de este mal. Hoy en día, el miedo es una de las armas poderosas que la izquierda radical tiene para manipular a las mujeres y para asociarse con los gobiernos y otros órganos de poder, por ejemplo, las autoridades de los campus en Estados Unidos. No es un fenómeno que se dé en España, porque aquí tenemos la costumbre de que nuestros hijos estudien en la facultad de tu ciudad, y por eso tenemos un número desproporcionado de universidades mediocres o malas, y que suponen un gasto para los ciudadanos que pagamos impuestos. Para entender de qué hablo hay que escuchar, de nuevo, a Wendy McElroy, quien recientemente ha publicado un nuevo libro sobre la histeria que existe en Estados Unidos acerca de la cultura de la violación. Es una cuestión nada fácil, por el tema en sí y porque la autora, como expuse en su momento^[48], no suele hablar lanzando flores ni consignas, y porque tampoco su intención es ser presidenta ni ser la primera mujer en la historia que hace esto o lo otro. Ella tiene esa extraña necesidad de expresar sus ideas, partiendo de sus estudios, pero también de sus vivencias. Y es entonces cuando su mensaje descarnado es tanto más necesario. A partir de ahí, el lector puede entender el mensaje o escandalizarse y permanecer en su nube de algodón.

En su libro *Rape culture hysteria: fixing the damage done to men and women*^[49], Wendy McElroy denuncia que, de alguna manera, la ficción de una supuesta «cultura de la violación» se ha instalado en la realidad, por obra y gracia de quienes están utilizando el drama de los abusos sexuales para sacar votos. No es nuevo: politizaron la pobreza, la enfermedad, la educación... ¿Por qué no seguir con este tema tan delicado? McElroy no pasa por alto rebatir los fundamentos teóricos de este nuevo mal, causado por los políticos y por el Estado. Y en concreto desenmascara los tres mitos en los que se sostiene la «cultura de la violación»: la violación es un hecho cotidiano en el día a día, está facilitada por el entorno social, y el hombre ha creado una psicología de masas de la violación. A partir de ahí, McElroy explica cómo los

«convencidos» (*true believers*) crean noticias de violaciones en grupo en universidades, manipulan y mienten en los datos, y explica en qué consiste la dinámica de esta nueva histeria.

No solamente es un libro de denuncia. McElroy también estudia el daño psicológico individual a las víctimas de violación: a las mujeres violadas, que se ven incapaces de sobreponerse a un drama tan duro, porque ser víctima no es victimizarse; a los hombres, etiquetados como violadores potenciales; y a la sociedad, en especial a los niños, que son nuestro futuro. Y aporta soluciones y esperanza a quienes miramos desde afuera y somos afectados pasivamente por esta locura. Se trata de tratar la violación como un delito criminal, por un lado, y demandar cordura social, por el otro.

Hay que resaltar dos cosas. La primera es que el libro aborda una realidad concreta: la de Estados Unidos. Y segundo, que, además de su formación y su honestidad impecable a lo largo de muchos años, a Wendy McElroy le avala el hecho de ser una superviviente a una violación y a malos tratos. Por eso sabe de lo que habla cuando señala la importancia de superar y sobrevivir al trauma en lugar de enquistarse en la autovictimización y la victimización social, y menos aún por razones políticas.

Y acabo con una frase suya: «Defiéndete a ti misma y a tus hijos contra los fanáticos de la cultura de la violación. Demanda cordura».

Este análisis tiene, sin duda, una réplica muy fácil. A las personas que tratamos de desvelar la agenda política de quienes están detrás de esta histeria, se nos suele decir que, en realidad, negamos que existan violaciones. Es falso. Existen violaciones y agresiones que no por menos graves son menos importantes, y que deben ser castigadas con todo el peso de la ley. Y es cierto que, aunque existen, las violaciones de mujeres a hombres son minoritarias. Por ejemplo, como se hizo público en todos los periódicos, una de las estrellas de la Marcha de las Mujeres al poco tiempo de la investidura de Trump antes mencionada, fue Donna Hylton, que cumplió veintisiete años de prisión por drogar y mantener secuestrado a un hombre de sesenta años de edad durante quince días, en los cuales Donna y sus amigas le pegaron, torturaron, quemaron, violaron y asesinaron. Ella defiende que su pasado, en el que sufrió abusos sexuales, le llevó a dicho comportamiento, y es una activista por los derechos de las mujeres presas. Un ejemplo así protagonizado por un hombre es inimaginable.

Pero volviendo al tema concreto de la violación, especialmente a los casos de violaciones en el ámbito universitario, un acto así nunca tiene justificación. No hay una sola razón para justificar una violación. Ahora bien, cuando una mujer bebe demasiado, se acuesta con un desconocido y luego se arrepiente, tiene que afrontar lo que hizo, no puede, como es cada vez más frecuente, refugiarse en que él se aprovechó de que estaba borracha. Si el alcohol es un atenuante en el caso de ella, también es un atenuante para él, si es que iba con demasiadas copas encima. No puedes esperar que, si bebes y/o tomas la droga que esté de moda, tú te comportes

inconscientemente pero las personas que consumen contigo mantengan la cordura. Otra cosa muy diferente es si uno droga al otro. Pero, si el consumo es voluntario, todos haréis barbaridades de las que os arrepentiréis o de las que ni os acordaréis. Y una de esas barbaridades puede ser mantener sexo con varios hombres o dejarte fotografiar, etc. ¿Qué pasa si ella ha bebido o ha tomado drogas y ellos no? ¿Son ellos responsables de que ella conscientemente haya consumido sustancias que sabe de antemano que le llevan a un comportamiento peligroso?

Es difícil dar respuesta a tal pregunta. El Estado no puede protegerte de los hijos de puta. Y se puede ser un hijo de puta sin cometer un delito. Las mujeres tenemos que ser conscientes de que hay mucho «lobo» por ahí, y que los amigos de copas no son necesariamente las mejores personas; tenemos que saber las consecuencias de lo que consumimos. Si decidimos consumir drogas, debemos saber en qué ámbito lo hacemos. No creo que prohibir el consumo y venta de sustancias sea la solución, el fracaso de la llamada «guerra contra las drogas» es claro. Pero, además, ninguna prohibición genera una mayor responsabilidad, sino que sólo crea pueblos obedientes. El problema de las drogas y el del sexo requiere de una mayor responsabilidad por parte de los afectados, para empezar. Ir a una fiesta llena de desconocidos con los que solamente te une el hecho de que pertenecéis al mismo campus y ponerte hasta arriba de lo que sea no es un comportamiento responsable. Repito lo que he dicho: nadie merece ser violada, y en ningún caso lo justifico. Pero definamos qué es una violación. Sobre todo porque las mujeres violadas merecen un respeto infinito. Y, como explica Wendy McElroy, no van a poder superar un trauma así si parten de la base de que el hombre es un violador en potencia siempre.

En televisión vemos cada dos por tres asimetrías en lo que se considera un comportamiento de acoso sexual. La mujer, por ejemplo en los *realities*, puede perseguir a un hombre, meterse en su cama, abrazarse a él, aunque él diga que no, puede restregarse con él bailando, aunque él no quiera, colocarle los genitales delante de la cara, aunque él no quiera... Y, por supuesto, todo el mundo asume que, incluso si él se niega, no pasa nada, porque, ¿qué hombre no está encantado de que una mujer se le restriegue, le provoque o se meta en su cama? No importa que él exprese su voluntad o sus razones; a veces es porque tiene novia, otras veces porque no quiere dar un espectáculo, en fin, mil argumentos. Lo normal es que el presentador y los comentaristas, a los que les hace muchísima gracia la situación, tachen a la mujer de «un poco pesada», y a él, de «no decir las cosas con suficiente claridad». Pensar en que sea un hombre el que se comporta así se sale de la imaginación de cualquiera. Esa impunidad de la mujer no ayuda a que las mujeres jóvenes y adolescentes que ven ese *reality* sean responsables de sus actos, más bien al revés: todo está permitido, eres impune, siempre puedes culpar al hombre, no pasa nada. Y sí, sí pasa. No quiero imaginar lo que debe de sentir una mujer acosada cuando ve que una mujer acosa a un hombre y todo el mundo ríe.

El acoso y la complicidad social

Y ése es otro tema terrible de nuestra sociedad que afecta a la mujer y al sexo y que es silenciado permanentemente: el acoso sexual.

El acoso es un delito, pero sigue siendo un tabú. Se comenta en círculos privados, cuando la conversación ha entrado en el terreno de la confianza, y siempre con la coletilla por delante de «que esto no salga de aquí». Ya mencioné el caso de una compañera, pero conozco otros de personas muy queridas, de mujeres muy valiosas, fuertes y con coraje, que te explican lo complicado que es enfrentarse a esa situación.

El trabajo suele ser el entorno más habitual. Un hombre, a menudo un superior, se te insinúa y te propone una copa al salir de la oficina; y le dices que no. Te insiste, te dice que te acompaña a casa; no quieres. Te espera en la parada del metro, insiste, te llama por teléfono, te manda *emails*. No le importa tu «no». Y tú sabes que es la persona de la que depende tu futuro inmediato. Tú eres el eslabón débil, y no solamente porque su puesto sea superior, sino porque, además, cuenta con la credibilidad y la cobardía del entorno, porque quienes no le crean no van a decir ni una palabra. Así que quedarás como una loca que ve visiones, te llamarán aprovechada, perderás el trabajo, en fin. ¿Qué hacer?, te preguntas. Esta amiga que mencioné cambió de trabajo y de ciudad. Porque en las ciudades de provincias la cosa se complica. Y no digamos en los pueblos. «¿Por qué no se lo dijiste a tu marido?», le pregunté. «Porque le habría dado una paliza, y encima el perjudicado habría sido mi marido, por defenderme». Mi amiga necesitó tratamiento psicológico.

Otra amiga tuvo que aguantar acoso de un impresentable en una institución pública, donde es famoso por acosador. Ella le paró los pies, y él le hizo la vida imposible laboralmente hasta que ella cambió de trabajo.

¿Cómo se afronta ese tema cuando la denuncia te puede perjudicar a ti? Porque no se trata solamente de ganar la batalla judicial, además hay que superar el juicio social de una sociedad muy hipócrita y que va a dudar de tu palabra. El marido de esta segunda amiga me decía que en Estados Unidos no sucede esto. Es más, mencionó a un catedrático muy famoso que imparte clases en una universidad estadounidense y en otra española, y que aquí tiene aterradas a las alumnas, y allí se comporta. Es decir, hay maneras de prevenir; la ley es una forma, pero no es

suficiente, tiene que haber una actitud de repudio social hacia el hombre que hace proposiciones a alguien con quien trabaja. Y la mujer tiene que aprender a ser asertiva. Porque, cuando lo eres, pasas por antipática, borde u hostil. Lo importante es que no te afecte, ayudar a las mujeres que veas acosadas, plantar cara al acosador — que suele ser mentiroso, pero cobarde— y no dejarse amilanar.

Otro de los tabúes que han cambiado en nuestra sociedad del siglo XXI es el de la infidelidad. En la actualidad, la infidelidad femenina ha aumentado y es más visible. Una de las diferencias entre hombres y mujeres que está empezando a cambiar es que nosotras acostumbramos a ser mucho más discretas con los deslices extramatrimoniales, porque, mientras que a las mujeres se las penaliza por la infidelidad, a los hombres se les disculpa, cuando no se los aplaude. Por otro lado, el avance que ha supuesto la posibilidad de divorciarse ha dado un giro a las cosas. El número de divorcios ha aumentado, y, más veces de las que quisiera, se ofrece el argumento de que las mujeres «ya no aguantan tanto como antes». Y eso se suele decir con alivio, pero, a veces, también en tono recriminatorio. Los defensores del matrimonio como contrato civil que así se expresan no se dan cuenta de la contradicción de sus ideas. Por un lado te explican que el contrato matrimonial sirve para proteger a la mujer frente al abuso de hombres que a menudo se iban de la casa, dejando a la mujer desprotegida, y, por otro lado, hablan del aguante de las mujeres en el matrimonio, como si éste fuera una cárcel. Y, efectivamente, lo ha sido para muchas mujeres. Para otras, no. Pero, si de lo que se trata es de que ambos padres se hagan cargo de la manutención de los hijos, no es necesario el matrimonio, sino un estatus legal respecto a la prole. Y, si hablamos de igualdad, ¿debería ser obligado que las madres trabajaran? ¿Hasta ahí tiene que meterse el legislador?

El problema de la igualdad se tratará más adelante, pero ahora quisiera resaltar que asociar el sexo a la reproducción, independientemente de los principios por los que se defiende esa perspectiva, lleva directamente a dejar de lado el tema del sexo y a centrar el foco en las cuestiones familiares y legales.

Quienes adoptan esa perspectiva suelen ser las mismas personas que se lamentan de que la mujer trabaje. Al fin y al cabo, ambas cosas son las que están acabando, en su opinión, con los valores de la sociedad occidental. Y, por la misma razón, si el sexo está necesariamente vinculado a la maternidad, y si tener hijos determina el rol de la mujer como ama de casa, parece claro que, en el momento en el que pueda disfrutar del sexo sin quedarse embarazada, la mujer va a poder desvincularse de su papel en la familia y en su propia vida. Es decir, la mujer toma las riendas de su propia vida. Y eso no quiere decir que tenga que hacer algo que vaya en contra de su moral o que sea censurable la opción de la mujer conservadora, sino al revés, lo que significa es que las mujeres no conservadoras también son libres de tomar otro tipo de decisiones. No es la moral conservadora particular lo que me parece dañino. Cada persona tiene sus fines, y, mientras nadie intente imponer a los demás su moral por vía legal, allá cada cual. Lo que creo que está acabando con nuestra sociedad es otro

tema que aparece tanto entre los conservadores como entre los progresistas: la doble moral.

Madonna y la doble moral

La libertad sexual que defiende también va asociada de forma inseparable a la responsabilidad sexual individual.

No se trata solamente de que la mujer, si así lo decide, haga lo que quiera, con quien quiera y cuando quiera; se trata de que lo haga como lo hace el hombre, es decir, que el ojo moral de la sociedad mire igual a ambos. Ése es el objetivo. Pero, mientras se camina en ese sentido, con mayor rapidez o a paso de tortuga, las mujeres que decidan hacer lo que les venga en gana tienen que saber que se exponen al juicio social. El precio de la libertad sexual no solamente es ser responsable de posibles embarazos, contagios, etc. También hay que ser conscientes de que te van a juzgar con una moral determinada; así que, si eliges un camino, hazlo con la cabeza alta.

En 2016 le fue concedido a la cantante de renombre internacional Madonna el premio Mujer del Año en los galardones Billboard Women in Music.

El discurso lo inició con un comentario espontáneo cuando tuvo que abrir mucho las piernas porque el micrófono estaba muy bajo: «Siempre me siento mejor cuando tengo algo duro entre mis piernas». Palabras que, para muchas personas, tal vez estaban fuera de lugar, pero que eran un comentario muy «Madonna», una mujer que, desde los inicios de su carrera, ha destacado por su decisión de mostrar una imagen de mujer dispuesta a arrasar con todos los tabúes sociales y religiosos habidos y por haber. La reina del pop, como merecidamente se la conoce, ha sido el símbolo de la libertad sexual de la mujer y del hombre, y también de la libertad de expresión. En sus vídeos y en sus espectáculos, las referencias al sexo han sido completamente explícitas: *bondage*, bisexualidad, masturbación. Pero también transgredía todas las normas del *statu quo* con permanentes referencias religiosas en sus canciones y en las imágenes. Desde su éxito «Like a virgin», el Vaticano, la Iglesia anglicana y la Iglesia ortodoxa rusa manifestaron varias veces su repulsa, y prohibieron sus espectáculos y discos, hasta el punto de que, en 1989, Pepsi canceló el contrato que tenía con ella en el lanzamiento del *single* «Like a prayer^[50]». Al año siguiente, su gira espectáculo «Blonde Ambition», en la que llevaba el icónico corsé dorado de Jean-Paul Gaultier, fue considerada por el Vaticano como «uno de los *shows* más satánicos de la historia de la humanidad», ni más ni menos^[51]. Nada la detuvo. Ha actuado en varios filmes y

dirigido sus propias películas, ha escrito libros infantiles, creó una empresa musical y de *merchandising* y otras de gimnasios, cosméticos, etc. Cuanto más se la criticaba, más discos vendía; la transgresión sexual era su marca personal. Cuando se peleó con la MTV porque el vídeo de «Justify myself» era demasiado explícito, Madonna no rebajó el tono ni un poquito, y ganó la partida.

Por eso, la queja, la victimización, la afectación de su discurso en los premios Billboard de 2016 no eran algo propio de una persona como ella, no era la Madonna de siempre.

Me molestó que mezclara su terrible episodio del año en que llegó a Nueva York, con dieciocho años de edad, más o menos, cuando la violaron, y cuando entraban en su apartamento cada dos por tres, con las consecuencias de las decisiones que tomó en su carrera profesional. Me molestó porque de una cosa no se sigue la otra. Superar una agresión es terrible, y las mujeres que lo logran merecen toda la admiración y el respeto. Y, aparte de eso, está el hecho de que decidiera hacer frente a las costumbres establecidas y asumir sus consecuencias. En su discurso, Madonna decía grandes verdades mezcladas con gazmoñería y manipulación. Por ejemplo, ella reconoce que una de las lecciones que ha aprendido es que no hay seguridad garantizada en la vida, y también que las reglas para los hombres no son las mismas que para las mujeres. Cuenta cómo, en sus comienzos como compositora, no escribía para mujeres, ni pensaba en el feminismo, y que su mayor inspiración fue David Bowie (cuyo libro favorito era *Sexual personae: art and decadence from Nefertiti to Emily Dickinson*, de Camille Paglia). En su discurso, cuando se pregunta qué es ser una mujer exitosa en la música, desenmascara esa doble moral, que es tanto más sorprendente porque es la que Madonna ha vapuleado desde sus inicios. «Puedes ser una muñequita, vestir como una guarra, lo que quieras..., pero no se te ocurra pensar, y no solamente pensar, tampoco se te ocurra hacer pensar a otros. Tienes que ser lo que ellos quieren que seas y, sobre todo, lo que las demás mujeres puedan aguantar que haya y se mueva alrededor de sus hombres». Madonna denuncia que si haces sentir a una mujer incómoda o insegura respecto a su novio, hijo o marido, entonces te machaca. Y, a partir de ese momento, Madonna empieza a quejarse de que, cuando sacó su libro *Erotica* y comenzó su meteórica carrera hacia el «todo vale», la insultaban. «Me llamaron puta y me compararon con Satán en la portada de un periódico», decía con cara de pena. Y para mostrar que el problema residía en que ella era una mujer, sacó como ejemplo a Prince, que andaba con los labios pintados y jugueteando con la bisexualidad. Es verdad que Prince no fue objeto de críticas tan duras y que se le miraba con ojos más benevolentes, pero, claro, es que Prince no quemó crucifijos, ni usó elementos de ninguna religión, y, desde luego, no fue tan explícito. ¿Esperaba Madonna no escandalizar o todo lo hizo, precisamente, en busca del escándalo, que tan lucrativo le salió?

Y ahí es cuando menciona a Camille Paglia y se queja de que la acusó de haberse convertido en una mujer objeto, etc.

En la década de 1990, Camille Paglia afirmaba que Madonna enseñó a las mujeres jóvenes a ser femeninas y sexuales mientras que, a la vez, eran capaces de ejercer un control total sobre sus vidas. Le parecía que Madonna era una bomba atómica contra el puritanismo sofocante de la ideología feminista americana de la década de 1970. Por su parte, Madonna veía a Paglia, como el futuro real del feminismo^[52].

Merece la pena leer las palabras de Paglia:

El feminismo contemporáneo se separó de la historia y se dejó en bancarrota cuando dio un giro hacia la pueril y paranoica fantasía de opresores masculinos y víctimas de sexo-objeto sexual. La mujer es el sexo dominante. El encanto sexual de la mujer ha embrujado y destruido a hombres, desde Dalila a Elena de Troya. Madonna, modelo a seguir para millones de niñas de todo el mundo, ha curado los males del feminismo reafirmando el dominio de las mujeres en el ámbito sexual^[53].

Lo que Camille Paglia le recrimina al discurso de Madonna se centra principalmente en que se queje de no tener el mismo éxito radiofónico por ser mayor cuando afirma: «No envejecas, porque la edad es un pecado. Te criticarán, y, definitivamente, no sonarán tus canciones en la radio».

Para Paglia, este hecho se debe a que la música de Madonna ha perdido calidad y no ha sabido amoldarse a los tiempos ni despertar las sensaciones de frescura que lograba en la década de 1990. Echar la culpa de eso a que la industria musical tiene prejuicios contra el envejecimiento dice muy poco de la cantante. En la era digital existen muchos medios no radiofónicos gracias a los cuales se encumbra a nuevos artistas y se hacen virales los lanzamientos de los artistas.

Más allá de esta crítica específicamente musical, Paglia arremete contra algo que sí está relacionado con el feminismo: la crisis del icono sexual ante el paso del tiempo. Mientras que, por ejemplo, David Bowie, a quien Madonna cita en el mismo discurso como inspiración, supo dejar de lado la imagen de Ziggy Stardust, y a medida que fue cumpliendo años supo adecuar sus modos y su imagen, Madonna no ha sabido madurar. La explicación es muy interesante. Las costumbres sociales han cambiado. Debido a que la época de estudiante se ha alargado, las mujeres tienden a casarse más tarde. El aumento de divorcios ha llevado a que las mujeres más maduras tengan que competir en el mercado de parejas con jovencitas. Y muchas han tratado de «igualarse» a ellas mediante operaciones, la adopción de un *look* juvenil, etc. Este culto al cuerpo y a la juventud es especialmente notable en Madonna, tal vez porque ha sido un referente sexual, y porque ha sido una estupenda bailarina, y eso hace que la edad se muestre más cruelmente que en otras mujeres que se dedican a otro tipo de tareas con menos exposición corporal.

Paglia no juzga el culto al cuerpo, sino el victimismo de la cantante al responsabilizar al prejuicio social de sus malos resultados. Y no solamente señala a Madonna, sino también a otras cantantes, como Jennifer Lopez o Mariah Carey, que tratan de competir con jovencitas como Iggy Azalea. Para Paglia, además de Bowie,

es ejemplar la elegancia en la asunción del paso del tiempo en Tippi Hedren, Lena Horne, Lucy Liu o Jane Fonda.

Lo que más le molesta a Camille es lo repetitivo del discurso antihombres de Madonna comparado con el soplo de aire fresco, estimulante y divertido que era el mensaje de la Madonna que ella adoró en la década de 1990. Para ella, las nuevas estrellas de Hollywood, operadas, aniñadas, sin personalidad y que endosan la definición de su personalidad en «el otro», culpable de todas sus carencias y males, no pueden compararse con actrices con una personalidad femenina arrolladora como Elizabeth Taylor, Deborah Kerr o Sophia Loren, que no fueron víctimas, sino dueñas de sus vidas^[54].

Sin embargo, no estoy de acuerdo en algunas cosas con Camille Paglia. Al abundar en la idea de desmontar el ataque sistemático a todo lo que hacen los hombres según las feministas radicales, ella acaba por compensar en exceso, y da la sensación de que lo que afirma es que todo lo bueno que vivimos se lo debemos a los hombres porque son los que han ido a la guerra, han construido los edificios en los que residimos, han investigado, etc. El hecho de no darse cuenta de que precisamente a muchas mujeres les habría encantado participar en todo ello y no las dejaron es perder el foco^[55]. Este tipo de sobrerreacciones le están pasando factura a Camille Paglia en los medios, en los que, inmediatamente, se sacan de contexto sus palabras, haciéndola aparecer como enemiga de las mujeres.

El sexo y la marca verbal

La relación entre el lenguaje y el sexo es uno de los aspectos más controvertidos de todos los que están sobre la mesa hoy en día. La polémica parte del análisis de las palabras que usamos de forma cotidiana y que tienen contenido sexual. Esta polémica se expresa de manera particular en cada país y en cada lengua, así que probablemente los ejemplos españoles no se puedan generalizar para todos los países de habla hispana, pero, en España, algo aburrido es un «coñazo», y algo estupendo es «cojonudo», ser valiente es «tener pelotas», y ser cobarde es ser una «nenaza». ¿Es el lenguaje sexista? Sí. Pero no sé cuánto afecta a la estructura del pensamiento el uso de esas palabras. En España no paramos de utilizar palabras que originalmente proceden del toreo, y no me siento ni más ni menos atraída hacia las corridas de toros. Ahí van algunos ejemplos: «cortarse la coleta», «ver los toros desde la barrera», «no hay quinto malo», «entrar a matar», «dar un rejón», «estar para el arrastre», «salir por la puerta grande», [decir algo] «a toro pasado», «rematar la faena» y, para terminar, mi favorito, «ponerse el mundo por montera^[56]».

A mí me preocupa más otro tipo de sesgos del lenguaje que se utilizan para reprimir y señalar hipócritamente al diferente, al débil, sea mujer u hombre, sea hetero, homo, bi o transexual. Es lo que, en alguna ocasión, he llamado el «marcaje verbal», un etiquetado que ha permitido insultar sin pronunciar el insulto.

No se ha extirpado la lacra del marcaje verbal. Durante décadas, las mujeres éramos unas «frescas» simplemente porque sí, porque estábamos divorciadas, o porque éramos solteras, o porque llevábamos minifalda, o porque fumábamos, o porque éramos profesionales rodeadas de hombres... Frescas nos llamaban (en su acepción de «desvergonzadas»), que es como si te quisieran llamar puta, pero encima no tienen narices para hacerlo. En general, afortunadamente, y al menos en mi entorno, creo que las cosas han cambiado. Y no solamente porque los hombres y, especialmente, las otras mujeres que te señalaban con el dedo han cambiado su punto de vista. También es diferente la actitud de quienes éramos acusadas de frescas; la novedad a este respecto es que quien así se expresa ya no nos hace sentir mal, porque sabemos que el acusador se retrata al intentar manchar tu reputación de una manera tan ruin^[57].

Lo que no ha cambiado es que ese tipo de marcaje verbal lo usan como herramienta quienes no tienen argumentos. El marcar como al ganado, a fuego, con una palabra que no viene a cuento y luego usarla para calificar a alguien —como ese «fresca» dirigido a una mujer libre— sigue siendo un atentado sin motivos a la reputación personal.

Todo el mundo se atreve a decir (con la boca chica) que una mujer y un hombre libres pueden decidir si se van a la cama con otra persona o con una aldea entera, sin dar explicaciones. Pero, todavía hoy, la carga moral de la frase «ésta/éste se va con cualquiera» es diferente cuando se aplica a una mujer o a un hombre. Y la mayoría negadora se me echará encima, pero es así. Para el hombre, los peligros de irse con cualquiera siguen siendo las enfermedades venéreas, para la mujer, además, es su destrucción moral. Porque, al parecer, incluso entre muchos cristianos, aunque lo que establece la moral religiosa es el sexo dentro de matrimonio, eso no se aplica igual para ellos que para ellas, y denigrarse, lo que se dice denigrarse, se denigra moralmente sólo la mujer. El hombre, soltero o casado, solamente «cae» en la tentación, como cae la manzana por la fuerza de la gravedad, por una ley natural que no se da en la mujer. No se le suele decir a un hombre promiscuo: «Estás destrozando tu moral»; tan sólo se le habla de Peter Pan y de que, a esa edad, debería sentar la cabeza. Se alude a su cabeza, a su mente, no a su alma, a su moral.

Es posible que la gente de veinte años de edad, urbanita y criada en familias menos tradicionales no lo vea igual, pero esas personas son una minoría. ¿Es malo recriminar a una mujer el hecho de que se vaya «con cualquiera»? Sí; tanto como recriminarlo a un hombre. Si bien es verdad que nuestro llamado cerebro neolítico marca una tendencia, la misma lógica que explica que sepamos emplear tecnología y cambiar los roles debería explicar que no estamos «marcados por el destino del órgano sexual». Y mucho más si hablamos en términos individuales. No todos los hombres, por muy hombres que sean, tienen la misma percepción del sexo. Y lo mismo se puede decir de las mujeres.

¿Por qué no educar a niños y niñas en la responsabilidad y el respeto por uno mismo como punto de partida? De esa manera, el respeto por uno mismo, por su propia sexualidad, les enseñará a respetar la de los demás.

Hay mucho de hipocresía también en el tema de la educación sexual. Mientras se predica libertad sexual, se marca el camino en el que ellos y ellas han de vivir su sexualidad, ya desde la infancia. Si antes lo suyo era irse de putas, ahora se trata de ser más abierto que nadie, iniciarte cuanto antes mejor y alardear de lo lanzado o lanzado que eres, a unas edades demasiado precoces. Sucede lo mismo con otros temas; por ejemplo, son niños de doce años de edad los que están ingresando en los servicios hospitalarios de urgencias con coma etílico. Pero, a la vez, somos de lo más hipócritas con los efectos del azúcar o la grasa o la lactosa en nuestra dieta. Y no se trata tanto de los padres, sino de quienes de verdad están educando a nuestros hijos, a quienes hemos entregado la tutela de sus vidas. Sí, el Estado.

Visibilidad: te miro, pero no te veo

Un tuit final que llamó mi atención, escrito por una mujer que estoy segura de que no es la mayor fan de la Dama de Hierro, decía que «debemos juzgar a alguien por sus acciones, no por su género». Y así es exactamente como lady Thatcher habría querido ser recordada^[58].

EMMA BARNETT.

Una de las batallas de las feministas de todos los tiempos es la visibilidad. Igual que sucede con los grupos minoritarios y con los propios individuos, el ninguneo se considera una ofensa. Estar en un grupo participando activamente y que todo el mundo haga como si no existieras es difícil de llevar. Cuando se da en grupos reducidos, todavía se puede combatir mejor, porque es más evidente. Pero, cuando se trata de una minoría dentro de un grupo grande, la cosa es mucho más complicada. Cuando se reclama, da la sensación de que se están pidiendo privilegios, cuando puede que no sea así. A la hora de dirigir una organización (empresa, universidad, sociedad, etc.), el ninguneo es una manera de controlar. El gestor impone unos estándares y gobierna en función de ellos, ignorando las circunstancias de todos los demás. Es entonces cuando surge la necesidad de hacerse visible, de sentirse reconocido. Lo contrario lleva a desarrollar lo que se conoce como indefensión aprendida (dado que no voy a poder lograr nada, no lucho), que es generadora de desidia y depresión.

En términos políticos, la distancia entre la clase política y los ciudadanos se debe, entre otras cosas, al mantenimiento durante demasiado tiempo de un sistema en el que da igual lo que votes, y, si lo haces, te van a robar impunemente, van a gastar en lo que ellos quieran sin tener que rendir cuentas, etc. Así que, como no importa mi voto, voto lo que sea, lo que más rabia desahogue, y me desentiendo.

En estas circunstancias, los políticos mundiales se han dado cuenta de lo importante que es, para robar votos al partido rival, contar con el apoyo de las minorías. De forma que han utilizado su capacidad de gasto del dinero ajeno para «visibilizar» a estos grupos que luchaban por ser reconocidos en la sociedad.

La visibilidad es un logro pertinente. Y es beneficioso para toda la sociedad. Porque una sociedad con una gran variedad de grupos que conviven pacíficamente será, sin duda, una sociedad próspera. Y, además, los grupos minoritarios indeseables, si además están ocultos, pueden hacer mucho más daño que si se visibiliza qué hacen y qué alcance tienen. La homogeneidad no es favorable ni siquiera evolutivamente, en términos generales. Tampoco hay que llevar las cosas al extremo. Por ejemplo, uno de los problemas que tienen países como Bulgaria para entrar en la Unión Económica y Monetaria y adoptar el euro es su heterogeneidad racial, religiosa y cultural, lo que hace muy complicado cumplir con los requisitos de admisión y el manejo de la economía. Pero no quiero entrar aquí en temas de gobernabilidad o de modelo político o económico. La cuestión que me interesa poner sobre la mesa es que resulta positivo reconocer la diversidad sin que ello merme tu libertad para discrepar con este grupo o con el otro, y sin que sea obligatorio entender o compartir lo que algunos de esos grupos proponga. La diversidad no significa enfrentamiento, sino al revés, la cohabitación de diferentes.

Visibilizar para desacostumbrarse

Es verdad que, durante siglos, los estándares eran masculinos, y, cuando no lo eran, los que había eran discriminatorios hacia la mujer. Por ejemplo, en España, no había servicio militar femenino, a diferencia de en otros países en los que sí se entrenaba a la mujer para la guerra. Por supuesto, si las mujeres somos físicamente más débiles, no podemos rendir igual que un hombre en la guerra, pero nadie dijo que tuviéramos peor puntería. Hay multitud de servicios que una mujer puede realizar más allá de ser «cuidadora». (Y poner este ejemplo no supone que me parezca bien la guerra). Mientras la mayoría de los hombres veía interrumpida su vida laboral por el tema del servicio militar, la contrapartida que te presentaban era que nosotras paríamos. Como si tener hijos fuera una imposición gubernamental similar. Contaba Sheryl Sandberg, jefa de operaciones de Facebook^[59], que, tras asistir a una reunión en las lujosas oficinas de una empresa puntera, el director de la misma no supo explicarle dónde estaba el cuarto de baño femenino, porque eran muy pocas las mujeres que habían asistido a una reunión de tan alto *standing*. Eso en pleno siglo XXI. En la década de 1950, en países como el nuestro, la cosa tenía que ser mucho peor.

Las mujeres agredidas y violadas dentro del matrimonio también han sido ignoradas, empezando (aunque no siempre) por las propias familias, para seguir con el barrio, el pueblo y la sociedad. Pero, en España, también las religiones minoritarias, si bien han sido autorizadas, han sufrido ninguneo por parte del poder político. El de las mujeres no es un caso único.

España, país oficialmente católico durante mucho tiempo, con el dictador al lado del obispo bajo palio, y en donde aún hoy se invita a las autoridades civiles a las procesiones de Semana Santa, incluso siendo un país aconfesional desde 1978, según el artículo 16.3 de la Constitución, arrastra también los tabúes que genera esa religión. Con todo y con eso, la sociedad española ha progresado gracias, entre otras cosas, a que nuestro nivel educativo es mejor que antes, a que viajamos, a que tenemos un mejor nivel de vida y a que la mujer es igual ante la ley. La batalla cultural está pendiente, pero el trecho recorrido es muy grande. En muchos países de Latinoamérica, la sociedad sigue siendo profundamente machista, especialmente en las zonas más deprimidas. Es encomiable la labor de personas como Gloria

Álvarez^[60], que viaja a las regiones más deprimidas de su país, Guatemala, a dar charlas a las mujeres indígenas y pertenecientes a los sectores más pobres, para ayudarlas a tomar decisiones responsables. Gloria les explica de manera muy sencilla lo importante que es la nutrición de los bebés, los efectos del raquitismo y la desnutrición aguda en la capacidad cognitiva de los niños, la importancia de organizar el presupuesto, etc. Ella misma, en el documento en el que presenta una propuesta de política pública educativa para estas zonas deprimidas, se hace eco del llamado *girl effect*, que pone de manifiesto la importancia del trabajo de la mujer en las regiones más pobres del planeta. Por eso, ella intenta acercarse a las mujeres indígenas del país, que tienen un número de hijos excesivo y que carecen de la educación mínima acerca de las reglas básicas de higiene, alimentación, control de la reproducción, etc.

Gloria Álvarez explica:

Ésta es pues una política pública que busca implementar un nuevo pénsum [plan de estudios] escolar en un plan piloto en cincuenta escuelas de los cuatro departamentos con mayores niveles de desnutrición. Este pénsum estará enfocado en incrementar el empoderamiento y fomentar las aspiraciones de las mujeres, de tal manera que se produzcan los cambios en la toma de decisiones y se pueda influir así sobre los resultados del desarrollo integral de las generaciones futuras en el país.

Este pénsum consistirá en nuevos cursos que se enseñarán a partir de cuarto de primaria y serán diseñados en base a estos seis ejes:

1. Educación sexual y reproductiva.
2. Administración del presupuesto del hogar.
3. Economía.
4. Nutrición del cuerpo humano y biología.
5. Salud familiar e higiene personal.
6. Valores ciudadanos.

Las razones por las cuales estos cursos no han sido implementados (a pesar de las recomendaciones que ha hecho Naciones Unidas para el alcance de las Metas de Milenio) oscilan entre el rechazo tradicional de la misma sociedad hasta la inoperancia de la cual es víctima nuestro sistema^[61].

¿Son objetivos tan complicados que tienen que dictarse desde la Organización de las Naciones Unidas (ONU)? ¿Por qué considerar eficiente a la ONU e ineficientes a los gobiernos? ¿A quién beneficia que el pueblo se eduque, sepa y elija? Parece que el hecho de que hayan pasado tantos años ya sin que este enorme problema se resuelva demuestra que ni las organizaciones feministas a sueldo del Estado o de las organizaciones supranacionales ni los propios Estados son quienes deberían liderar estos cambios. Las organizaciones supranacionales, entre otras cosas, porque finalmente dependen de los gobernantes. Y los gobernantes, porque su punto de mira apunta sólo a mantenerse en el poder. Si les conviene que las mujeres indígenas sigan siendo ignorantes, o si no les proporcionan votos porque pueden comparar y exigir rendición de cuentas si piensan por sí mismas, así quedarán.

¿Qué esperanza hay de que Gloria Álvarez cambie algo con sus charlas? Pues una esperanza mayor que la que supone aguardar a que yo, desde Madrid, cambie algo en

alguna de esas poblaciones. El hecho de ir allí, reunirse con esas mujeres y ayudarlas a cambiar alguna costumbre que puede parecer microscópica, pero que tal vez mejore la salud de los niños, y la mentalidad de las madres, es una acción meritoria, y no seré yo quien le reproche nada. Todos los brazos son pocos para ayudar a salir del círculo vicioso de la pobreza a las mujeres de las zonas más deprimidas.

El imposible feminismo islamista

Mucho más polémica y compleja es la relación entre la mujer y el islam, donde lo que se visibiliza es la opresión mediante símbolos impuestos a sus mujeres y a las mujeres que vayan como turistas.

Recién estrenado el año 2017, se publicaba en la *Revista de Libros* un fantástico artículo sobre el feminismo en el islam^[62]. Se trata de un largo estudio, de gran calidad, muy completo, neutral, ilustrativo y ponderado, en el que me he basado para exponer el devenir del llamado «feminismo islámico», expresión que, después de leer detenidamente dicho trabajo, resulta improcedente. La autora del artículo, Ana Soage, comienza relatando los agravios hacia la mujer en el mundo islámico:

[el islam] pone a la mujer bajo la tutela de su pariente masculino más cercano: padre, hermano, esposo o hijo. Cuando se casa, su marido está autorizado a golpearla en caso de desobediencia, repudiarla en cualquier momento o casarse con hasta tres mujeres más. Cuando hereda, recibe la mitad que sus hermanos. Cuando testifica ante un juez, su palabra vale la mitad de la de un hombre. Fuera del entorno doméstico inmediato debe cubrirse, para proteger su reputación.

Como afirma la autora, la lista de agravios es larga. Y, sin embargo, hay una historia del feminismo musulmán, y son varias las mujeres que han intentado que las cosas cambiaran. Desde el siglo XIX, el acceso a la educación de la mujer y su participación en la vida pública han sido dos de las reclamaciones principales. Junto a ellas, otras, de índole menos general, también fueron exigidas por algunas de estas feministas musulmanas, como el fin de la institución del harén, cuyo supuesto origen divino hacía muy difícil cuestionarlo.

Con el siglo XX llegó la modernización de países como Egipto, con la contribución de intelectuales que, desde finales del siglo anterior, habían estado en contacto con la cultura occidental y que defendían la educación de las niñas, entre otras cuestiones, porque se oponían tanto a los invasores extranjeros (otomanos o europeos) como a las clases dominantes civiles y religiosas.

El más importante fue Muhammad Abduh, gran reformador del islam y defensor de la mujer a través de sus escritos y fetuas (decisión jurídica similar a la jurisprudencia anglosajona)^[63]. Exiliado por su agitación contra la ocupación

británica, vivió en París, Londres, Túnez y Beirut. A su regreso a Egipto fue nombrado juez y, más tarde, muftí. Su influencia queda patente por el hecho de que fuera precisamente uno de sus discípulos, Qasim Amín, quien publicara, en 1899, el ensayo *Tahrir al mara'a* (*La liberación de la mujer*), en contra de la poligamia, el velo y la reclusión de la mujer en su sociedad. La obra de estas figuras marcó a generaciones posteriores de intelectuales egipcios, lo que explica que se aceptaran mujeres en la Universidad de El Cairo bastante pronto.

Además, como cuenta Ana Soage, antes del cambio de siglo, algunas mujeres de clase alta, con acceso a la educación e inspiradas por el discurso feminista europeo, comenzaron a rebelarse contra la existencia de harenes y a exigir libertades. La activista egipcia Hoda al-Shaarawi (1879-1947) organizó las primeras manifestaciones anticoloniales de mujeres durante la revolución egipcia de 1919 y fue elegida presidenta de la sección femenina del partido nacionalista Wafd. Se quitó el velo públicamente en 1923, a su regreso de una conferencia feminista en Roma, y ese mismo año estableció la Unión Feminista Egipcia. En 1924, al ser ignorada en sus reclamaciones por su partido, que ocupaba entonces el Gobierno, Al-Shaarawi decidió centrarse en su activismo feminista. Como presidenta de la Unión Feminista Egipcia vinculó la organización a la Alianza Internacional de Mujeres (International Alliance of Women, IAW), aunque terminaría abandonándola por diferencias sobre la cuestión palestina, ya que la IAW se negó a pronunciarse contra el sionismo.

La clave del feminismo árabe islámico, desde entonces, es su relación con la religión. Se ha intentado conciliar esta religión con el principio de igualdad de la mujer. Quienes adoptaban tal postura argumentaban que, en realidad, la religión musulmana había supuesto un gran avance para las mujeres porque implicó el fin del infanticidio de niñas, limitó la poligamia a cuatro esposas (a las que el marido debía tratar por igual), eliminó la consideración de la mujer como parte de la herencia y le concedió el derecho a heredar (si bien la mitad que los familiares varones). Pero, lo cierto, siguiendo la historia contada por la autora, es que la autoridad de los hombres sobre las mujeres se basaba en el Corán y en los dichos del profeta (hadices), francamente misóginos, como, por ejemplo, el que afirma que «las mujeres son deficientes en inteligencia y religión». A pesar de ello, esas feministas árabes eran creyentes, y aseguraban que su fe y sus principios no eran incompatibles.

Pero algunas de estas feministas siguieron reclamando la educación de las niñas y el fin de la poligamia (de la que muchas eran víctimas). Eso sí, rechazaban quitarse el velo, y creían que la educación femenina debía basarse en el islam. Otras mujeres musulmanas sí pedían libertad para quitarse el velo y el fin de la reclusión de las mujeres en sus casas.

Un caso peculiar es el Zainab al-Ghazali (1917-2005), que comenzó siendo miembro de la Unión Feminista Egipcia cuando todavía era adolescente y acabó siendo miembro y defensora de los Hermanos Musulmanes. Ella pensaba que el islam ofrece a las mujeres más derechos que cualquier otro modelo de sociedad, y

reivindicaba que la ley coránica (la *sharia*) se convirtiese en la ley de Egipto. Sin embargo, su comportamiento mesiánico era diferente al que ella misma pedía a las demás mujeres, ya que consideraba que su activismo no debía someterse al juicio de sus maridos.

Si comparamos esta situación con la de la mujer occidental, la diferencia principal es muy clara: la ley civil y la religiosa están separadas desde hace muchos siglos en Occidente. Y ésta no es una diferencia pequeña. La ley religiosa determina que haya castigo legal por incumplimiento de las normas religiosas. Éste es el peligro de la legislación de la moral.

La mujer vivió una realidad distinta en aquellos países donde se adoptó el socialismo árabe como ideología oficial, se otorgaron los mismos derechos políticos a ambos géneros (por ejemplo, el voto) y se promovió la igualdad en cuestiones como la educación y el empleo. Pero, como explica Ana Soage en este fantástico artículo, en lugar de rechazar la religión, prefirieron integrar a las autoridades religiosas tradicionales dentro de su aparato de propaganda. A cambio, les permitieron mantener su influencia, en particular en lo referente a las leyes relativas al estatuto personal, y por eso, en países a menudo descritos como laicos, las mujeres siguieron sufriendo discriminación en el matrimonio, la herencia o el testimonio ante los tribunales.

Sus principales adversarios, los islamistas, por el contrario, rechazaban el feminismo como una ideología occidental contraria a los principios del islam, y contaban con financiación exterior. El ambiente no era propicio al activismo, pero destaca la contribución de mujeres como la médica egipcia Nawal El Saadawi, que criticaba la tradicional mutilación genital femenina (la ablación). Su activismo (y en especial su polémico libro *Las mujeres y el sexo*) le costó perder su puesto en el Ministerio de Sanidad, pero ello no la detuvo. En 1981 participó en el lanzamiento de la revista feminista *Al-Muwayaha* (Confrontación), por lo que sería encarcelada. Finalmente, una vez liberada, emigró a Estados Unidos.

La Revolución islámica en Irán, en 1979, sirvió de acicate a los defensores del islamismo, a pesar de su especificidad chií. Y el símbolo del «despertar islámico» fue el velo. Su difusión comenzó en las universidades, y su uso se expandió desde allí. Se organizaron grupos que difundían su ideología en los campus a través de la predicación, aunque también recurrían a presiones e intimidación. Sus miembros y simpatizantes incluían a chicas atraídas por su discurso, que las exaltaba como un elemento clave en la regeneración de la sociedad, pero también por los servicios que les ofrecían, como autobuses exclusivos para mujeres o prendas de vestir conservadoras «modestas» a precios simbólicos. A partir de las universidades, el velo se propagó lentamente al resto de la sociedad, no sin que algunos sectores de la sociedad lo rechazaran, porque lo identificaban con los grupos que prescribían su uso. Sin embargo, estudios realizados a lo largo de las últimas décadas revelan que los motivos que daban las mujeres para llevar velo no se resumían en los referidos al mandato divino, sino que eran más variados, como, por ejemplo, el hecho de ser visto

como un símbolo cultural, o porque simbolizaba el retorno a un modo de vida menos materialista y más auténtico, más acorde con su mentalidad. Otras se lo ponían para poder salir de los confines del ámbito familiar y estudiar, trabajar o socializar sin que se pusiera en tela de juicio su reputación. Esos motivos siguen vigentes ahora que el velo se ha convertido en la norma en países que vieron una luz de esperanza para las mujeres, como Egipto.

La socióloga marroquí Fatima Mernissi ha escrito acerca de las circunstancias en las que Mahoma impuso el velo a la mujer en su obra *Le harem politique: le prophète et les femmes* (*El harén político: el profeta y las mujeres*), aparecida en 1987. Mernissi afirma que no era lo que el profeta hubiese querido; en realidad, insiste, su deseo era que el islam promoviese una sociedad más justa e igualitaria a todos los niveles. Por ello intentó eliminar costumbres preislámicas, como la esclavitud y la poligamia, aunque en las circunstancias de la Arabia del siglo VII sólo pudo restringirlas de manera muy limitada. Como era de esperar, tales cambios enojaron a los hombres, que tenían a su representante en Omar ibn al-Jattab, uno de los colaboradores más cercanos de Mahoma y el padre de una de sus esposas. Omar (o ‘Umar) se sentía irritado ante los derechos sin precedentes que estaban adquiriendo las mujeres, y supo conseguir que el profeta diese marcha atrás. Mahoma rondaba la sesentena, y ya no era el hombre lleno de energía y optimismo de antaño. La debilidad política de Mahoma, ya mayor, le llevó a buscar más que nunca el apoyo de Omar.

Entonces fueron revelados los versos coránicos que devolvieron a los hombres la autoridad sobre las mujeres. En primer lugar, los versículos que justifican la superioridad del hombre y autoriza el castigo corporal de las esposas que no obedezcan:

Los hombres tienen autoridad sobre las mujeres en virtud de la preferencia que Alá ha dado a unos más que a otros y de los bienes que gastan. Las mujeres virtuosas son devotas y cuidan, en ausencia de sus maridos, lo que Alá manda que cuiden. ¡Amonestad a aquéllas de quienes temáis que se rebelen, dejadlas solas en el lecho, pegadlas! Si os obedecen, no os metáis más con ellas. Alá es excelso, grande. (Corán 4:34).

En segundo lugar se revelaron los versículos donde se anima a que las mujeres no esclavas se pongan el velo para diferenciarlas y que no sean molestadas (las esclavas podían ser violadas en cualquier momento por cualquier musulmán); y, finalmente, los versículos en los que se impone el aislamiento de las esposas de Mahoma, prohibiendo que nadie se case con ellas tras la muerte del profeta. Desde ese momento, el velo y la reclusión de las mujeres definieron el modo de vida del buen creyente. Mernissi retrata al profeta como un personaje con buenas intenciones, pero nada más, y más guiado por la idea de mantener su poder político que por la propia religión.

Ana Soage, en sus conclusiones, expone que, de acuerdo con los estudios más prestigiosos —en concreto, *Feminist edges of the Qur'an* (Sesgos feministas del

Corán), de Aysha A. Hidayatullah—, el Corán mismo es la prueba de que su propósito final no era ni mucho menos la promoción de la igualdad de género, como se ha argumentado, sino que, por el contrario, la exégesis de los textos sugiere precisamente lo opuesto. La tarea de interpretar el Corán, tratando de tener en cuenta el cambio en lo que significa ser hombre o mujer y sus roles en las sociedades del siglo XXI, se escapa de mi análisis y queda para los expertos. Pero sí parece claro que, si existe algún movimiento o corriente de pensamiento que se aproxime al feminismo islamista, no puede basarse en el Corán.

Hay otro foco importante en las corrientes feministas islamistas; y parte de lo sucedido en Irán en la década de 1990. Curiosamente, el término «feminismo islámico» empezaría a utilizarse en los medios a principios de la década de 1990 para referirse a mujeres activistas en la República Islámica de Irán. La paradoja es que el término es rechazado por muchas mujeres musulmanas porque les parece extraño, ajeno y propio de otra cultura, la Occidental, y en efecto lo es. Sucede lo mismo con la defensa de los derechos humanos, ya que les parece un término etnocentrista, diseñado para el modelo social occidental. Y también es verdad. Los occidentales haríamos bien en entender que no tenemos los mismos parámetros, no somos iguales, y que resulta extraño que muchos de los musulmanes, defiendan o no la desaparición de la tiranía, o defiendan o no la democracia, lo hagan siempre desde su modelo social, no desde el nuestro, y que no quieran ser como nosotros. ¿Por qué nos empeñamos en lo contrario?

Una de las contradicciones de la evolución de la mujer en Irán es que la imposición del velo tras la Revolución de 1979 fue una liberación para las hijas de las familias conservadoras y rurales, que eran el grueso de la población. Dichas familias habían percibido las reformas del sah a favor de la igualdad de género como una agresión a sus valores, y habían impedido que sus niñas y mujeres fueran a la escuela o trabajaran. Pero, cuando los ayatolás las obligaron a ponerse el velo en público, muchas pudieron salir de sus hogares por primera vez para estudiar o trabajar, porque iban vestidas adecuadamente. Llegados a este punto, hay que añadir otro factor: la cantidad de puestos de trabajo que se liberaron al tener que reemplazar a los hombres reclutados por el ejército y la muerte de cientos de miles de soldados en el frente, que dejó a muchas mujeres como cabezas de familia o incapaces de encontrar marido.

En 1976, tan sólo un 10 por ciento de las iraníes de provincias sabían leer y escribir; veinte años después, la cifra era del 78 por ciento; en 2006, había superado el 90 por ciento. Además, el sistema educativo había sido diseñado por asesores norteamericanos durante la monarquía, y los nuevos gobernantes apenas los habían reformado. La única diferencia eran los velos y las barbas que se habían añadido en las ilustraciones. Otra fuente de educación fueron las revistas como *Zanan* (Mujeres), lanzada en 1992, la cual pudo sobrevivir quince años, pero vio su licencia revocada durante la presidencia de Mahmud Ahmadineyad. Sus contenidos incluían escritos de feministas iraníes, pero también de destacadas occidentales, como Virginia Woolf o

Simone de Beauvoir. Al mismo tiempo, iniciativas ya existentes han cobrado nueva vida. Es el caso de Women Living Under Muslim Laws (Mujeres que viven bajo leyes musulmanas), fundada a mediados de la década de 1980 por un grupo de activistas de ocho países musulmanes (Argelia, Marruecos, Sudán, Irán, Mauricio, Bangladés, Pakistán y Tanzania) con el fin de enfrentarse a un ambiente de creciente islamización. Hoy día, la organización está presente en más de setenta países. Hay que destacar la acción individual de mujeres que se han decidido a emprender campañas individuales, poniendo su vida en peligro, transgrediendo prohibiciones como la de conducir, o mostrar la cara, etc., con resultados terribles para algunas.

Las feministas actuales tratan de revisar los textos sagrados, interpretándolos desde su punto de vista y poniendo en duda algunos. En este sentido, destacan las estadounidenses convertidas al islam Amina Wadud, que en 2006 publicó *Inside gender Jihad (Dentro de la yihad de género)* y Kecia Ali, quien, en el mismo año, publicó *Sexual ethics and Islam (La ética sexual y el islam)*. Ali comparte con Wadud una actitud heterodoxa hacia el Corán, pero las ideas de ambas no son aceptables para la inmensa mayoría de los musulmanes, para los que el Corán es la palabra revelada de Dios y su último mensaje a la humanidad, un mensaje perfecto, eterno y válido para cualquier lugar y para cualquier época.

Frente a esta postura, hay que destacar el testimonio de una mujer que ha vivido de cerca el horror al que puede llegar la ortodoxia musulmana, se trata de Ayaan Hirsi Ali, nacida en Somalia, de nacionalidad holandesa y residente en Estados Unidos, donde es investigadora del Hoover Institute. Ella se hizo famosa por el testimonio que ofreció en el documental *Submission*, de Theo Van Gogh, donde explicaba que era una de las víctimas de la mutilación genital que prescribe la ley musulmana, la *sharia*, y lo que le había costado salir de ese infierno. El director del documental fue amenazado y, luego, asesinado por su actitud crítica hacia el islam.

A pesar de la difícil relación entre la igualdad ante la ley de la mujer y el islam, se dan hechos increíbles que ponen de manifiesto la extraña agenda política del feminismo radical actual. Por ejemplo, alguna de las organizadoras de la Marcha por la Mujer contra Trump era defensora de la *sharia* e incluso se repartían velos musulmanes confeccionado con la bandera estadounidense. Una de ellas era Linda Sarsour, quien, en 2011, escribió duramente contra la escritora somalí, diciendo que merecía cien latigazos y que ojalá le hubieran arrancado todos los órganos sexuales porque no merecía ser una mujer.

Entrevistada al respecto, Ayaan Hirsi Ali hizo declaraciones en las que criticaba este sinsentido: Linda Sarsour no la odiaba a ella personalmente, sino que era hostil porque, a pesar de las apariencias, era una feminista de mentira, no una defensora de los derechos humanos, sino de la *sharia*, y esta ley denigra y humilla a la mujer. Y se preguntaba, con mucha sensatez, por qué las feministas radicales que se ponían gorros-vagina en la cabeza no organizaban una marcha por Asha, la niña de catorce años de edad que fue violada y condenada a ser lapidada por adulterio en Sudán, o

por las niñas secuestradas por el grupo yihadista Boko Haram, vendidas como prostitutas, una práctica acorde con la *sharia*. También denunciaba que no se organizaran marchas contra las ecografías obligatorias en China para adivinar el sexo en el útero de la madre y obligarlas a abortar si el bebé era niña. Coincidió plenamente con Ayaan Hirsi Ali.

Pero la hipocresía y la confusión de las sociedades occidentales es enorme. El pasado enero, María Luisa Poncela, secretaria de Estado de Comercio, acompañó al rey Felipe VI, junto con otros cargos de la Administración del Estado, a Riad (Arabia Saudí). El objetivo era cerrar un contrato para que el monarca saudí firmara un acuerdo con Navantia, empresa española, por valor de 2000 millones de euros, para la construcción de cinco corbetas de guerra para el ejército saudí. Por mala información acerca del protocolo real, que exige que las mujeres vistan *abaya* (una túnica) y velo, María Luisa Poncela se presentó «normal», con un vestido gris que al sentarse se le subía hasta la rodilla (pero que no era una minifalda) y sin velo. Revuelo en la prensa. Una española planta cara a la monarquía saudí. La Secretaría de Estado se rebela contra las costumbres denigrantes de Arabia Saudí. Pero, más allá de la espuma periodística y de la necesidad de dar titulares, hay un análisis más profundo. Si de verdad somos tan defensores de la libertad, no vayamos a un país donde ésta se coarta, a pedir que se firme un contrato con una empresa española, prescindamos de ese dinero. Y, aún más allá, si de verdad nos asquea una monarquía que ha condenado a muerte a más de cien reos en 2016, que ha utilizado bombas racimo y que denigra a la mujer, no le vendamos armamento.

Pero si alguien cree que es mejor para los intereses de España que se firme ese contrato, y que todo lo demás (derechos humanos, paz, defensa de la mujer, etc.) está por debajo, entonces tiene que apoyar la misión en la que va (y ésta no se trataba de un viaje turístico). Y como secretaria de Estado de Comercio, cuando te reciben en el palacio real, asumes su protocolo y te pones la *abaya* y el velo, igual que todas las periodistas que cubrían la noticia. Lo otro es teatro.

En el verano de 2016 estalló una polémica, especialmente en las playas francesas, que muestra claramente a qué me refiero cuando hablo de hipocresía occidental: el burkini.

Los empresarios textiles de países como Egipto han diseñado un traje de baño que cumple con la ley islámica respecto a cómo debe vestir una mujer, así nace el llamado burkini. Es como un pantalón, un vestido corto y una capucha unidos, en una tela especial que no se ajusta al cuerpo. Es como bañarse vestido, pero se trata de un traje de baño, así que no se puede prohibir según las normas de piscinas y playas. Sin embargo, se levantó un enorme revuelo por varias razones: ponía en peligro la salud pública, ponía de manifiesto la intolerancia islamista y evidenciaba el trato vejatorio a la mujer en esta sociedad. Por otro lado, los defensores del burkini apelaban a la tolerancia hacia otras creencias y costumbres, y explicaban que las mujeres se lo ponían voluntariamente.

Y, en medio de la polémica, algunas ciudades turísticas de Francia prohibieron el uso del burkini; y, en agosto, la policía de Niza detuvo a una mujer vestida con túnica, *leggings* (mallas) y pañuelo, que estaba en la playa con su hija. Cuatro gendarmes le pusieron una multa y la obligaron a quitarse la túnica (obviamente, ella llevaba ropa debajo). La fotografía dio la vuelta al mundo, y se supo que su hija lloraba mientras algunas personas increpaban a la mujer con un «¡vete a tu casa!», al tiempo que aplaudían a la policía.

La razón que dieron esas ciudades para justificar semejante medida fue que esa vestimenta podía ofender a los ciudadanos. Claro, se nos olvida que, un mes antes, en la misma avenida donde está la playa, en la ciudad de Niza, un atentado terrorista islamista en un mercadillo acabó con la vida de 86 personas, y que, doce días después, otro atentado terrorista acabó con la vida de un sacerdote en la ciudad de Ruan. ¿Es comprensible que la gente fuera algo sensible a la exhibición de símbolos islamistas en esos momentos? La exigencia no es recíproca. En los países islamistas se exige que las mujeres vayan veladas hasta en los campeonatos de ajedrez femeninos, aunque las participantes no sean musulmanas.

Mi posición respecto al burkini es favorable. No creo que haya que prohibirlo. Pero tampoco creo que haya que prohibir el toples. Y aquí llega de nuevo la doble moral. Los mismos que rechazan el burkini porque lo asocian a una cultura que demoniza el cuerpo de la mujer se escandalizan cuando llevas las cosas al extremo y les propones prohibir el burkini y permitir el nudismo. Entonces, el cuerpo humano no es impuro, con la excepción de los genitales. Resulta casi divertido seguir preguntando si el pecho masculino es impuro, o si los glúteos se pueden llevar al aire cubriendo lo mínimo o no. En Occidente creemos que el cuerpo es pecado. No estamos acostumbrados a la desnudez, no sólo en las ciudades, sino tampoco en las playas, donde tal vez se entendería como algo más natural. No queremos burkini por las razones que sean, pero no tenemos muy claro qué es visible y qué no. En muchos lugares se obliga a un modo de vestir «adecuado», sin pantalones cortos, o sin mostrar la cintura, o sin escotes demasiado pronunciados. Y, a la vez, mitificamos a estrellas de cine, diseñadores de alta costura, modelos, etc., que lucen transparencias y desnudeces. No es un reproche, pero tal vez no somos quién para dar lecciones. Yo me siento mucho más tranquila perteneciendo a una sociedad occidental, pero no somos ángeles.

¿Por qué creo que no debería prohibirse el burkini? Porque la exposición a la libertad es contagiosa, y, tal vez no todas, o no muchas, pero algunas de esas mujeres, o sus hijas, tendrán alguna oportunidad de empezar a cuestionarse su estricta ortodoxia.

El desconocido feminismo japonés

También hay un tímido movimiento feminista en Japón. Hay diferencia de opiniones respecto al origen. Unos creen que se debe al contacto con Occidente tras la restauración Meiji. Y otros estudiosos defienden que el origen del feminismo japonés radica en alguna rama del pensamiento tradicional. Los temas tratados son los mismos que en Occidente: la libertad reproductiva, la prostitución, el sufragio universal, la participación en la vida política y los abusos legales dentro del matrimonio. Hay que destacar a Raichō Hiratsuka, cofundadora, en 1911, de la revista feminista *Seitō (Literata)*, y que fue un icono feminista en el Japón de la primera mitad del siglo xx. Tras estudiar en la Universidad de Mujeres de Japón en la década de 1920, conoció a la feminista sueca Ellen Key, que fue su inspiración. Sus ideas acerca de la esclavitud del matrimonio sin amor, como aceptado por la mujer para lograr un estatus económico, son muy parecidas a las de las feministas occidentales. Emprendió varias campañas para pedir que se permitiera a las mujeres participar en la vida política, por el sufragio universal, etc. Su discípula más notable es Takamure Itsue, contemporánea, maestra y escritora, que rompió con las normas de la tradición en Japón, por ejemplo, manteniendo ella a su marido, artista y más joven que ella. En el año 1928, Takamure mantuvo un intenso debate con la marxista Yamakawa Kikue en torno al tema de la maternidad. Frente a la idea de que la maternidad es una institución burguesa capitalista explotadora, Takamure, anarquista, tenía una visión orientada a la comunidad, y ponía el foco en los problemas que la maternidad implicaba para la mujer, así como en que fuera en cierto sentido liberadora, ya que el futuro dependía de los cuidados de la mujer, lo que implicaba tener un enorme poder. Admiradora de Henry David Thoreau, Takamure estuvo en el punto de mira de la Sección de Pensamiento de la Oficina de Asuntos Criminales, uno de los órganos de represión del Gobierno, que estaba integrado en la Policía Superior Especial. Eso le llevó a irse a vivir fuera de Tokio y a dedicarse a escribir una historia de las mujeres para no llamar la atención.

La evidente diferencia y la manipulación

Con independencia de lo que prescriben las religiones, que ya de por sí llevan incorporada una carga extra de poder, o el poder político mismo, que también, hay hechos claros respecto al sexo.

La diferenciación sexual es un avance en la evolución de las especies. Forma parte de la diferenciación celular que nos separa de los organismos unicelulares. El tener células especializadas funcionalmente, la aparición de órganos que se reparten las tareas biológicas, y, entre ellos, el cerebro, el cuartel general, tan sofisticado que aún nos queda mucho por aprender de su funcionamiento y estructura, todo ello hace que nuestra especie sea un paso adelante en la evolución respecto, por ejemplo, a las amebas. Pretender «deconstruir» el sexo y reconstruir un nuevo concepto que lo supera, el de género, por razones políticas resulta retrógrado. Y sobre esa base, crear corrientes de opinión que se difunden en espacios públicos por las calles de las ciudades, enseñando que los sexos son indiferenciados porque, como decía un cartel: «Hay niñas con pene y niños con vulva^[64]», es exagerar demasiado la nota. Y las consecuencias de desfigurar esta cuestión son impredecibles.

Además de la diferenciación sexual, lo que es plenamente humano es la capacidad de decidir. Y, desde mi punto de vista, debe primar la libertad de elección. Pero ha de ser una elección responsable, y, para ello, informada. Los estudios de psicología evolucionista^[65] nos indican las tendencias que hombres y mujeres desarrollamos a la hora de elegir pareja, y aportan datos muy esclarecedores. Tras estudiar más de veinte culturas diferentes, han llegado a la conclusión de que, en su adolescencia, el hombre prefiere mujeres mayores que él, veinteañeras, y cambia sus preferencias a medida que se hace mayor, de manera que los hombres más mayores prefieren mujeres proporcionalmente menores que ellos. La razón no es muy original: la fertilidad. También han comprobado que ambos, hombres y mujeres, prestan más atención a la belleza femenina. Las mujeres prestan atención a la masculina y a la femenina, pero retienen más la belleza de las mujeres que la de los hombres. También se plantean los efectos sobre el comportamiento y el reparto de funciones de las diferencias fisiológicas: a las mujeres se nos ve la cara, expresamos más fácilmente las emociones y afecto; el embarazo nos desgasta muchísimo, y es más difícil sobrevivir

mientras gestamos, somos más pequeñas (incluido nuestro cerebro) porque necesitamos un metabolismo más ligero, ya que hay que aportar 80 000 calorías al feto; los genitales masculinos están expuestos, cualquier defecto está a la vista, y, además, son más vulnerables a daños físicos; los pechos de las mujeres permiten inmunizar a los hijos al darles de mamar, pero son un estorbo para el ejercicio físico; existe un ritual de cortejo en el que el hombre se esfuerza mucho más, etc.

Sin embargo, sin renunciar a estas tendencias, que son un hecho, la especie humana, gracias a su ingenio, ha desarrollado sistemas de compensación^[66]. Así, los genitales masculinos no están expuestos, porque los hombres van vestidos; hay trabajos que no requieren un desgaste enorme, y eso permite que las mujeres nos ganemos la vida aun estando embarazadas; la lactancia materna es una elección; el hombre puede afeitarse y mostrar sus emociones igual que la mujer..., y así todo. Pero la tendencia interna existe. En las sociedades más cultivadas, y especialmente en las que escasea la humildad y las personas nos hemos vuelto a colocar en el centro del universo, decir que tenemos instintos animales es anatema. Pues bien, los tenemos.

Esto no quiere decir que las mujeres no puedan enamorarse de mujeres, o que tengamos que estar tan sujetas como siglos atrás a la reproducción y al embarazo. No quiere decir que los hombres de cuarenta años de edad no se enamoren de mujeres diez años mayores que ellos ni que el criterio para encontrar pareja siga siendo el mismo. Pero negar el sexo físico o dejarlo de lado para imponer el género, que, al ser una construcción artificial, se puede manipular, es un error.

En la década de 1970, las feministas lucharon para que las mujeres recuperaran la toma de decisión sobre su cuerpo, su sexo, su capacidad productiva, su poder económico, etc. Y de ahí hemos pasado al sometimiento a una nueva religión, laica, guiada por intereses políticos y cuotas de poder, muchas veces parapetada en la necesidad de dar visibilidad a las mujeres, o a los homosexuales.

La libre decisión es un escándalo para conservadores y para feministas colectivistas excluyentes, y muchas veces se intenta que, al menos, no se exhiba. Porque involucra cuestiones como el aborto, la gestación subrogada, el matrimonio homosexual, el cambio de sexo o la promiscuidad sexual.

De todos ellos, el aborto es el que lleva más tiempo sobre la mesa, y se ha convertido en un tema de importancia crucial en el desarrollo de las elecciones políticas.

El delicado tema del aborto

Hay dos bandos: el provida y el proelección. La raíz del debate es bastante escabrosa: ¿desde qué momento podemos considerar la vida que se gesta en el vientre de la mujer como una persona?

Los provida creen que, desde el momento en que se unen las dos células, masculina y femenina, ya es persona; de manera que, para ellos, el aborto es un asesinato equiparable a matar al bebé recién nacido. Desde ese momento, cualquier cosa que hagas para que no progrese esa célula resultado de la unión de dos es un asesinato. Y eso incluye dispositivos como el diu o las píldoras del día de después.

Los proelección más radicales consideran que el feto es un elemento extraño que está usurpando el cuerpo de la mujer, a quien consideran la única cualificada para decidir qué hace y si desea o no que el embarazo llegue a término.

La diferencia de opiniones es tan radical que se ha convertido en un conflicto violento. Desde 1984, cuando un grupo provida puso una bomba en Pensacola (Florida) en una clínica abortista el día de Navidad, los ataques se han sucedido, especialmente en Estados Unidos, donde ya han sido asesinadas once personas por esta razón. También los activistas provida han denunciado en Estados Unidos haber sido objeto de violencia al ser insultados por la calle o amenazados, o bien porque sus casas han sido objeto de vandalismo. Así que no se trata de cualquier cosa. Esta bronca se ha trasladado particularmente a la política, de manera que, si un político de uno de los dos bandos forma parte de un equipo de Gobierno que no actúa directamente a favor de su opción, aunque en todo lo demás sea un genio de la política, no se le perdona.

Los libertarios también estamos divididos. Por un lado están quienes consideran que la defensa de la vida es sagrada y forma parte del trípode de valores que nos sustentan: vida, propiedad, cumplimiento de los contratos. Por otro lado, están los libertarios que creen que la propiedad privada empieza por el propio cuerpo y que una célula fecundada no es un niño, y que, por lo tanto, es la propietaria quien está legitimada para decidir.

En medio de estas dos opciones hay una tercera vía en la sociedad, propuesta por quienes plantean la regulación del aborto mediante una ley de plazos, es decir, que se

pueda abortar antes del tercer mes de embarazo. No es una postura que explique por qué se puede considerar que, justo al tercer mes, el feto es persona o no lo es. La ley en España garantiza la interrupción voluntaria del embarazo siempre que se realice por un médico especialista y en un centro sanitario acreditado, público o privado. Pueden elegir abortar por propia voluntad todas las mujeres mayores de dieciocho años de edad y hasta las catorce semanas de embarazo, sea cual sea la causa, sin dar explicaciones. Pero, si existe riesgo para la vida o la salud de la embarazada, o bien si existen graves anomalías en el feto o se detectan anomalías incompatibles con la vida, el embarazo se podrá interrumpir hasta la semana vigesimosegunda, es decir, a mitad del quinto mes de embarazo. Eso sí, los profesionales sanitarios directamente implicados en la interrupción voluntaria del embarazo tienen el derecho a ejercer la objeción de conciencia.

La reforma de la ley del aborto que tuvo lugar en septiembre de 2015, y que la realizó el gobierno del Partido Popular, ha cambiado la situación de las menores que desean abortar. Ahora, las menores de dieciocho años de edad necesitan el consentimiento de sus progenitores o representantes legales para poder abortar. Esto significa que deben ir acompañadas a la clínica con ellos y formalizar su voluntad de abortar junto con el consentimiento firmado de sus padres. Y, si existe conflicto entre la menor y sus padres, se deberá resolver en un juzgado.

La situación de indefinición actual es muy satisfactoria; porque la solución adoptada en la práctica, que es la que resuelve el enorme problema ante el que se encuentra el Gobierno, no gusta a nadie. Y los grupos más radicales, en un intento de movilizar seguidores y de tener visibilidad en la sociedad, convocan marchas y utilizan las redes sociales.

Los provida muestran fotos de abortos en las redes sociales verdaderamente repugnantes, o bien exhiben fotos de fetos ampliadas para enseñar que ya tienen deditos y ojos, etc. Los del bando contrario, por su parte, consideran la ley de plazos una solución demasiado tímida y sin base, pues, ¿por qué es legal abortar a los tres meses y medio y no después? ¿Cuál es el cambio en el feto? ¿Antes no era persona y ahora sí? Así, los proelección se manifiestan cada año, hacia el 28 de septiembre, por un aborto libre y gratuito.

Algunas personas son partidarias de despenalizar el aborto, pero no quieren que sea gratuito, porque una cosa es que se pida que no se penalice a la mujer que aborta y al médico que practica la operación por razones éticas o por razones utilitaristas, y otra es que las consecuencias de tus actos las carguen los demás. La lógica de la ley actual es considerar el embarazo un tema de salud femenina, como el embarazo o como el aborto natural, y por ello está cubierto por la Seguridad Social. Mis razones para que el aborto no esté cubierto con dinero público son las mismas que para que no se cubra tampoco la gripe, y se resume en una pregunta: ¿es más eficiente la sanidad pública o la privada?

Pero volviendo a la visibilidad de los grupos pro y antiabortistas, ambos caen en

un fallo que se da en otros ámbitos: los supuestos estudios científicos que respaldan sus teorías. Todos ellos aportan estudios psicológicos, si bien no biológicos o médicos, acerca de los efectos del aborto o del no aborto en la mujer, en la familia, en la sociedad y casi en la civilización. Pero, en realidad, ninguno puede afirmar exactamente cuándo somos persona.

Yo, por supuesto, tampoco lo sé. Lo que tengo muy claro es que detrás de cada aborto suele haber una situación particular. ¿Debería dejarse la resolución del mismo a cada mujer en diálogo con su médico y su propia conciencia? Es mi opción. Por supuesto, los fieles de una religión que lo prohíbe no tienen más opción, pero ¿hay que legislar en función de la religión mayoritaria? Si se prohíbe el aborto porque, para esta iglesia o esa otra, la persona lo es desde la concepción, se debería prohibir el divorcio para preservar la familia, tal y como establece esa religión o esa otra.

Después de leer y discutir los argumentos científicos, filosóficos y éticos al respecto, y algunos de los estudios de científicos que afirman una cosa o la contraria, yo me quedo con otro tipo de planteamientos. Creo que hay que distinguir entre quienes se respaldan en su fe y quienes no.

Por un lado, aquellos que profesan una religión para la cual el aborto es un pecado son, obviamente, quienes tienen más claras sus razones y no entro a debatir con ellos: las cuestiones de fe no se debaten. Pero tampoco admito que traten de imponernos todos sus principios. En este momento, es irrelevante si se trata de una religión o de otra, de si nos encontramos en un país de tradición cristiana o budista o de si yo creo o no creo en nada. Lo que quiero destacar es que las razones sustentadas en la fe no pueden ser rebatidas por argumentos biológicos, dada la propia definición de fe, y dependiendo de la religión particular que dice «esto sí» o «esto no», asentando la moralidad de sus fieles.

Y el otro planteamiento, no sustentado en la fe, y que basa su lógica en la responsabilidad individual, es el del profesor estadounidense Steve Horwitz, quien, en una conversación abierta en Facebook, expresaba su parecer afirmando que él no tiene ningún problema en dejar que la mujer, junto con la familia, el sacerdote, el médico, y las personas a quien tenga a bien ella consultar, tomen la decisión más acertada acerca de la interrupción del embarazo^[67]. Cuando le pregunté a Horwitz si estaba de acuerdo con una ley de plazos, insistió en que no es la ley o el Estado quien debe fijar ese plazo, sino que lo más lógico es que, en cada situación, se actúe con sensatez. Tal vez suene muy ingenuo y deje de lado los casos más terribles. Pero, por otro lado, tampoco es realista suponer que las mujeres, sin freno legal, nos vamos a dedicar a abortar como quien practica un deporte. Y la frase final de Steve Horwitz deja muy claro su punto de vista: deja que sea libre y que sea seguro (para la salud), y educa para que su incidencia sea menor cada vez. Es la postura con la que más me identifico. Lo más relevante, y creo que es donde más flaqueamos, es su propuesta final, la de que hay que educar para que el aborto no sea necesario. Eso pasa por una educación en valores, una educación sexual, afectiva, sensata, alejada de mitos,

culpas, miedos, experimentos sociológicos y todo lo demás. Claro que es más fácil prohibir, acusar y condenar, pero eso no soluciona el problema.

Las elecciones relacionadas con el sexo tienen consecuencias físicas pero también afectivas y psicológicas, que pueden afectar a la mujer (y al hombre) de forma irreversible. Al margen de informar sobre este punto, el proponer que hay que hacer algo pautado por la autoridad supone que se está asumiendo que muchas mujeres no son responsables de lo que les pasa y que tiene que haber una ley y una decisión aprobada por el Parlamento. Y ahí el colectivismo gana ambas bazas, la de los provida y la de los proelección. Porque, si para unos la ley debe prohibir, para otros la ley debe decir cómo y cuándo. Y se trata de legislar para todas en general. Para mí, las mujeres no son así o de otra manera. No son todas iguales. Habrá algunas más permisivas y otras menos, como los hombres. La ley debe servir para una correcta convivencia, y no para moralizar a la sociedad ni para asegurar que las mujeres nos vamos a comportar responsablemente, todas, como si fuéramos homogéneas. De otro modo, ¿por qué no iba a poder exigirse el uso de preservativo por imperativo legal? De esa manera se prevendrían enfermedades venéreas y embarazos no deseados.

La gestación subrogada: de nuevo, el control

Otro tema estrella de la batalla por la visibilidad sexual de nuestros días se refiere a la gestación subrogada. Y en este caso, la base es la misma que cuando hablamos del aborto, o de la prostitución. Si una mujer desea gestar hijos ajenos y se pone de acuerdo respecto a la gratificación que va a recibir, ¿cuál es el problema? Sólo entiendo el argumento religioso, que queda, desde mi punto de vista, en manos de teólogos y doctores de las respectivas Iglesias. Pero el criterio religioso, naturalmente, debe permanecer fuera del ámbito de la ley. ¿Cuál es el problema entonces? Que hay prejuicios.

La medicina ginecológica ha avanzado mucho. Ahora, la inseminación artificial es algo que no sorprende, pero, en su momento, la revolución del «bebé probeta» desató toda una serie de artículos de periódico, de augurios, de terribles previsiones acerca del fin del mundo que está por llegar y demás. Y, sin embargo, no pasó nada malo. Ahora, hablar de un vientre de alquiler suena casi inhumano. ¿Cómo una mujer va a estar dispuesta a dejarse inseminar con el semen de un hombre? Como si hubiera algo carnal en el tema. Pues de la misma manera que aceptamos transfusiones de sangre y ello no nos vincula al donante anónimo. Pero, yendo más allá, ¿cómo es que esa mujer, una vez albergado un feto que ha crecido en su vientre, va a estar dispuesta a desprenderse de él? Eso, para muchas personas, es un acto contra la naturaleza, es desnaturalizar a la mujer, lo cual es muy cuestionable. Me parece peor condenar a la persona que no puede tener hijos, pero que está preparada y dispuesta a criarlos en un entorno lleno de afecto y atención, que no permitirle que los tenga aunque sean gestados en el útero de otra mujer: una persona mayor de edad, en plenas facultades, que tiene que cumplir muchos requisitos para ser gestante subrogada. Porque ese es el perfil de una mujer a la que se le implanta un embrión fertilizado. Por ejemplo, en las agencias se pide haber tenido un hijo propio, tener entre 21 y 41 años de edad, no recibir determinadas ayudas estatales (en Estados Unidos), mantener cierta forma física, tener apoyo de amigos y familia, no consumir drogas ilegales ni fumar tabaco o beber alcohol. Además, un abogado externo revisa con la candidata el contrato y evita los abusos. Antes de ponerse en contacto con los padres, hay una investigación para asegurar que no hay antecedentes criminales, ni problemas financieros, por parte

de la madre subrogada y su entorno. Finalmente, comienza el proceso médico. No parece muy inhumano. Pero se cobra por ello. Y eso es un pecado. El tabú no es la gestación, es el hecho de cobrar por dar, con carácter temporal o definitivo, algo de tu cuerpo: la sangre, los órganos, alquilar la gestación o tener sexo por dinero. Pero vender tus ideas, tu capacidad creativa, tu imaginación o tu genio, tu empatía, tu capacidad de escucha, tu tiempo..., eso no está mal. Qué decir de quien «alquila» su ser para meterse en lo más profundo de un personaje y vivirlo durante tres meses de rodaje, sufriendo, riendo, besando a personas con las que no se tienen vínculos, etc., sólo para entretener al público y que la gente se lo pase muy bien en el cine o en el teatro. Es una vida de mentira, pero tiene que parecer real, y se cobra por ello. Me parece más retorcido que la gestación subrogada.

Por supuesto, siempre se sacan casos extremos, que a menudo son el resultado de la prohibición, como en el caso de los secuestros de niños y jóvenes para vender sus órganos. O se pinta un prototipo que toque los sentimientos, del tipo de «esa pobre joven de la calle, sin nadie que la ayude, a la que no le queda más remedio que alquilar su útero». Hay un tabú extra: es el medio por el cual una pareja de hombres homosexuales pueden ser padres. Y, claro, para quienes la homosexualidad encierra todas las aberraciones del mundo, eso es una barbaridad. Afortunadamente, las mujeres lesbianas no necesitan más que un donante de espermatozoides, lo cual, cosas que pasan, no está prohibido ni está tan mal visto.

Se diría que la familia compuesta por una pareja homosexual es menos familia. Y, de hecho, así lo dicen algunos abiertamente. Los más suaves te dicen que no sabes las consecuencias psicológicas que tendrá para el niño el hecho de vivir en una familia con dos hombres o dos mujeres. No quiero ni pensar qué dirían si añadimos a la ecuación.

Así que, si un gay exhibe su homosexualidad, molesta porque se le ve mucho. Pero si decide «normalizarse», vivir en paz, sin meterse con nadie, y formar una familia, tampoco vale. Para muchas personas que se dicen tolerantes con la homosexualidad, lo que tienen que hacer los gays es esconderse, hacerse pasar por heteros, para que así no cuestionen su realidad ni pongan a prueba su supuesta tolerancia. Es un resultado más de la enorme hipocresía de nuestra sociedad.

Por supuesto que un niño que va al colegio y siente que su familia es diferente puede sufrir. En la infancia, las diferencias son ocasiones fantásticas para que los demás te digan cosas. No es *bullying* en todos los casos, a veces es simplemente el modo en el que todos aprendemos a vencer los prejuicios ajenos. Esas situaciones nos las vamos a encontrar toda la vida: por ser alta o baja; en los adolescentes, porque les sale el bigote tarde o pronto; porque tus padres son así o de la otra manera; porque tu casa es mejor o peor. No todos los niños te van a decir algo malo, pero tal vez alguno sí, y el resto, más pasivo, se reirá o callará.

Cuando en España apenas había divorcios, los niños de padres divorciados lo pasaban muy mal. Eran los bichos raros. Hoy en día, la situación no tiene nada que

ver. Cuando la existencia de familias no tradicionales no sea tan excepcional, los hijos de esas familias dejarán de ser bichos raros. Porque gran parte del trauma es debido a la respuesta social, no a la dinámica interna de estas familias diferentes. Siempre va a haber alguien que, por defender su ideología (a veces asociada a las creencias religiosas y otras no), argumente que lo normal y lo natural es la familia tradicional con papá y mamá. Si seguimos esa lógica, lo natural es que te críen tus padres, no que te adopten otros. Lo natural es que, si enfermas, te mueras. Lo natural es que, si pierdes un miembro, te aguanten; no es nada natural llevar una prótesis con un microchip. Y lo natural en el ser humano es no volar. Afortunadamente, todos estamos dotados de la capacidad para superarlo casi todo —es lo que se conoce como resiliencia—, y eso explica que, a pesar de las cosas terribles que suceden, el individuo y la sociedad salen adelante. A los homosexuales de ambos géneros se les ponen pegatas a la hora de adoptar, a la hora de subrogar la gestación de sus hijos, a la hora de expresarse con amaneramiento o sin amaneramiento... Lo peor es que, parte de la responsabilidad de esta traba permanente, la tiene el uso político que hacen las asociaciones LGTB, en muchísimas ocasiones. El diseño de la tolerancia de la sociedad por el Estado es la crónica de un fracaso anunciado. Para empezar, porque decimos que las sociedades son tolerantes cuando los individuos que la componen lo son y, por tanto, se crea una percepción positiva de esta virtud. Además, porque el ejercicio de la virtud no puede ser diseñado por decreto y financiado con el dinero de los impuestos. Ese fracaso anunciado, cuando llega, viene con efecto bumerán, de manera que despierta más intolerancia y los sectores más resistentes al cambio se sienten en la necesidad de defenderse. Y algo así estoy observando en parte de la derecha más rancia y radical. Así que, por un lado, la izquierda radical trata de hacernos pasar por un aro, y, por otro, la derecha radical trata de hacernos pasar por otro aro. Y, en medio, hay muchos individuos que quieren formar una familia, y muchas madres de familia dispuestas a ayudar y ofrecer su vientre.

Entre quienes consideran que la gestación subrogada es poco ética, además de considerarla similar a la prostitución por las razones que ya hemos visto, hay algunos que esgrimen el mantra marxista de la alienación laboral. Para ellos, la destrucción del vínculo madre/hijo es una manera de alienación. Por supuesto que no es fácil, y las madres subrogadas lo explican muy claro. Es un momento terrible cuando tienes que dar al niño. Lo curioso es que, muchas veces, algunas personas críticas y de tendencia más bien conservadora están en contra del aborto y proponen que la madre tenga el hijo y lo dé en adopción. Son muchos los trabajos alienantes en esta sociedad: las personas que educan a nuestros hijos son unos extraños, y también lo son quienes cuidan a nuestros abuelos. ¿Y ahora la gestación subrogada es alienante^[68]?

Cuando no quedan argumentos, siempre hay alguien que te dice: «¿Y por qué no adoptan?, ¡con la cantidad de niños huérfanos que hay esperando una familia!». Pues por las razones que sean, que son muy privadas. ¿Qué pinta nadie opinando sobre

esas cosas? Pero vayamos más al fondo. El argumento es que ya hay demasiados niños sin padres en el mundo. Perfecto: apliquemos, entonces, una política de natalidad maoísta, y prohibamos tener hijos naturales hasta que no haya huérfanos o hijos de madres solteras, o al menos hasta que su cifra no sea significativa. ¿Suenan muy bestia? Pues a mí también me lo parece, al igual que me parece bestia poner en cuestión la gestación por encargo.

Es verdad que las consecuencias no esperadas de los avances científicos en este sentido están por aparecer, pero así es como el hombre ha avanzado en la historia de la ciencia biológica y de la medicina. Durante siglos estuvo prohibido practicar disecciones y hacer autopsias a los cadáveres debido a razones morales y también a alguna que otra superstición, y hoy en día no sólo la autopsia es pan de cada día, sino que hasta se hacen anuncios de televisión animando a las personas a ser donantes de órganos. Los primeros trasplantes de riñón, hígado o corazón también estuvieron envueltos en todo tipo de incertidumbres fisiológicas y morales. El tiempo le da la razón a la ciencia y a la evolución, especialmente donde reina el sentido común al que aludía el profesor Horwitz.

6

El bucle feminista y su solución

La teoría de la justicia libertaria es aplicable a todos los seres humanos, con independencia de sus caracteres secundarios relativos al sexo o la raza [...]. En la medida en que las leyes infrinjan el principio de autopropiedad, son injustas. En la medida en que esa violación esté basada en el sexo, habrá lugar para un movimiento libertario feminista^[69].

WENDY MCELROY.

Una vez llegados a este punto, merece la pena reflexionar sobre la definición del problema que estamos tratando de entender, es decir, la posición y el peso (justos o injustos) de la mujer en la sociedad, y sobre las soluciones que se suelen ofrecer.

El conflicto existe, pero ni se da en la medida que se denuncia ni tiene la dimensión que se le está dando. Se atribuyen responsabilidades inadecuadamente, de manera que, en vez de solucionar problemas como el de la violencia, nos centramos en si esta violencia es de género o no, y perdemos así un poco el foco. Porque la eliminación de la violencia, en general, también pasa por eliminar la violencia ejercida contra las mujeres. La solución parcial, referida solamente a nosotras, no sólo no es bueno porque con él no se soluciona el problema global, sino porque incurrimos en una propuesta asimétrica respecto a la población en general. Acabar con los privilegios de los hombres no implica que esté bien que los tenga la mujer. Por la misma razón que acabar con los privilegios de la nobleza no implica otorgárselos a los sindicatos ni a ningún grupo social. No queremos otro amo, queremos independencia y libertad física y mental.

Se intenta cambiar una mentalidad rancia y arraigada a golpe de ley, como en el caso de las diferencias salariales, y esto es un error.

Dejamos en manos de un tercero lo que debería ser privativo de cada individuo, como es la defensa de tu persona, y, en vez de acudir a la ley para pararle los pies al hombre que abusa de su posición, o bien, como compañeros, ayudar a que la persona víctima de abusos se sienta amparada y dé el paso por sí misma, nos comportamos con cobardía. Y, muchas veces, por desgracia, no dar la cara es la solución más

eficiente porque es la que menos machaca a la propia víctima. Hay muchos casos en los que se aconseja denunciar, o dar a conocer una situación, y se consigue una exposición gratuita de la víctima de escarnio, la injusticia y la incomprensión. No es fácil reconocer este punto negro de nuestra justicia y nuestra sociedad, pero es real.

Más allá de las soluciones «micro», que cada uno de nosotros puede plantearse, están los caminos que la Administración del Estado aporta para evitar que la mujer sea discriminada. Hay políticas públicas específicas, no solamente en España, sino en todo país occidental que se precie. Pero, sinceramente, creo que no sirven, incluso concediéndole a las autoridades las mejores intenciones. Para explicarlo, hay que ir a la raíz y la justificación de las políticas públicas.

Las políticas públicas a escena

Para entender qué son las políticas públicas es necesario diferenciar dos conceptos, que aquí expreso también en inglés porque en nuestro idioma son términos homónimos: *politics* (la política) y *policies* (las políticas). El primero es entendido como las relaciones de poder, los procesos electorales, las confrontaciones entre organizaciones sociales con el Gobierno y, en general, las actividades o asuntos políticos relacionados con la adquisición de poder, la obtención de sus propios fines, etc., así como las opiniones, los principios, las simpatías, etc., con respecto a la política. El segundo concepto tiene que ver más con las acciones, decisiones y omisiones por parte de los distintos actores involucrados en los asuntos públicos. Esta distinción es muy importante para comprender en toda su amplitud el concepto de «la política de las políticas públicas», que son las relaciones de poder en el proceso de diseño y puesta en práctica de las acciones de gobierno con la sociedad. Cuando hablamos de lo políticamente correcto o de la moda política, por poner un par de ejemplos, nos referimos a esta «política de las políticas públicas». Es el tipo de razonamiento que nos hacemos cuando consideramos que no es muy popular emprender tal acción, o bien que no favorece a la distribución de poder más beneficiosa para mi institución, mi administración, mi partido político o mi grupo de presión.

Una política pública no es cualquier acción del gobierno, que puede ser singular y pasajera, en respuesta a particulares circunstancias políticas o demandas sociales. Una cosa es una medida aislada, y otra cosa es el diseño de un conjunto de acciones, que deberían tener un hilo común y una finalidad conjunta. Dicho de otra manera, lo que define y peculiariza la política pública es que consiste en un conjunto de acciones intencionales y causales, lo que implica que están orientadas a la realización de un objetivo de interés, que persigue un beneficio público; el segundo aspecto específico de las políticas públicas es que las combinaciones de acción, agentes, instrumentos, procedimientos y recursos que desarrollan se reproducen en el tiempo de manera constante y coherente (siempre con las correcciones marginales necesarias), y lo hacen siempre en correspondencia con el cumplimiento de determinadas funciones públicas que son de naturaleza permanente —o, si no tanto, al menos sí se trata de

prestar atención a problemas públicos cuya solución implica una acción sostenida—. Es precisamente esta estructura estable de sus acciones, que se reproduce durante un cierto tiempo, lo que es esencial y peculiar en ese conjunto de acciones de gobierno que llamamos política pública. Pero la propia definición y explicación de las diferencias entre las políticas públicas y las medidas de política más generales nos muestra los primeros escollos.

Por ejemplo, al definir a qué llamamos beneficio público, ¿quién establece el criterio? La felicidad colectiva no existe, y defender que el criterio según el cual lo que es bueno para la mayoría lo justifica todo resulta complicado, porque han sido mayorías las que han cometido en ocasiones atrocidades y, por otro lado, el ciudadano minoritario no puede ser relegado de la acción pública, no se puede gobernar para unos y no para otros. Tampoco es fácil definir qué problemas de la sociedad caen en el ámbito de lo público en exclusiva y cuáles no. La defensa de la nación podría considerarse como una de las misiones a cumplir por el Estado, o la justicia. Pero ¿y si bajamos al nivel de la Administración local? Habría que analizar si la provisión pública de los bienes y servicios necesarios para la vida en común es el mejor modo. Pero éste es un punto en el que no me voy a detener, solamente lo señalo para mostrar la complejidad del tema^[70].

Además de los mencionados, otro de los escollos es lo complicado que resulta definir el problema público. Y éste es un aspecto especialmente relevante para el tema que estamos tratando.

Definir el problema es el elemento principal en este diseño (y otros diseños) de políticas públicas, porque, si no se delimita de forma correcta, podemos perder de vista el objetivo real y acabar prestando atención a problemas que no entren en el ámbito de lo público. El peligro de esa desviación del foco no es solamente que afecta a la eficiencia del uso de dinero público o al impacto de dicha política, sino que, además, supone una invasión del ámbito privado de los ciudadanos. Las consecuencias de que el Estado se meta donde no debe son que, primero, constituye un ataque a la libertad irrenunciable de la persona, y, segundo, impide el desarrollo de una sociedad civil sana, capaz y madura, que es uno de los mejores frenos a los desmanes de presidentes de Gobierno abusones, caciques y dictadores^[71].

Así pues, para no perder el punto de mira y caminar hacia la dirección adecuada tendremos que dar respuesta a la pregunta «¿Cuándo se puede considerar un problema como problema público?».

Un problema es una situación indeseada o un conjunto de circunstancias que nos impiden conseguir un objetivo o una meta. Por ejemplo, llegar a fin de mes, aprobar un examen o disfrutar de salud. Obviamente, al tratar un problema público no estamos intentando solucionar dificultades personales, sino aquellas que afectan a la sociedad, como el desempleo, la pobreza o las epidemias.

Para superar esa situación indeseada, resulta necesario plantearse a qué nos enfrentamos y responder a preguntas tales como: ¿en qué consiste exactamente el

problema?, ¿quiénes son los actores y grupos involucrados?, ¿quiénes pueden hacer algo? y ¿a quiénes afecta el tema? Por supuesto, es muy importante la parte cuantitativa, tener datos fiables y considerar magnitudes cuantificables, es decir, cuestiones técnicas que nos ayuden a diseñar la solución del problema. Una vez acotado y cuantificado el problema en la medida de lo posible, hay que ver qué herramientas se necesitan, qué medidas son las adecuadas para que se evite esa situación indeseada, con qué contamos, el presupuesto que vamos a necesitar y la cobertura que vamos a poder atender (ya que a lo mejor no podremos resolver el ciento por ciento del problema, pero sí una parte relevante).

Sólo en ese momento podemos pensar en los diferentes caminos alternativos para poder elegir el mejor. Es la fase de la construcción de alternativas^[72].

Por alternativas se entienden aquellas acciones que proponen los diseñadores de la política pública. Podemos decir que son los escenarios a seguir, mediante los cuales se diseñará la política más acorde. Incluso si a veces la política elegida no siempre es la más favorable o la mejor diseñada, sí debe ser la que busque la solución al problema, una en la que estén involucrados todos los actores inmersos en dicha acción. La evaluación de estas posibles rutas es importante; se trata de calibrar si son excluyentes, si es posible combinar diferentes escenarios, si la inacción es mejor (porque no hacer nada también es una opción), etc.

¿Cómo se elige entre todas estas opciones? Dependerá de los criterios. El más obvio es el económico: si no hay presupuesto suficiente, no hay nada que hacer. Así que siempre es recomendable el análisis costo-beneficio para gastar menos con mejores resultados. Pero, como los problemas públicos siempre tienen un componente social, y el tema de la discriminación o del acoso, etc., también lo tiene, éstos requieren de otro tipo de criterios, como el de justicia, igualdad ante la ley, convivencia pacífica o defensa de la integridad física de las personas.

La política pública elegida tiene que cumplir determinados requisitos según los manuales más populares: la legalidad (no violar la Constitución o la ley), la aceptabilidad política (tiene que ser aceptable para todos los involucrados, de manera que sea una política de consenso), la solidez (para asegurar que los resultados son buenos incluso si hay problemas al aplicarla), la perfectibilidad (que sea lo suficientemente flexible y adaptativa para que pueda ir amoldándose a los contratiempos, especialmente al principio), la optimización (o maximización de los objetivos con recursos limitados).

Una vez establecido el conjunto de criterios, cumplidos los requisitos adecuados y elegida la política pública mejor para resolver esa situación, es necesario echar mano, de nuevo, de las herramientas estadísticas para recoger datos acerca de los resultados directos e indirectos, las consecuencias no esperadas (positivas o negativas) y todo tipo de incidencias. Esos resultados hay que interpretarlos adecuadamente y proyectarlos hacia el futuro para decidir si dicha política ha de seguir poniéndose en práctica o si es necesario ajustarla, complementarla o reducirla, para comprobar si

presupuestariamente sigue siendo viable y, finalmente, para comprobar si la realidad de ese problema ha variado o no.

Por ejemplo, podemos darnos cuenta de que se ha lesionado el principio de igualdad ante la ley, o bien de que ya no es políticamente aceptable, porque el juego de poder ha cambiado y ya no es una política de consenso. De ahí la importancia del concepto de «la política de las políticas públicas» que explicaba al comienzo de esta sección. Una política puede aplicarse o no aplicarse dependiendo de muchas más cosas que de las razones buenas que nos cuentan en los programas electorales o en las ruedas de prensa.

¿Cómo encajan en este esquema teórico las políticas de género?

La tiranía de las políticas de género

La justificación de las políticas de género parte de la base de que son el producto de una constante lucha por el reconocimiento de los derechos humanos —y, concretamente, de las mujeres—, de la no violencia, de la equidad y de la justicia. Y se definen como el conjunto de mecanismos y herramientas que inciden en los planes y programas, en las leyes y acciones públicas, en los bienes y servicios tendentes a desmontar y eliminar las inequidades y toda forma de subordinación y dominio entre los sexos. Para quienes defienden estas políticas de género, la igualdad real significa el impulso de acciones positivas, afirmativas o de discriminación positiva, para revertir la desigualdad y establecer la equidad entre los sexos. En la concepción más actual de las políticas de género, se pretende que las desigualdades no sólo sean un tema, sino también un principio orientador del diseño de las políticas públicas en diferentes áreas de acción. Una de esas áreas se refiere a necesidades básicas que forman parte del conjunto de la supervivencia humana, como la salud reproductiva y general y la alfabetización. Por otro lado, hay necesidades estratégicas que se relacionan con las inequidades de género y con los derechos específicos que se deben garantizar.

En todo este planteamiento, llama la atención la presencia de una palabra que tiene un significado muy particular y cuyo origen veremos en las próximas páginas: inequidad. Es uno de los enemigos a batir, y es situado al mismo nivel que la alfabetización o el derecho al voto; y, sin embargo, no debería ser así. De hecho, cuando los gobiernos consideraron que la asimetría entre hombre y mujer era un problema público digno del diseño de unas políticas públicas específicas, la palabra inequidad no existía, se hablaba de desigualdad, asimetría, diferencia o injusticia, pero no de inequidad. No es el único término usado para mayor gloria de quienes tienen una agenda paralela a la agenda del feminismo radical de tercera generación, y que se centra en la consecución de poder político y social, no para las mujeres en general, sino para ellas mismas, erigidas en redentoras de las mujeres.

La evolución del programa que pretendía lograr que las mujeres dejaran de ser poco reconocidas y tratadas como ciudadanos de segunda categoría, etc., es representativa de la deriva del feminismo, que está en el polo opuesto del feminismo

original libertario. Nos encontramos ante un sistema tiránico del que es muy difícil salir, porque está cerrado sobre sí mismo y porque hay muchos intereses creados y mantenidos desde hace mucho tiempo.

El viraje comienza cuando las políticas públicas pasan de ser un programa proyectado de valores-fines-prácticas para convertirse en un programa de aproximaciones sucesivas a un objetivo dado, variable y que se halla sometido a diferentes reconsideraciones. Incluso concediendo que los programas diseñados desde arriba sean válidos, hay una gran diferencia entre unos y otros tipos de programa. En el primer caso, las decisiones dependen de valores; en el segundo caso, el objetivo va cambiando y no hay garantía de que ese cambio atienda a que el objetivo se acerque más a las necesidades de la sociedad o de que no se deba a fines electoralistas. En el primer caso, no nos vamos a desviar de esos valores genéricos. La segunda definición abre la puerta a la desvirtuación del objetivo que nos habíamos propuesto. Estamos en manos de la bondad o maldad del Gobierno. Si una política no funciona, no se elimina, sino que se redefine. Y, finalmente, la diferencia entre el objetivo inicial y el objetivo final puede ser abismal. Recordemos que, con cada problema que consideremos que el Estado debe solucionar, cedemos un trocito de nuestra libertad y nuestra responsabilidad. Y, una vez entregado, ese trocito no lo recuperaremos.

En las sociedades occidentales, al Estado le hemos asignado la protección del consumidor, de la mujer, de la infancia, de los débiles..., y eso representa un peligro, porque no asegura la solución a esas cuestiones.

La protección de la mujer gracias a las políticas de género se basa en la premisa de que somos incapaces. Dichas políticas se plantean muchas veces como el resultado de una lucha en la que se pretende desplegar todo un conjunto de actuaciones para eliminar el dominio y la subordinación de un sexo respecto a otro; sin preguntar si hay mujeres que quieren vivir subordinadas, y asumiendo que todas queremos vivir protegidas por el Estado, que, de hecho, nos subordina.

La protección estatal de la mujer ha pasado por varias etapas. Primero nos regulaba mediante prohibiciones que nos protegían de nosotras mismas y que, supuestamente, mantenían intacta nuestra dignidad y la estabilidad de la familia, bastión de la civilización. Después se levantaron las prohibiciones, pero el Estado aún tenía que regularnos para «ayudarnos». Es la etapa asistencial, en la que se nos trataba como iguales, *ma non troppo*, y se asumía que no podíamos hacerlo todo y que necesitábamos cierto empujoncito condescendiente. Finalmente, ahora nos encontramos en una etapa en la que los problemas de género impregnan casi todos los ámbitos de la vida política. El futuro consiste en que las políticas de género sean transversales, es decir, invisibles, de forma que en todas las partidas presupuestarias el sesgo de género se aplique *a priori*.

La razón es erradicar la inequidad. Una palabra que no existe en el diccionario con ese significado y que no significa lo mismo que desigualdad. Todos somos desiguales, por naturaleza. Pero no todas las desigualdades son lo mismo. La palabra

inequidad se refiere a la desigualdad injusta, pero referida a la justicia natural, no a la ley positiva. La diferencia entre justicia natural o ley natural y la ley positiva o civil se aparta por completo del discurso de quienes a día de hoy hablan de eliminar la inequidad. La justicia natural consiste en un conjunto de preceptos indemostrables que proceden del instinto de la naturaleza, y que dan cuenta de una justicia y equidad evidentes, tal y como señaló Santo Tomás. La inequidad de última generación se refiere a algo completamente diferente. Los hombres y las mujeres no somos iguales, pero una parte de esas diferencias son justas, y otras no lo son. Las injustas hay que eliminarlas. ¿Quién decide qué desigualdad es justa y cuál no? ¿Ser menos fuertes físicamente es injusto? ¿Qué es ser fuerte físicamente? No somos nosotras, en cada caso, quienes lo decidimos, hay una definición arbitraria establecida por los que saben, que determina qué entra en el concepto de inequidad, y, por tanto, qué hay que eliminar mediante la acción de las políticas públicas. Es un truco lingüístico.

Otra trampa del lenguaje es la misma definición de género. El género, de acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se refiere a los atributos y oportunidades sociales vinculadas con el hecho de ser hombre o mujer y a las relaciones entre mujeres y hombres y niñas y niños, así como a las relaciones entre las propias mujeres y entre los propios hombres. Estos atributos, oportunidades y relaciones se construyen socialmente y se aprenden mediante procesos de socialización. Dependen del contexto y del momento, y pueden cambiar. El género determina qué se espera, se permite y se valora en una mujer o un hombre en un contexto específico. En la mayoría de las sociedades hay diferencias y desigualdades entre hombres y mujeres en cuanto a las responsabilidades que se les asignan, a las actividades que realizan, al acceso a los recursos y al control de éstos, así como a las oportunidades de adopción de decisiones. El género es parte de un contexto sociocultural más amplio. Otros criterios importantes para el análisis sociocultural incluyen la clase, la raza, el nivel de pobreza, el grupo étnico y la edad.

Y a partir de este concepto, el cual la ONU reconoce como construcción social, que va más allá del sexo y que se refiere a las expectativas sociales, se elaboran las políticas públicas que tratan de reparar los efectos de la inequidad, es decir, de evitar las desigualdades que, arbitrariamente, se consideran injustas.

Algo parecido nos encontramos cuando analizamos el significado de la palabra empoderar cuando ésta se aplica a las mujeres. La definición de la Real Academia Española nos dice que empoderar es hacer poderoso o fuerte a un individuo o grupo social desfavorecido. Nada que objetar, al revés, yo comparto ese objetivo y, como profesora, creo que el éxito en los estudios no solamente se basa en las horas dedicadas a él, en la capacidad cognitiva innata o en el método de estudio, sino que también hay un componente subjetivo relacionado con la percepción que el estudiante tiene de su propia capacidad, de las expectativas que se tienen de él en su familia, etc. No me coge de nuevas este tema. Aplicado a las mujeres, como grupo social desfavorecido, personalmente entiendo el concepto de empoderamiento como la

mejora de éstas; una mejora que no solamente se refiere a las condiciones materiales en las que se desarrolla cada mujer o a las oportunidades reales que se le ofrecen en las escuelas y universidades o en el mundo laboral, sino que también alude a la percepción que cada una tiene (como sucede con los estudiantes y, realmente, con el resto de la humanidad), a lo que cree que se espera de ella y al rol que ella cree que debe asumir.

El empoderamiento de las mujeres, de acuerdo con la ONU, tiene cinco componentes: su sentido de autoestima; su derecho a ejercer y determinar opciones; su derecho a tener acceso a oportunidades y recursos; su derecho al poder para controlar su vida en lo público y lo privado; y su capacidad para determinar la orientación del cambio social para crear un orden económico y social más justo en el ámbito nacional e internacional.

Lo que me preocupa no es el análisis, sino la conclusión y las acciones que se emprenden en diferentes países para, supuestamente, solucionar este problema. Porque, excepto en sociedades regidas por el islam, como hemos visto en el capítulo quinto (acerca de la visibilidad), y en aquellas sociedades que viven en la pobreza, las mujeres tenemos libertad para elegir si estudiar o no, tenemos igual acceso a la universidad y a la vida política, y tenemos libertad de expresión. La percepción que se tiene en la sociedad acerca de las mujeres no se cambia por ley. Por ejemplo, con toda la libertad de expresión que hay, existen temas que no se tocan. A mí me dejaron de llamar para una tertulia por hablar de los negocios del rey español anterior. Nadie me dijo una palabra, simplemente dejaron de contar conmigo. Pasa igual con la manera de vestir: se sigue juzgando por el aspecto. Y lo mismo sucede respecto al rol de la mujer o del hombre. La obligación de las cuotas no hace que se valore más a la mujer, ni asegura que las mejores vayan a ocupar puestos adecuados a su valía.

Comentaba Andrea Martos, científica e investigadora (actualmente en Copenhague), ganadora del concurso al mejor ensayo científico organizado por el Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), que, si bien antes sí era muy raro que hubiera mujeres científicas e investigadoras, esa situación ha cambiado, aunque todavía tienen más notoriedad los hombres. Y ella se mueve en laboratorios de Copenhague, Cambridge y Madrid. ¿Cómo se da la vuelta a esa situación? Creo que no depende tanto de las leyes como de nosotros mismos, hombres y mujeres. Es como cuando vas al médico y, en vez de «tu» médico, te atiende alguien del equipo. Por más que sepas que tiene mucha experiencia, que el historial lo revisa el especialista, etc., la respuesta «ah, ¿no me va a atender él? Bueno, no pasa nada...», dicha con frustración, pero manteniendo la educación, expresa la inseguridad que uno siente ante lo desconocido. Y este ejemplo se podría aplicar a cualquier caso en el que «lo de siempre» se enfrenta a «lo nuevo».

Las cuotas, además, dan munición a quienes de verdad siguen pensando que las mujeres somos inferiores, que los hay y las hay. Para colmo, el hecho de que las cuotas las propongan partidos de izquierda hace que la derecha se manifieste en

contra, despertando la crispación creciente, y que ahora se dirige también hacia la mujer, debido a la coacción política.

La mentalidad no se cambia con coacción. Obligar a los niños a recitar poesía no les hace apreciarla más, solamente ejercita su memoria. La obligatoriedad lleva a la obediencia, y no a la virtud.

Nosotras tenemos que creernos capaces primero, y la sociedad tiene que reconocernos como tales después. Es un largo camino, en el que quienes creemos debemos demostrar con nuestros actos aquello por lo que apostamos.

Pero, de la definición de empoderamiento anterior, lo que me aterra de verdad es la idea de que las mujeres, o los hombres, o quien sea, tienen que «determinar la orientación del cambio social para crear un orden económico y social más justo en el ámbito nacional e internacional».

Crear un orden económico y social en el ámbito nacional e internacional, aunque se trate del paraíso en la tierra, es imposible. Los intentos planificadores del pasado y los actuales, que siempre han puesto como excusa para centralizar el poder ideales como la justicia, la paz o el estado de bienestar, nos han demostrado que, como dice el refrán, el infierno está lleno de buenas intenciones.

¿Cómo hacer del mundo un lugar donde impere la justicia?, ¿solamente se logra mediante un orden mundial centralizado? Obviamente, no.

Y éste es el problema de las políticas de género. Los conceptos se definen de manera que en su significado no solamente está implícita la intervención estatal, sino la centralización del poder. Recordemos que el objetivo inicial era la independencia de la mujer, no su sometimiento al Estado ni a un orden económico planificado (ni siquiera si está planificado por mujeres).

Los análisis de los significados de empoderamiento, heteropatriarcado o género son importantes, porque determinan los criterios a partir de los cuales se van a elaborar las políticas públicas, siguiendo los pasos antes descritos. Todas las acciones, el dinero de los contribuyentes empleado, los pactos políticos con la intención de que la política pública concreta cumpla con esa «aceptabilidad política» y sea aprobada..., todo eso queda teñido por unas definiciones que sesgan y que encierran un objetivo alternativo, que no es el verdadero empoderamiento o la situación de las mujeres en la sociedad, sino un objetivo que hace pasar la solución al problema de la mujer por la planificación centralista.

El que la mayoría de las personas de bien del mundo entiendan que, quienes tratan de empoderar a la mujer, tratan de devolverles la confianza en sí mismas, y que las políticas de género pretenden que los salarios, en igualdad de condiciones, se equiparen, y que no se pegue a las mujeres ni se las asesine, se enteran de la mitad de la historia.

Hay otras maneras de resolver la injusticia que no implican el diseño centralizado que anula al ser humano y lo esclaviza.

Se trata de recurrir al cumplimiento de la ley, a la rendición de cuentas y a la

denuncia pública de los abusos. Es más lento, pero es moral y no es liberticida. Y, tengamos en cuenta que las políticas de género no han cambiado la mentalidad, no han solucionado el tema de la violencia, no han resuelto el *gap* salarial, no han acabado con las atrocidades contra la mujer en las sociedades islámicas. Son las mujeres con coraje las que han logrado marcar alguna diferencia, en ámbitos concretos, en su miniuniverso.

Los programas de enseñanza para mujeres sirven donde hay analfabetismo. Los programas de mejora de las condiciones de vida de las mujeres mediante la higiene sirven allí donde no hay condiciones higiénicas. Pero, donde ya tenemos higiene, salud, educación y leyes, la revolución que viene, para hombres y mujeres, es individual, se genera en tu conciencia y te lleva a emprender acciones.

Si quieres ser independiente, no te lances a los brazos de los políticos, sean hombres o mujeres, de derechas o de izquierdas: sé autónoma y actúa. Porque la alternativa a la dependencia no son las políticas de género, sino la independencia.

Estas ideas las expuse, de manera bastante festiva dados el momento y el público al que me dirigía, en la Universidad de Verano del Instituto Juan de Mariana en el año 2013, en Lanzarote. Era la última charla de la mañana, y todo el mundo estaba cansado. El público era homogéneo, algunos sabían más de economía, otros no eran personas especialmente formadas, unos eran más jóvenes que otros, y traté de hacer la charla sobre políticas públicas lo más amena y ligera posible.

Es verdad que muchas mujeres jóvenes, de entre veinte y treinta años de edad, me han dicho que aprendieron a ver el tema desde otra perspectiva y que se sentían identificadas con mi punto de vista. Pero también recibí críticas, no en mi cara, pero sí en los comentarios al vídeo de la charla en YouTube, en los que se me tachaba de reaccionaria, machista y patriarcal. Veamos esas críticas^[73].

Crítica 1:

[...] Rápidamente caemos en juicios y creencias populares sobre conceptualizaciones —que revise cada uno lo que entiende por feminismo, género, violencia, (des)igualdad...—. Aunque debo decir que en lo único que estoy de acuerdo con Blanco es que la mujer pasa a ser dependiente del Estado, y que las políticas públicas, pese a los problemas que suscitan en algunos casos, en otros rellenan vacíos legales ante el caso de denuncia y tramitación jurídica; además de regular un comportamiento que produce la superposición de un individuo sobre otro por una/s determinada/s condición/es. Lo que añadiría [es] que las leyes no acaban de erradicar el problema que subyace en la estructura social (un patriarcado o la dinámica de unas relaciones basadas en claves de dominación y dominados). Las leyes dan respuesta a un síntoma, pero hay que ir a la raíz de por qué pasa lo que pasa. ¿Pero que las víctimas se tengan que financiar su lucha? Si partimos de la base de que el Estado se fundamenta en una razón social que ha ido formando distintos cuerpos políticos y jurídicos, me parece una ABERRACIÓN. Existe un problema, de índole social, llamémoslo como lo queramos llamar. Es una lucha de todos. Que la ley sea distinta para hombres y mujeres; creo que esta razón parte de una aplicación a un contexto que de por sí parte de una estructura diferencial dentro del ámbito convivencial. La ley debiera de ajustarse, y ser igual para quienes reciben agresiones de su cónyuge, se trate de una mujer o un hombre.

[...] Por la tradición, y la normalidad que en ello hemos encontrado, siguen existiendo trabajos, juguetes, anuncios publicitarios, videojuegos y creencias que se transmiten en la vida práctica de carácter sexista. Existe una realidad en torno a la figura femenina, y otra, en base a la masculina. Y es desde las

ideas desde donde [hay que] empezar a combatir y reformular, crear, desaprender y reaprender nuevas realidades... Ya lo decía la película *Orígenes*, no hay nada más difícil que combatir, que destruir una idea determinada. Y una forma de pensar que nos lleva a configurar una realidad, a decir quiénes y cómo debemos ser para ser aprobados socialmente. [Sic]. Si revisaras en el diccionario histórico, no sé de qué país eres, pero en el caso de España, el término «mujer» no variaba mucho, históricamente, y se asociaba a ramera o puta si no mostraba un comportamiento afable, frágil, sumiso hacia alguna tutela, que siempre debía ser masculina. En España, hasta la renovación del Código Civil se permitía matar a una mujer si no cumplía con la obediencia hacia su padre o marido.

Lo de que las mujeres luchen por un *statu quo* preferencial (o privilegiado) creo que es echar por tierra toda la historia del papel que las mujeres han ido ocupando. No me gustaría que me seleccionaran por encajar en cánones de belleza o estereotipos machistas, en los que, desgraciadamente, también cooperan y participan mujeres; tampoco me gusta el salir de fiesta y que en determinadas discotecas a las mujeres no nos hagan pagar entrada para satisfacer al rebaño. Atacar a la banca y a las multinacionales, pedir una redistribución de la renta de los/las trabajadores/as es algo que nos corresponde a todos, no sólo a las feministas (no te quites responsabilidades), por muy mal que huelga el sistema y quiméricas que puedan ser nuestras proposiciones.

Mi comentario: cada vez que digo que cada cual se pague su lucha se me acusa de cosas que no tienen que ver con eso. Si creo que la lucha de las feministas no debe ser con dinero público, no estoy diciendo que las víctimas de violencia o de un abuso tengan que financiarse su lucha o su defensa. Creo que hay leyes en España y en otros países que aseguran que los débiles también tengan protección jurídica. La principal debilidad de una víctima de violencia o abuso es psicológica, las heridas de fuera cicatrizan más deprisa que las de dentro. Y el fortalecimiento psicológico depende del entorno, del apoyo exterior que tenga en su círculo más cercano. Respecto a las instituciones que respaldan a la mujer abusada, como el Instituto de la Mujer, por ejemplo, si ha de existir, creo que deberíamos asegurarnos de que no exista como excusa para colocar a nadie o para que se desvíen fondos; y la gestión estatal, al menos en este país, es un foco de corrupción. Me fío más de las asociaciones gestionadas por el sector privado.

Respecto a los juguetes, anuncios y demás: no compres, eres consumidor soberano, no vayas a esas discotecas, afea la conducta a quienes sí vayan, pero no metas al Estado en esto.

Y, finalmente, ¿se trata de atacar a la banca o a las multinacionales? Yo ataco los comportamientos inmorales, corruptos y abusivos, sea que se den en la banca, las multinacionales, los gobiernos o las pequeñas instituciones con mejor fama. Y ya pido la redistribución de la renta mediante el único instrumento no coactivo que existe: el mercado.

Crítica 2:

«No toda mujer por ser mujer es solidaria con las mujeres», mujeres que utilizan el género para beneficio personal y no por el servicio a los demás, como los politiqueros de turno, en donde se conjuga el YO, mas no el NOSOTROS o NOSOTRAS... Esta mujer parece que desconoce que todo Estado es responsable de otorgar garantías a quien las requiere, en sí, a todos los/las ciudadanos/as que lo conforman; los gobiernos son responsables, son garantes de la democracia, de erradicar la violencia, la pobreza, etc., etc., ¿cómo [ella] va a decir que, si su lucha es tan importante, que entonces se solucionen [las mujeres] ellas mismas, como si fuéramos ajenas a un Estado...? Mujeres machistas dando conferencias que igualmente utilizan el

género... Se le olvidó que, gracias a las luchas que ella ataca, [ella] ha podido estudiar, ejercer sus libertades, o que, si no, estaría en su casa con un esposo que no eligió, con los hijos que el esposo quiso tener, sin saber leer ni escribir, una esclava para dedicarse exclusivamente a su marido... Dice que la inequidad no existe..., qué salida de razón que está esta señora.

Ésta es una muestra de la raíz del problema: el Estado como garante de todo. En una sociedad donde no se entiende que cada cual debe asumir sus propias necesidades, ni siquiera se asigna al Estado un papel subsidiario, al revés, se le hace el protagonista de nuestras propias vidas. Y no dudo de la bondad de esta persona (Lorena), que se refiere a las mujeres que sufren por matrimonios impuestos, abuso de poder dentro del matrimonio, sin educación, etc., pero resulta que quienes lucharon por ello lo hicieron individualmente, asociando sus intereses, escribiendo, emprendiendo acciones... Son los políticos y las políticas quienes utilizan los problemas de las mujeres y de los menos favorecidos para su propio beneficio, para hacerse con una parcela de poder.

Y no, la inequidad, según la ONU es una construcción artificial, lo que existe es la desigualdad.

Crítica 3:

¿Que el machismo lo hemos provocado/creado las mujeres, y que es responsabilidad nuestra educar a la sociedad? No dista mucho de algunas definiciones [...] que adjetivaban a la mujer. Echad en vuestros respectivos diccionarios las definiciones de hombre y mujer a lo largo del tiempo, comprended así las distintas discriminaciones por las cuales se acechaba a la mujer por su condición, la cual [la palabra «mujer»] se asociaba a sinónimos tales como los de: puta/ramera, pasional y, por tanto, caótica y desordenada, culpable de corromper la racionalidad del hombre, al cual se le consideraba divinizado por ser cabeza y centro de todas las cosas. Educadores (aprendices y maestros) somos todos/as, empezando por uno mismo. La mujer ha tenido que luchar por visualizarse en la sociedad cuando su papel había quedado relegado en el ámbito de lo privado, lo que sigue defendiendo Blanco, que vuelva al ámbito de lo privado y que desde allí se subvencione y luche. Cuando considero que, como COLECTIVO, en este caso, de mujeres, yo no haya tenido experiencias personales o directas con el machismo o comportamientos de dominación de hombres sobre mí por el hecho de ser mujer, no quita que otras personas sí las hayan sufrido o las sufran. Sentir esa afiliación con el resto de mis compañeras por el hecho de estar concienciada y conocer una realidad social [sic].

Efectivamente, a la mujer se la ha asociado con la tentación, con lo peor, se le ha restringido el derecho a participar en la vida pública por estar desequilibrada, etc. Y esas ideas las difundían muchas mujeres, las enseñaban en sus hogares muchas mujeres. A eso me refiero. Las luchadoras por la libertad lo hicieron desde el ámbito de lo privado, y fue Victoria Kent quien negó el voto a la mujer en el Parlamento por razones ideológicas. El machismo no es sólo cosa de hombres.

El actuar sin usar el dinero de los demás, que pagan forzados, coaccionados en forma de tributos, no implica que no esté concienciada o no sienta afiliación con las mujeres que sufren. Y con los demás seres humanos que también sufren.

Crítica 4:

María Blanco, empecé a escucharte y me doy cuenta de que eres una mujer machista en todos los sentidos, vos misma reiteradas veces decís: «no lo sé»; sólo en eso te doy la razón, no sabes nada de nada, y tiras abajo a la mujer, de maltrato de género ni te enteras, te da igual, y hasta parece que te burlas; es más, no pude seguir escuchándote, pero te lo tenía que decir, y todo lo que hablas parece estudiado o memorizado; como si algún otro machista te lo hubiera dictado! Ojalá nunca seas una más, ojalá nunca pases por el maltrato, porque se te va a caer cada palabra de lo que dices en este vídeo, a una mujer maltratada la anulan psicológicamente, que es el arma del maltratador, con amenazas y mucho más, deberías investigar y adentrarte dentro del tema, ¡ya que es muy triste!

La dictadura política lleva a que, si cualquier persona cuestiona las definiciones que nos imponen de términos como género, empoderamiento, etc., automáticamente se la llama machista. Porque ya no se sabe qué significa machismo ni feminismo. No se sabe cuál es el objetivo, qué buscamos las feministas, qué queremos las mujeres, qué tipo de igualdad, justa o injusta. No sabemos si queremos eliminar esa «inequidad» a costa de que los hombres ya no sean iguales ante la ley, a costa de una injusticia. No podemos imaginar soluciones alternativas. Y, desde luego, no admitimos que se trata de un tema tan complejo que son más valiosos los «no sé» que las soluciones facilonas que calman a la gente, pero que, a la vez, la manipulan.

La frustración lleva a esta persona a expresar un deseo en negativo, casi una maldición traperera; viene a decir: «Ojalá no te veas en esta situación porque tendrías que tragarte tus palabras». Y lo dice sin saber nada de lo que he podido investigar o conocer del tema del maltrato. La falta de argumentos la lleva a asumir que repito la lección que, por supuesto, el hombre machista me ha dictado. Ninguna mujer que no piense como «ellas» es inteligente, alguien tiene que haberle dicho qué decir, no puede ser que ella solita opine, porque, si fuera inteligente y válida, pensaría como yo. Ésta es sólo una muestra; pero esta crítica es muy representativa. No me ofende nada de lo que dice, pero sí revela el tipo de mentalidad de quienes se han creído todo el argumentario de las políticas de género.

La dificultad de conciliar cuando no se coge el toro por los cuernos

Las políticas de conciliación familiar son un caso de política pública muy especial. La división de tareas en casa es mucho más importante de lo que parece. En gran medida, eso es lo que explica que las mujeres tengamos menos presencia en el mercado laboral, y también, en parte, que no sea habitual que ocupemos altos cargos. Se dicen muchas cosas al respecto: si se obligara a los hombres a no trabajar cuando el niño está enfermo, y a disfrutar de la mitad de la baja maternal (que se podría llamar baja parental), los empresarios tendrían incentivos para tratar igualitariamente a madres y padres; debería haber una ley; la conciliación familiar es cosa de todos.

Las familias, la mayoría de las veces, se organizan repartiendo el trabajo total, incluidos el del trabajo necesario para recibir un salario suficiente, el de la casa y el derivado del cuidado de los hijos. La idea es que ese reparto debería ser igualitario. ¿Por qué no? Estoy de acuerdo, siempre que se defienda el reparto igualitario sin coacción. ¿Qué sucede con la mujer que quiere dedicarse a la casa (trabajo no remunerado), y que a lo mejor le encanta hacerlo? No debería pasar nada, ya que es su elección. Pero el caso se complica cuando la mujer prefiere trabajar fuera de casa y resulta que su trabajo está peor pagado que el de su marido. Entonces, simplemente por cuadrar el presupuesto, la opción «eficiente» siempre va a ser que trabaje él, incluso si la mujer está mejor preparada. Y así no se sale del círculo vicioso: si se trata de que la unidad familiar viva lo mejor posible lo eficiente, estrictamente desde el punto de vista económico, es que, si solo puede trabajar uno, que sean ellos. Otra cosa es que cada familia decida movida por cuestiones extraeconómicas.

La conciliación familiar no es un tema de Estado que debe legislarse. La familia, como piedra angular de la sociedad, es un reducto privado; y, en ese contexto, las decisiones que se toman son individuales. Y, sin embargo, tenemos una Ley de Conciliación de la Vida Laboral y Familiar^[74]. Esta ley es bastante prudente. Se refiere especialmente a la crianza y cuidado de enfermos o de personas impedidas. Se conceden unos derechos retribuidos y no retribuidos que puedes exigir al empresario. Retribuidos como el permiso de maternidad (dieciséis semanas), el de paternidad (trece días; o veinte días, si se trata de familia numerosa, y que puede ser ampliado a cuatro semanas, que pueden tomarse durante el permiso de maternidad o después, a

tiempo parcial o completo), de lactancia (para el padre o la madre, una hora al día, acumulables en jornadas completas), de excedencia para cuidar a los hijos o a otros familiares impedidos o que no puedan valerse por sí mismos (con una reducción de la retribución de entre la mitad y una octava parte del total). Se presta especial atención y se amplían un poco los plazos si se trata de un hijo con alguna discapacidad. Incluso hay una guía para que las empresas que quieran instaurar una política de conciliación sepan cómo hacerlo. En ella se explica al empresario que imponer unas normas inflexibles para controlar a los empleados independientemente de cuáles sean las circunstancias de cada uno es un error. Es más eficiente permitir que los empleados disfruten de su tiempo y de su familia exigiendo unos resultados. Entre las ventajas de la conciliación para el empresario están un mayor compromiso y una mayor productividad por parte de los empleados; asociado a ello, se menciona el menor coste de supervisión por la confianza mutua, la mejora en el clima de trabajo y la reducción en los costes por bajas y por rotación; mejor retención de talento, no necesariamente por la retribución, sino por el estilo de trabajo de la empresa; mejor imagen pública; acceso a subvenciones y desgravaciones fiscales; y, luego, se citan cuestiones como la mejora cualitativa de la cultura de la empresa y la mejora del liderazgo, la comunicación y la responsabilidad, que son menos tangibles. Por ejemplo, la cadena de alimentación Mercadona tiene una política activa de conciliación que consiste, entre otras cosas, en: la cercanía del centro de trabajo al domicilio del trabajador o la trabajadora; la existencia de guarderías en el centro de trabajo; una baja maternal más larga; y el cierre en domingos y festivos (incluso en los centros donde podría abrir) para facilitar la vida familiar.

Así planteado, me parece fantástico que los empleadores se den cuenta de los beneficios que les reporta la flexibilidad y la diversidad en el trato con sus empleados. Hay factores externos que influyen en este sentido. Por un lado, la crisis iniciada en 2008, que ha llevado a la destrucción de un 30 por ciento aproximadamente del tejido empresarial español, nos ha obligado a espabilar, a reconsiderar el significado del puesto de trabajo. Se ha precarizado el contrato laboral, es verdad. Pero no es porque el empresario sea malo, ni porque el trabajador sea vago. Es porque estamos ante un cambio estructural. No se trata de que la economía occidental haya tropezado con la crisis financiera, es que, gracias a ese tropezón, han aflorado en cada país los agujeros y defectos de su economía. En España, principalmente, el mercado laboral en exceso rígido, el déficit por exceso de gasto y la financiación autonómica son los tres estigmas que han emergido como las cadenas montañosas con el choque de las placas tectónicas. Es muy probable que el empleado del siglo XXI no tenga un contrato indefinido y que no permanezca cuarenta años en una empresa que sería como su segunda casa. Vamos a tener contratos menos suculentos, con mucha más incertidumbre, y vamos a tener que completar los ingresos «de otro modo». Y dentro de ese cajón de sastre en el que cabe todo está el segundo factor que está dando la vuelta a la economía de la mayoría de los países: los

avances tecnológicos.

Desde el mundo de la educación hasta el de la sanidad, pasando por el periodismo y otros muchos ámbitos, las nuevas tecnologías están dejando obsoletos los antiguos modos, los sellos estatales de los ministerios, la vieja guardia de héroes locales. Las nuevas generaciones son visuales y se mueven en internet como pez en el agua: ya se cubren *online* muchos servicios. Eso va a permitir que se enriquezca la iniciativa empresarial, que haya mayor competencia (que siempre es bueno) y el *home office* (trabajo desde casa), que se impone cada vez con más fuerza. Por otro lado, la supuesta amenaza que trae la creciente robotización va a dejar obsoletos determinados empleos, pero va a generar otros puestos con otro perfil, probablemente. Y, sobre todo, va a hacer que las mentes más despiertas y flexibles sobrevivan mejor que aquellas que presentan una mayor aversión al cambio.

Y todo esto es bueno para la mujer y para la conciliación familiar. La vida del autónomo es un infierno, están penalizados fiscalmente, viven con una incertidumbre mucho mayor, pero ése, desde mi punto de vista, es el futuro. Por supuesto, los sindicatos están mirando a otro lado, y los políticos están mirando fijamente las encuestas, las urnas y los escaños, para no perder ni un poquito de poder. Tal vez habría que reclamar igualdad fiscal para los trabajadores autónomos, de forma que dejen de ser los proscritos de la economía. El actual modelo laboral, por tanto, es una de las piedras de nuestro camino hacia la conciliación de la vida familiar y laboral.

Hay otro aspecto relevante cuando se analiza este tema. Todavía hoy en día, el trabajo de la casa, incluido el derivado del cuidado de los hijos, está peor considerado. Es un tema cultural, y debería avergonzarnos. Ya sé que igual suena un poco fuerte eso de que debería avergonzarnos. Pero es que estamos en un país en el que, por ser más modernos que nadie, estamos disparándonos en nuestros pies. En los dos pies. Y, además, estamos haciendo gala de la consabida hipocresía y doble moral española, desde todas las posiciones ideológicas. Por un lado, desde la publicidad, los medios de comunicación, las series de televisión y las películas se ofrece una imagen del hombre que limpia la casa, cocina y plancha exactamente igual que las mujeres. No siempre es así. En parte, porque aún algunas madres recogen los cuartos de los hijos con más naturalidad que el de las hijas, y en parte, porque el relevo generacional lleva su tiempo. Y recordemos que, en España, los hijos se van de casa a los treinta años de edad. Cuando he conocido a hombres que se han quedado en casa para que su mujer trabajara, porque el sueldo de ella es mayor que el del marido, siempre se han disculpado o se han sentido en la necesidad de dar explicaciones. No es una costumbre normalizada, es una excepción. Cuando pregunto en clase quién cocina, hay murmullo cuando es un chico y su nivel es «albóndigas y guisos». De todas formas, la cocina, que está de moda en ellos y en ellas, es la tarea de la casa más disputada. Otra cosa es quién pone lavadoras y tiende la ropa, quién sabe cuándo hay que comprar azúcar o quién barre la cocina. Todavía existe esa mentalidad según la cual la mujer siempre lleva la maleta más grande, es mucho más ordenada que los

hombres en sus cosas y limpia por defecto, como si estuviera programada genéticamente para recoger, mientras que al hombre hay que decírselo. Y éste es un aspecto curioso. Cuando hablas con gente corriente, siempre hay una mujer que dice: «Es que mi Paco lo intenta, pero es muy torpe, y si le dejo solo en la cocina, luego el estropicio lo tengo que arreglar yo»; o bien: «Si él tiene muy buena intención, pero es que yo tardo menos y lo hago mejor»; o bien: «Va a hacer la compra y trae de todo menos lo de la lista». Pues déjale que aprenda, que tú tampoco naciste sabiendo. Es un tema de educación. Imagina que, tras el estropicio, no vas detrás de tu Paco solucionando el tema; imagina que tenéis que alimentaros y vivir con lo que él ha comprado; imagina que el horario de la familia se resiente por su culpa. Digo yo que tu Paco no es idiota, aprenderá, como todos hemos hecho. Dale una oportunidad. Esas mujeres que necesitan sentirse necesarias son la mejor excusa del hombre al que no le apetece fregar los platos. La versión femenina es el «conduce tú», porque cuando es ella quien conduce él la machaca con consejos no solicitados acerca de la conducción. Hay excepciones, y, probablemente, cuando se exponen estos estereotipos, a todos se nos ocurre replicar con alguna de esas excepciones. Pero lo importante de todo esto es ¿a quién le importa?, ¿vamos a hacer un tratado de psicología doméstica? Si esas parejas son infelices, ya se arreglarán, que la gente no es imbécil; y si son felices así, ¿quién tiene nada que argumentar?

Estas cosas del día a día que dependen de cada familia son el resultado de una mentalidad determinada, y no son legislables. Se han propuesto todo un ramillete de bobadas, como que se legisle quién hace qué, siempre como brindis al sol o para ganar votos, porque o ponen cámaras en las casas o es inviable que el Estado vigile las tareas del hogar. Y el caso es que sí hay presión social para que las cosas cambien y para que la mujer y el hombre trabajen igualitariamente dentro y fuera de casa. ¿Y qué pasa cuando llegan los hijos o hay la intención de tenerlos? Que la rigidez del mercado de trabajo aparece como un gran freno a este cambio, y muchas parejas, o bien retrasan la decisión de tener hijos, o bien deciden no tenerlos. Otras, tras el primer hijo, deciden parar o esperar mucho para tener el segundo. Porque, con hijos, el esfuerzo para mantener el tipo de vida que se tenía sin hijos es demasiado grande.

Un ejemplo es lo sucedido con Samanta Villar, presentadora de varios programas de televisión muy famosos como *21 días*, *Conexión Samanta* y *9 meses con Samanta*. En todos ellos, el reto era vivir de primera mano una realidad polémica o poco conocida y permitir que el espectador fuera partícipe de esta experiencia: la prostitución, la vida en un poblado gitano, etc. En el último programa, *9 meses con Samanta*, ella compartió con la audiencia su embarazo. La polémica vino cuando publicó un libro, *Madre hay más que una* (Planeta, 2017), en el que afirmaba:

Tener hijos es perder calidad de vida. [...] Abandonemos ya la idea de que la maternidad es el último escalón en la pirámide de la felicidad de la mujer. Hay un relato único de la maternidad como estado idílico, que no coincide con la realidad y estigmatiza a las mujeres. [...] Nadie te cuenta lo que es en realidad la maternidad, tomas una decisión engañada.

Inmediatamente, las redes sociales se llenaron de comentarios criticando estas declaraciones, en muchos casos de madres que aseguraban que no iban a leer el libro, pero que estaban convencidas de que lo que le pasaba a la periodista era que tenía mala actitud, que era egoísta y que, de repente, había tenido un «ataque de realidad» y se le caía el mundo encima. Como si esta mujer, que con cuarenta años de edad decide ser madre y tiene mellizos, alguien con muchos años de trabajo a las espaldas, fuera imbécil o no quisiera a sus hijos. Ella es la primera que reconoce que tomó la decisión pensando en un ideal. Pero es un ideal que te pintan: tener hijos es «lo más». Y como se ha puesto de moda que está fenomenal tenerlos a cualquier edad, por qué no a los cuarenta años de edad, en vez de tenerlos a los treinta o a los veinticinco. ¡Qué locura!, ¿no?, tener hijos cuando la mujer es joven y fuerte, en vez de tenerlos cuando su carrera profesional es madura, tiene cierto confort y cierta forma de vida. Como si tener un hijo fuera como tener un Ferrari o ponerse extensiones. Pero me parece más que digno que Samanta Villar exprese su sorpresa y malestar al descubrir que tener hijos implica una renuncia. Porque nuestro problema demográfico tiene que ver mucho con eso. Muchos jóvenes prefieren esperar mucho, o no tener hijos. Y es una decisión demasiado personal como para que nadie juzgue o como para que el Gobierno decida fomentar tener hijos remunerando a las madres. Y, por otro lado, el último escalón en la pirámide de la mujer es diferente según cada mujer. Para unas será ser madre; para otras, encontrar el amor de su vida; para otras, estar en paz consigo mismas, o el éxito profesional, o ser la más bella del reino. Pero es una pirámide individual, y responde a los valores y las experiencias de cada cual. Desde luego que no se debe imponer, ni directamente ni manipulando.

Es verdad que, si las mujeres no tuviéramos un apego natural a los hijos y si hombres y mujeres no sintiéramos atracción sexual, la humanidad se habría extinguido hace años. Pero el ser instintivo y natural, si bien explica que ese apego no necesita ser fomentado por la Administración con el dinero de todos, no lleva a la conclusión de que la mujer que no quiere tener hijos sea una persona antinatura o sea menos mujer. Por la misma razón, las madres y los padres que adoptan crían a sus hijos con todo el amor del mundo, aunque no haya consanguinidad. De hecho, no es la atracción sexual, sino el afecto y la capacidad de amar lo que explica que el ser humano sea capaz de vivir en familia, crear clanes, pueblos, ciudades, civilizaciones... Es una diferencia de grado lo que separa un tipo de organización de otro. Y el trabajo, tal y como lo conocemos hoy en día, si bien tiene muchas ventajas, también es mejorable. La incorporación de la mujer al mercado laboral no es la causa de la decadencia de nuestra sociedad, como he leído varias veces a gente inteligente, pero con prejuicios. Lo que sí es verdad es que ha puesto de manifiesto que el sistema social está en permanente evolución y que es dinámico e imprevisible —como el ser humano, como la economía, como la vida—, y no va a dejar de salir el sol por las mañanas por que se produzca un cambio. Entiendo que, para los más apegados al *statu quo*, esto puede asustar. Y también entiendo que demonizar e insultar a esas

personas más conservadoras no ayuda a que el cambio se produzca en paz, sino al revés. Cuanto más inclusivos hagamos los caminos del cambio, más pacífica será la convivencia. Por eso me parece tan dañino el feminismo excluyente, incluso si en algunas de sus reclamaciones pueda tener razón.

Si el mercado laboral fuera más flexible y no supusiera un esfuerzo tan enorme compaginar la vida laboral con la familiar, tal vez los jóvenes se decidieran a tener bebés antes y no sería tan terrible todo. Habría una población mayor y, por ejemplo, las pensiones no estarían tan en peligro. Ya sé que así dicho suena frío, pero es un enorme problema. Y no se puede plantear la cuestión de la demografía sin resolver este tema.

En mi opinión, se trata de resolverlo en las cabezas de los implicados: empleadores y empleados. El Estado puede ser testigo y asegurar que los contratos se ajustan a la ley y se cumplen, pero nada más.

Cuando la mujer, en el seno de la familia, decide si trabaja o no, otro aspecto relevante es qué pasa si el matrimonio se rompe, bien sea por separación o por divorcio. Si el matrimonio va mal, la mujer que elige el trabajo de casa debe asumir que ha de ponerse a trabajar, a menos que establezca por contrato que el marido la mantendrá incluso si hay divorcio. Los problemas no caen del cielo, uno ve aproximarse la tormenta. Para mí, lo lógico es trabajar y ser autónoma, pero una mujer que elija otra cosa es perfectamente respetable, y no hay que juzgarla, sean cuales fueren las razones que la lleven a ello. Una pareja puede establecer por contrato que él la mantendrá a ella incluso si se rompe el vínculo y se separan. Otra cosa es con qué nombre denominamos esa práctica, si un contrato lo ennoblece, o si la hipocresía nos nubla la vista.

En la mayoría de las sociedades socialdemócratas con tendencia a la izquierda se ve muy mal que las familias más conservadoras mantengan el reparto de roles tradicional, incluso si es elegido por la mujer. Se argumenta que son mujeres educadas en la tradición y que no eligen libremente. Pero esto parece una tontería, porque podríamos ofrecer el mismo argumento respecto a las mujeres que eligen lo contrario: han sido educadas con un sesgo determinado, de manera que no eligen libremente. Así, acabamos juzgando por qué las parejas siguen juntas y por qué asumen un rol u otro, cuando ése es un tema que reside en el ámbito de la conciencia individual. Ahora bien, toda elección tiene su consecuencia e implica una pérdida, lo que se llama un coste de oportunidad. Si eliges el modelo tradicional y te va mal, ya sabes lo que hay. Si intentas trabajar, te vas a encontrar con que hay mucha competencia, muchas mujeres con larga experiencia, mientras que tú eres una recién llegada, aunque tengas una cierta edad.

El problema viene cuando tratamos de medir quién hace qué y tratamos de imponer un listón igualitarista. Porque, para imponer ese patrón, hay que entrar en el modo de vida de la gente. Y las preguntas realmente relevantes son: ¿es necesario ese listón igualitarista?, ¿es eso lo que quieren las mujeres?, ¿es algo que rechazan los

hombres? Porque una idea que subyace a las diferentes polémicas que suscita este tema es que los hombres prefieren que las mujeres se queden en casa, mientras que las mujeres quieren trabajar fuera. No veo que sea necesariamente así. Conozco casos en los que es él quien quiere que la mujer trabaje, y lo tiene que decir en voz baja, porque parece que quiere explotar a su mujer, cuando no se trata de eso. Conozco muchas mujeres que se dedican a los hijos y que, cuando éstos crecen, se quedan con una vida insatisfecha, porque no sienten que su trabajo de ama de casa sea reconocido adecuadamente. Es muy fácil atribuir este tipo de sentimientos al cambio hormonal de la menopausia; eso es mucho más aceptable socialmente que reconocer que has invertido tu vida en un trabajo que no te permite ser autónoma, que apenas es reconocido y que lo llevas en total soledad. No es un problema de hombres trabajadores contra mujeres amas de casa que quieren trabajar. Ya no. En nuestro siglo es un tema de decisiones conjuntas de la pareja, decisiones que tienen implicaciones a largo plazo. Por eso alabo la sinceridad de Samanta Villar. Y no se resuelve el problema dando una subvención por maternidad ni un sueldo a las amas de casa para que se sientan más útiles. Es una cuestión de valores, de los personales y de los que la sociedad respeta más o no respeta. Ahora, la conciliación, la igualdad o las listas paritarias están en alza, y la familia tradicional está peor vista, aunque resiste y no desaparece, quizá también debido al poder de la Iglesia católica en la educación de nuestro país.

Una de las cosas que más me ha sorprendido de la web informativa en la que se ofrece una guía de conciliación de la vida familiar y laboral para empresarios es que, además de exponer por qué es beneficiosa para el empresario, para el trabajador y para los familiares del trabajador, también explica por qué es beneficiosa para la sociedad.

Si es tan buena para la sociedad, ¿por qué se tiene que imponer?

Yo soy partidaria de que la que quiera, pueda, al igual que soy partidaria de que haya leyes que aseguren el cumplimiento de los contratos y la igualdad en la licitación de obras públicas o de cargos públicos. Por ejemplo, la ley de las listas cremallera es opuesta a esa igualdad. No se pueden legislar las preferencias humanas individuales, sean éstas correctas, incorrectas, feas, bonitas, buenas, malas, diferentes o indiferentes.

El paso al frente no es seguir a una tuitstar

La fuerza de la opinión pública, como la de los mercados, no se entiende mejor como una voluntad concentrada que representa al público, sino como la influencia distribuida de los discursos políticos en toda la sociedad^[75].

DON LAVOIE.

Las tuitstars (estrellas del tuit) están para eso, para iluminar el firmamento del patio de vecinos que es Twitter, pero no sirven para más. Los problemas reales no se solucionan en las redes sociales, se solucionan en las mentes de las personas. Y, luego, las ideas deben bajar de las nubes hasta la tierra firme y llevar a la acción. Que se queden en la cazuela mental dando vueltas solamente vale para inflar los egos. Y los egos no solucionan los problemas, sino que los ocultan y disfrazan a los ojos de la gente de manera que la discusión se queda enganchada a la vanidad intelectual, con lo cual los problemas permanecen. Pero no queda ahí la cosa. Las acciones que se emprendan tienen que caer en tierra fértil. Hay muchos intentos fallidos en la historia de la humanidad. Intentos de acabar con injusticias, de mejorar la vida de unos o de otros y de terminar con las guerras. Muchas veces son acciones que vienen de la mano de las mejores intenciones, aunque no siempre basadas en los mejores fundamentos; pero, sea como fuere, si no es el momento propicio, el esfuerzo no da fruto.

En el tema de la mujer, la cosa no es tan fácil como sacar el recetario libertario y suponer que, si el mercado «decide» que debemos estar por encima o por debajo de los hombres o de quien sea, pues ya está, que el mercado lo solucione todo. Esa lógica es tan mecanicista como quien piensa que la economía es como un reloj, tanto si se cree que es un reloj que funciona siempre, sin necesidad de darle cuerda, como si se considera la necesidad de disponer de un relojero, para que ajuste el mecanismo cuando éste no marcha adecuadamente, y da las campanadas a destiempo. Y no hay nada más alejado de la naturaleza del ser humano que el funcionamiento automático. ¡Que lo confirmen los médicos! No hay dos cuerpos que se curen igual, las dosis de las medicinas varían de uno a otro, los embarazos y los partos son únicos para cada

mujer, la manera de afrontar la debilidad física, el reposo o la fiebre, todo ello son variables que dependen de cada cual. Exactamente igual pasa con la manera de hacerse cargo de los problemas. Es imprescindible entender que hay que distinguir las diferentes causas, diseccionarlas, ver de qué depende cada hilo de la telaraña, detectar el origen de donde procede el daño..., y, solamente entonces, aventurarse a proponer soluciones, a sabiendas de que tal vez no sea el momento, de que a lo mejor ciertas soluciones funcionan en una sociedad y no en otras, y tratar de hacerlo sin agravar el problema. Porque, a veces, la ayuda bien intencionada solamente empeora las cosas. A las mujeres nos ha pasado eso. Todo eso.

Quienes han pretendido ayudarnos (ellos y ellas) han metido la pata en todos los supuestos mencionados. De manera, que hoy día, tenemos un abanico de opciones donde elegir. Por un lado, están quienes se han endiosado y aparecen como héroes o como salvadores, como sabedores de la verdad absoluta, conocedores de nuestras necesidades «reales», muchas veces diferentes de las que sentimos individualmente. Otras veces, la ayuda se queda en el debate intelectual y llega a conclusiones peregrinas, no solamente en el ámbito de los «solucionadores» colectivistas, ya que, en ocasiones, desde el lado libertario también nos quedamos en el análisis de la esencia individual y de la pureza de sangre, tan aburrido como estéril.

Otros caen en la tentación simplificadora que lleva a considerar que es un problema en blanco y negro, de manera que o estás conmigo o contra mí, o eres cómplice de miles de muertes o eres partidaria de imponer la solución decidida por terceras personas que, a menudo, tienen intenciones políticas más o menos veladas. O bien se piensa, ingenuamente, que basta con prohibir el machismo para que desaparezca, cuando ni siquiera es fácil definirlo. Y la mayoría de las veces, alzan la voz personas que hacen todo eso a la vez.

Así, acabamos en el punto en el que estamos, en el que se justifica que otros sean desiguales ante la ley con tal de que parezca que estamos solucionando algo. Todo este monumental lío, esta confusión, no es gratis; hay un beneficio, que normalmente es político. Por supuesto, detrás de quienes se benefician políticamente explotando el tema feminista hay muchas personas más. Para empezar, hay instituciones costeadas por los sufridos contribuyentes que se dedican al estudio de la cuestión de la mujer; unos estudios que pretenden medir desigualdades y que, muchas veces, falsean datos o interpretan de manera «curiosa» esos datos. Si se quiere tener credibilidad, no se puede hacer eso; ni los institutos de la mujer ni tampoco quienes pretenden rebatir sus argumentos. Al final, no es una cuestión de un número arriba o una cifra menor, sino de principios. Lo he dicho en más de una ocasión: me parece mal que, en igualdad de condiciones, esfuerzo, etc., dos personas cobren diferente salario por el mismo trabajo por la razón que sea. Y da lo mismo si la diferencia son mil euros o un céntimo. Pero rechazo que quienes tienen la responsabilidad de medir el *gap* salarial justifiquen políticas y subvenciones y que aprovechen el fraude estadístico para ganar votos de mujeres —no todas feministas, pero que han comprado esa idea de

necesidad imperiosa de protección de la mujer— y votos de hombres igualmente bien intencionados que piensan en sus madres o en sus hijas. Realmente es un mensaje que está muy bien montado: es popular, es fácil de entender y mueve mucho dinero, votos y poder.

Además de esas instituciones, que van de la mano de investigaciones universitarias que dan lustre al tema, hay personas que viven, literalmente, de la agitación, del *mobbing*, de las relaciones públicas ultrafeministas, como los portavoces del radicalismo. Porque más allá de la igualdad ante la ley está la visibilidad. Y ahí están las campañas en libros de texto (hasta de matemáticas), campañas de mentalización en colegios e institutos, en municipios, en programas de televisión y en toda la parafernalia comunicativa, con medios estatales de por medio, para que sepamos que hay un problema. Al horror de la manipulación de la infancia, común a la enseñanza estatal, se suma que no se propone una visibilización neutral, sino que más bien se manipula el mensaje en la transmisión y se victimiza, se culpa, se desenfoca... ¿A gusto de quién? De los beneficiarios de todo esto: personas ávidas de poder o, simplemente, de pequeñas heroínas locales que le hacen el juego a determinados medios de comunicación que sí tienen intereses políticos. Es decir, son tontas útiles con muy buenas intenciones. Ésos son los beneficiarios de la radicalización del feminismo, no las mujeres.

La tuitstar de izquierdas y el neomachismo neoliberal

El retorcimiento de estas «reinas por un día», jaleadas y aplaudidas por compañeros de partido o de medio, encumbradas por admiradores de Twitter, llega al paroxismo. Y, sí, efectivamente hablo de Barbijaputa, una mujer anónima que trabajó de azafata, que actualmente es autora de un blog, autora de dos libros, que trabaja en medios de comunicación (un diario y una radio digitales) y que tiene más de 235 000 seguidores en Twitter. No son los más de tres millones de Santiago Segura ni los diez millones del dalái lama, pero, para una desconocida a quien no se le conoce el rostro, está mucho más que bien. ¿Y de qué se nutre? Del feminismo, principalmente. ¿Qué haría nuestra tuitstar sin el feminismo? Su escalada de exageraciones es tal que sus superfanes tienen que aclarar lo que quiere decir, no siempre con éxito. Como cuando sugirió que todo hombre es un violador potencial:

Al igual que todas las mujeres somos víctimas potenciales, los hombres son verdugos potenciales. ¿Quiere decir eso que todas las mujeres vamos a ser violadas o maltratadas? No. Al igual que no todos los hombres serán violadores o maltratadores. La ventaja es que los hombres al menos saben si ellos son o no verdugos: las mujeres no podemos saberlo nunca, el riesgo siempre está ahí.

Esta vez, la aclaración de una superfán consistió en recordar que hay numerosas ocasiones en las que las mujeres sentimos miedo a que un hombre nos haga o diga algo, como cuando vamos solas por la noche y vemos sombras masculinas. El miedo a que sea un agresor está en nuestra cabeza, pero no es un potencial agresor (sigue explicando su fan). Lo del *mansplaining*^[76] se queda muy corto comparado con la condescendencia con la que las feministas radicales iluminadas tratan a quienes no creen que los hombres peguen o maltraten a las mujeres por ser mujeres, sino que lo hacen por celos, porque están borrachos o por cualquier razón, pero no por el mero hecho de que ella sea una mujer.

Y van mucho más allá cuando afirman que ser mujer no debería ser un agravante en un delito de agresión. Una cosa es considerar la inferioridad física o el abuso de poder, que incluiría a niños, ancianos e incluso a hombres débiles (o más débiles que la mujer), y otra considerar que el mero hecho de agredir a una mujer es un agravante en un delito de agresión. Las mujeres no somos iguales ante la ley, somos superiores.

En otra entrada en su blog, la tuitera feminista de izquierda radical de referencia suelta otra de sus perlas y te da algunas pautas «para que reconozcas al neomachista, ya que, a simple vista, pueden parecer personas normales». Y, a partir de ahí, desgrana seis puntos en los que deja claro que neomachista es cualquier hombre machista de toda la vida: ellos dicen que las feministas odian a los hombres, son hipócritas porque dicen que defienden la igualdad, pero luego no es así, y cosas así. Pero, además, ridiculizan las críticas al «hembrismo» (diferenciado del feminismo) haciendo exactamente lo que hacen los machistas para refutar el feminismo.

Por ejemplo:

El neomachista siempre te dirá que él cree que todos somos personas y que por eso no se puede diferenciar entre sexos. Se molestará si le parece que luchas (o incluso hablas de feminismo) *demasiado*, porque una cosa es creer en la igualdad y otra ser pesadita con el tema. Una cosa es «ayudarte» en casa, y otra, repartir las tareas del hogar al 50 por ciento. Una cosa es combatir el machismo, y otra, dejar que las mujeres escriban artículos feministas sin quitarle la razón en varios puntos: igualdad, sí, pero sin crecernos demasiado, no nos vayamos a flipar.

¿No puede ser que se moleste porque no das argumentos y sólo replicas? Se puede ser pesada y defender lo que sea: la vida, la libertad, el comunismo, la anarquía, el feminismo o el machismo. Llamarte pesada no hace a nadie machista. Y, entonces, en un alarde de lógica, Barbijaputa asocia que el candidato a neomachista le hace ver que es cansina con el tema del reparto en las tareas del hogar. Y sigue protestando porque los supuestos neomachistas le quitan la razón en las redes. ¿Es menos machista el que te da la razón siempre? Si no estás de acuerdo con lo que te dice, rebáteselo. Y, si llegáis a un punto sin retorno, eso no hace a ninguno de los dos peor, simplemente se exponen a la luz las diferencias irreconciliables. ¿No se puede discrepar, simplemente? Pero no es que sea machista porque tú no eres capaz de convencerle, lo es por sus principios.

Los del otro lado hacen exactamente igual, te riñen porque siempre tienes una réplica, se mofan de tus planteamientos y emplean las mismas falacias. Es muy aburrido estar en medio de dos clones de signo opuesto.

Las medias verdades que le atribuyen al neomachista son del tipo:

—«Pero cuando no pagas en la discotecas no te quejas, ¿eh?».

—«En Arabia Saudí sí que están mal; ve allí primero, que están peor, si tanto te importa la igualdad».

—«Con la ley de violencia de género se meten en el calabozo a hombres inocentes sólo porque la mujer quiere, ¿ésa es la igualdad que defiendes?».

Y lo cierto es que esas preguntas las hacen muchas mujeres. Imagino que se trata de esas pobres neomachistas, confundidas, abducidas por el heteropatriarcado (¡qué chivo expiatorio tan amortizado!), a las que ella y su secta de iluminadas han venido a salvar. Es verdad que no nos quejamos cuando no pagamos en discotecas, pero eso no es comparable con las consecuencias del machismo. Es una cuestión de escala, no se puede argumentar poniendo sobre la mesa algo tan banal como el tema de las

discotecas. Obviamente, de lo que se trata es de que todos paguen la mitad de la entrada aunque nominalmente son las chicas las que no pagan. Y, de todas formas, considerar que la mujer es un reclamo en las discotecas es una consecuencia de que la mayoría de las mujeres se vistan y maquillen para llamar la atención en dichos lugares de ocio. Creo que muy pocas mujeres van a una discoteca como irían a cenar. Sin embargo, el machismo no viene definido por esa gente (ellos y ellas) que tiene tan poca capacidad de argumentar, de la misma forma que el feminismo (ni siquiera el radical) viene definido por veinte mil temas superficiales tales como no depilarse.

Es verdad que hay mucha hipocresía respecto a la libertad de la mujer en países musulmanes, como ya hemos visto. Es verdad que se meten en la cárcel a hombres inocentes, y es perfectamente justo reclamar justicia para todos en plena igualdad ante la ley. Pero esa petición, sorprendentemente, se ha convertido en una consigna revolucionaria. Y si se le afea a los hombres denunciar que no son iguales ante la ley, es fácil imaginar qué pasa cuando las mujeres reclamamos que a nuestros hijos, hermanos, parejas, etc., se les aplique la ley exactamente igual que a nosotras. La igualdad ante la ley (no mediante la ley) vuelve a ser una punta de lanza en la defensa de la libertad.

Pero el mejor ejemplo es el siguiente:

Todo neomachista que se precie te dirá que él cree en el feminismo, pero en el de verdad, no en ese que quiere la supremacía de la mujer. Y de verdad piensa que ese feminismo existe. Cree firmemente que hay un movimiento de mujeres «odia-hombres» que planean conquistar el mundo y poner a otras mujeres en cargos que no merecen; que hay un activismo en la sombra que pretende que se legisle para perjudicar en todo lo posible al hombre, un movimiento lleno de mujeres locas que pretenden instaurar un sistema que los oprima, que les haga cobrar menos, un sistema que haga que la medicina investigue menos sus dolencias, que consiga que pasen miedo por la calle cuando se crucen con otras mujeres, un sistema que los cosifique y los infravalore y que, en última instancia, los mate por considerarlos menos humanos.

Por supuesto, al criticar que el supuesto neomachista cree en el «feminismo de verdad», de manera irónica está suponiendo que no es así, porque dicho hombre es el enemigo a batir; pero, si no es él el defensor del verdadero feminismo, ¿quién sí lo es? Obviamente, no lo dice de manera explícita (sería ya obsceno), pero implícitamente sí lo expresa, y es ella, que, al ser mujer, pero de las de verdad, es capaz de reconocer la esencia del feminismo. Yo reivindico que el feminismo originario no es éste, y que se han revertido los valores que se defendían. Y, además, no se han solucionado los problemas, según ellas mismas proclaman, porque, cuando el candidato a supermacho les dice que la mujer no está oprimida (o no tanto como las radicales excluyentes dicen), ellas también se cabrean. Pero hay algo más que se desprende del análisis del anterior párrafo. Ridiculizan que el neomachista crea que el «feminismo de mentira» busca la supremacía de la mujer. Es decir, la designación a cargos públicos siguiendo listas cremallera, la desigualdad ante la ley, las cuotas, las subvenciones, la identificación de los términos «agresor potencial» y «hombre», la asunción de partida de la culpabilidad del hombre por razón de su sexo..., todo eso es

el resultado de una visión supremacista de género y de carácter hembrista. Pero esta tuitstar que se hace llamar Barbijaputa nunca lo va a reconocer, y entonces pinta una caricatura que desemboca en matar hombres por considerarlos menos humanos. Bien, pues ahí está ese «machete al machito»; que seguro que es sólo de boquilla (o quiero creerlo). Sin embargo, ¿qué pasa cuando alguien defiende el toreo delante de estas mujeres? Lo masacran. Lo más triste es que la ideología de izquierda radical que defienden (Barbijaputa se ha declarado varias veces seguidora de Izquierda Unida), implica, en otros ámbitos políticos, una sensibilidad con hombres con la conciencia y las manos manchadas de sangre muy diferente. Y por si no queda claro, me refiero a la simpatía por los terroristas.

Sí, hay mujeres «odia-hombres». Y, sí, muchas de ellas han tenido problemas serios que no han tratado adecuadamente y que proyectan en las redes sociales; son mujeres que se refugian en este tipo de ideologías, con su mejor intención, porque están llenas de dolor. No seré yo quien reproche nada. Pero es así.

En la cúspide de la exaltación, la misma tuitstar se dedicó a compartir con todas cómo era una semana normal en su vida a fin de revelar los signos de micromachismo que observa, ejercicio que recomienda hacer a todas las personas feministas para concienciarnos (me incluyo porque soy persona y feminista). Pero me interesa ver cómo abre el *post*:

Como, desde hace poco, la mujer ha conseguido ganar derechos y ya podemos votar y no necesitamos la firma de nuestro marido para sacar dinero del banco, ahora vivimos en una ilusión en la que la mujer es totalmente libre: lo que no consigues tú, como persona, es porque no te has esforzado lo suficiente. Y toda queja en sentido de igualdad en las mujeres es una exageración [sic].

Sus observaciones de la semana se centraron en *flyers* de prostitutas, anuncios subidos de tono, un tipo que le echa un piropo, otro que le disculpa el retraso por lo guapa que es..., disculpa plagada de frases donde interpreta al interlocutor, que «sonríe de una forma que él considera cautivadora». Y, luego, más micromachismos: anuncios de pastillas para ayudar a adelgazar y de cremas antiarrugas en una farmacia; un tipo le acosa en el ascensor; un alumno intenta ayudarla con el proyector muy insistentemente; el que trae el pedido de la compra le deja la caja de briks de leche en la encimera para que no tenga que agacharse; en el metro, los hombres se sientan con las piernas muy abiertas e invaden así tu asiento; e incluso los voluntarios de una ONG que la paran por la calle son más pesados que las voluntarias. No acaba ahí: las enfermeras mayores protegen a los pacientes y coquetean con ellos, mientras que a ella la hacen esperar. En fin, una serie de ñoñadas que aburren a las setas.

De todo ello, estoy de acuerdo con que es difícil acertar cuando tratas de decirle a un hombre que te las apañas solita: o te pasas o no llegas. La tuitstar cierra el *post* con el domingo, donde se encuentra la frase que descoloca, ésa que clava el aguijón del victimismo:

No salgo de casa; tengo resaca. Así que llevo gran parte del día escribiendo en el ordenador y

procrastinando en Twitter. Curiosamente, los días que no salgo son los que más machismo sufro. A veces, tan violento y desproporcionado que asusta. Pero lo de las redes sociales y el machismo da para una trilogía completa de artículos que quizás algún día me anime a escribir. Sólo quizás, porque hablar de machismo en redes sociales provoca oleadas de más machismo en redes sociales. Y a veces una se aburre de aguantar siempre las mismas falacias negacionistas.

Y el caso es que hay negacionistas, hombres y mujeres. Y casi son peores ellas que ellos. Las conozco. Son como la que te cuenta en Facebook que ha ido por la calle con un escote con los hombros al aire y sin sujetador, que un obrero le ha dicho un piropo megaeducado y que ella ha respondido que muchas gracias; y, a continuación, te suelta que dónde está eso del maltrato y que los piropos son sexistas. Pues qué suerte, porque yo recuerdo haber defendido a mi hermana de un obrero que le soltó una barbaridad por la calle, y recuerdo que lloré de rabia por la burrada que me dijo un indeseable por la calle estando embarazada de ocho meses. No me paré porque me dio miedo por mi estado, si no, sí le habría respondido. Como cuando algún estúpido me ha hecho algún gesto de coche a coche, y le he sacado el dedo corazón. Hay mujeres que niegan lo que reclama el feminismo y ni se plantean darte la oportunidad de explicar que el problema existe y que la solución es equivocada.

Para acabar con nuestra tuitstar, hay que destacar que su doble moral se muestra cuando ves que toda la hipersensibilidad se le pasa cuando no se habla de «los suyos», sino que se trata de «los otros». Por ejemplo, tuits como éste: «Hitler era un cabrón por cargarse a los judíos, y cutre por no acabar el trabajo. Ahora, mira lo que pasa». Y cuando se le afea la conducta, reclama: «Yo creo que deberíamos aprender a diferenciar el humor sobre cosas inevitables de las sí evitables» [*sic*]. Y cuando siguen las críticas, ya se destapa y enlaza el siguiente tuit al anterior: «No me parece lo mismo ni mucho menos hacer chistes sobre judíos que sobre feminicidios, por ejemplo». Bien, ella no está en contra de reírse de la desgracia ajena.

Esta mujer anónima se define en este tuit que se hizo muy famoso: «Eres hombre, blanco y heterosexual: eres opresor y privilegiado. FIN».

La radicalización del feminismo no es un fenómeno sólo español, ni único del feminismo. La derecha también se ha radicalizado, y se ha difundido por internet.

La cuestión es que se han igualado unos y otros. Barbijaputa se encuentra al mismo nivel que los conservadores cristianos que se refieren despectivamente a los homosexuales como sodomitas. Ella, de izquierda radical —como ya he dicho, ha expresado varias veces su simpatía hacia Izquierda Unida (IU)—, señala al hombre blanco y heterosexual; y no sé si Gaspar Llamazares —miembro fundador de IU, coordinador general de dicho partido entre 2000 y 2008 y portavoz de Izquierda Abierta (partido integrado en IU) desde 2012— es también un opresor privilegiado, por el mero hecho de ser blanco y heterosexual.

Los gurús de derechas y el feminismo pederasta

Los conservadores, tanto ellos como ellas, en general, no son un grupo tan homogéneo como la izquierda radical. Muchos de ellos, simplemente, se defienden de los ataques de las radicales de izquierda. Otros solamente se oponen a este feminismo porque es de izquierdas y descargan toda su batería contra los rojos, «zurdos» o como se les quiera llamar. Y así enganchan la batalla contra el marxismo cultural, en general, con alguna de sus obsesiones, como la homosexualidad, los judíos o el islam, de manera que sueltan cosas como éstas:

- Es horrendo, al menos el marxismo cultural nos ha ayudado a no anexarnos a esos deformes mentales de la «libertad».
- Acabo de completar mis siete días de disciplina de parte del sionbook^[77] por haber hecho mención en forma indirecta de los sodomitas.
- Quizá haya que poner al final de cada *post* «Alá es grande». Con eso podrás decir cualquier cosa contra los homosexuales, el feminismo, los «zurdos» o lo que se te ocurra, sin miedo de ser tachado de políticamente incorrecto.

A menudo se victimizan y proclaman que han sido *hackeados* o insultados —como si ellos no fueran agresivos en sus acusaciones o no insultaran—, por ejemplo, como afirma esta fiel seguidora de Nicolás Márquez:

Yo me he manifestado abiertamente antisemita por muchos motivos y, además, por investigaciones y estudios que realicé. Y fui bloqueada e insultada.

Y he llegado a leer cosas como ésta:

Está claro que lo que al Estado le debe de interesar es legislar sobre el ordenamiento de la productividad biológica de la unión del hombre y la mujer, porque los niños son la base de la renovación intergeneracional de las sociedades, y el matrimonio es el mejor ámbito para que nazcan y sean cuidados. Todo lo demás es chamuyo infame de ideólogos inhumanos.

En estas muestras se ve claramente algo que también une a las feministas de izquierda radical, como Barbijaputa, y a los nuevos conservadores quintacolumnistas. Se trata de la idea de que todos los que no piensan como ellos: a) son impuros; y b) están contra ellos. Ambas características impregnan la siguiente frase de Nicolás Márquez, en cuyo muro se encuentran las perlas expuestas más arriba y que es autor de un controvertido libro^[78] en el que se mezcla un poco de todo para seguir reclamando el liberalismo, el conservadurismo, la derecha dura y el frente antimarxista:

La lucha en el mundo se divide entre reacción conservadora o marxismo cultural: el resto de las posturas constituyen divague [sic] «oenegéista» o «chiquitaje» de red social.

Ahí está: si usted no opina como yo, o es marxista, o no es en absoluto digno de mi atención. Bravo por la ignorancia. Es una lástima, porque deja en mal lugar a sus correligionarios, empezando por su propio coautor, Agustín Laje.

Aunque imagino que los dos defienden todo lo que está publicado en el libro, hay cierta diferencia en el tono de ambos, en la educación. Agustín ha acudido a programas de radio y televisión y no ha perdido las formas, sino más bien al revés, y también ha sido bastante sensato en sus afirmaciones.

Si no fuera patético, sería divertido escuchar a las entrevistadoras de Agustín Laje en una radio argentina en la que las locutoras tratan de convencerle de que, si bien el feminismo es de izquierdas, los hombres de izquierdas también son machistas. No se salva ni uno. Y, además, le explican que el símbolo Che Guevara trasciende al hombre Che Guevara (que metía a homosexuales en campos de concentración), de manera que no cabe ni una sola crítica a ningún símbolo de la izquierda radical. (He de decir, para ser honestos, que la misma mitificación se puede encontrar en quienes defienden posturas radicales de signo contrario).

Lo que más me llamó la atención fue cuando, plenamente convencidas, le descubrieron el fenómeno de la «resignificación», hacia el interior, de las minorías, que es como se construye la lógica política populista, es decir, la búsqueda de un nuevo significado que permita resituar a cada minoría dentro del universo populista, y así solamente haya que gobernar para la masa populista. Pero, cuando Laje trató de reubicar esa lógica aplicándola al caso de los judíos como minoría «reubicada» por Hitler, ellas se negaron a tratar ese tema. «No, eso no pasa», le decían. Ni tampoco aceptaban que hubiera gais de derechas, aunque luego dudaban, no se atrevían a decir que sí, acababan por reconocer que, en principio, no había, pero que puede que tal vez...

Esa apropiación por la izquierda es la que me llevó a escribir este libro. La putrefacción del feminismo se debe precisamente a esa asociación que ha transformado una causa noble en un grupo de presión al servicio de los intereses de quienes pretenden escalar en la escala de poder.

Las locutoras le recriminan, en un momento dado, que habla para gente ilustrada

y que «las mujeres no van a leer todo eso», que ya bastante tienen las mujeres argentinas como para leer, que matan una mujer argentina al día, que hay que hacer algo, pero leer no. Es de agradecer que les informara a estas dos, que le cortaron después de llamarle absurdo, de que el origen del feminismo es libertario. Ellas, simplemente, afirmaron que la ideología de género es aceptada por todo el mundo porque es «humanitaria».

Para acabar con Laje y Márquez, he de decir que la relación que establece Agustín Laje entre feminismo y pedofilia me parece muy forzada y le desacredita por completo. El origen de ese extraño vínculo está en los escritos y la experiencia personal de Simone de Beauvoir y su famoso libro *El segundo sexo*.

En un artículo publicado en la revista digital que dirige Márquez, en 2016, Agustín Laje se centró en exclusiva en vincular el feminismo y la pedofilia; en él, tras elaborar profusamente lo errado y radical del pensamiento de Simone de Beauvoir (y de alguna siega seguidora más) al respecto, Laje da un salto mortal con tirabuzón al afirmar:

La deconstrucción del sexo que trajo el feminismo con su tercera ola es compatible con una deconstrucción de la categoría «edad». Si el sexo es un dato cultural y no natural, ¿por qué habríamos de suponer que la edad es un dato natural y no cultural? Estas suposiciones no son exclusivas de la década de 1970, sino que nos acompañan hasta hoy, de la mano de muchas ideólogas del feminismo *queer*, como el caso de la mencionada [Judith] Butler, quien aplaude y promueve una «multiplicidad de deseos» que incluyen la pedofilia y el incesto^[5], y como el caso de Sandra Torres [sic]^[79], quien, en su libro *Pornoterrorismo*, anota: «Nunca me he acostado con un menor (salvo cuando yo también lo era), y no sé desde mi experiencia cómo se debe sentir, quizás no suceda nada malo si la mente del adulto está lo suficientemente sana o si la del menor es lo suficientemente despierta como para canalizar las sensaciones».^[6]

Quien al menos una pisca [sic] conozca sobre la intelectualidad feminista podrá advertir que las autoras y los textos mencionados no son marginales, sino, más bien, todo lo contrario: se trata de nombres de la mayor relevancia para el pensamiento feminista contemporáneo. Y también podrá saber que estas mismas autoras suelen ubicarse mucho más allá de las sanas reivindicaciones que alguna vez tuvo el feminismo, cuando, en lugar de reclamar derechos a la pedofilia, peticionaba derechos civiles y políticos.

El correlato en la práctica está a la vista: relevantes organizaciones feministas apoyan políticamente la legalización de la pedofilia, como es el caso de la Asociación Feminista Holandesa, la cual ha firmado peticiones públicas en este sentido. Gran cantidad de organizaciones feministas tienen estrechos vínculos con la NAMBLA (North American Man/Boy Love Association) y con el IPCE (International Pedophile and Child Emancipation). A nivel de referentes en el activismo feminista, sobresalen los casos de Pat Califia, Camille Paglia, Katharina Rutschky, Luisa Velázquez Herrera y Gisela Bleibtreu-Ehrenberg, todas ellas importantes cuadros feministas que articulan sus demandas con la pedofilia^[80].

Una búsqueda rápida nos lleva al libro mencionado en la nota al pie número 5 del artículo de Laje, *El género en disputa*^[81], de Judith Butler, un libro en el que, según se expresa en su introducción, no es sino un ejercicio de traducción cultural, refiriéndose en concreto al posestructuralismo feminista. Se trata de un libro académico visto bajo la lupa del psicoanálisis (de Freud y, especialmente, de Lacan), como ella misma reconoce, y surgido como resultado de su personal reflexión acerca de su propio activismo. Y es un libro en donde no aparece ni una vez la palabra niño o niña ni adolescente ni pedofilia. Sí se habla del tabú del incesto, ya que es uno de

los temas no sólo del psicoanálisis freudiano, sino del pensamiento feminista posestructuralista. Esta inquietud por las relaciones incestuosas y si provocan o no rechazo social surgen al analizar la relación entre sexo y género, y al tratar de delimitar cuándo es que se perfila el sexo/género de los heterosexuales y de los homosexuales. Es infame afirmar que Butler defiende la pedofilia, incluso si uno está en contra del estructuralismo o de su manera de entender la vida; el suyo es un trabajo erudito y fundamentado en autores relevantes, y usarlo para inflamar el discurso y tratar de conectar el feminismo de izquierdas con la pedofilia resulta bochornoso.

El otro libro que menciona es *Pornoterrorismo*^[82], publicado en 2011, el primer trabajo de un personaje desconocido, Diana J. Torres, en cuya biografía escribe:

[...] cuando entró en contacto con el llamado mundo real, se le hizo un terrible lugar donde habitar. Frustrada y decepcionada, devino feminista y luchadora y empezó a mostrar su descontento mediante los recitales de poesía en antros, antes de embarcarse en la *performance* radical, el trabajo literario, la acción directa y la organización de eventos. Como parte de su activismo feminista, Diana ha dado más de cien talleres de eyaculación femenina que la han llevado por diversos lugares de Europa y México.

Su libro es autobiográfico, y en él cuenta sus experiencias y cómo se ha decidido a romper tabúes sexuales, políticos y sociales.

¿Realmente es representativo del feminismo lo que esta mujer diga o haga? ¿En serio vamos a darle ese puesto en la historia del feminismo? ¿Es éste el otro eslabón?

El siguiente párrafo del artículo de Laje, en el que da por hecho que estos «dos» nombres (el de Butler y el de Torres) son relevantes y que uno, a poco que conozca algo del tema, se percata de que estas ideas no son marginales resulta infame, porque es ahí donde el lector que no sabe de filosofía o de psicoanálisis o de personajes marginales y esperpénticos como Diana J. Torres, cae en la trampa y se ve envuelto en una enorme mentira.

Pero el remate es el último párrafo, en el que menciona una serie de nombres, incluido el de Camille Paglia, que, por lo que he visto, ha sacado de Wikipedia^[83], copiando casi renglón por renglón. No es exactamente lo más fiable.

Cuando le afeé su conducta en público, Laje, siempre con su habitual educación y amabilidad, se sintió sorprendido porque no le hice esas consideraciones en privado, y me dijo que ese artículo era del año pasado y que, después de investigar, se dio cuenta de que el nombre de Camille Paglia no debería estar en medio de los otros nombres de feministas radicales. Pero insistió en que Camille Paglia había hecho declaraciones acerca de la pedofilia referidas a la Antigua Grecia. Imagino que se refiere a textos de su libro *Sexual personae: art and decadence from Nefertiti to Emily Dickinson* como éste:

El muchacho hermoso es la mayor contribución de la homosexualidad a la cultura occidental. No cristiano y anticristiano, es una formalización icónica de la relación entre el ojo y la realidad. Repetido en mil formas en la pintura y la escultura italianas, es el último símbolo del arte renacentista. Es san Sebastián, el Adonis cristiano traspasado por flechas, o el eféboico san Miguel, a quien el Renacimiento le quitó su

Este texto está referido al análisis de la escultura *David*, de Donatello, que, a diferencia del *David* de Miguel Ángel, tiene un aspecto muy aniñado y ofrece una actitud resuelta y desafiante. Paglia señala que es un David con largos cabellos femeninos, con tirabuzones y cintas, un sombrero adornado y borceguíes de cuero. Y apunta que el semidesnudo es más erótico que el desnudo integral. Cuando habla del muchacho afeminado, como no cristiano e incluso anticristiano se refiere a este David.

Y cuando habla de la pederastia en la Antigua Grecia lo hace desde su trabajo de observadora y analista de la influencia de la sexualidad en el arte (pintura, literatura, fotografía, cine, etc.) desde Nefertiti hasta Emily Dickinson (siglo XIX), como reza el subtítulo de la obra. Que, en ese contexto, Paglia explique que las relaciones pederastas en la Antigua Grecia, tal y como se muestran en el arte, otorgan al adolescente un magnetismo erótico enorme y una perversión mayor que la de algunos adultos no creo que implique defender la pederastia. Exactamente igual que quien analiza la expresión de la violencia en el arte no la ensalza.

Con todo y con eso, puestos a poner encima de la mesa la pederastia, podríamos hablar de algunos sacerdotes, en el pasado y hoy en día, y estaría mucho más sustentada la relación. Siendo Nicolás Márquez y Agustín Laje católicos, me parece muy imprudente que se empeñen en este tema.

La crítica sensata

Pero la relación del feminismo con la izquierda, como señalaba el mismo Agustín Laje, se remonta al mismo Murray Rothbard, quien escribió atacando esa llamada «tercera ola» del feminismo de la década de 1970 que es la que entronca con la izquierda.

Fue precisamente Rothbard quien sirvió de inspiración a Wendy McElroy, una de las feministas libertarias que más claramente ha explicado la diferencia entre la corriente principal del feminismo, que procede de la izquierda, y el feminismo libertario, que está en contra de buscar soluciones políticas y lucha por cuestiones concretas que implican una mayor libertad individual y que están relacionadas con la asimetría social de la mujer. Por ejemplo, el amor libre, no entendido como defensa del comportamiento libertino o licencioso, sino como propuesta de que el control de la natalidad, el matrimonio y otras cuestiones similares han de ser decididas por los adultos involucrados sin interferencia de los gobiernos y, por tanto, sin necesidad de que sean legisladas.

El feminismo excluyente, de izquierda radical, se ha convertido en un dogma, en una religión en la que la clase «sacerdotal» te puede excomulgar; de manera, que con él no se puede discrepar. Y no sólo es que no se pueda discrepar con él respecto a temas tan sensibles como el acoso o la acción afirmativa, sino que, al asociar la actitud discrepante frente a su dogma con el neoliberalismo, esta nueva religión tiránica identifica a quienes defendemos tanto las ideas libertarias como el capitalismo con quienes defienden el machismo.

Para el feminismo PC^[85], el matrimonio oprime a la mujer y alimenta el patriarcado, y ambas instituciones proceden del capitalismo. ¡Anatema! Resulta que las mujeres felizmente casadas son ahora acusadas de ser unas traidoras y unas sumisas enfermizas que sufren el síndrome de Estocolmo. Y, para colmo, haciendo un uso interesado de la desgracia de las demás, señalan como comprobante de su verdad la violencia doméstica, un tema muy serio que no se debería emplear para ganar votos, sino para acabar con él, ya sea violencia hacia la mujer, el hombre, los niños o los abuelos. Y si las cifras no cuadran, éstas se retuercen.

Aunque la concepción feminista del matrimonio raya en lo absurdo —como lo es

el hecho de definir el trabajo doméstico como «plusvalía»—, entenderla nos puede ayudar a comprender hasta dónde llega el odio de esta nueva tiranía hacia lo heterosexual y hacia el hombre. Y, a su vez, este odio es clave para visualizar qué tipo de emociones son aceptables y cuáles no. Pero, esto resulta tan forzado que, muchas veces, ellas mismas, preguntadas abiertamente, se lían solas y entran en laberintos sin salida. Suele suceder cuando una ideología se acepta como una religión tiránica y memorizas conceptos y tratas de internalizar cuestiones que, al ser de diseño, y malo, no encajan realmente.

Por eso, cuando les recuerdas que, muy a menudo, los problemas asociados al feminismo proceden del estado de pobreza y analfabetismo de la sociedad, se indignan. Lo más a lo que llegan es a reclamar que el Estado acabe con la pobreza, con las enfermedades, con la tristeza y con todo lo negativo. No pueden imaginar que es la acción individual en un mercado libre, donde se respete la propiedad privada y los contratos, la que saca a las economías de la pobreza y mejora la vida de las mujeres. Tampoco se puede generalizar. Por ejemplo, el maltrato a mujeres también se da en familias adineradas de sociedades opulentas. Pero, en general, reducir la pobreza, mejorar las instituciones y permitir que la educación llegue a las clases menos favorecidas ayuda mucho a que los niños del futuro tengan expectativas, viajen, encuentren oportunidades y se fijen metas más allá de la estrechez de miras de su entorno —en fin, se trata de la acción empresarial definida por los autores de la escuela austriaca de economía, pero aplicada a la propia vida.

Pero, claro, las soluciones a largo plazo, de cocción lenta, no venden nada, no dan de comer, no ayudan en la lucha de poder.

Como dice Wendy McElroy, la feminista del siglo XXI ya no es la tradicional defensora del derecho a no usar sujetador, sino la madre que se queda en casa para educar a sus hijos en *homeschooling*, o la que defiende la libertad de tenencia de armas y aprende a disparar, o la que reclama que no se debe usar el dinero de los impuestos para financiar *lobbies*, o, en definitiva, la que ha dejado de quejarse y ha aprendido. Frente a las feministas biempensantes, pero equivocadas, McElroy llama a las cosas por su nombre y desmonta el mito de la «acción afirmativa».

En sus propias palabras^[86].

La acción afirmativa es un intento de redistribuir el poder económico forzando a los empleadores a darle preferencia a las mujeres. Tal y como sucede en todos los esquemas de justicia distributiva, la capacidad de elegir es arrebatada a los ciudadanos y entregada a los planificadores. La acción afirmativa ha sido una debacle. No ha solucionado la segregación por razón de sexo en el lugar de trabajo ni ha acabado con las diferencias salariales. Lo que es más importante, ha perjudicado la institución que más ha hecho para beneficiar a las mujeres económicamente: el libre mercado.

Hay otra mujer admirable (y libertaria) que aporta también las claves para entender la terrible confusión que hay respecto a la «acción afirmativa», en su caso como mujer y como blanca. Se trata de Karen De Coster^[87]. En su perfil de Facebook incluía el siguiente comentario:

Ha sido mi privilegio blanco romperme los codos, después de trabajar cada día durante cuatro años, estudiando contabilidad y finanzas en una universidad pública costeada por mí misma, obteniendo un promedio de calificaciones de 4, que me valió una beca completa en una escuela de negocios privada, donde pasé otros cuatro años de nuevo matándome a estudiar (combinándolo con dos trabajos) día y noche cada semana, manteniendo un promedio de 3,94 en el programa más intenso y difícil de Michigan. Si esto es un privilegio ¿qué es la acción afirmativa?

Lo que De Coster pone de manifiesto es lo irreal de quienes apelan a la acción afirmativa en un mundo donde ya existe igualdad ante la ley. Denuncia el estereotipo de que los blancos tienen más éxito debido a los privilegios. Y, como expresa en alguno de los comentarios respondiendo a alguien que introduce el tema de la mujer, confirma que el esfuerzo te abre puertas. Cada caso es único, hay mujeres privilegiadas y hombres privilegiados. Incluso si en algunos ámbitos aún existen rescoldos de una mentalidad de otro tiempo, apelar al Estado en vez de dar la batalla es un enorme error. Sigo a De Coster en sus artículos en la página LewRockwell.com, en su propia web y en las redes sociales, y su lema «*Resisting tyranny one word at a time*». («Resistiendo a la tiranía palabra tras palabra») deja claro que si algo le repatea es la queja inactiva. Si algún asunto no va, haz algo. Pero, cuando ella habla de «hacer», no se refiere a marchar o a poner una banderita en el perfil de Facebook, sino a demostrar el valor propio y callar bocas con esfuerzo y con coraje. Por poner un ejemplo del tono con que se dirige a las feministas radicales, el día de la famosa Marcha de las Mujeres contra Trump, De Coster publicó lo siguiente en su blog:

Las mujeres de izquierdas van marchando hacia la taza del váter. «¡Quita tus leyes de mi cuerpo!». ¿De verdad? ¿Qué tal si vosotras, idiotas de izquierdas, quitáis vuestras manos y vuestras leyes de mis ingresos, mi trabajo, mi negocio y mi vida? No tienen ni idea del nivel de estupideces que están haciendo con su simbolismo inútil y confuso. Citando su insensatez: «Unidas tras la toma de posesión presidencial, las organizadoras afirman que la marcha se concentra en unir a las mujeres en temas como derechos reproductivos, igualdad de remuneración y derechos de lesbianas y gais».

La esencia de esa gente es poner en práctica, mediante el poder coactivo de la fuerza (la ley), su señal de identidad: «Hacemos lo que queremos; te quitamos lo que tienes». Y esto es lo que ellas llaman justicia y compasión^[88].

Para Karen De Coster, la mayoría de las mujeres (ella se refiere a sus compatriotas, yo me permito ampliar el marco) no estamos permanentemente ofendidas cuando un hombre se muestra grosero, dejándose a sí mismo en evidencia, o cuando nos ceden un asiento por pura cortesía aunque nos parezca (o no) algo de otros tiempos, ni hacemos una genuflexión cada vez que una gurú de la nueva casta feminista excluyente sale en televisión lamentándose, pidiendo poder, etc. Las mujeres sabemos defendernos (o deberíamos), somos sensatas, sabemos convivir y no necesitamos que venga nadie a decirnos qué tenemos que hacer. Lo que más me gusta de De Coster es que sabe separar lo que le agrada de cada persona o escritor, matiza, y eso explica que su criterio sea enriquecedor e independiente, incluso cuando una no esté de acuerdo. Lo que escribe acerca de la tiranía estética y del ejercicio físico me ha ayudado mucho a reflexionar sobre por dónde se encamina nuestra sociedad. Es

verdad que me saca sonrisas por la manera tan espontánea y directa de exponer sus ideas, pero va al centro del problema y señala muy claramente la histeria estética que nos invade, no solamente a las mujeres, sino a muchos hombres.

Conclusión

Las mujeres que hemos crecido profesionalmente entre hombres (en mi facultad hay muchas mujeres, pero, en el ambiente libertario y en la investigación, no tanto) sabemos que hay idiotas, metepatas, hombres que van a buscar algo más que una relación profesional, corruptos, vagos..., y también mujeres con esos mismos atributos. Sentirse intimidada y desprotegida no es la mejor manera de afrontarlo. Y no es realmente un «problema» que haya que resolver. Son muchos más los hombres que las mujeres que me han preguntado por qué no hay más mujeres liberales, que mujeres. Y es verdad que, en algunos círculos, se huele la misoginia, más leve o más intensa. También en otros sitios se percibe el rechazo sistemático al hombre, en diferentes grados. No es un tema que me preocupe, porque si un hombre me trata como inferior, el tema es, sobre todo, una cuestión de madurez suya. Si hay hombres que se sienten cuestionados por la presencia de una mujer, a mí no debe inquietarme. Los frenos que he podido encontrarme en mi camino no necesariamente se deben al hecho concreto de ser mujer. Y, finalmente, los hombres más importantes en mi carrera profesional y en mi vida personal nunca me han mostrado otra cosa que apoyo y respeto. ¿Qué me importa cómo me miraron los demás?

El sentido de este libro no tiene que ver tanto conmigo como con que soy consciente de que a otras mujeres les ha ido de otra manera, que lo han pasado mal y han sido y son discriminadas. Y no creo que negarlo sea ni la mejor solución ni una solución moralmente aceptable para mí. Pero tampoco lo es el análisis desenfocado. No se debe jugar con la desgracia ajena.

Hay una cuestión muy interesante respecto a la relación entre las mujeres y los hombres, tanto en el trabajo como en la vida en sociedad, que se suele pasar por alto. Nunca nos ponemos en sus zapatos. Hablo especialmente de la sociedad occidental del siglo XXI en la que vivo, en la que ellas y ellos sólo conocen la opulencia^[89]. Es verdad que, durante mucho tiempo, ellos no se pusieron en los nuestros, y que tuvieron la mejor baza cuando la fuerza bruta determinaba la supervivencia. Es verdad que nosotras desarrollamos otro tipo de violencia, más pasiva, derivada de la frustración, y que hicimos de nuestra debilidad una herramienta de poder. Y es verdad que la estructura social se montó en torno al hombre. Pero, ahora que el patriarcado

ha evolucionado y que el matrimonio y los modelos familiares no son lo que eran, seguimos con las mismas quejas y no nos planteamos si, cuando la fuerza bruta dejó de ser necesaria para la supervivencia de manera tan clara, este sistema también les hacía daño a ellos, y si se lo sigue haciendo.

Como dicen Roderick Long y Charles Johnson en su artículo ensayístico «Libertarian feminism: can this marriage be saved?»:

Como libertarios desde La Boétie a Rothbard han insistido con razón, puesto que los gobernantes son generalmente superados en número por los que gobiernan, el Estado mismo no puede sobrevivir si no es a través de la aceptación popular, a la que el Estado no tiene capacidad de forzar; por lo tanto, el poder estatal es siempre parte de un sistema entrelazado de estructuras y prácticas sociales que se refuerzan mutuamente, no todas las cuales son violaciones del axioma de la no agresión. No hay, pues, nada antilibertario en reconocer la existencia de formas de opresión económicas y/o culturales que, si bien pueden obtener sustento del Estado (y viceversa), no son reducibles al poder estatal. Se puede ver el estatismo y el patriarcado como sistemas que se refuerzan mutuamente (descartando tanto la opción de combatir el estatismo, dejando el patriarcado intacto, como la opción de combatir el patriarcado mediante el estatismo) sin sentirse uno obligado, de este modo, a verlo como un mero epifenómeno del otro (descartando así la opción de combatir el patriarcado únicamente de forma indirecta, mediante la lucha contra el estatismo^[90]).

Lo que plantean estos autores es que, al fin y al cabo, es la gente la que acepta y apoya el poder del Estado. No podemos culparle de todo. ¿Qué pasa con la sociedad? ¿Todos somos inocentes? Por otro lado, lo que pone sobre la mesa es que la opresión no siempre se expresa mediante una agresión. Hay que recordar que los libertarios, además del individualismo, la defensa de los contratos, de la propiedad privada y de la vida, defendemos el principio de no agresión, que implica rechazar las medidas de fuerza y limitar el uso de la misma a la defensa propia. Es decir, si te dan, das, pero no empieces tú. Este aspecto lleva a que muchos libertarios no entiendan por qué hay que emprender acción alguna si no ha habido un uso de la fuerza previo. ¿Dónde queda el abuso psicológico o la agresión no violenta como formas de agresión?, ¿y cómo se combaten? Por eso Roderick Long y Charles Johnson plantean que hay otras formas de opresión que no incorporan la agresión física. En el caso del feminismo, lo que proponen es que el patriarcado y el estatismo son dos caras de la misma moneda y que, por tanto, hay que combatirlas a la par. No se combate el feminismo combatiendo el estatismo, como decía María Marty, porque se refuerzan mutuamente, no es que el feminismo acaba con el estatismo.

Grant Babcock^[91] no sólo aporta una manera diferente de afrontar la asimetría entre hombres y mujeres, sino también los problemas derivados de cualquier relación real opresiva, sea por la razón que sea, especialmente cuando se trata de acciones no agresivas, pero que son opresión efectiva. Es decir, obviamente, no hay ningún titubeo en condenar la violación, el acoso y cualquier forma de violencia. Nadie va a estar a favor de algo que es un daño evidente. Pero hay otras formas de opresión que resultan invisibles para quienes no quieren ver, o para quienes tienen la suerte de no haberse visto en una situación sensible a este tipo de comportamientos indeseables.

Se trata de una opresión sutil transmitida por las costumbres, enquistada en las instituciones, a la que hay que hacer frente y no esquivar si realmente queremos que triunfe la libertad individual. Por ejemplo, los padres y las madres divorciadas que han tenido la mala suerte de que el proceso no ha sido fácil saben a lo que me refiero. No es solamente el hombre, también la mujer emplea las armas de que dispone para herir, la mayoría de las veces por rabia ante el fracaso de la pareja. La angustia de esa presión, que va desde la llamada de los abogados utilizando a tus hijos para amenazarte, el ambiente en la familia política, que antes te quería y para quienes, de repente, eres un monstruo, las insinuaciones respecto a tu capacidad (como hombre o como mujer)... Todo ese goteo, en un grado suficientemente intenso, desquicia. Cuando la tradición y la costumbre han hecho de esos comportamientos denigrantes una costumbre legítima hacia la mujer, se produce lo que Babcock llama opresión no agresiva, y se manifiesta en la violencia, el control de la sexualidad, las diferencias en los derechos de propiedad y todos los aspectos que el feminismo de todos los colores defiende^[92].

El punto de partida es que, hasta ahora, las soluciones que se han aportado están absolutamente en contra de la libertad, tal y como hemos visto: la prostitución, el aborto, la acción afirmativa, la desigualdad ante la ley, la limitación de la libertad de expresión mediante la condena del discurso del odio. No hay ni un solo aspecto en el que sea cada persona quien decida, asumiendo las consecuencias de sus actos. Lo que propone Babcock es analizar la teoría del poder que sustenta esa opresión no violenta para poder combatirla con armas acordes con la ética libertaria^[93].

En este punto, nos encontramos con el mismo problema de siempre: la gente oye «libertario» y sale corriendo. De cara a la sociedad, el mensaje libertario resulta muy insatisfactorio, te deja inquieta. La razón es que, como no es un recetario, como no dicta pautas, como es precisamente lo opuesto al diseño planificador —porque su alternativa trata de remover desde abajo para que emerjan soluciones, y no estamos acostumbrados a eso—, lo normal es que la gente te mire y te pida algo más, una actuación más intensa, más intervención, tomar cartas en el asunto. ¿Cómo vamos a dejar que temas tan serios se solucionen espontáneamente? ¡Algo habrá que hacer! Pero algo contundente.

Sin embargo, como nos demuestra el fracaso de las políticas de género, por ejemplo en cuanto a la disminución de la violencia doméstica, la desaparición del techo de cristal, etc., las intervenciones a decretazo limpio, el adoctrinamiento infantil o la politización de las desgracias ajenas y de las causas nobles no nos llevan a resultados sólidos y sostenibles. Entre otras cosas porque a menudo se trata de comportamientos y desajustes que tienen un componente cultural muy fuerte, y porque depende de cada sociedad, de la mayor o menor influencia de la religión y de la evolución aperturista u oscurantista de la religión dominante; y cambiar eso requiere otro tipo de soluciones de más calado, es decir, que broten de dentro hacia afuera.

Por eso, yo me quedo con las propuestas libertarias, trenzadas a una ética no violenta y personal.

¿Cuál es la lógica del poder que hay detrás del machismo? La misma que la que rige el poder político: la obediencia. El Estado responde a la desobediencia civil con represión. Y, por tanto, la manera de acabar con el abuso de poder (estatal o no) es hallar la manera de esquivar el mandato, desobedecer, a pesar de la represión. Pero, claro, para esto hace falta mucha imaginación y aguante. Y este tipo de soluciones no se toman en una asamblea, sino que normalmente son emprendidas por quienes se encuentran en el ojo del huracán, quienes son víctimas de la represión. Es una actitud que, como recuerda Babcock^[94], ya propuso Rothbard en la década de 1970, y que también nos encontramos en las mujeres que reclamaban derechos civiles en el siglo XIX, en las que estudiaban en la universidad a escondidas, con su padre, hermano o maestro como cómplice, y en aquellas que rompieron esquemas y cuestionaron los tabúes sexuales, sociales y educativos del momento que les tocó vivir.

Tomemos la definición de patriarcado de quienes enarbolan la bandera feminista, por ejemplo, la de la famosa activista feminista bell hooks^[95].

El patriarcado es un sistema politicosocial que insiste en que los machos son inherentemente dominantes, superiores a todo, que consideran a todos los demás débiles, especialmente las mujeres, y que están dotados del derecho a regir y dominar a los débiles y a mantener ese dominio a través de diversas formas de terrorismo psicológico y violencia^[96].

Ahora analicemos la lógica del poder machista que se encierra en esta definición: superioridad, obediencia, violencia, miedo. ¿Cómo escapar a esa lógica? En primer lugar, no aceptando que todas las mujeres somos iguales: ni igualmente fuertes ni igualmente débiles. No todas queremos lo mismo, ni tenemos el mismo instinto maternal, ni las mismas creencias respecto a la trascendencia. Muchas mujeres son machistas y educan en el machismo a sus hijos. Por tanto, no valen las soluciones que nos tratan como agregados de piezas homogéneas. Uno puede imponerse a una masa homogénea, se puede ser pastor de un rebaño. La guerra de guerrillas, que tanto éxito ha tenido en Afganistán, y que es la base de la lucha de las minorías frente a un poder mayor, parte de esa premisa. En lugar de enfrentarse al ejército dominante de cara, las guerrillas, grupos pequeños que actúan inesperadamente, esquivan la acción de guerra habitual, porque no se sabe dónde está el enemigo. Sin querer plantear una guerra, siendo partidaria del principio de no agresión, sí creo que el individualismo desconcierta al poder político, porque, al salirte de la masa, al descomponer el rebaño en una multiplicidad de personas con objetivos propios, desarticulas su populismo y le obligas a plantear las soluciones de otra manera.

En segundo lugar, no admitamos la superioridad. Y, para ello, en vez de empeñarnos en gritarlo o en lanzar mensajes y vídeos virales en las redes (o bien, además de ello), actuemos como iguales. No parece que la denuncia funcione.

Cuando la población negra en Estados Unidos se decidió a actuar para cambiar su realidad, transgredió las prohibiciones más simples sin romper cristales, sin marchar por las calles desnudos o insultando a nadie. Simplemente, se sentaban en cualquier asiento en el autobús, en las cafeterías, etc., y, cuando eran insultados e incluso agredidos, seguían insistiendo. Para nuestra suerte, las mujeres no estamos en una situación tan dura. La actitud pacífica pero transgresora es lo que me parece un ejemplo. Hay que negar la desigualdad actuando como iguales, en vez de quejarse en Twitter, si el hombre en el metro abre demasiado las piernas e invade nuestro asiento.

En tercer lugar, ante el terrorismo o la manipulación psicológica, hay que reforzar la autoestima, el no sentirse avergonzada si, cuando te defiendes verbalmente, te llaman antipática, o si te miran mal por tener ambición laboral o precisamente por no tenerla. Nadie te puede afeor la conducta si tú no te sientes avergonzada de tus decisiones y tus actos. Eso sí, para emprender este camino hay que estar dispuestas a asumir las consecuencias de nuestras elecciones. No vale erigirse en sacerdotisas de la transgresión sexual y luego lloriquear porque te han llamado puta, o quemar cruces y quejarse porque a los obispos les parece mal. Además, hay que tener en cuenta que el terrorismo pretende eliminar cualquier emoción, excepto el miedo; y, ante eso, es necesario tener fuerza de voluntad individual, no tener complejos, quitarse el miedo a elegir cada cual su propio rol en su vida, sin pedir permiso. No reconozcas la autoridad de quien pretende dominarte.

Y, en cuarto y último lugar, ante la violencia, defiéndete. Enseña a tus hijos a defenderse adecuadamente. Recomienda a tus amigas que aprendan a defenderse, también físicamente, elimina de tu mente el tabú de la autodefensa, no escuches a quien te diga cosas como «qué agresiva» en situaciones en las que eres tú quien se está defendiendo de una agresión. Porque eso es lo que pasa cuando, ante una actitud agresiva, que no llega a violencia, sin contacto físico, te muestras defensiva, sin violencia, sin contacto físico. No concedas poder a quien no lo merece.

La respuesta blandengue, que tanto desespera a Karen De Coster, por ejemplo, o también a Camille Paglia, no hace sino otorgarle poder al hombre machista. La idea básica para entender sus razones, que comparto, no es la que parece. No se trata de ser resistentes al insulto como el acero inoxidable. No tenemos que ser cariátides^[97] impasibles, que aguantan la respiración frente al hombre o a la mujer machistas. Se trata de todo lo contrario. Se trata, simplemente, de preguntarse: si sé que esta persona está equivocada, que sus principios éticos son diferentes a los míos, que su manera de educar a su familia no me gusta, si no es una persona de referencia para mí, entonces, ¿por qué me molesta tanto que me insulte? E incluso, si quien te está rebatiendo o insultando por razón de tus ideas es una persona querida para ti, ¿por qué te enfada que esté equivocada? No necesitas que piense como tú para quererla. El debate intelectual debería quedarse en el ámbito racional. Su utilidad reside en que la otra persona pueda aprender de tu punto de vista y tú puedas aprender del suyo. No es un juego de poder. Pero, si es así como lo percibes, piensa que, si una persona te

insulta porque cuestionas su autoridad, no lo hace para que te quedes impasible, sino para que reacciones, y que, si te ofendes, le coronas con los laureles de la victoria.

La otra cara de la moneda de este problema es la que se refiere a no tratar a los hombres como no nos gusta que nos traten a nosotras. Es decir, los hombres tampoco son un rebaño de borregos, no tienen todos las mismas aspiraciones, inquietudes y creencias. Cada uno ve a la mujer de una manera. Unos serán simplemente tradicionales y no por eso nos valorarán menos; otros nunca se plantearán quién es superior a quién; otros se sentirán intimidados; y otros pensarán que somos inferiores. El hombre no es nada (terrorista, violador, ángel o demonio) por tener un cromosoma X y otro Y.

No se trata de medir quién hizo qué en la historia de la civilización, porque todo lo que se hizo, bueno y malo, habría sido imposible si no hubieran existido hombres o si no hubieran existido mujeres. Se trata de intentar que el futuro que construyamos unos y otras, o, mejor dicho, unos con otras, sea el mejor para el ser humano del presente, desde luego, pero también para las futuras generaciones. Nuestros niños de hoy aprenden a resolver conflictos mirándonos a nosotros, los adultos de referencia, en casa y fuera. La lucha feminista actual, secuestrada por una izquierda radical que no tiene nada que ver ni siquiera con las mujeres socialistas del siglo XIX, no resuelve los principales problemas, y, además, enseña unas pautas de resolución de conflictos poco recomendables. El símbolo sin contenido es una burbuja, no hay nada dentro. El gesto ha de estar cargado de principios éticos y debe conducir a una acción no coactiva. Otra cosa, como nos demuestra el día a día, es estéril.

Personalmente, reconozco que mi opción sería la que se basara en la ética individualista, aunque el camino fuera más largo y más angosto. Pero no me ofende que la opción de otros sea diferente siempre que no me obligue a vivir con sus normas.

En realidad, las conclusiones a las que nos conduce la ética libertaria aplicada al feminismo son válidas para cualquier situación de opresión no violenta, provenga o no de la autoridad estatal. Partimos con desventaja: no nos va a hacer publicidad una agencia estatal financiada con los impuestos de mis conciudadanos, como pasa con el feminismo radical excluyente. Pero es una respuesta que sirve para hacer del mundo un lugar mejor.

Bibliografía

- BABCOCK, GRANT, «Libertarianism, feminism and nonviolent action: a synthesis», *Libertarian Papers*, vol. 4, n.º 2, 2012.
- BARDACH, EUGENE, *Los ocho pasos para el análisis de las políticas públicas: un manual para la práctica*, CIDE-Miguel Ángel Porrúa, Ciudad de México, 1998.
- BARNETT, EMMA, «Margaret Thatcher: ultimate feminist icon; whether she liked it or not», *The Telegraph*, 8 de abril de 2013.
- CLEYRE, VOLTAIRINE DE, «The economic tendency of freethought», ensayo, 1891.
Disponible en:
<http://praxeology.net/VC-ETF.htm>.
[Consulta: 17/02/2017].
- , «Sex slavery», ensayo, 1890. Disponible en:
<http://praxeology.net/VC-SS.htm>.
[Consulta: 17/02/2017].
- CUBEL, MARÍA, «¿Juegan peor las mujeres al ajedrez?», *Nada es gratis* (blog), 3 de noviembre de 2016. Disponible en:
<http://nadaesgratis.es/admin/juegan-peor-las-mujeres-al-ajedrez>.
[Consulta: 17/02/2017].
- GALLEGO ABAROA, ELENA, *Mujeres economistas 1816-1898*, Delta, Alicante, 2014.
- KENT, VICTORIA, Diario de sesiones del Congreso de los Diputados, discurso del 1 de octubre de 1931.
- LAJE, AGUSTÍN, «El feminismo y su vínculo con la pedofilia», *Prensa Republicana*, 20 de marzo de 2016. Disponible en:
<https://prensarepublicana.com/el-feminismo-y-su-vinculocon-la-pedofilia-por-agustin-laje/>.
[Consulta: 17/02/2017].
- LAVOIE, DON, «Democracy, markets, and the legal order: notes on the nature of politics in a radically liberal society», *Social Philosophy and Policy*, vol. 10, n.º 2, junio de 1993.
- LLAMAS, MANUEL, «La cara oculta de la violencia de género», *Libertad Digital*, 13 de enero de 2017. Disponible en:
<http://www.libertaddigital.com/opinion/manuel-llamas/la-cara-oculta-de-la-violencia->

- de-genero-81121/.
[Consulta: 17/02/ 2017].
- LONG, RODERICK, y CHARLES JOHNSON, «Libertarian feminism: can this marriage be saved?», mayo de 2005. Disponible en:
<http://charleswjohnson.name/essays/libertarianfeminism/>.
[Consulta: 17/02/2017].
- MADONNA, Discurso de aceptación del Woman of the Year Award, 2016. Disponible en:
http://www.worldrecordacademy.com/arts/most_successful_female_recording_artist-world_record_set_by_Madonna_80353.htm.
[Consulta: 17/02/2017].
- MÁRQUEZ, NICOLÁS, y AGUSTÍN LAJE, *El libro negro de la nueva izquierda: ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Madrid, 2016.
- MATEOS DE CABO, RTH, RICARDO GIMENO y LORENZO ESCOT, «Disentangling Discrimination on Spanish Boards of Directors», *Corporate Governance: An International Review*, vol. 19, n.º 1, enero de 2011.
- MCCLOSKEY, DEIRDRE, «Postmodern market feminism», en *Rethinking Marxism*, vol. 112, n.º 4, 2000.
- MCELROY, WENDY, *Rape culture hysteria: fixing the damage done to men and women*, 2.ª ed., Vulgus Press, abril de 2016.
- , (ed.), *Freedom, feminism, and the state: an overview of individualist feminism*, 2.ª ed., Independent Institute, Oakland (California), 1991.
- , «What does affirmative action affirm?», fragmento (1.ª ed., 1996), en *Sexual correctness: the gender-feminist attack on women*, McFarland, Jefferson (Carolina del Norte), 2001. Fragmento disponible en:
<http://www.wendymcelroy.com/affirm.htm>. [Consulta: 17/02/2017].
- , «Women vs. the state», *Reason*, abril de 2012. Disponible en:
<http://reason.com/archives/2012/03/08/women-vs-the-state>. [Consulta: 17/02/2017].
- NELSON, JUDY A., «Are women really more risk-averse than men?», documento de trabajo, Global Development And Environment Institute y Institute for New Thinking in Economics (INET), n.º 5, septiembre de 2012.
- OLIVE, CECILIA, *Mad women* (blog), 3 de junio de 2016. Disponible en:
<https://medium.com/@ceolive/mad-women-591dcf4285fa#.mjhi11uxg>.
[Consulta: 17/02/2017].
- PAGLIA, CAMILLE, «Madonna: finally a real feminist», *The New York Times*, 14 de diciembre de 1990. Disponible en:
<http://www.nytimes.com/1990/12/14/opinion/madonna-finally-areal-feminist.html>.
[Consulta: 17/02/2017].
- , *Sexual personae: art and decadence from Nefertiti to Emily Dickinson*, Yale

- University Press, Londres y New Haven (Connecticut), 1990. (Hay traducción española de Pilar Vázquez Álvarez, *Sexual personae: arte y decadencia desde Nefertiti a Emily Dickinson*, Valdemar, Madrid, 2006).
- , «Madonna II: the Venus of the radio waves», *The Independent Sunday Review*, Londres, 21 de julio de 1991.
- , «It's a man's world, and it always will be», *Time*, 16 de diciembre de 2013. Disponible en:
<http://ideas.time.com/2013/12/16/its-a-mans-world-and-it-always-will-be/>.
 [Consulta: 17/02/2017].
- , «How to age disgracefully in Hollywood», *The Hollywood Reporter*, 6 de enero de 2017. Disponible en:
<http://www.hollywoodreporter.com/news/camille-paglia-how-age-disgracefully-hollywood-guest-column-960794>.
 [Consulta: 17/02/2017].
- PRESLEY, SHARON, «Libertarian feminism: an honorable tradition», *Libertarianism* (web), Cato Institut, 4 de diciembre de 2014. Disponible en:
<https://www.libertarianism.org/columns/libertarian-feminism-honorable-tradition>.
 [Consulta: 17/02/2017].
- RAND, AYN, *La virtud del egoísmo: un nuevo y desafiante concepto del egoísmo*, Grito Sagrado, Buenos Aires, 2009. Hay una versión *online* disponible en la web de la Fundación Capitalismo Humano:
<http://www.fundacioncapitalismohumano.com/capitalismo/AYN%20RAND/LA%20VIRTUD%20DEL%20EGOISMO-%20AYN%20RAND.pdf>
 [Consulta: 17/02/2017].
- RAVIER, ADRIAN, «Los genios nacen o se hacen: el experimento Polgar», *Punto de Vista Económico* (blog), 24 de agosto de 2012. Disponible en:
<https://puntodevistaeconomico.wordpress.com/2012/08/24/los-genios-nacen-o-se-hacen-el-experimento-polgar/>
 [Consulta: 17/02/2017].
- RUGY, VERONIQUE DE, «Women vs. the State». *Reason*, abril de 2012. Disponible en:
<http://reason.com/archives/2012/03/08/women-vs-the-state>.
 [Consulta: 17/02/2017].
- SANDBERG, SHERYL, «Why we have too few women leaders?», conferencia, TEDWomen, diciembre de 2010. Disponible en:
http://www.ted.com/talks/sheryl_sandberg_why_we_have_too_few_women_leaders.
- , *Lean in: women, work, and the will to lead*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2013. (Traducción española de Eva Cañada Valero, *Vayamos adelante: las mujeres, el trabajo y la voluntad de liderar*, Conecta, Barcelona, 2013).
- SKWIRE, SARAH, «How the State became the american woman's real enemy», *Learn Liberty* (web), Institute for Humane Studies, 18 de mayo de 2016. Disponible en:
<http://www.learnliberty.org/blog/how-the-state-became-the-american-womans-real->

enemy/.

[Consulta: 17/02/2017].

SOAGE, ANA, «El cambiante rostro del feminismo en el mundo musulmán», *Revista de Libros*, 11 de enero de 2017. Disponible en:

[http://www.revistadelibros.com/articulos/el-cambiante-rostro-del-feminismo-en-el-mundo-musulman?](http://www.revistadelibros.com/articulos/el-cambiante-rostro-del-feminismo-en-el-mundo-musulman?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=nl20170111)

[utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=nl20170111](http://www.revistadelibros.com/articulos/el-cambiante-rostro-del-feminismo-en-el-mundo-musulman?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=nl20170111)

[Consulta: 17/02/2017].

YOUNG, CATHY, «The surprising truth about women and violence», *Time*, 25 de junio de 2014. Disponible en: <http://time.com/2921491/hope-solo-women-violence/>.

[Consulta: 17/02/2017].



MARÍA BLANCO GONZÁLEZ es Doctora en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad Complutense de Madrid (1996) y Profesora Adjunta de la Facultad de Económicas de la Universidad CEU San Pablo.

Formó parte de la Comisión de Calidad de la Enseñanza de dicha Universidad en sus inicios, y ha sido Coordinadora de Relaciones Internacionales de la Facultad de Económicas. Perteneciente al Área de Historia e Instituciones Económicas, su principal tema de investigación se centra en la metodología económica, al que dedicó su tesis doctoral «Los debates sobre el papel de las matemáticas como instrumento de investigación en el análisis económico», dirigida por el catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, Carlos Rodríguez Braun.

Ha participado en el proyecto «On the needs of candidate countries to the EU in the telecommunication and energy sectors financiado por la consultora Alphametrics». Desde hace dos años participa en el proyecto de investigación de la Universidad CEU San Pablo «Historia de los Métodos Cuantitativos en la Economía».

Otros ámbitos de interés a los que dedica su investigación son el análisis económico a través de la literatura, el papel desempeñado por las instituciones en la historia del pensamiento económico de los siglos XVIII y XIX y la Escuela de Public Choice.

Compagina la docencia con la investigación y también dedica su tiempo a difundir su ideología en diversos medios de comunicación. No milita en ningún partido y trata de mantener su independencia intelectual rigurosamente. Cree firmemente que hay vida más allá de la economía y por eso colabora en proyectos que no tienen nada que ver

con ese mundo, como la revista de estilo de vida Loff.It.

Notas

[1] La cita original es: *«Women have come a long way. They have fought hard to win independence from their husbands and fathers. They have struggled against millennia of unequal treatment under the law. But their freedom is still constricted by misguided government policies. There are battles yet to be won»*. Veronique de Rugy, «Women vs. the State», *Reason*, abril de 2012. Disponible en: <http://reason.com/archives/2012/03/08/women-vs-the-state>. [Consulta: 17/02/2017].

<<

[2] Tito Livio, *Ab urbe condita. Liber I*, Bosch, Barcelona, 1990. <<

[3] Hay que decir que, aunque hay amplio consenso al respecto, algunos estudios cuestionan la interpretación que se hace de los resultados; además, se plantea si se trata de una característica genética o una tendencia aprendida. En este sentido es muy interesante el siguiente artículo: Judy A. Nelson, «Are women really more risk-averse than men?», documento de trabajo, Institute for New Thinking in Economics (INET), 21 de septiembre de 2012. Disponible en: <https://www.ineteconomics.org/uploads/papers/AreWomenMoreRiskAverse.pdf>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[4] Cathy Young, «The Surprising Truth About Women and Violence», *Time*, 25 de junio de 2014. Disponible en: «<http://time.com/2921491/hope-solowomen-violence/>». [Consulta: 17/02/2017]. <<

[5] Manuel Llamas, «La cara oculta de la violencia de género», *Libertad Digital*, 13 de enero de 2017. Disponible en: <http://www.libertaddigital.com/opinion/manuel-llamas/la-cara-oculta-de-la-violencia-de-genero-81121/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[6] El informe completo está disponible en:
<http://www.luisvivesces.org/upload/88/18/informe.pdf>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[7] Se trata de un caso real que conozco de primera mano. Yo no fui a la boda. <<

[8] Los casos de violencia entre los jóvenes, y en concreto los comportamientos sumisos de las jóvenes y adolescentes, empiezan a ser alarmantes. Es posible que de momento sean casos aislados, pero desgraciadamente es un fenómeno creciente. Es cierto que nuestros jóvenes tienen hoy más herramientas, y no sólo intelectuales, y que saben adónde acudir. <<

[9] El tema de las estadísticas de agresiones y asesinatos relativos hombre/mujer, o mujer/niños, etc., es un problema extra que se verá más adelante. <<

[10] Ruth Mateos de Cabo, Ricardo Gimeno y Lorenzo Escot: «Disentangling Discrimination on Spanish Boards of Directors», *Corporate Governance: An International Review*, vol. 19, n.º 1, enero de 2011. <<

[11] María Cubel, «¿Juegan peor las mujeres al ajedrez?», *Nada es gratis* (blog), 3 de noviembre de 2016. Disponible en: <http://nadaesgratis.es/admin/juegan-peor-las-mujeres-al-ajedrez>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[12] El procedimiento consistió en comparar cada decisión estratégica con la que habría tomado un ordenador mucho más hábil que cualquier humano, y tomar ese valor como medida de error. A continuación se miden los errores para cada jugadora dependiendo del sexo del oponente. <<

[13] Véase: Adrian Ravier, «¿Los genios nacen o se hacen?: el experimento Polgar», *Punto de Vista Económico* (blog), 24 de agosto de 2012. Disponible en: <https://puntodevistaeconomico.wordpress.com/2012/08/24/los-genios-naceno-se-hacen-el-experimento-polgar/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[14] Una idea parecida a la que sostenía James Mill, padre del economista y filósofo John Stuart Mill, a quien educó en casa siguiendo un programa muy diferente al habitual. Siempre pensé que una educación tan intensiva podría haber hecho de John Stuart Mill un psicópata social; pero salió bien, porque el niño efectivamente era una mente privilegiada. Los resultados de Polgar le dan la razón a James Mill. <<

[15] María Cubel es profesora de Economía en la Universitat de Barcelona (UB), donde, además, investiga. Tiene otros artículos del mismo tema muy interesantes en revistas científicas de prestigio. <<

[16] La cita original, incluida en su ensayo «The economic tendency of freethought» (1891), es: «*But individuality is a thing that cannot be killed. Quietly it may be, but just as certainly, silently, perhaps, as the growth of a blade of grass, it offers its perpetual and unconquerable protest against the dictates of Authority*». Disponible en: <http://praxeology.net/anarcres.htm#heritage>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[17] El objetivismo es la propuesta filosófica de Ayn Rand. <<

[18] María Marty es comunicadora, guionista y autora en Panam Post y ElCato.org (del Cato Institute), entre otros sitios web. <<

[19] En la política española, las listas cremallera son listas electorales en las que obligatoriamente hay que alternar candidatos y candidatas a partes iguales (por ejemplo, los pares son hombres, y los impares, mujeres, o viceversa). <<

[20] Me refiero a la Iglesia católica por ser la mayoritaria en mi país. Probablemente sucede igual o peor en el caso de otras iglesias, véase la anglicana, por ejemplo. <<

[21] Cecilia Olive es analista en comunicación social, máster en administración de empresas (MBA), con especialidad en *marketing*, y fotógrafa, a veces, por fortuna para quienes disfrutamos de sus fotos. <<

[22] Cecilia Olive, *Mad women* (blog), 3 de junio de 2016. Disponible en: <https://medium.com/@ceolive/mad-women-591dcf4285fa#.mjhi11uxg>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[23] Sharon Presley, «Libertarian feminism: an honorable tradition», Libertarianism (web), Cato Institut, 4 de diciembre de 2014. Disponible en: <https://www.libertarianism.org/columns/libertarian-feminism-honorabletradition>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[24] Esta y otras muchas de sus obras están disponibles en:
<http://praxeology.net/anarcres.htm#heritage>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[25] La contraparte en positivo la puso la doctora Henrietta P. Westbrook con el discurso «They who marry do well». («A los que se casan les va bien»). El debate tuvo lugar en una reunión de la Radical Liberal League en Filadelfia, en 1907. <<

[26] La anécdota es que uno de los condenados a cárcel fue Michel Chevalier, quien más tarde sería ministro de Finanzas con Napoleón III y famoso por firmar el tratado de libre comercio entre Francia e Inglaterra conocido como Tratado Cobden-Chevalier. <<

[27] Discurso de Victoria Kent, Diario de sesiones del Congreso de los Diputados, 1 de octubre de 1931. Victoria Kent fue una política y jurista española, del Partido Republicano Radical Socialista (posteriormente miembro del Frente Popular). <<

[28] Elena Gallego Abaroa, *Mujeres economistas, 1816-1898*, Delta, Alicante, 2004.

<<

[29] En el capítulo 5 se expondrán algunas notas sobre el feminismo no occidental. <<

[30] La cita original es: «*The market I claim has been the great liberator of women (and of slaves and of poor people and of religious minorities and of sexual minorities)*». Deirdre McCloskey, «Postmodern market feminism», en *Rethinking Marxism*, vol. 112, n.º 4, 2000. <<

[31] Politburó es como se conoce al máximo órgano ejecutivo elegido por el comité central de algunos partidos comunistas de Estados socialistas, a semejanza del que funcionó primeramente en la antigua URSS. <<

[32] Concretamente, las convence diciéndoles lo siguiente: «Si nos quedáramos quietecitas en casa, bien maquilladas, pasáramos a su lado desnudas con sólo las camisitas transparentes y con el triángulo depilado, y a nuestros maridos se les pusiera dura y ardieran en deseos de follar, pero nosotras no les hiciéramos caso, sino que nos aguantáramos, harían la paz a toda prisa, bien lo sé». Aristófanes, *Lisístrata*, p. 6., Ed. Nobook. <<

[33] Se trata de soluciones en las que todos somos culpables o héroes. Si alguien de nuestro grupo hace algo mal, lo ocultamos para no manchar la imagen del grupo. En el caso del feminismo, la cosa es que «ya bastante nos machacan». Que nos machaquen no justifica que no denunciemos lo que hace mal otra mujer sólo por el hecho de que es mujer. <<

[34] Sarah Skwire, «How the State became the american woman's real enemy», Lean Liberty (web), Institute for Humane Studies, 18 de mayo de 2016. Disponible en: <http://www.learnliberty.org/blog/how-the-state-became-theamerican-womans-real-enemy/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[35] Entrevista por José Luis Romo, «Paloma del Río: “Los deportistas gays se quedan en la retaguardia”», *El Mundo*, 27 de junio de 2015. Disponible en: <http://www.elmundo.es/loc/2015/06/27/558d779646163f99608b458b.html>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[36] Véase la entrada del 21 de mayo de 2013 en mi blog, *Godivaciones*. Disponible en: <https://marygodiva.wordpress.com/2013/05/21/los-macarrasde-la-moral/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[37] En el capítulo sexto, «El bucle feminista y su solución», dedicado a las políticas de género, se analiza el significado de la palabra empoderar y su interpretación por el feminismo radical. <<

[38] El *mansplaining* consiste en explicarle algo a una mujer como dando por sentado que no sabe nada sobre ese algo, generalmente sin que ella lo haya pedido y con especial cuidado, como si fuera imbécil. A veces, la condescendencia y el paternalismo resultan insultantes. <<

[39] Hablaré del acoso sexual más adelante, en el capítulo cuarto, dedicado al sexo. <<

[40] Por adelantarme a la crítica: ya sé que hay informes que dicen lo contrario. Yo también sé retorcer el dato hasta que se declare culpable. La inquisición estadística está muy de moda. <<

[41] La colección de ensayos y conferencias de Ayn Rand y Nathaniel Branden, entre 1961 y 1964, se encuentra en: Ayn Rand, *La virtud del egoísmo: un nuevo y desafiante concepto del egoísmo*, Grito Sagrado, Buenos Aires, 2009. Hay una versión *online* disponible en la web de la Fundación Capitalismo Humano: <http://www.fundacioncapitalismohumano.com/capitalismo/AYN%20RAND/LA%20VIRTUD%20DEL%20EGOISMO-%20AYN%20RAND.pdf>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[42] Laura Mascaró tiene ya publicados dos libros, y ha dirigido el documental «Educación a la carta», disponible en su página web: <http://www.lauramascaro.com/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[43] «*What's your definition of dirty baby? / What do you consider pornography? / Don't you know I love you till it hurts me baby? / Don't you think it's time you had sex with me?*». Letra de la canción «I want your sex», de George Michael. Me he tomado la licencia de traducir *baby* por «nena», en femenino (aunque el término *baby* no pone de manifiesto el sexo), simplemente porque soy una mujer, y a pesar de que, siendo George Michael homosexual, muy probablemente él lo escribió aludiendo al género masculino. La cita es un homenaje a este artista. <<

[44] En ningún momento voy a entrar en cuestiones de fe, y, en lo que se refiere a las religiones, consideraré siempre a la institución religiosa en tanto que recoge o fomenta determinadas tradiciones. Esta advertencia se aplica a todo el libro. <<

[45] Esta experiencia la conté en mi blog, que entonces se llamaba *Lady Godiva* (hoy, *Godivaciones*). Véase: <http://marygodiva.blogspot.com.es/2007/04/las-chicas-de-la-luz-roja.html>. [Consulta: 17/02/2017]. El programa de televisión se llamaba *Mejor lo hablamos*, de Canal Sur. En mi bancada estaba el periodista Moncho Alpuente, la prostituta Marga Carreras y la portavoz de la Asociación Genera y de la Plataforma por los Derechos de los Trabajadores Sexuales, Clarisa Velocci. <<

[46] Disponible en: <http://marygodiva.blogspot.com.es/2008/02/yotambin-soy-puta.html>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[47] Memetic Warrior es alguien a quien conozco personalmente y con quien da gusto discrepar a veces y coincidir otras. <<

[48] Lo expuse en mi blog, *Godivaciones*: «Wendy, la guerrera y la cultura de la violación», 6 de julio de 2016. Disponible en: <https://marygodiva.wordpress.com/2016/07/06/wendy-la-guerrera-y-la-cultura-de-la-violacion/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[49] 49. El libro se puede adquirir, en versión papel o digital, en: <https://www.amazon.com/Rap-Culture-Hysteria-Fixing-Damage/dp/1533629404/> (papel) y <http://www.amazon.com/Rape-Culture-Hysteria-Fixing-Damage-ebook/dp/B01EENF4HW> (digital). [Consulta: 17/02/2017]. <<

[50] En el vídeo de la canción «Like a prayer», además de crucifijos en llamas, estigmas y rosarios, Madonna tenía el sueño de hacer el amor con un santo. <<

[51]

Véase:

http://www.worldrecordacademy.com/arts/most_successful_female_recording_artist-world_record_set_by_Madonna_80353.htm. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[52] Camille Paglia, «Madonna: finally, a real feminist», *The New York Times*, 14 de diciembre de 1990. Disponible en: <http://www.nytimes.com/1990/12/14/opinion/madonna-finally-a-real-feminist.html>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[53] Camille Paglia, «Madonna II: Venus of the radio waves», *The Independent Sunday Review*, Londres, 21 de julio de 1991. (La traducción es mía). <<

[54] Camille Paglia, «How to age disgracefully in Hollywood», *The Hollywood Reporter*, 6 de enero de 2017. Disponible en: <http://www.hollywoodreporter.com/news/camille-paglia-how-age-disgracefully-hollywood-guest-column-960794>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[55] Camille Paglia, «It's a man's world, and it always will be», *Time*, 16 de diciembre de 2013. Disponible en: <http://ideas.time.com/2013/12/16/its-amans-world-and-it-always-will-be/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[56] Cuando un torero se pone la montera ya no hay vuelta atrás, todo desaparece, y ya solamente existe la corrida. Cuando te pones el mundo por montera vas a por tu objetivo con todas las consecuencias. <<

[57] Esta idea la expresé también en una entrada de mi blog *Godivaciones* titulada «La marca verbal», en la que defendía a Juan Ramón Rallo de un periodista de izquierdas que le llamaba facha. A los dos días me despidieron del periódico en el que colaboraba, cuyo director es muy amigo de este periodista, «porque no tienes lectores», me dijeron. No se lo expliqué a nadie. El periodista a quien yo le afeaba la conducta me escribió un tuit público diciendo: «¿Entonces esperamos tu próximo artículo?». Nada nuevo bajo el sol. (La entrada referida está disponible en: <https://marygodiva.wordpress.com/2016/02/28/la-marca-verbal/>. [Consulta: 17/02/2017]). <<

[58] Emma Barnett, «Margaret Thatcher: ultimate feminist icon; whether she liked it or not», *The Telegraph*, 8 de abril de 2013. Disponible en: <http://www.telegraph.co.uk/women/womens-politics/9979076/Margaret-Thatcherultimate-feminist-icon-whether-she-liked-it-or-not.html>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[59] En la misma charla TED mencionada en la página 91. <<

[60] Gloria Álvarez es una politóloga, presentadora de radio y televisión guatemalteca, autora de *Cómo hablar con un progre* (Deusto, Barcelona, 2017), y coautora, con Axel Kaiser, del éxito *El engaño populista* (Deusto, Barcelona, 2016). <<

[61] El documento base es un trabajo final de la Maestría en Políticas Públicas, que se encuentra disponible en la plataforma academia.edu y que trata de ayudar a las niñas y adolescentes en riesgo de convertirse en madres de niños con desnutrición crónica en Huehuetenango, San Marcos, Quiché y Totonicapán. <<

[62] Ana Soage, «El cambiante rostro del feminismo en el mundo musulmán», *Revista de Libros*, 11 de enero de 2017. Disponible en: http://www.revistadelibros.com/articulos/el-cambiante-rostro-del-feminismo-en-el-mundomusulman?utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm_campaign=nl20170111. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[63] En el mundo musulmán, las fetuas son las decisiones que emiten ante una cuestión jurídica los muftíes (jurisconsultos musulmanes con autoridad pública y cuyas determinaciones tienen carácter de ley). <<

[64] Dicho cartel formaba parte de una campaña desplegada en el País Vasco y Navarra a inicios de enero de 2017. Véase: <http://www.bbc.com/mundo/noticias-38637999>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[65] Al principio del libro explicaba que la psicología evolucionista presupone que muchos de nuestros comportamientos son reminiscencias de muchos siglos cavernícolas. <<

[66] La psicología evolucionista tiene sus limitaciones y sus críticos. Al modelo de mente modular que aporta hay que añadir la plasticidad, que permite adaptaciones muy rápidas al entorno y que explica que los rasgos apuntados son tendencias que influyen en el comportamiento, pero que no lo determinan. <<

[67] En concreto, Horwitz lo explicaba así: «Me parece muy bien dejar a las mujeres, junto con sus familias, sus directores espirituales y/o sus médicos, decidir si acabar con el embarazo es la decisión adecuada en el contexto específico en el que se encuentran. Para mí, el argumento es “dado lo cuestionado que está la humanidad del feto, ¿no va a causar más problemas mantener bajo tierra una acción que un número sustancial de personas cree que es aceptable moralmente (aunque sea con dificultad)?”. En casos de ambigüedad moral o de gran división, creo que deberíamos decantarnos por la libertad de decisión de los adultos. Incluso en este caso sabiendo que habrá consecuencias tristes y desafortunadas. Hazlo legal, hazlo seguro y educa para que su incidencia sea cada vez menor». Steve Horwitz, Facebook. <<

[68] La alienación para Marx suponía que el trabajador, en el modo de producción capitalista, se relaciona con el producto de su trabajo como con un objeto extraño. La alienación de la madre consiste en separarse del bebé que ha gestado ella. En ambos casos la alienación es el fruto de la separación de aquello que es tu esencia: el trabajador del objeto de su trabajo, que lo humaniza y es su esencia, la madre del recién nacido, por las mismas razones. <<

[69] La cita original es: «*The libertarian theory of justice applies to all human beings regardless of secondary characteristics such as sex and color [...]. To the extent that laws infringe upon self-ownership, they are unjust. To the extent that such violation is based upon sex, there is room for a libertarian feminist movement*». Wendy McElroy (ed.), *Freedom, feminism, and the state: an overview of individualist feminism*, 2.^a ed., Independent Institute, Oakland (California), 1991. <<

[70] Hay propuestas teóricas acerca de la provisión de defensa privada, y lo mismo sucede con la justicia. No es éste el lugar para defender una opción u otra. Simplemente voy a asumir el sistema público que existe con los supuestos y características actuales. <<

[71] Las instituciones, el imperio de la ley, la separación de poderes son muy importantes en este sentido, pero quiero poner de relevancia la relación inversa entre la «calidad» de la sociedad civil y el espacio privado que invade el Estado. <<

[72] Es muy ilustrativo el siguiente manual clásico: Eugene Bardach, *Los ocho pasos para el análisis de las políticas públicas: un manual para la práctica*, CIDE-Miguel Ángel Porrúa, Ciudad de México, 1998. <<

[73] Los comentarios se han extraído de la página de YouTube donde está el vídeo mencionado; véase: https://www.youtube.com/watch?v=2vcr7hAHU0s&ab_channel=Inst.JuandeMariana. Los textos de los comentarios se han revisado ortográficamente para su inclusión en este libro. (*N. del E.*) <<

[⁷⁴] Ley 39/1999 de 5 de noviembre (BOE n.º 266 de 6 de noviembre de 1999), a la que hay que añadir la reforma laboral aprobada por el Real Decreto Ley 3/2012 de 10 de febrero y la Ley 3/2007 de 22 de marzo, para la igualdad de hombres y mujeres.

<<

[75] La cita original es: «*The force of public opinion, like that of markets, is not best conceived as a concentrated will representing the public, but as the distributed influence of political discourses throughout society*». Don Lavoie, «Democracy, markets, and the legal order: notes on the nature of politics in a radically liberal society», *Social Philosophy and Policy*, vol. 10, n.º 2, junio de 1993, pp. 103-120. <<

[76] Como ya se dijo en una nota al pie del capítulo tercero, se llama *mansplaining* a la tendencia del hombre a explicar todo a la mujer sin que se le pida y como si su interlocutora fuera boba. <<

[77] Se refiere a Facebook. <<

[78] Nicolás Márquez y Agustín Laje, *El libro negro de la nueva izquierda: ideología de género o subversión cultural*, Unión Editorial, Madrid, 2016. (Agustín Laje, que en este libro se ocupa de la ideología de género, además de estar mejor documentado que Márquez, escribe mejor que él. Tuve la oportunidad de hablar con Agustín en agosto de 2016, y resultó ser una persona agradable y dialogante que coincidió conmigo en muchos de los puntos que le expuse). <<

[79] En este artículo de Agustín Laje hay una errata: la autora mencionada es Diana J. Torres (no Sandra Torres). <<

[80] Agustín Laje, «El feminismo y su vínculo con la pedofilia». *Prensa Republicana*, 20 de marzo de 2016. Disponible en: <https://prensarepublicana.com/el-feminismo-y-su-vinculo-con-la-pedofilia-por-agustin-laje/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[81] Judith Butler, *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona, 2008. <<

[82] Diana J. Torres, *Pornoterrorismo*, Txalaparta, Tafalla (Navarra), 2011. <<

[83] El texto en Wikipedia dice: «Algunos activistas, incluyendo mujeres como Pat Califia, Camille Paglia, Katharina Rutschky, y Gisela Bleibtreu-Ehrenberg, creen que el activismo pedófilo, el feminismo, el activismo gay y el antirracismo, todos se oponen a un modelo masculino casto y racista...»; pertenece a la entrada «Movimiento activista pedófilo». Disponible en: https://es.wikipedia.org/wiki/Movimiento_activista_ped%C3%B3filo. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[84] El original en ingles es: «*The beautiful boy is homosexuality's greatest contribution to western culture. Un-christian and anti-Christian, he is an iconic formalization of the relation between the eye and reality. Repeated in a thousand forms in Italian painting and sculpture, he is the ultimate symbol of Renaissance art. He is St. Sebastian, the Christian Adonis pierced by arrows, or ephebic St. Michael, whom the Renaissance took out of his Byzantine tunic and clad in silver armour*». (La traducción es mía). Camille Paglia, *Sexual personae: art and decadence from Nefertiti to Emily Dickinson*, Yale University Press, Londres y New Haven (Connecticut), 1990, pp. 146-149. <<

[85] PC significa «políticamente correcto». Es una feliz coincidencia que también sean las siglas del Partido Comunista, dada la vinculación de este tipo de feminismo rampante con la izquierda radical y tiránica. <<

[86] Wendy McElroy, «What does affirmative action affirm?», fragmento (1.^a ed., 1996), en *Sexual correctness: the gender-feminist attack on women*, McFarland, Jefferson (Carolina del Norte), 2001. Disponible en: <http://www.wendymcelroy.com/affirm.htm>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[87] Karen De Coster es auditora y contable en Estados Unidos, y también escritora *free lance* que se define como paleolibertaria dedicada a la defensa de las causas de la libertad, el individualismo y el libre mercado. Y es motera propietaria de una Harley espectacular. <<

[88] Karen De Coster. Disponible en: <http://karendecoster.com/toilet-bowl-marchers.html>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[89] Anticipándome a quienes puedan criticar esta afirmación, recomiendo viajar a zonas donde de verdad se pasa hambre, como las zonas deprimidas de África o Latinoamérica. En España, los pobres son menos pobres que allí. La clase trabajadora, afortunadamente, vive como nunca. Decir lo contrario es insultar a quienes de verdad lo pasan mal. <<

[90] La traducción es mía; el texto original es el siguiente: *«As libertarians from La Boétie to Rothbard have rightly insisted, since rulers are generally outnumbered by those they rule, the state itself cannot survive except through popular acceptance which the state lacks the power to compel; hence state power is always part of an interlocking system of mutually reinforcing social practices and structures, not all of which are violations of the nonaggression axiom. There is nothing un-libertarian, then, in recognizing the existence of economic and/or cultural forms of oppression which, while they may draw sustenance from the state (and viceversa), are not reducible to state power. One can see statism and patriarchy as mutually reinforcing systems (thus ruling out both the option of fighting statism while leaving patriarchy intact, and the option of fighting patriarchy by means of statism) without being thereby committed to seeing either as a mere epiphenomenon of the other (thus ruling out the option of fighting patriarchy solely indirectly by fighting statism)»*. El ensayo completo está disponible en: <http://charleswjohanson.name/essays/libertarian-feminism/>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[91] Babcock, Grant, «Libertarianism, feminism and nonviolent action: a synthesis», *Libertarian Papers*, vol. 4, n.º 2, 2012. <<

[92] Siempre teniendo en cuenta que, en diferentes países, la ley ampara a la mujer, e incluso desampara al hombre, o al revés. Es decir, hablo en general, sin referirme a ningún caso concreto. <<

[93] Esta idea la toma de: Gene Sharp, *The politics of nonviolent action*, P. Sargent Publisher, Boston, 1973. <<

[94] Babcock, *op. cit.* Babcock se remonta a los escritos de La Boétie y Thoreau, dos autores nunca suficientemente recomendados. <<

[95] El sobrenombre bel hooks (en minúsculas) alude a la activista feminista estadounidense Gloria Jean Watkins, quien es famosa por su idea de enseñar a transgredir a través de la educación para lograr revocar el sexismo y la xenofobia. <<

[96] La traducción es mía; la cita original es: «*Patriarchy is a political-social system that insists that males are inherently dominating, superior to everything and everyone deemed weak, especially females, and endowed with the right to dominate and rule over the weak and to maintain that dominance through various forms of psychological terrorism and violence*». Véase el texto completo en: bel hook, «Understanding patriarchy», Louisville Anarchist Federation, 2004. Disponible en: <http://imagenoborders.org/pdf/zines/UnderstandingPatriarchy.pdf>. [Consulta: 17/02/2017]. <<

[97] Las cariátides son estatuas de mármol que representaban a mujeres y que los griegos colocaban como columnas que sostenían la entrada de las casas. <<